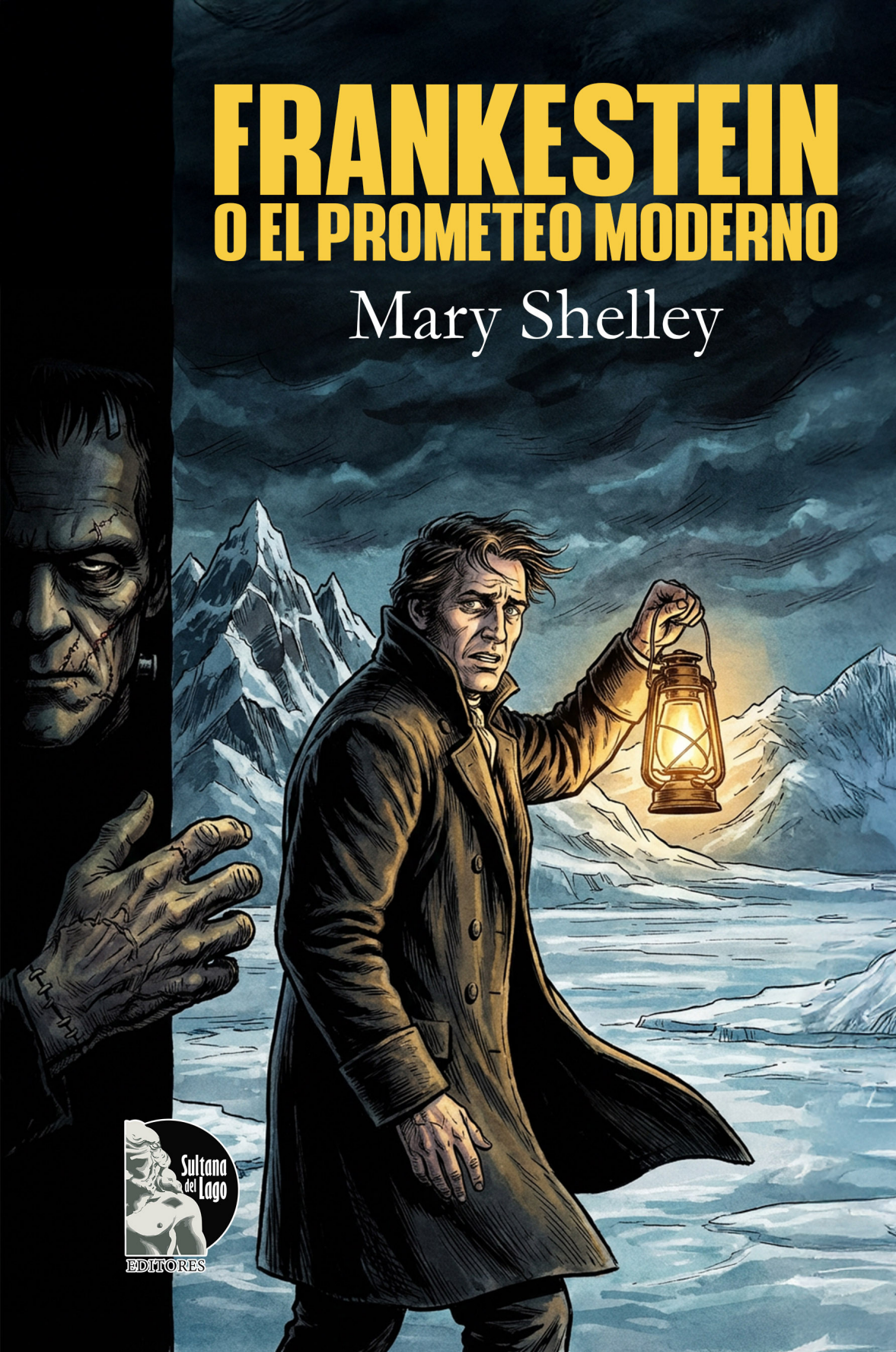
FRANKESTEIN
O EL PROMETEO MODERNO

Mary Shelley



Sultana del Lago
EDITORES



EDITORES

Frankestein o el Prometeo moderno

Mary Shelley

Mary Shelley
Sultana del Lago Editores
Obra de dominio público

Maracaibo, 2025
PRIMERA EDICIÓN de Sultana del Lago

ISBN: 978-980-18-7700-4
Depósito Legal: ZU2025000426

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Traductor:
Luis Perozo Cervantes

Ilustraciones:
Luis Perozo Cervantes

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre Derecho de Autor, queda prohibido la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 *eiudem*, constitutivos estos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Prólogo
Para una traducción nerviosa de Frankenstein

Un aprendiz de anatomista enciende una vela, y la vela parece una estrella doméstica; un aprendiz de dios prende un hilo de vida, y el hilo se vuelve soga; un aprendiz de poeta mueve una palabra, y la palabra abre una grieta. El laboratorio tiembla como un templo profano. Afuera, nieve. Adentro, un corazón que adivina su culpa. Así empieza —siempre empieza— la vieja fábula moderna: un hombre decide liberar a la criatura más prisionera de todas, la vida detenida por la muerte, y al tocar la puerta del misterio escucha, de regreso, su propio nombre.

La tesis de este prólogo es sencilla: **este libro se lee como un poema en prosa sobre la libertad romántica, escrito sobre el palimpsesto del miedo**. Libertad de espíritu que sueña con "una región de la belleza y el deleite", aun si la brújula señala hielo y desolación; miedo del creador que pesa más que el miedo de su criatura; y, como bajoestribo, un fracaso que no humilla: **un fracaso que nos define**. La poesía de *Frankenstein* late en esa respiración doble: el impulso de alumbrar y el temblor por lo alumbrado. En las cartas del capitán Walton, por ejemplo, **el mundo físico se vuelve himno**: un "país de luz eterna" donde el sol roza el horizonte y la imaginación se expande con el disco del astro—visión de belleza que empuja a vencer

"todo temor al peligro o a la muerte" y confundir descubrimiento con destino.

Porque la poesía aquí no es ornamento: **es método de conocimiento**. La novela trabaja como un poema: levanta imágenes que investigan, convierte cada figura en pensamiento y cada pensamiento en herida. Y si la poesía —lo hemos dicho en otro sitio— se sostiene en la tríada **intención–sentimiento–hallazgo**, *Frankenstein* lleva esa tríada a la caldera: intención de emancipar a la vida de su límite, sentimiento desbordado por la pérdida y el deseo, hallazgo feroz de las consecuencias.

El **espíritu de libertad del Romanticismo** vibra aquí como un violín apretado contra el pecho. Víctor parte a Ingolstadt cargando una sed de leyes ocultas, igual que los héroes de laboratorio de la época: la curiosidad quiere derecho a nombre propio. La misma prosa recuerda, con un escalofrío, la compañía de un "Ángel de la Destrucción" que desde el viaje inaugura su dominio, como si la libertad, al extralimitarse, despertara su ángel adverso. En las últimas páginas, ese impulso se reconoce, humilde y tardío, cuando el moribundo recomienda "buscar la felicidad en la tranquilidad" y "evitar la ambición", confesando que **fue condenado al fracaso**. La libertad romántica, filtrada por la experiencia, no se extingue: aprende a medirse con su espejo.

Hablo de **palimpsesto** porque esta historia reescribe, sobre la piel del mito prometeico, una liturgia laica: **vencer a la muerte**, última y más definitiva esclavitud. En el gesto de Mary Shelley, la creación

ya no es un soplo divino, es un procedimiento, una técnica que pretende "quitar el candado" —con electricidad, saber y soberbia— al arcón del retorno. En Víctor, esa intención libertaria se vuelve **religión sin catedral**, rito de mesa de operaciones. Y sin embargo, **la muerte no acepta ser gramática de laboratorio**. Cada avance del proyecto deja una deuda contraída con la sombra. Por eso aquí el fracaso no es accidente: **es esencia humana**, **es axioma**. Se fracasa por ternura hacia los límites, por exceso de fe en la propia mano, por confundir luz con permiso.

Y está el **miedo**. Doble miedo: el del ser exiliado que despierta a un mundo sin semejanza —y aprende a nombrar su miseria—, y el del hombre que, al ver su obra caminar, descubre que ha parido su juicio. Cuando la criatura, el "daimon", reclama: "recuerda que soy tu criatura; debería ser tu Adán… yo era benévolo; la miseria me convirtió en un demonio", lo que pide no es perdón, **es contrato**. Pide el lugar que el creador no supo dimensionar: el sitio del otro. En esa escena se oye un ahogo: **el miedo del creador pesa más que el miedo del monstruo**; Víctor tiembla ante su espejo animado. Y cuando, por fin, "comprende los deberes de un creador hacia su criatura" y se confiesa obligado a **hacerle feliz antes de reprochar su maldad**, el libro desnuda su núcleo ético con una claridad de sentencia.

Más tarde, otro núcleo de horror se enciende: **si no puedo inspirar amor, causaré miedo**. El salto es teológico y político: del derecho a un vín-

culo al ejercicio de la venganza. No hay alegoría más exacta de nuestras comunidades rotas. Y sin embargo, **el verdadero drama** no se solda en el gesto terrible de la criatura (que el cine convirtió en icono con tornillos, parpadeo torpe y antorchas persiguiéndolo por aldeas de cartón piedra), **sino** —me corrijo, más bien— **en la respiración culpable del doctor**: ahí donde la curiosidad cambia de nombre y se llama **responsabilidad**. Walton lo mira y lo escribe: ojos hermosos, indignación que se troca en tristeza, una voz que alterna serenidad con "volcán en erupción"; y sobre todo, **el hermetismo** cuando le piden el secreto técnico de su criatura. El espectáculo sucede en el **espíritu**; lo demás son consecuencias.

La cultura popular **robó la escena** a favor del monstruo. El cine necesitaba un cuerpo; la novela nos exige un escrúpulo. La máscara de Boris Karloff, los tornillos, la marcha zombificada, las parodias, esa coreografía de antorchas: todo ello escribió una nueva capa sobre el pergamino. **Palimpsesto sobre palimpsesto**, imagen sobre imagen, hasta creer que la historia trata del exiliado que arrastra cadenas. Y, sin embargo, el pergamino original —esta prosa de Mary Shelley— respira hondo y nos devuelve la pregunta: **¿qué se debe un creador?**; **¿qué se debe un descubridor?**; **qué** le debe la libertad a quien se quema con ella. En Walton, que también arriesga su expedición "sobre mares sin caminos", se espeja la tentación y se ensaya el aprendizaje.

Muerte: **última esclavitud**. Mary Shelley la mira de frente y propone el gesto de Prometeo: arreba-

tar un fuego y alumbrar lo que ningún rito garantizaba. ¿Se destruye la muerte? La criatura decide su "pira funeraria" y enuncia una verdad áspera: el descanso no se consigue en la prolongación mecánica de la vida, **sino** —digámoslo con ternura dura— en **un sentido** que no traicione el espejo. "Moriré… reduciré a cenizas este miserable cuerpo… para que sus restos no brinden luz a ningún desdichado curioso e impío que quiera crear a alguien como yo". El cierre no suena a rendición, suena a liturgia final del arrepentimiento.

Vuelvo al principio: **un poema en prosa sobre la libertad y el miedo**. *Frankenstein* se escribe como un **ritual laico**: mesa de disección por altar, invención por plegaria, conciencia por espada. ¿Fracaso? Sí, y con relieve. Fracaso que humaniza, que enseña a **evitar la ambición** hueca, que obliga a **escuchar** al otro —al hijo, al experimento, al navegante— antes de que el hielo termine cerrándose.

Cuando cierres el libro, vuelve a la vela inicial. La vela ya no es estrella doméstica. La vela ahora es **palimpsesto**: encima su fulgor, debajo su hollín. Y en ese hollín, la letra invisible de Mary Shelley —la poeta enmascarada en novelista— sigue dictando, con voz romántica y mortal, la lección que el doctor no alcanzó a oír: **la vida alcanza su dignidad cuando el creador se reconoce criatura**. Sólo entonces la libertad deja de jugar a los dados con la muerte, y se convierte, al fin, en oficio.

Luis Perozo Cervantes



Carta 1

A la Sra. Saville, Inglaterra.

San Petersburgo, 11 de diciembre de 17—.

Te alegrará saber que ningún desastre ha acompañado el inicio de una empresa que veías con tan malos presentimientos. Llegué aquí ayer, y mi primera tarea es asegurarle a mi querida hermana que estoy bien y que tengo una creciente confianza en el éxito de mi proyecto.

Ya estoy muy al norte de Londres, y mientras camino por las calles de Petersburgo, siento una fría brisa del norte acariciar mis mejillas, tonificando mis nervios y llenándome de alegría. ¿Comprendes esta sensación? Esta brisa, proveniente de las regiones hacia las que me dirijo, me anticipa esos climas gélidos. Inspirada por este viento de promesa, mis ensoñaciones se vuelven más fervientes y vívidas. Intento en vano convencerme de que el polo es la cuna de la escarcha y la desolación; siempre se presenta a mi imaginación como la región de la belleza y el deleite. Allí, Margaret, el sol es siempre visible, su amplio disco rozando el horizonte y difundiendo un esplendor perpetuo. Allí —pues con tu permiso, hermana mía, confiaré en los navegantes que me precedieron— la nieve y la escarcha desaparecen; y, navegando sobre un mar en calma, podemos ser llevados a una tierra que supera en maravillas y belleza a cualquier región hasta ahora descubierta en el globo habitable. Sus

producciones y características pueden ser incomparables, como sin duda lo son los fenómenos de los cuerpos celestes en esas soledades inexploradas. ¿Qué no se puede esperar en un país de luz eterna? Allí podría descubrir el maravilloso poder que atrae la aguja y regular mil observaciones celestes que solo requieren este viaje para que sus aparentes excentricidades se mantengan constantes para siempre. Saciaré mi ardiente curiosidad con la vista de una parte del mundo nunca antes visitada, y podría pisar una tierra nunca antes pisada por el hombre. Estos son mis atractivos, y son suficientes para vencer todo temor al peligro o a la muerte e inducirme a emprender este laborioso viaje con la alegría que siente un niño cuando se embarca en un pequeño bote, con sus compañeros de vacaciones, en una expedición de descubrimiento por su río natal. Pero suponiendo que todas estas conjeturas sean falsas, no se puede negar el inestimable beneficio que otorgaré a toda la humanidad, hasta la última generación, al descubrir un paso cerca del polo hacia esos países, para llegar a los cuales actualmente se requieren tantos meses; o descubriendo el secreto del imán, lo que, si es posible, sólo puede lograrse mediante una empresa como la mía. Estas reflexiones han disipado la agitación con la que comencé mi carta, y siento que mi corazón arde con un entusiasmo que me eleva al cielo, pues nada contribuye tanto a tranquilizar la mente como un propósito firme, un punto en el que el alma pueda fijar su mirada intelectual. Esta expedición ha sido el sueño favorito de mis primeros años. He leído

con ardor los relatos de los diversos viajes realizados con la perspectiva de llegar al Océano Pacífico Norte a través de los mares que rodean el Polo. Recordarán que la historia de todos los viajes realizados con fines de descubrimiento constituía la biblioteca completa de nuestro buen tío Thomas. Descuidé mi educación, pero me apasionaba la lectura. Estos volúmenes eran mi estudio día y noche, y mi familiaridad con ellos aumentó el pesar que sentí, de niño, al enterarme de que la orden de mi padre, antes de morir, le había prohibido a mi tío embarcarme en la vida marinera.

Estas visiones se desvanecieron cuando examiné, por primera vez, a aquellos poetas cuyas efusiones cautivaron mi alma y la elevaron al cielo. Yo también me convertí en poeta y viví durante un año en un paraíso de mi propia creación; imaginé que también podría obtener un nicho en el templo donde se consagran los nombres de Homero y Shakespeare. Conoces bien mi fracaso y lo mucho que soporté la decepción. Pero justo entonces heredé la fortuna de mi primo, y mis pensamientos se encaminaron hacia su anterior inclinación.

Han pasado seis años desde que decidí emprender mi presente proyecto. Aún recuerdo el momento en que me dediqué a esta gran empresa. Comencé por acostumbrarme a las dificultades. Acompañé a los balleneros en varias expediciones al Mar del Norte; soporté voluntariamente el frío, el hambre, la sed y la falta de sueño; a menudo trabajaba más duro que los marineros comunes durante el día y dedicaba mis noches al estudio de las matemáticas,

la teoría de la medicina y aquellas ramas de la física de las que un aventurero naval podría obtener el mayor provecho práctico. En dos ocasiones me contraté como segundo de a bordo en un ballenero groenlandés, y mi desempeño fue admirable. Debo confesar que me sentí un poco orgulloso cuando mi capitán me ofreció la segunda dignidad en el barco y me rogó con la mayor sinceridad que me quedara, tan valiosos eran mis servicios.

Y ahora, querida Margaret, ¿no merezco lograr un gran propósito? Podría haber pasado mi vida en la comodidad y el lujo, pero preferí la gloria a cualquier atractivo que la riqueza me ofreciera. ¡Ojalá alguna voz alentadora respondiera afirmativamente! Mi coraje y mi resolución son firmes; pero mis esperanzas fluctúan, y mi ánimo a menudo se deprime. Estoy a punto de emprender un largo y difícil viaje, cuyas emergencias exigirán toda mi fortaleza: se me exige no solo animar a los demás, sino a veces sostener el mío propio, cuando el de ellos flaquea.

Esta es la época más favorable para viajar por Rusia. Vuelan rápido sobre la nieve en sus trineos; el movimiento es agradable y, en mi opinión, mucho más placentero que el de una diligencia inglesa. El frío no es excesivo si uno va abrigado con pieles, una vestimenta que ya he adoptado, pues hay una gran diferencia entre caminar por la cubierta y permanecer sentado e inmóvil durante horas, cuando ningún ejercicio evita que la sangre se congele en las venas. No tengo ninguna ambición de perder la vida en el camino de postas entre San Petersburgo y Arcángel.

Partiré hacia esta última ciudad dentro de quince o tres semanas; y mi intención es alquilar un barco allí, lo cual se puede hacer fácilmente pagando el seguro del armador, y contratar a tantos marineros como considere necesarios entre aquellos acostumbrados a la pesca de ballenas. No pienso zarpar hasta junio; ¿y cuándo regresaré? Ah, querida hermana, ¿cómo puedo responder a esta pregunta? Si lo logro, pasarán muchos, muchos meses, quizás años, antes de que podamos encontrarnos. Si fracaso, me volverás a ver pronto, o nunca.

Adiós, mi querida y excelente Margaret. Que el Cielo derrame sobre ti bendiciones y me salve, para que pueda testificar una y otra vez mi gratitud por todo tu amor y bondad.

Su afectuoso hermano,
R. Walton



Carta 2

A la Sra. Saville, Inglaterra.
Arcángel, 28 de marzo, 17—.

¡Qué lento pasa el tiempo aquí, rodeado como estoy de escarcha y nieve! Sin embargo, doy un segundo paso hacia mi empresa. He alquilado un barco y estoy ocupado reuniendo a mis marineros; los que ya he contratado parecen ser hombres en quienes puedo confiar y, sin duda, poseen un coraje inquebrantable.

Pero tengo una necesidad que aún no he podido satisfacer, y la ausencia del objeto que ahora siento como un mal gravísimo: no tengo amigos, Margaret: cuando brille el entusiasmo del éxito, no habrá nadie que comparta mi alegría; si me asalta la decepción, nadie intentará consolarme en mi abatimiento. Pondré mis pensamientos por escrito, es cierto; pero es un mal medio para comunicar sentimientos. Deseo la compañía de un hombre que pueda simpatizar conmigo, cuya mirada responda a la mía. Puede que me consideres romántico, querida hermana, pero siento amargamente la falta de un amigo. No tengo a nadie cerca, gentil pero valiente, con una mente cultivada y amplia, cuyos gustos sean como los míos, para aprobar o enmendar mis planes. ¡Cómo repararía un amigo así las faltas de tu pobre hermano! Soy demasiado ardiente en la ejecución y demasiado impaciente ante las dificultades. Pero es un mal aún mayor para mí ser autodidacta: durante los

primeros catorce años de mi vida, deambulé por un terreno comunal y no leí más que los libros de viajes de nuestro tío Thomas. A esa edad conocí a los poetas célebres de nuestro país; pero solo cuando dejé de poder extraer los beneficios más importantes de tal convicción, percibí la necesidad de aprender más idiomas que el de mi país natal. Ahora tengo veintiocho años y, en realidad, soy más analfabeto que muchos escolares de quince. Es cierto que he pensado más y que mis ensoñaciones son más extensas y magníficas, pero necesitan (como dicen los pintores) *ser mantenidas;* y necesito urgentemente un amigo que tenga el suficiente sentido común como para no despreciarme por romántico y el suficiente cariño por mí como para esforzarse por controlar mi mente.

Bueno, estas son quejas inútiles; sin duda no encontraré ningún amigo en el vasto océano, ni siquiera aquí en Arcángel, entre comerciantes y marineros. Sin embargo, algunos sentimientos, ajenos a la escoria de la naturaleza humana, laten incluso en estos pechos rudos. Mi teniente, por ejemplo, es un hombre de extraordinario coraje y espíritu emprendedor; anhela la gloria, o mejor dicho, para expresarlo de forma más característica, ascender en su profesión. Es inglés, y en medio de prejuicios nacionales y profesionales, no suavizados por la cultura, conserva algunas de las más nobles dotes de humanidad. Lo conocí a bordo de un ballenero; al ver que estaba desempleado en esta ciudad, lo contraté sin reparos para que me ayudara en mi empresa.

El capitán es una persona de excelente carácter y destaca en el barco por su amabilidad y la suavidad de su disciplina. Esta circunstancia, sumada a su reconocida integridad y su intrépido coraje, me inspiró a querer contratarlo. Una juventud pasada en soledad, mis mejores años bajo su amable y femenina tutela, han forjado tanto mi carácter que no puedo superar una profunda aversión a la brutalidad habitual a bordo: nunca la he creído necesaria, y cuando oí hablar de un marinero igualmente conocido por su bondad de corazón y el respeto y la obediencia que le profesaba su tripulación, me sentí particularmente afortunado de poder contar con sus servicios. Supe de él por primera vez de forma bastante romántica, a través de una dama que le debe la felicidad de su vida. Esta es, en resumen, su historia: Hace unos años se enamoró de una joven rusa de mediana fortuna, y tras amasar una considerable suma en premios, el padre de la joven consintió en el matrimonio. Vio a su amante una vez antes de la ceremonia; Pero ella estaba bañada en lágrimas, y arrojándose a sus pies, le suplicó que la perdonara, confesando al mismo tiempo que amaba a otro, pero que era pobre, y que su padre nunca consentiría la unión. Mi generoso amigo tranquilizó a la suplicante, y al saber el nombre de su amante, abandonó al instante su búsqueda. Ya había comprado una granja con su dinero, en la que había planeado pasar el resto de su vida; pero se lo dio todo a su rival, junto con el resto del dinero de su premio para comprar ganado, y luego solicitó al padre de la joven que consintiera en su matrimonio con su amante. Pero el anciano se negó

decididamente, creyéndose obligado por el honor a mi amigo, quien, al encontrar al padre inexorable, abandonó su país, y no regresó hasta que supo que su antigua amante se había casado según sus inclinaciones. "¡Qué noble hombre!", exclamarás. Lo es; pero es completamente analfabeto: es tan silencioso como un turco y lo acompaña una especie de ignorante descuido que, si bien hace que su conducta sea más asombrosa, le resta interés y simpatía que de otro modo despertaría.

Sin embargo, no supongan, porque me quejo un poco o porque puedo concebir un consuelo para mis afanes que quizá nunca conozca, que estoy vacilando en mis resoluciones. Estas son tan inamovibles como el destino, y mi viaje solo se ha pospuesto hasta que el tiempo me permita embarcar. El invierno ha sido terriblemente duro, pero la primavera promete, y se considera una temporada notablemente temprana, así que quizás pueda zarpar antes de lo esperado. No actuaré precipitadamente: me conocen lo suficiente como para confiar en mi prudencia y consideración cuando la seguridad de otros está a mi cuidado.

No puedo describirles mis sensaciones ante la inminente perspectiva de mi empresa. Es imposible comunicarles una idea de la sensación temblorosa, mitad placentera, mitad temerosa, con la que me dispongo a partir. Voy a regiones inexploradas, a «la tierra de la niebla y la nieve», pero no mataré ningún albatros; por lo tanto, no se alarmen por mi seguridad ni por si regreso tan cansado y afligido como el «Viejo Marinero». Sonreirán

ante mi alusión, pero les revelaré un secreto. A menudo he atribuido mi apego, mi apasionado entusiasmo por los peligrosos misterios del océano, a esa obra del más imaginativo de los poetas modernos. Hay algo que obra en mi alma que no comprendo. Soy prácticamente trabajador, minucioso, un obrero que ejecuta con perseverancia y trabajo, pero además de esto hay un amor por lo maravilloso, una creencia en lo maravilloso, entrelazada en todos mis proyectos, que me impulsa a salir de los caminos comunes de los hombres, incluso al mar salvaje y a las regiones no visitadas que estoy a punto de explorar.

Pero volviendo a consideraciones más preciadas. ¿Volveré a verte después de haber atravesado inmensos mares y haber regresado por el cabo más austral de África o América? No me atrevo a esperar tal éxito, pero no soporto mirar el reverso de la imagen. Sigue escribiéndome por ahora siempre que pueda: puede que reciba tus cartas en ocasiones cuando más las necesite para animarme. Te quiero con mucho cariño. Recuérdame con cariño si no vuelves a saber de mí.

Su afectuoso hermano,
Robert Walton



Carta 3

A la Sra. Saville, Inglaterra.
7 de julio de 17—.

Mi querida hermana,
Escribo unas líneas apresuradamente para comunicarles que estoy a salvo y que mi viaje ha avanzado bastante. Esta carta llegará a Inglaterra en un barco mercante que regresa desde Archangel; más afortunado que yo, que quizá no vuelva a ver mi tierra natal en muchos años. Sin embargo, estoy de buen ánimo: mis hombres son audaces y parecen firmes en sus propósitos, y las placas de hielo flotantes que nos rodean constantemente, indicando los peligros de la región hacia la que avanzamos, no parecen desanimarlos. Ya hemos alcanzado una latitud muy alta; pero estamos en pleno verano, y aunque no tan cálidos como en Inglaterra, los vientos del sur, que nos impulsan rápidamente hacia esas costas que tanto deseo alcanzar, exhalan un calor renovador que no esperaba.
Hasta ahora no nos ha ocurrido ningún incidente digno de mención en una carta. Uno o dos vendavales fuertes y la aparición de una vía de agua son accidentes que los navegantes experimentados apenas recuerdan registrar, y me conformaré con que no nos ocurra nada peor durante nuestra travesía.
Adiós, mi querida Margaret. Ten la seguridad de que, por mi propio bien y por el tuyo, no me precipitaré ante el peligro. Seré serena, perseverante y prudente.

Pero el éxito *coronará* mis esfuerzos. ¿Por qué no? Hasta aquí he llegado, trazando un camino seguro sobre mares sin caminos, con las mismas estrellas como testigos y testimonios de mi triunfo. ¿Por qué no seguir adelante sobre el elemento indómito pero obediente? ¿Qué puede detener el corazón decidido y la voluntad resuelta del hombre?

Mi corazón, hinchado, se desahoga involuntariamente. Pero debo terminar. ¡Que el cielo bendiga a mi querida hermana!

RW



Carta 4

A la Sra. Saville, Inglaterra.
5 de agosto de 17—.

Nos ha ocurrido un accidente tan extraño que no puedo dejar de registrarlo, aunque es muy probable que me veas antes de que estos papeles lleguen a tu poder. El lunes pasado (31 de julio) estábamos prácticamente rodeados de hielo, que envolvió el barco por todos lados, dejándole apenas el espacio en el que flotaba. Nuestra situación era algo peligrosa, sobre todo porque estábamos rodeados por una niebla muy densa. Por lo tanto, pusimos rumbo a la costa, con la esperanza de que se produjera algún cambio en la atmósfera y el tiempo.

Alrededor de las dos, la niebla se disipó y contemplamos, extendidas en todas direcciones, vastas e irregulares llanuras de hielo, que parecían no tener fin. Algunos de mis compañeros gemían, y mi mente comenzaba a llenarse de inquietud, cuando una extraña visión atrajo repentinamente nuestra atención y desvió nuestra preocupación de nuestra situación. Percibimos un carruaje bajo, fijado en un trineo y tirado por perros, que avanzaba hacia el norte, a media milla de distancia; un ser con forma humana, pero aparentemente de estatura gigantesca, estaba sentado en el trineo y guiaba a los perros. Observamos el rápido avance del viajero con nuestros telescopios hasta que se perdió entre las distantes irregularidades del hielo.

Esta aparición despertó nuestro asombro absoluto. Estábamos, según creíamos, a cientos de millas de cualquier tierra; pero esta aparición parecía indicar que, en realidad, no estaba tan lejos como suponíamos. Sin embargo, encerrados por el hielo, era imposible seguir su rastro, que habíamos observado con suma atención.

Unas dos horas después de este suceso, oímos el mar de fondo, y antes del anochecer el hielo se rompió y liberó nuestro barco. Sin embargo, nos quedamos a la deriva hasta la mañana, temiendo encontrarnos en la oscuridad con esas grandes masas sueltas que flotan tras la rotura del hielo. Aproveché este tiempo para descansar unas horas.

Por la mañana, sin embargo, en cuanto amaneció, subí a cubierta y encontré a todos los marineros ocupados en un costado del barco, aparentemente hablando con alguien en el mar. Era, de hecho, un trineo, como el que habíamos visto antes, que se había acercado a nosotros en la noche sobre un gran trozo de hielo. Solo quedaba un perro con vida; pero había un ser humano dentro, al que los marineros estaban persuadiendo para que subiera al barco. No era, como parecía ser el otro viajero, un salvaje habitante de alguna isla desconocida, sino un europeo. Cuando aparecí en cubierta, el capitán dijo: «Aquí está nuestro capitán, y no permitirá que perezcan en alta mar».

Al verme, el desconocido me habló en inglés, aunque con acento extranjero. «Antes de subir a bordo», dijo, «¿tendría la amabilidad de informarme adónde se dirige?».

Pueden imaginarse mi asombro al escuchar semejante pregunta de un hombre al borde de la destrucción, y a quien habría supuesto que mi nave sería un recurso que no habría intercambiado por la riqueza más preciada que la tierra puede ofrecer. Respondí, sin embargo, que estábamos en un viaje de descubrimiento hacia el polo norte.

Al oír esto, pareció satisfecho y accedió a subir a bordo. ¡Dios mío! Margaret, si hubieras visto al hombre que así se rindió por su seguridad, tu sorpresa habría sido inmensa. Tenía las extremidades casi congeladas y el cuerpo terriblemente demacrado por la fatiga y el sufrimiento. Nunca vi a un hombre en tan lamentable estado. Intentamos llevarlo al camarote, pero en cuanto salió del aire fresco se desmayó. En consecuencia, lo llevamos de vuelta a cubierta y lo reanimamos frotándolo con brandy y obligándolo a tragar una pequeña cantidad. En cuanto dio señales de vida, lo envolvimos en mantas y lo colocamos cerca de la chimenea de la cocina. Poco a poco se recuperó y tomó un poco de sopa, que lo reanimó maravillosamente.

Pasaron dos días así antes de que pudiera hablar, y a menudo temí que sus sufrimientos lo hubieran privado de entendimiento. Cuando se recuperó un poco, lo llevé a mi camarote y lo atendí tanto como me lo permitía mi deber. Nunca vi una criatura más interesante: sus ojos generalmente tienen una expresión de locura, pero hay momentos en que, si alguien le hace un acto de bondad o le presta el más mínimo servicio, todo su rostro se ilumina, por así decirlo, con un rayo de benevolencia y dulzura que nunca vi igual. Pero

generalmente está melancólico y desesperado, y a veces rechina los dientes, como impaciente por el peso de las penas que lo oprimen.

Cuando mi invitado se recuperó un poco, me costó mucho mantener a raya a los hombres, que querían hacerle mil preguntas; pero no permití que lo atormentaran con su ociosa curiosidad, en un estado físico y mental cuya recuperación evidentemente dependía de un reposo absoluto. En una ocasión, sin embargo, el teniente le preguntó por qué había llegado tan lejos sobre el hielo en un vehículo tan extraño.

Su rostro adoptó instantáneamente un aspecto de profunda tristeza y respondió: "A buscar a alguien que huyó de mí".

"¿Y el hombre al que perseguías viajaba de la misma manera?"

"Sí."

—Entonces creo que lo hemos visto, porque el día antes de que te recogiéramos vimos unos perros tirando de un trineo con un hombre dentro a través del hielo.

Esto llamó la atención del desconocido, quien hizo multitud de preguntas sobre la ruta que había seguido el daimonion, como él lo llamaba. Poco después, cuando estuvo a solas conmigo, dijo: «Sin duda he despertado su curiosidad, así como la de esta buena gente; pero es usted demasiado considerado para hacer preguntas».

—Por supuesto. Sería muy impertinente e inhumano de mi parte molestarlo con alguna de mis preguntas.

"Y aun así me rescataste de una situación extraña y peligrosa; benévolamente me devolviste la vida."

Poco después me preguntó si creía que la rotura del hielo había destruido el otro trineo. Respondí que no podía responder con certeza, pues el hielo no se había roto hasta cerca de la medianoche, y el viajero podría haber llegado a un lugar seguro antes; pero no podía juzgarlo.

A partir de ese momento, un nuevo espíritu de vida animó el cuerpo decaído del desconocido. Manifestó un gran deseo de estar en cubierta para vigilar el trineo que había aparecido antes; pero lo he convencido de que se quede en el camarote, pues está demasiado débil para soportar la crudeza del ambiente. He prometido que alguien lo vigilará y le avisará de inmediato si aparece algún objeto nuevo.

Tal es mi diario sobre este extraño suceso hasta el día de hoy. El desconocido ha mejorado gradualmente su salud, pero es muy silencioso y parece inquieto cuando alguien, excepto yo, entra en su camarote. Sin embargo, sus modales son tan conciliadores y amables que todos los marineros se interesan por él, aunque han tenido muy poca comunicación con él. Por mi parte, empiezo a quererlo como a un hermano, y su constante y profundo dolor me llena de compasión. Debió de ser una persona noble en sus mejores tiempos, siendo incluso ahora, en naufragio, tan atractivo y amable.

Dije en una de mis cartas, mi querida Margaret, que no encontraría ningún amigo en el ancho océano; sin embargo, he encontrado un hombre que, antes de que su espíritu fuera quebrantado por la miseria, habría sido feliz de poseerlo como hermano de mi corazón.

Continuaré mi diario sobre el extraño a intervalos, en caso de que tenga algún incidente nuevo que registrar.

13 de agosto de 17—.
Mi afecto por mi huésped crece cada día. Provoca a la vez mi admiración y mi compasión de un modo asombroso. ¿Cómo puedo ver a una criatura tan noble destruida por la miseria sin sentir un profundo dolor? Es tan gentil, pero a la vez tan sabio; su mente es tan cultivada, y cuando habla, aunque sus palabras son escogidas con el arte más selecto, fluyen con rapidez y una elocuencia sin igual.
Ya se ha recuperado bastante de su enfermedad y está continuamente en cubierta, aparentemente atento a la caída del trineo que precedió al suyo. Sin embargo, aunque infeliz, no está tan absorto en su propia miseria como para interesarse profundamente en los proyectos de los demás. Ha conversado conmigo con frecuencia sobre la mía, que le he comunicado sin disimulo. Examinó atentamente todos mis argumentos a favor de mi eventual éxito y cada detalle de las medidas que había tomado para asegurarlo. Su compasión me llevó fácilmente a usar el lenguaje de mi corazón, a expresar el ardor de mi alma y a decir, con todo el fervor que me animaba, cuán gustosamente sacrificaría mi fortuna, mi existencia, todas mis esperanzas, para impulsar mi empresa. La vida o la muerte de un hombre eran un pequeño precio a pagar por la adquisición del conocimiento que buscaba, por el dominio que debía adquirir y transmitir sobre los enemigos elementales de nuestra raza. Mientras hablaba, una profunda tristeza se apoderó del rostro

de mi interlocutor. Al principio, percibí que intentaba reprimir su emoción; se tapó los ojos con las manos, y mi voz tembló y me falló al ver cómo las lágrimas se deslizaban velozmente entre sus dedos; un gemido brotó de su pecho agitado. Hice una pausa; al fin, habló con voz entrecortada: «¡Desdichado! ¿Compartes mi locura? ¿Has bebido también de la bebida embriagadora? Escúchame; déjame contarte mi historia, ¡y te quitarás la copa de los labios!».

Tales palabras, como podéis imaginar, excitaron fuertemente mi curiosidad; pero el paroxismo de dolor que se había apoderado del extraño superó sus debilitadas fuerzas, y muchas horas de reposo y conversación tranquila fueron necesarias para restaurar su compostura.

Tras dominar la violencia de sus sentimientos, pareció despreciarse por ser esclavo de la pasión; y, apaciguando la oscura tiranía de la desesperación, me llevó de nuevo a conversar sobre mí. Me preguntó por la historia de mis primeros años. La historia fue contada rápidamente, pero despertó varias reflexiones. Hablé de mi deseo de encontrar un amigo, de mi sed de una simpatía más íntima con alguien afín que la que jamás me había tocado en suerte, y expresé mi convicción de que un hombre podía presumir de poca felicidad si no disfrutaba de esta bendición.

"Estoy de acuerdo contigo", respondió el desconocido; "somos criaturas toscas, pero a medio hacer, si alguien más sabio, mejor, más querido que nosotros —un amigo así debería ser— no nos ayuda a perfeccionar nuestra naturaleza débil y defectuosa. Una vez tuve un amigo, la más noble de las criaturas humanas,

y tengo derecho, por lo tanto, a juzgar sobre la amistad. Tú tienes esperanza, y el mundo por delante, y no tienes motivos para desesperar. Pero yo… yo lo he perdido todo y no puedo empezar una nueva vida".
Al decir esto, su rostro delató una pena serena y serena que me conmovió profundamente. Pero guardó silencio y al poco rato se retiró a su camarote.
Incluso con el espíritu quebrantado, nadie puede sentir más profundamente que él las bellezas de la naturaleza. El cielo estrellado, el mar y cada vista que ofrecen estas maravillosas regiones parecen tener aún el poder de elevar su alma de la tierra. Un hombre así tiene una doble existencia: puede sufrir miseria y verse abrumado por las decepciones, pero cuando se repliega en sí mismo, será como un espíritu celestial rodeado de un halo, dentro del cual no se aventuran ni la pena ni la locura.
¿Les sonreiría el entusiasmo que expreso respecto a este divino vagabundo? No lo harían si lo vieran. Han sido instruidos y refinados por los libros y el retiro del mundo, y por lo tanto son algo meticulosos; pero esto solo los hace más aptos para apreciar los extraordinarios méritos de este hombre maravilloso. A veces me he esforzado por descubrir qué cualidad posee que lo eleva tan inconmensurablemente por encima de cualquier otra persona que haya conocido. Creo que es un discernimiento intuitivo, un juicio rápido pero infalible, una penetración en las causas de las cosas, sin igual en claridad y precisión; a esto se suma una facilidad de expresión y una voz cuyas variadas entonaciones son música que cautiva el alma.

19 de agosto de 17—.
Ayer el desconocido me dijo: «Puede percibir fácilmente, capitán Walton, que he sufrido grandes e incomparables desgracias. En un momento decidí que el recuerdo de estos males moriría conmigo, pero usted me ha convencido para cambiar de decisión. Usted busca conocimiento y sabiduría, como yo lo hice en su día; y espero fervientemente que la satisfacción de sus deseos no sea una serpiente que lo pique, como lo fue la mía. No sé si el relato de mis desastres le será útil; sin embargo, al reflexionar que usted sigue el mismo camino, exponiéndose a los mismos peligros que me han convertido en lo que soy, imagino que puede extraer una moraleja adecuada de mi relato, una que puede guiarlo si tiene éxito en su empresa y consolarlo en caso de fracaso. Prepárese para escuchar sucesos que suelen considerarse maravillosos. Si estuviéramos entre los escenarios más apacibles de la naturaleza, podría temer encontrar su incredulidad, tal vez su burla; pero muchas cosas parecerán posibles en estas regiones salvajes y misteriosas que provocarían la risa». de aquellos que no están familiarizados con los poderes siempre variados de la naturaleza; y no puedo dudar de que mi relato transmite en su serie evidencia interna de la verdad de los eventos que lo componen".
Puede imaginarse fácilmente que me sentí muy complacido por la comunicación ofrecida, pero no podía soportar que renovara su dolor con un relato de sus desgracias. Sentía un gran deseo de escuchar la narración prometida, en parte por curiosidad y

en parte por un fuerte deseo de mejorar su suerte si estaba en mi poder. Expresé estos sentimientos en mi respuesta.

—Le agradezco —respondió— su compasión, pero es inútil; mi destino está a punto de cumplirse. Solo espero un acontecimiento, y luego descansaré en paz. —Entiendo lo que siente —continuó, percibiendo que quería interrumpirlo—; pero se equivoca, amigo mío, si me permite llamarlo así; nada puede cambiar mi destino; escuche mi historia y comprenderá cuán irrevocablemente está determinado.

Me dijo entonces que comenzaría su relato al día siguiente, cuando yo tuviera tiempo libre. Esta promesa me valió mi más sincero agradecimiento. He decidido que todas las noches, cuando no esté ocupado con mis obligaciones, registraré, lo más fielmente posible a sus propias palabras, lo que me ha contado durante el día. Si tengo que hacerlo, al menos tomaré notas. Este manuscrito sin duda le proporcionará un gran placer; pero a mí, que lo conozco y lo escucho de sus propios labios, ¡con cuánto interés y simpatía lo leeré algún día! Incluso ahora, al comenzar mi tarea, su voz melodiosa resuena en mis oídos; sus brillantes ojos se posan en mí con toda su melancólica dulzura; veo su delgada mano alzada, animada, mientras los rasgos de su rostro irradian el alma que lleva dentro. Extraña y desgarradora debe ser su historia, espantosa la tormenta que azotó al valiente navío en su rumbo y lo hizo naufragar... ¡así!



Capítulo 1

Soy ginebrino de nacimiento, y mi familia es una de las más distinguidas de esa república. Mis antepasados fueron consejeros y síndicos durante muchos años, y mi padre ocupó diversos cargos públicos con honor y reputación. Era respetado por todos los que lo conocían por su integridad y su incansable dedicación a los asuntos públicos. Pasó su juventud constantemente ocupado en los asuntos de su país; diversas circunstancias le impidieron casarse joven, y no fue hasta el ocaso de su vida que se convirtió en esposo y padre de familia.

Como las circunstancias de su matrimonio ilustran su carácter, no puedo abstenerme de relatarlas. Uno de sus amigos más íntimos era un comerciante que, de una situación próspera, cayó, por numerosos contratiempos, en la pobreza. Este hombre, llamado Beaufort, era de carácter orgulloso e inflexible y no soportaba vivir en la pobreza y el olvido en el mismo país donde antes se había distinguido por su rango y magnificencia. Tras pagar sus deudas de la manera más honorable, se retiró con su hija a la ciudad de Lucerna, donde vivió desconocido y en la miseria. Mi padre amaba a Beaufort con la más sincera amistad y se sintió profundamente afligido por su retirada en estas desafortunadas circunstancias. Deploraba amargamente el falso orgullo que llevó a su amigo a una conducta tan poco digna del afecto que los unía. No perdió tiempo en buscar-

lo, con la esperanza de persuadirlo a comenzar de nuevo el mundo gracias a su crédito y ayuda.
Beaufort había tomado medidas eficaces para ocultarse, y mi padre tardó diez meses en descubrir su morada. Rebosante de alegría, se apresuró a ir a la casa, situada en una callejuela cerca del río Reuss. Pero al entrar, solo la miseria y la desesperación lo recibieron. Beaufort había ahorrado muy poco dinero del naufragio de su fortuna, pero le bastó para mantenerse durante algunos meses, y mientras tanto esperaba conseguir un empleo respetable en la casa de un comerciante. En consecuencia, pasó ese tiempo en la inacción; su dolor se hizo más profundo y doloroso cuando tuvo tiempo para reflexionar, y finalmente se apoderó de su mente de tal manera que al cabo de tres meses yacía en cama, enfermo, incapaz de hacer ningún esfuerzo.
Su hija lo atendió con la mayor ternura, pero veía con desesperación que sus escasos recursos menguaban rápidamente y que no había otra perspectiva de sustento. Pero Caroline Beaufort poseía una mente excepcional, y su coraje la ayudó en la adversidad. Consiguió trabajo sencillo; trenzaba paja y, por diversos medios, se las ingenió para ganar una miseria que apenas le alcanzaba para vivir.
Varios meses pasaron así. Su padre empeoró; ella dedicó su tiempo a atenderlo; sus medios de subsistencia disminuyeron; y al décimo mes, su padre murió en sus brazos, dejándola huérfana y mendiga. Este último golpe la abrumó, y se arrodilló junto al ataúd de Beaufort, llorando desconsoladamente, cuando mi padre entró en la habitación.

Acudió como un espíritu protector a la pobre muchacha, quien se encomendó a su cuidado; y tras el entierro de su amigo, la condujo a Ginebra y la puso bajo la protección de un pariente. Dos años después de este suceso, Caroline se convirtió en su esposa.

Había una considerable diferencia de edad entre mis padres, pero esta circunstancia pareció unirlos aún más con lazos de afecto devoto. Había un sentido de justicia en la rectitud de mi padre que le obligaba a apreciar profundamente el amor intenso. Quizás en años anteriores había sufrido por la indignidad, recientemente descubierta, de una persona amada, y por eso estaba dispuesto a valorar más la valía probada. Había una muestra de gratitud y adoración en su cariño por mi madre, totalmente diferente del cariño cariñoso propio de la edad, pues estaba inspirado por la reverencia hacia sus virtudes y el deseo de ser, en cierta medida, el medio de compensarla por las penas que había soportado, pero que otorgaba una gracia indescriptible a su comportamiento hacia ella. Todo se ajustaba a sus deseos y conveniencias. Se esforzaba por protegerla, como a una bella exótica es protegida por el jardinero, de cualquier viento más fuerte y por rodearla de todo lo que pudiera despertar emociones placenteras en su mente tierna y benévola. Su salud, e incluso la tranquilidad de su hasta entonces firme espíritu, se habían visto quebrantadas por lo que había pasado. Durante los dos años previos a su matrimonio, mi padre había ido abandonando gradualmente todas sus

funciones públicas; e inmediatamente después de su unión, buscaron el agradable clima de Italia y el cambio de aires e interés que conllevaba un viaje por esa tierra de maravillas, como reconstituyente para su debilitada condición.

Desde Italia visitaron Alemania y Francia. Yo, su hija mayor, nací en Nápoles y, de pequeña, los acompañé en sus paseos. Durante varios años fui su única hija. A pesar del cariño que sentían, parecían extraer inagotables reservas de afecto de una mina de amor para depositármelos en mí. Las tiernas caricias de mi madre y la sonrisa de benevolente placer de mi padre al contemplarme son mis primeros recuerdos. Yo era su juguete y su ídolo, y algo mejor: su hija, la criatura inocente e indefensa que les había sido concedida por el Cielo, a quien debían educar en el bien, y cuyo futuro destino estaba en sus manos dirigir hacia la felicidad o la miseria, según cumplieran con sus deberes hacia mí. Con esta profunda conciencia de lo que debían al ser al que habían dado vida, sumada al espíritu activo de ternura que animaba a ambos, se puede imaginar que, si bien durante cada hora de mi vida infantil recibí una lección de paciencia, de caridad y de autocontrol, fui guiado de tal manera por un cordón de seda que todo me parecía una sola secuencia de goces.

Durante mucho tiempo fui su único cuidado. Mi madre anhelaba tener una hija, pero yo seguí adelante con su única descendencia. Cuando tenía unos cinco años, durante una excursión más allá de las fronteras de Italia, pasaron una semana a orillas

del lago de Como. Su carácter benévolo los llevaba a menudo a las casas de los pobres. Esto, para mi madre, era más que un deber; era una necesidad, una pasión —recordar lo que había sufrido y cómo había sido aliviada— para que ella, a su vez, actuara como ángel guardián de los afligidos. Durante uno de sus paseos, un pobre catre en los recovecos de un valle les llamó la atención por su singular desconsuelo, mientras que la cantidad de niños a medio vestir reunidos a su alrededor denotaba la penuria en su peor momento. Un día, cuando mi padre se fue solo a Milán, mi madre, acompañada por mí, visitó esta morada. Encontró a un campesino y a su esposa, trabajando arduamente, agobiados por el cuidado y el trabajo, distribuyendo una escasa comida a cinco niños hambrientos. Entre ellas, había una que atraía a mi madre mucho más que todas las demás. Parecía de una estirpe diferente. Las otras cuatro eran pequeñas vagabundas, de ojos oscuros y robustas; esta niña era delgada y muy rubia. Su cabello era del más brillante oro vivo, y a pesar de la pobreza de su ropa, parecía coronar su cabeza con distinción. Su frente era clara y amplia, sus ojos azules despejados, y sus labios y la forma de su rostro expresaban tanta sensibilidad y dulzura que nadie podía contemplarla sin percibirla como una especie distinta, un ser celestial, con un sello celestial en todos sus rasgos.

La campesina, al percibir que mi madre fijaba la mirada de asombro y admiración en aquella encantadora muchacha, le contó con entusiasmo su historia. No era su hija, sino la hija de un noble

milanés. Su madre era alemana y había fallecido al darla a luz. La niña había sido puesta al cuidado de estas buenas personas; entonces estaban en mejor situación. Llevaban poco tiempo casados, y su hijo mayor acababa de nacer. El padre de la niña a su cargo era uno de esos italianos criados en la memoria de la antigua gloria de Italia, uno de los *schiavi ognor frementi,* que se esforzó por obtener la libertad de su país. Se convirtió en víctima de su debilidad. No se supo si había muerto o si aún permanecía en las mazmorras de Austria. Sus bienes fueron confiscados; su hija quedó huérfana y mendiga. Ella continuó con sus padres adoptivos y floreció en su ruda morada, más hermosa que una rosa de jardín entre zarzas de hojas oscuras.

Cuando mi padre regresó de Milán, encontró jugando conmigo en el salón de nuestra villa a una niña más hermosa que un querubín retratado: una criatura que parecía irradiar resplandor con su aspecto y cuya forma y movimientos eran más ligeros que las gamuzas de las colinas. La aparición pronto fue explicada. Con su permiso, mi madre convenció a sus rústicos tutores para que le cedieran su cuidado. Sentían cariño por la dulce huérfana. Su presencia les había parecido una bendición, pero sería injusto para ella mantenerla en la pobreza y la necesidad cuando la Providencia le brindaba tan poderosa protección. Consultaron al párroco del pueblo, y el resultado fue que Elizabeth Lavenza se convirtió en la anfitriona de la casa de mis padres, mi más que hermana, la hermosa y adorada compañera de todas mis ocupaciones y mis placeres.

Todos querían a Elizabeth. El cariño apasionado y casi reverencial con que todos la miraban se convirtió, mientras yo lo compartía, en mi orgullo y mi deleite. La noche anterior a que la trajeran a casa, mi madre había dicho en broma: «Tengo un bonito regalo para mi Victor; mañana lo tendrá». Y cuando, a la mañana siguiente, me entregó a Elizabeth como el regalo prometido, yo, con una seriedad infantil, interpreté sus palabras al pie de la letra y la consideré mía: mía para protegerla, amarla y cuidarla. Todos los elogios que le dedicaban los recibía como si fueran una posesión mía. Nos llamábamos familiarmente prima. Ninguna palabra, ninguna expresión podía expresar la clase de relación que ella tenía conmigo: más que una hermana, pues hasta la muerte sería solo mía.



Capítulo 2

Nos criamos juntas; no nos llevábamos ni un año de diferencia. No hace falta decir que éramos ajenas a cualquier tipo de desunión o disputa. La armonía era el alma de nuestra camaradería, y la diversidad y el contraste que subsistían en nuestros caracteres nos acercaban aún más. Elizabeth era de carácter más tranquilo y concentrado; pero, a pesar de mi ardor, yo era capaz de una aplicación más intensa y estaba más profundamente cautivada por la sed de conocimiento. Ella se dedicaba a seguir las creaciones aéreas de los poetas; y en los majestuosos y maravillosos paisajes que rodeaban nuestro hogar suizo —las sublimes formas de las montañas, los cambios de las estaciones, la tempestad y la calma, el silencio del invierno y la vida y la turbulencia de nuestros veranos alpinos— encontraba amplios motivos de admiración y deleite. Mientras mi compañera contemplaba con seriedad y satisfacción la magnífica apariencia de las cosas, yo disfrutaba investigando sus causas. El mundo era para mí un secreto que deseaba adivinar. La curiosidad, la investigación seria para conocer las leyes ocultas de la naturaleza, una alegría parecida al éxtasis, tal como me fueron reveladas, se encuentran entre las primeras sensaciones que puedo recordar.

Con el nacimiento de mi segundo hijo, siete años menor que yo, mis padres abandonaron por completo su vida errante y se establecieron en su país na-

tal. Teníamos una casa en Ginebra y una *campiña* en Belrive, la orilla oriental del lago, a poco más de una legua de la ciudad. Vivíamos principalmente en esta última, y mis padres vivían en un aislamiento considerable. Mi temperamento era evitar las multitudes y unirme fervientemente a unos pocos. Por lo tanto, me mostraba indiferente hacia mis compañeros de escuela en general; pero me uní con una amistad muy estrecha a uno de ellos. Henry Clerval era hijo de un comerciante de Ginebra. Era un muchacho de talento e imaginación singulares. Amaba la empresa, las dificultades e incluso el peligro por sí mismo. Era un profundo lector de libros de caballería y romances. Compuso canciones heroicas y comenzó a escribir numerosos relatos de encantamiento y aventuras caballerescas. Intentó hacernos representar obras de teatro y entrar en mascaradas, en las que los personajes eran sacados de los héroes de Roncesvalles, de la Tabla Redonda del Rey Arturo y del séquito caballeresco que derramó su sangre para redimir el santo sepulcro de manos de los infieles.

Ningún ser humano podría haber tenido una infancia más feliz que la mía. Mis padres estaban imbuidos de un espíritu de bondad e indulgencia. Sentíamos que no eran tiranos que gobernaban nuestra suerte a su antojo, sino los artífices y creadores de todos los placeres que disfrutábamos. Al relacionarme con otras familias, percibí claramente la fortuna de mi suerte, y la gratitud contribuyó al desarrollo del amor filial.

Mi temperamento era a veces violento y mis pasiones vehementes; pero por alguna ley de mi

temperamento, no se inclinaban hacia actividades infantiles, sino hacia un ferviente deseo de aprender, y no de aprenderlo todo indiscriminadamente. Confieso que ni la estructura de los idiomas, ni el código de gobierno, ni la política de los diversos estados me atraían. Eran los secretos del cielo y la tierra lo que deseaba aprender; y ya fuera la sustancia externa de las cosas o el espíritu interior de la naturaleza y el alma misteriosa del hombre lo que me ocupaba, mis indagaciones se dirigían a lo metafísico, o en su sentido más elevado, a los secretos físicos del mundo.

Mientras tanto, Clerval se ocupaba, por así decirlo, de las relaciones morales de las cosas. El ajetreo de la vida, las virtudes de los héroes y las acciones de los hombres eran su tema; y su esperanza y su sueño eran convertirse en uno de aquellos cuyos nombres se registran en la historia como los valientes y aventureros benefactores de nuestra especie. El alma santa de Elizabeth brillaba como una lámpara de altar en nuestro apacible hogar. Su compasión era nuestra; su sonrisa, su voz suave, la dulce mirada de sus ojos celestiales, siempre estaban ahí para bendecirnos y animarnos. Ella era el espíritu viviente del amor para ablandar y atraer; yo podría haberme vuelto hosco en mi estudio, áspero por el ardor de mi naturaleza, si no fuera porque ella estaba allí para someterme a una apariencia de su propia dulzura. Y Clerval... ¿podría haber algo que no se afianzara en el noble espíritu de Clerval? Sin embargo, él podría no haber sido tan perfectamente humano, tan considerado en su generosidad, tan

lleno de bondad y ternura en medio de su pasión por las hazañas aventureras, si ella no le hubiera revelado el verdadero encanto de la beneficencia y no hubiera hecho del hacer el bien el fin y el objetivo de su desbordante ambición.

Siento un placer exquisito al reflexionar sobre los recuerdos de mi infancia, antes de que la desgracia manchara mi mente y transformara sus brillantes visiones de gran utilidad en sombrías y estrechas reflexiones sobre mí mismo. Además, al dibujar el retrato de mis primeros días, también registro los acontecimientos que, paso a paso, me llevaron a mi posterior historia de miseria, pues cuando me pregunto por el nacimiento de esa pasión que luego rigió mi destino, la encuentro surgir, como un río de montaña, de fuentes innobles y casi olvidadas; pero, al crecer a medida que avanzaba, se convirtió en el torrente que, en su curso, ha arrasado con todas mis esperanzas y alegrías.

La filosofía natural es el genio que ha regulado mi destino; por lo tanto, deseo en esta narración exponer los hechos que llevaron a mi predilección por esta ciencia. Cuando tenía trece años, todos fuimos de fiesta a los baños cerca de Thonon; las inclemencias del tiempo nos obligaron a permanecer un día confinados en la posada. En esta casa encontré por casualidad un volumen de las obras de Cornelio Agripa. Lo abrí con apatía; la teoría que intenta demostrar y los maravillosos hechos que relata pronto transformaron este sentimiento en entusiasmo. Una nueva luz pareció iluminar mi mente y, rebosante de alegría, le comuniqué mi des-

cubrimiento a mi padre. Mi padre miró distraídamente la portada de mi libro y dijo: "¡Ah! ¡Cornelio Agripa! Mi querido Víctor, no pierdas el tiempo con esto; es una triste tontería".

Si, en lugar de este comentario, mi padre se hubiera tomado la molestia de explicarme que los principios de Agripa habían sido completamente desmentidos y que se había introducido un sistema científico moderno con poderes mucho mayores que el antiguo, porque los poderes de este último eran quiméricos, mientras que los del primero eran reales y prácticos, en tales circunstancias, sin duda habría dejado a Agripa de lado y habría satisfecho mi imaginación, avivada como estaba, volviendo con mayor ardor a mis estudios anteriores. Incluso es posible que el curso de mis ideas nunca hubiera recibido el impulso fatal que me llevó a la ruina. Pero la rápida mirada que mi padre echó a mi libro no me aseguró en absoluto que conociera su contenido, y continué leyendo con la mayor avidez.

Al regresar a casa, mi primera preocupación fue conseguir la obra completa de este autor, y posteriormente la de Paracelso y Alberto Magno. Leí y estudié con deleite las extravagantes fantasías de estos escritores; me parecieron tesoros conocidos por pocos aparte de mí. Me he descrito como alguien siempre imbuido de un ferviente anhelo por penetrar en los secretos de la naturaleza. A pesar del intenso trabajo y los maravillosos descubrimientos de los filósofos modernos, siempre terminaba mis estudios descontento e insatisfecho. Se dice que Sir Isaac Newton confesó sentirse como un niño

recogiendo conchas junto al vasto e inexplorado océano de la verdad. Aquellos de sus sucesores en cada rama de la filosofía natural que conocí me parecieron, incluso a mi hijo, principiantes empeñados en la misma búsqueda.

El campesino inculto contemplaba los elementos que lo rodeaban y conocía sus usos prácticos. El filósofo más erudito sabía poco más. Había desvelado parcialmente el rostro de la Naturaleza, pero sus rasgos inmortales seguían siendo una maravilla y un misterio. Podía diseccionar, anatomizar y dar nombres; pero, por no hablar de una causa final, las causas en sus grados secundarios y terciarios le eran completamente desconocidas. Había contemplado las fortificaciones e impedimentos que parecían impedir a los seres humanos entrar en la ciudadela de la naturaleza, y, precipitada e ignorantemente, me había lamentado.

Pero allí estaban los libros, y allí estaban los hombres que habían profundizado más y sabían más. Les creí por completo y me convertí en su discípulo. Puede parecer extraño que algo así surgiera en el siglo XVIII; pero mientras seguía la rutina de la educación en las escuelas de Ginebra, fui, en gran medida, autodidacta en lo que respecta a mis estudios favoritos. Mi padre no era científico, y me dejaron luchar con la ceguera infantil, sumada a la sed de conocimiento de un estudiante. Bajo la guía de mis nuevos preceptores, me adentré con la mayor diligencia en la búsqueda de la piedra filosofal y el elixir de la vida; pero este último pronto captó mi atención por completo. La riqueza era un obje-

tivo inferior, pero ¡qué gloria acompañaría al descubrimiento si pudiera desterrar la enfermedad del cuerpo humano y volver al hombre invulnerable a cualquier cosa que no fuera una muerte violenta!
Estas no fueron mis únicas visiones. La aparición de fantasmas o demonios era una promesa generosamente concedida por mis autores favoritos, cuyo cumplimiento ansiaba con ansias; y si mis conjuros siempre fracasaban, lo atribuía más a mi propia inexperiencia y error que a la falta de habilidad o fidelidad de mis instructores. Y así, durante un tiempo, estuve ocupado con sistemas desmontados, mezclando, como un inexperto, mil teorías contradictorias y forcejeando desesperadamente en un pantano de conocimientos multifacéticos, guiado por una imaginación ardiente y un razonamiento infantil, hasta que un accidente volvió a cambiar el curso de mis ideas.
Cuando tenía unos quince años, nos habíamos retirado a nuestra casa cerca de Belrive, cuando presenciamos una violenta y terrible tormenta. Avanzaba desde detrás de las montañas del Jura, y los truenos estallaron de inmediato con una fuerza espantosa desde diversas partes del cielo. Me quedé allí, mientras duraba la tormenta, observando su avance con curiosidad y deleite. Mientras estaba en la puerta, de repente vi un chorro de fuego salir de un viejo y hermoso roble que se alzaba a unos veinte metros de nuestra casa; y tan pronto como la luz cegadora se desvaneció, el roble desapareció, quedando solo un tocón destrozado. Cuando lo visitamos a la mañana siguiente, encontramos el

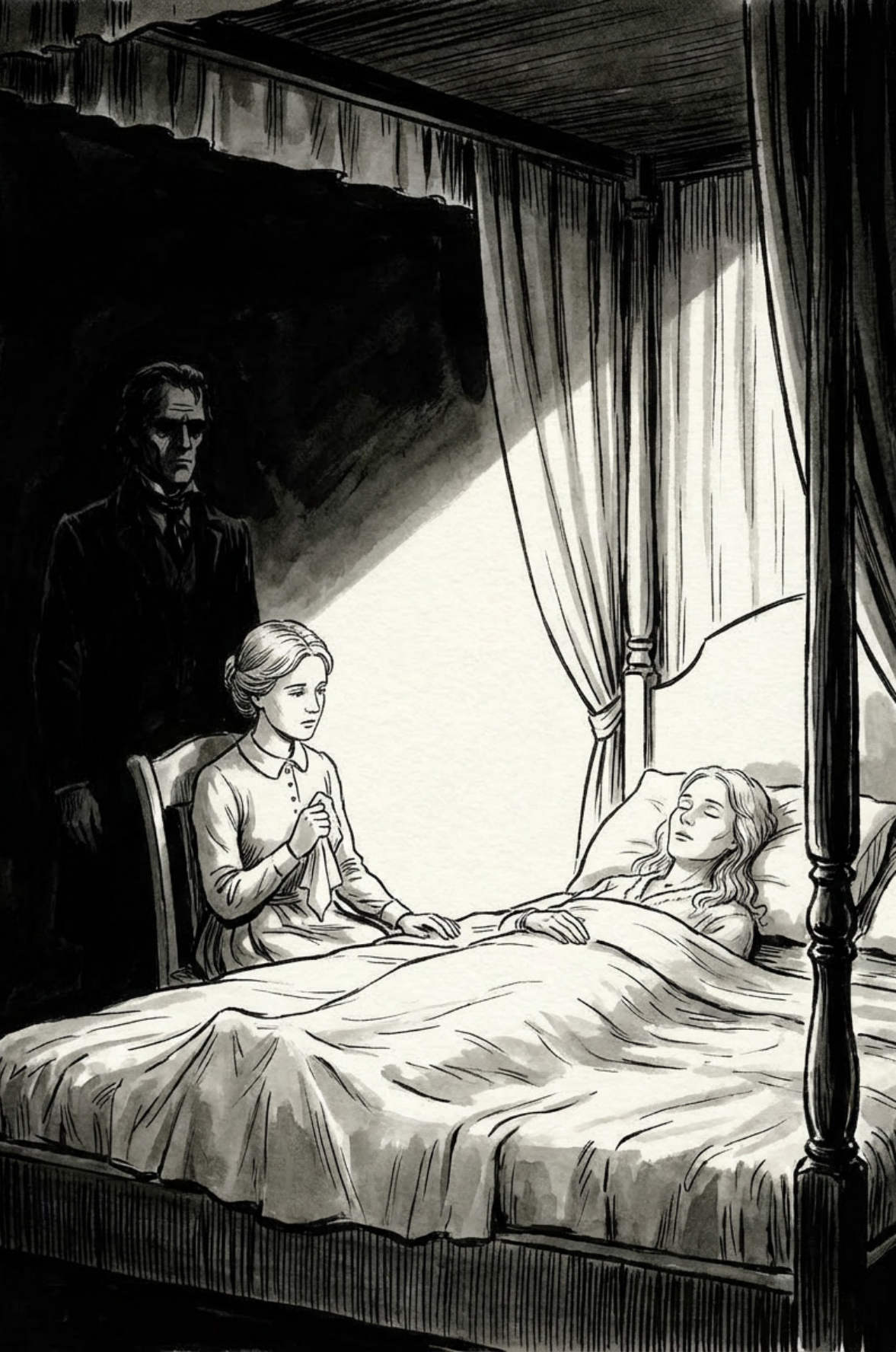
árbol destrozado de una manera singular. No estaba astillado por el impacto, sino completamente reducido a finas tiras de madera. Nunca vi nada tan completamente destruido.

Antes de esto, no desconocía las leyes más obvias de la electricidad. En esta ocasión, nos acompañaba un hombre de gran investigación en filosofía natural, quien, conmovido por esta catástrofe, se dedicó a explicar una teoría que había formulado sobre la electricidad y el galvanismo, que me resultó a la vez nueva y asombrosa. Todo lo que dijo eclipsó en gran medida a Cornelio Agripa, Alberto Magno y Paracelso, los señores de mi imaginación; pero, por alguna fatalidad, la derrota de estos hombres me disuadió de proseguir mis estudios habituales. Me parecía que nada llegaría ni podría llegar a saberse jamás. Todo lo que había atraído mi atención durante tanto tiempo se volvió repentinamente despreciable. Por uno de esos caprichos mentales a los que quizás somos más propensos en la juventud, abandoné de inmediato mis antiguas ocupaciones, consideré la historia natural y toda su progenie una creación deformada y fallida, y sentí el mayor desprecio por una supuesta ciencia que jamás podría siquiera traspasar el umbral del conocimiento real. Con este estado de ánimo me dediqué a las matemáticas y a las ramas de estudio pertenecientes a esa ciencia, considerándolas como si estuvieran construidas sobre bases seguras y fueran dignas de mi consideración.

Así de extrañamente están construidas nuestras almas, y por tan frágiles ligamentos estamos atados

a la prosperidad o la ruina. Al mirar atrás, me parece que este cambio casi milagroso de inclinación y voluntad fue la sugerencia inmediata del ángel guardián de mi vida: el último esfuerzo del espíritu de preservación para evitar la tormenta que ya entonces se cernía sobre las estrellas y estaba a punto de envolverme. Su victoria fue anunciada por una inusual tranquilidad y alegría de alma que siguieron al abandono de mis antiguos y últimamente atormentadores estudios. Fue así como aprendí a asociar el mal con su continuación, la felicidad con su desprecio.

Fue un gran esfuerzo del espíritu del bien, pero fue ineficaz. El destino era demasiado poderoso, y sus leyes inmutables habían decretado mi total y terrible destrucción.



Capítulo 3

Cuando cumplí diecisiete años, mis padres decidieron que estudiara en la universidad de Ingolstadt. Hasta entonces había asistido a las escuelas de Ginebra, pero mi padre consideró necesario para completar mi educación que conociera costumbres distintas a las de mi país natal. Por lo tanto, se fijó mi partida para una fecha temprana, pero antes de que llegara el día acordado, ocurrió la primera desgracia de mi vida: un presagio, por así decirlo, de mi futura miseria.

Elizabeth había contraído escarlatina; su enfermedad era grave y corría un gran peligro. Durante su enfermedad, se habían presentado muchos argumentos para persuadir a mi madre de que no la atendiera. Al principio cedió a nuestras súplicas, pero al enterarse de que la vida de su favorita estaba amenazada, ya no pudo controlar su ansiedad. Atendió su lecho de enferma; su atención vigilante triunfó sobre la malignidad de la enfermedad; Elizabeth se salvó, pero las consecuencias de esta imprudencia fueron fatales para su salvadora. Al tercer día, mi madre enfermó; la fiebre se acompañó de los síntomas más alarmantes, y el aspecto de sus médicos pronosticó el peor de los acontecimientos. En su lecho de muerte, la fortaleza y la bondad de esta excelente mujer no la abandonaron. Nos apoyó a Elizabeth y a mí. "Hijos míos", dijo, "mis más firmes esperanzas de felicidad futura estaban depositadas en la perspectiva de su unión. Esta expectativa será ahora el consuelo de

su padre. Elizabeth, mi amor, debes sustituir a mis hijos menores. ¡Ay! Lamento que me hayan separado de ustedes; y, feliz y querida como he sido, ¿no es difícil dejarlos a todos? Pero estos no son pensamientos propios de mí; me esforzaré por resignarme alegremente a la muerte y albergaré la esperanza de encontrarlos en el otro mundo".

Murió en calma, y su semblante expresaba afecto incluso en la muerte. No necesito describir los sentimientos de aquellos cuyos lazos más queridos se ven desgarrados por ese mal tan irreparable, el vacío que se presenta en el alma y la desesperación que se refleja en el rostro. Pasa tanto tiempo antes de que la mente pueda convencerse de que aquella a quien veíamos a diario y cuya existencia parecía parte de la nuestra, haya partido para siempre; que el brillo de una mirada amada pueda extinguirse y el sonido de una voz tan familiar y querida pueda silenciarse, para nunca más ser escuchado. Estas son las reflexiones de los primeros días; pero cuando el paso del tiempo demuestra la realidad del mal, entonces comienza la verdadera amargura del dolor. Sin embargo, ¿a quién no le ha arrebatado esa mano ruda algún vínculo querido? ¿Y por qué debería describir un dolor que todos han sentido y deben sentir? Finalmente llega el momento en que el dolor es más una indulgencia que una necesidad; y la sonrisa que se dibuja en los labios, aunque pueda considerarse un sacrilegio, no desaparece. Mi madre había muerto, pero aún teníamos deberes que cumplir; debíamos continuar nuestro camino con los demás y aprender a considerarnos afortunados mientras quede alguien a quien el saqueador no haya apresado.

Mi partida a Ingolstadt, pospuesta por estos acontecimientos, estaba ahora decidida de nuevo. Mi padre me concedió unas semanas de respiro. Me parecía un sacrilegio abandonar tan pronto el reposo, casi mortal, de la casa de luto y lanzarme a la vorágine de la vida. Era nuevo en el dolor, pero no por ello menos alarmante. No quería abandonar la vista de los que me quedaban, y sobre todo, deseaba ver a mi dulce Elizabeth consolada en cierta medida.

De hecho, ocultó su dolor y se esforzó por consolarnos a todos. Vivía con firmeza la vida y asumía sus deberes con valentía y celo. Se dedicó a quienes le habían enseñado a llamar sus tíos y primos. Nunca fue tan encantadora como en ese momento, cuando recordaba el brillo de sus sonrisas y las derramaba sobre nosotros. Olvidó incluso su propio arrepentimiento en su afán por hacernos olvidar.

Por fin llegó el día de mi partida. Clerval pasó la última noche con nosotros. Había intentado persuadir a su padre para que le permitiera acompañarme y ser mi compañero de estudios, pero fue en vano. Su padre era un comerciante de mente estrecha y veía ociosidad y ruina en las aspiraciones y ambiciones de su hijo. Henry sentía profundamente la desgracia de verse privado de una educación liberal. Hablaba poco, pero cuando lo hacía, leía en su mirada radiante y animada una resolución contenida pero firme de no verse encadenado a los miserables detalles del comercio.

Nos quedamos hasta tarde. No pudimos separarnos ni decirnos adiós. Se dijo, y nos retiramos con el pretexto de buscar reposo, creyendo cada uno que

el otro se había engañado; pero cuando al amanecer bajé al carruaje que me llevaría, todos estaban allí: mi padre de nuevo para bendecirme, Clerval para estrecharme la mano una vez más, mi Elizabeth para reiterar sus súplicas de que le escribiera a menudo y para que le dedicara sus últimas atenciones femeninas a su compañera de juegos y amiga.

Me dejé caer en el carruaje que me llevaría y me entregué a las más melancólicas reflexiones. Yo, que siempre había estado rodeada de amables compañeros, me esforzaba continuamente por brindarme placer mutuo; ahora estaba sola. En la universidad adonde iba, debía hacer mis propios amigos y ser mi propia protectora. Mi vida hasta entonces había sido notablemente aislada y hogareña, y esto me había generado una repugnancia invencible hacia los rostros nuevos. Amaba a mis hermanos Elizabeth y Clerval; eran «viejos rostros familiares», pero me creía totalmente inepta para la compañía de desconocidos. Tales eran mis reflexiones al comenzar mi viaje; pero a medida que avanzaba, mi ánimo y mis esperanzas se elevaban. Deseaba ardientemente adquirir conocimiento. A menudo, cuando estaba en casa, me había resultado difícil permanecer durante mi juventud encerrada en un solo lugar y había anhelado salir al mundo y ocupar mi lugar entre otros seres humanos. Ahora mis deseos se cumplieron, y realmente hubiera sido una locura arrepentirme.

Tuve tiempo suficiente para estas y muchas otras reflexiones durante mi largo y agotador viaje a Ingolstadt. Por fin, el alto y blanco campanario de la ciudad se

cruzó con mis ojos. Bajé y me llevaron a mi solitario apartamento para pasar la noche a mi antojo.

A la mañana siguiente entregué mis cartas de presentación y visité a algunos de los profesores principales. La casualidad —o más bien la influencia maligna, el Ángel de la Destrucción, que ejerció su omnipotencia sobre mí desde el momento en que me alejé de la casa de mi padre— me condujo primero al señor Krempe, profesor de filosofía natural. Era un hombre rudo, pero profundamente imbuido de los secretos de su ciencia. Me hizo varias preguntas sobre mis progresos en las diferentes ramas de la ciencia pertenecientes a la filosofía natural. Respondí con despreocupación, y en parte con desprecio, mencionando los nombres de mis alquimistas como los principales autores que había estudiado. El profesor me miró fijamente. "¿De verdad has dedicado tu tiempo a estudiar esas tonterías?", preguntó.

Respondí afirmativamente. «Cada minuto», continuó el señor Krempe con vehemencia, «cada instante que ha desperdiciado en esos libros se ha perdido por completo. Ha recargado su memoria con sistemas descompuestos y nombres inútiles. ¡Dios mío! ¿En qué tierra desierta ha vivido, donde nadie tuvo la amabilidad de informarle que estas fantasías que ha absorbido con tanta avidez tienen mil años y son tan mohosas como antiguas? Poco esperaba, en esta era ilustrada y científica, encontrar un discípulo de Alberto Magno y Paracelso. Mi querido señor, debe comenzar sus estudios desde cero.»

Dicho esto, se hizo a un lado y escribió una lista

de varios libros que trataban de filosofía natural que deseaba que yo consiguiera, y me despidió después de mencionar que a principios de la semana siguiente tenía la intención de comenzar un curso de conferencias sobre filosofía natural en sus relaciones generales, y que M. Waldman, un profesor colega, daría conferencias sobre química en los días alternos que él omitió.

Regresé a casa sin decepcionarme, pues ya he dicho que durante mucho tiempo había considerado inútiles a aquellos autores que el profesor reprobaba; pero no por ello volví con más ganas de recurrir a estos estudios. El señor Krempe era un hombrecillo rechoncho, de voz ronca y rostro repulsivo; por lo tanto, el profesor no me predisponía a favor de sus intereses. Con un tono quizás demasiado filosófico y coherente, he relatado las conclusiones a las que llegué sobre ellos en mi juventud. De niño, no me conformaba con los resultados que prometían los profesores modernos de ciencias naturales. Con una confusión de ideas que solo se explicaba por mi extrema juventud y mi falta de guía en tales asuntos, retrocedí los pasos del conocimiento por los senderos del tiempo y cambié los descubrimientos de investigadores recientes por los sueños de alquimistas olvidados. Además, despreciaba los usos de la filosofía natural moderna. Era muy diferente cuando los maestros de la ciencia buscaban la inmortalidad y el poder; tales perspectivas, aunque fútiles, eran grandiosas; Pero ahora el panorama había cambiado. La ambición del investigador parecía limitarse a la aniquilación de aquellas visiones

en las que se basaba principalmente mi interés por la ciencia. Se me exigía cambiar quimeras de grandeza ilimitada por realidades de escaso valor.

Tales fueron mis reflexiones durante los dos o tres primeros días de mi estancia en Ingolstadt, dedicados principalmente a conocer la localidad y a los principales residentes de mi nueva morada. Pero al comenzar la semana siguiente, recordé la información que el Sr. Krempe me había dado sobre las conferencias. Y aunque no podía consentir en ir a escuchar a ese engreído pronunciar sentencias desde un púlpito, recordé lo que había dicho del Sr. Waldman, a quien nunca había visto, ya que hasta entonces había estado fuera de la ciudad.

En parte por curiosidad y en parte por ocio, entré en el aula, donde el señor Waldman entró poco después. Este profesor era muy diferente a su colega. Aparentaba unos cincuenta años, pero su aspecto reflejaba la mayor benevolencia; unas pocas canas le cubrían las sienes, pero las de la nuca eran casi negras. Era bajo pero notablemente erguido, y su voz, la más dulce que jamás había oído. Comenzó su conferencia con una recapitulación de la historia de la química y las diversas mejoras realizadas por diferentes eruditos, pronunciando con fervor los nombres de los descubridores más distinguidos. Luego, presentó un vistazo rápido al estado actual de la ciencia y explicó muchos de sus términos elementales. Tras realizar algunos experimentos preparatorios, concluyó con un panegírico de la química moderna, cuyos términos jamás olvidaré:

"Los antiguos maestros de esta ciencia", dijo,

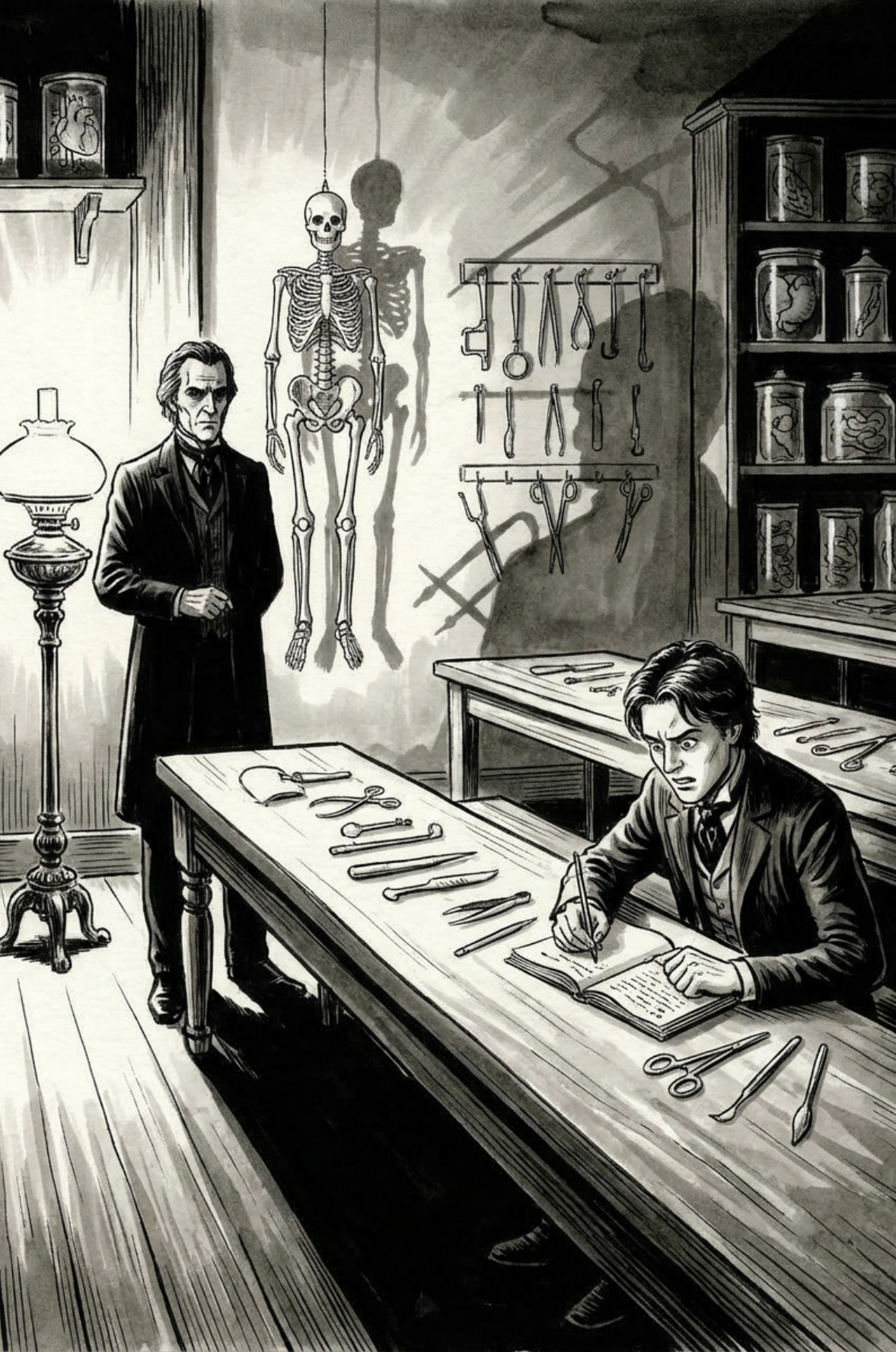
"prometieron imposibilidades y no lograron nada. Los maestros modernos prometen muy poco; saben que los metales no se pueden transmutar y que el elixir de la vida es una quimera, pero estos filósofos, cuyas manos parecen hechas solo para chapotear en la tierra y sus ojos para escudriñar el microscopio o el crisol, han obrado milagros. Penetran en los recovecos de la naturaleza y muestran cómo trabaja en sus escondites. Ascienden a los cielos; han descubierto cómo circula la sangre y la naturaleza del aire que respiramos. Han adquirido poderes nuevos y casi ilimitados; pueden controlar los truenos del cielo, imitar el terremoto e incluso burlarse del mundo invisible con sus propias sombras".

Tales fueron las palabras del profesor —o mejor dicho, las palabras del destino—, pronunciadas para destruirme. Mientras continuaba, sentí como si mi alma se enfrentara a un enemigo palpable; una a una, las diversas teclas que conformaban el mecanismo de mi ser fueron tocadas; acorde tras acorde sonaron, y pronto mi mente se llenó de un solo pensamiento, una sola concepción, un solo propósito. Tanto se ha logrado —exclamó el alma de Frankenstein—; más, mucho más, lograré; siguiendo los pasos ya marcados, abriré un nuevo camino, exploraré poderes desconocidos y revelaré al mundo los misterios más profundos de la creación.

No cerré los ojos esa noche. Mi ser interior estaba en un estado de insurrección y agitación; presentía que el orden surgiría de allí, pero no tenía poder

para lograrlo. Poco a poco, tras el amanecer, me llegó el sueño. Desperté, y mis pensamientos de la noche anterior eran como un sueño. Solo me quedaba la resolución de retomar mis antiguos estudios y dedicarme a una ciencia para la que creía poseer un talento natural. Ese mismo día visité al señor Waldman. Sus modales en privado eran aún más apacibles y atractivos que en público, pues había cierta dignidad en su semblante durante la conferencia que en su propia casa era reemplazada por la mayor afabilidad y amabilidad. Le conté casi la misma historia de mis anteriores ocupaciones que a su colega. Escuchó con atención la breve narración sobre mis estudios y sonrió al mencionar a Cornelio Agripa y Paracelso, pero sin el desprecio que había mostrado el señor Krempe. Dijo que «Estos eran hombres a cuyo infatigable celo los filósofos modernos debían la mayor parte de los fundamentos de su conocimiento. Nos habían dejado, como tarea más fácil, dar nuevos nombres y organizar en clasificaciones conectadas los hechos que, en gran medida, ellos habían sido los instrumentos para sacar a la luz. Las labores de hombres de genio, por muy mal dirigidas que estén, casi nunca dejan de redundar en beneficio de la humanidad». Escuché su declaración, pronunciada sin presunción ni afectación, y luego añadí que su conferencia había disipado mis prejuicios contra los químicos modernos; me expresé con mesura, con la modestia y la deferencia debidas a un joven hacia su instructor, sin dejar escapar (mi inexperiencia en la vida me habría avergonzado) nada del

entusiasmo que impulsaba mis futuros trabajos. Le pedí consejo sobre los libros que debía conseguir. "Me alegro", dijo M. Waldman, "de haber encontrado un discípulo; y si su dedicación está a la altura de su capacidad, no dudo de su éxito. La química es la rama de la filosofía natural donde se han logrado y se pueden lograr los mayores avances; por eso la he convertido en mi especialidad; pero, al mismo tiempo, no he descuidado las demás ramas de la ciencia. Un hombre sería un químico muy deplorable si se dedicara solo a esa rama del conocimiento humano. Si desea convertirse en un verdadero hombre de ciencia y no en un simple experimentador, le aconsejo que se aplique a todas las ramas de la filosofía natural, incluidas las matemáticas". Luego me llevó a su laboratorio y me explicó el uso de sus diversas máquinas, indicándome qué debía conseguir y prometiéndome usar las suyas cuando hubiera avanzado lo suficiente en la ciencia como para no alterar su mecanismo. También me dio la lista de libros que había solicitado y me despedí. Así terminó un día memorable para mí y que decidió mi destino futuro.



Capítulo 4

Desde ese día, la filosofía natural, y en particular la química, en el sentido más amplio del término, se convirtieron casi en mi única ocupación. Leí con ardor las obras, tan llenas de ingenio y discernimiento, que los investigadores modernos han escrito sobre estos temas. Asistí a las conferencias y cultivé la amistad con los hombres de ciencia de la universidad, e incluso en M. Krempe encontré mucho sentido común e información real, combinada, es cierto, con una fisonomía y modales repulsivos, pero no por ello menos valiosa. En M. Waldman encontré un verdadero amigo. Su amabilidad nunca estuvo teñida de dogmatismo, y sus instrucciones se impartían con un aire de franqueza y buen carácter que desterró cualquier idea de pedantería. De mil maneras me allanó el camino del conocimiento e hizo que las indagaciones más abstrusas fueran claras y fáciles de comprender. Mi aplicación fue al principio fluctuante e incierta; Ganó fuerza a medida que avanzaba y pronto se volvió tan ardiente y ansiosa que las estrellas a menudo desaparecían a la luz de la mañana mientras yo todavía estaba ocupado en mi laboratorio.

Como me dediqué con tanta dedicación, es fácil concebir que mi progreso fue rápido. Mi ardor asombraba a los estudiantes, y mi pericia a los maestros. El profesor Krempe me preguntaba a menudo, con una sonrisa pícara, cómo progresaba

Cornelius Agrippa, mientras que el señor Waldman expresaba su más sincera alegría por mi progreso. Así transcurrieron dos años, durante los cuales no visité Ginebra, sino que me dediqué en cuerpo y alma a la búsqueda de algunos descubrimientos que esperaba hacer. Solo quienes los han experimentado pueden concebir los atractivos de la ciencia. En otros estudios se llega tan lejos como otros han llegado antes, y no hay nada más que saber; pero en una actividad científica hay un continuo motivo de descubrimiento y asombro. Una mente de capacidad moderada que se dedica con detenimiento a un estudio debe llegar infaliblemente a una gran competencia en ese estudio; Y yo, que buscaba constantemente alcanzar un objetivo y estaba completamente absorto en él, progresé tan rápidamente que al cabo de dos años hice algunos descubrimientos en el perfeccionamiento de algunos instrumentos químicos, lo que me valió gran estima y admiración en la universidad. Cuando llegué a este punto y me familiaricé con la teoría y la práctica de la filosofía natural tanto como dependía de las lecciones de cualquiera de los profesores de Ingolstadt, como mi residencia allí ya no propiciaba mi progreso, pensé en regresar con mis amigos y mi ciudad natal, cuando ocurrió un incidente que prolongó mi estancia.

Uno de los fenómenos que atrajo mi atención fue la estructura del cuerpo humano y, de hecho, la de cualquier animal dotado de vida. ¿De dónde, me preguntaba a menudo, provenía el principio de la vida? Era una pregunta atrevida, considera-

da siempre un misterio; sin embargo, ¿cuántas cosas estaríamos a punto de conocer si la cobardía o la negligencia no frenaran nuestras indagaciones? Reflexioné sobre estas circunstancias y, desde entonces, decidí dedicarme más particularmente a las ramas de la filosofía natural relacionadas con la fisiología. De no haber estado animado por un entusiasmo casi sobrenatural, mi dedicación a este estudio habría sido tediosa y casi intolerable. Para examinar las causas de la vida, primero debemos recurrir a la muerte. Me familiaricé con la anatomía, pero esto no fue suficiente; también debía observar la descomposición y la corrupción natural del cuerpo humano. Durante mi educación, mi padre había tomado las mayores precauciones para que mi mente no se viera afectada por horrores sobrenaturales. No recuerdo haber temblado jamás ante un cuento supersticioso ni haber temido la aparición de un espíritu. La oscuridad no tenía ningún efecto en mi imaginación, y un cementerio era para mí simplemente el receptáculo de cuerpos desprovistos de vida, que, de ser la sede de la belleza y la fuerza, se habían convertido en alimento para el gusano. Ahora me veía obligado a examinar la causa y el progreso de esta decadencia, y me veía obligado a pasar días y noches en bóvedas y osarios. Mi atención se centraba en todo lo más insoportable para la delicadeza de los sentimientos humanos. Vi cómo la bella figura del hombre se degradaba y se consumía; presencié cómo la corrupción de la muerte sucedía a la floreciente mejilla de la vida; vi cómo el gusano heredaba las

maravillas de la vista y el cerebro. Hice una pausa, examinando y analizando todos los detalles de la causalidad, ejemplificados en el cambio de la vida a la muerte y de la muerte a la vida, hasta que en medio de esta oscuridad una luz repentina irrumpió en mí, una luz tan brillante y maravillosa, y al mismo tiempo tan simple, que mientras me mareaba con la inmensidad de la perspectiva que ilustraba, me sorprendió que entre tantos hombres de genio que habían dirigido sus investigaciones hacia la misma ciencia, solo yo estuviera reservado para descubrir un secreto tan asombroso.

Recuerden, no estoy registrando la visión de un loco. El sol no brilla en el cielo con mayor certeza que lo que ahora afirmo. Algún milagro pudo haberlo producido, pero las etapas del descubrimiento fueron claras y probables. Tras días y noches de increíble trabajo y fatiga, logré descubrir la causa de la generación y la vida; es más, me volví capaz de infundir vida a la materia inerte.

El asombro inicial que experimenté ante este descubrimiento pronto dio paso al deleite y al éxtasis. Tras tanto tiempo dedicado a una penosa labor, alcanzar de golpe la cima de mis deseos fue la culminación más gratificante de mis esfuerzos. Pero este descubrimiento fue tan grande y abrumador que todos los pasos que me habían conducido progresivamente a él se borraron, y solo contemplé el resultado. Lo que había sido el estudio y el deseo de los hombres más sabios desde la creación del mundo estaba ahora a mi alcance. No es que, como una escena mágica, todo se revelara ante mí de golpe:

la información que había obtenido era más para dirigir mis esfuerzos en cuanto los dirigiera hacia el objetivo de mi búsqueda que para exhibir ese objetivo ya cumplido. Era como el árabe que había sido enterrado con los muertos y encontró un camino a la vida, ayudado solo por una luz tenue y aparentemente ineficaz.

Veo por tu entusiasmo, el asombro y la esperanza que expresan tus ojos, amigo mío, que esperas ser informado del secreto que conozco; eso no puede ser; escucha pacientemente hasta el final de mi relato y comprenderás fácilmente por qué tengo reservas al respecto. No te guiaré, desprevenido y apasionado como lo era entonces, hacia tu destrucción y miseria infalible. Aprende de mí, si no con mis preceptos, al menos con mi ejemplo, cuán peligroso es adquirir conocimiento y cuánto más feliz es quien cree que su ciudad natal es el mundo que quien aspira a ser más grande de lo que su naturaleza le permite.

Cuando descubrí un poder tan asombroso en mis manos, dudé mucho tiempo sobre cómo emplearlo. Aunque poseía la capacidad de infundir vida, preparar un cuerpo para recibirla, con toda su complejidad de fibras, músculos y venas, seguía siendo una tarea de inconcebible dificultad y trabajo. Al principio, dudé si debía intentar crear un ser como yo o uno de organización más simple; pero mi imaginación estaba demasiado exaltada por mi primer éxito como para permitirme dudar de mi capacidad para dar vida a un animal tan complejo y maravilloso como el hombre. Los materiales

que tenía a mi disposición no parecían suficientes para una empresa tan ardua, pero no dudaba de que finalmente triunfaría. Me preparé para multitud de reveses; mis operaciones podrían verse frustradas constantemente y, al final, mi trabajo resultaría imperfecto; sin embargo, al considerar los avances que se producen cada día en la ciencia y la mecánica, me animó la esperanza de que mis intentos actuales al menos sentarían las bases del éxito futuro. Tampoco podía considerar la magnitud y complejidad de mi plan como argumento para su impracticabilidad. Con estos sentimientos comencé la creación de un ser humano. Como la pequeñez de las piezas constituía un gran obstáculo para mi velocidad, decidí, contrariamente a mi intención inicial, crear un ser de estatura gigantesca, es decir, de unos dos metros y medio de altura, y proporcionalmente grande. Tras tomar esta decisión y dedicar varios meses a recopilar y organizar con éxito mis materiales, comencé.

Nadie puede concebir la variedad de sentimientos que me impulsaban hacia adelante, como un huracán, en el primer entusiasmo del éxito. La vida y la muerte me parecían límites ideales, que yo debía primero traspasar y derramar un torrente de luz en nuestro mundo oscuro. Una nueva especie me bendeciría como su creador y fuente; muchas naturalezas felices y excelentes me deberían su existencia. Ningún padre podría reclamar la gratitud de su hijo tan plenamente como yo la de ellos. Prosiguiendo estas reflexiones, pensé que si podía infundir vida a la materia inerte, podría con el tiempo (aunque

ahora me parecía imposible) renovar la vida allí donde la muerte aparentemente había condenado el cuerpo a la corrupción.

Estos pensamientos me animaban mientras proseguía mi empresa con incansable ardor. Mis mejillas habían palidecido de tanto estudiar, y mi cuerpo se había demacrado por el confinamiento. A veces, al borde mismo de la certeza, fracasaba; pero aún me aferraba a la esperanza de que al día siguiente o a la siguiente hora se hiciera realidad. Un secreto que solo yo poseía era la esperanza a la que me había consagrado; y la luna contemplaba mis labores nocturnas, mientras, con un afán incesante y sin aliento, perseguía a la naturaleza hasta sus escondites. ¿Quién podrá concebir los horrores de mi secreta labor mientras me sumergía en la humedad impía de la tumba o torturaba al animal vivo para animar la arcilla inerte? Mis miembros ahora tiemblan, y mis ojos se llenan de recuerdos; pero entonces un impulso irresistible y casi frenético me impulsó hacia adelante; parecía haber perdido toda alma o sensibilidad salvo por esta única búsqueda. En realidad, no fue más que un trance pasajero, que solo me reavivó la sensibilidad tan pronto como, al cesar el estímulo antinatural, volví a mis viejas costumbres. Recogía huesos de osarios y perturbaba, con dedos profanos, los tremendos secretos del cuerpo humano. En una cámara solitaria, o mejor dicho, celda, en la azotea de la casa, separada de las demás habitaciones por una galería y una escalera, mantenía mi taller de creación inmunda; mis ojos se salían de las órbitas al atender los detalles

de mi trabajo. La sala de disección y el matadero me proporcionaban muchos de mis materiales; y a menudo mi naturaleza humana se apartaba con repugnancia de mi ocupación, mientras, impulsado aún por un afán en constante aumento, llevaba mi trabajo casi a su fin.

Los meses de verano transcurrieron mientras yo estaba así, entregado en cuerpo y alma a una sola cosa. Era una estación bellísima; nunca los campos dieron una cosecha tan abundante ni las viñas dieron una cosecha tan exuberante, pero mis ojos eran insensibles a los encantos de la naturaleza. Y los mismos sentimientos que me hacían descuidar el paisaje que me rodeaba me hicieron olvidar también a esos amigos que estaban a tantos kilómetros de distancia y a quienes no había visto en tanto tiempo. Sabía que mi silencio los inquietaba, y recordaba bien las palabras de mi padre: «Sé que mientras estés satisfecho contigo mismo, pensarás en nosotros con cariño y tendremos noticias tuyas con regularidad. Debes disculparme si considero cualquier interrupción en tu correspondencia como una prueba de que tus demás obligaciones están igualmente descuidadas».

Sabía muy bien, pues, cuáles serían los sentimientos de mi padre, pero no podía apartar mis pensamientos de mi trabajo, repugnante en sí mismo, pero que se había apoderado irresistiblemente de mi imaginación. Deseaba, por así decirlo, posponer todo lo relacionado con mis sentimientos de afecto hasta que el gran objetivo, que absorbía todos los hábitos de mi naturaleza, se completara.

Entonces pensé que mi padre sería injusto si atribuyera mi negligencia a un vicio o falta mía, pero ahora estoy convencido de que tenía razón al considerar que no estaría completamente libre de culpa. Un ser humano en perfección debe mantener siempre una mente tranquila y apacible, y nunca permitir que la pasión o un deseo transitorio perturben su tranquilidad. No creo que la búsqueda del conocimiento sea una excepción a esta regla. Si el estudio al que te dedicas tiende a debilitar tus afectos y a destruir tu gusto por esos placeres sencillos en los que ninguna aleación puede mezclarse, entonces ese estudio es ciertamente ilícito, es decir, no es propio de la mente humana. Si esta regla se observara siempre; si nadie permitiera que ninguna ocupación interfiriera en la tranquilidad de sus afectos domésticos, Grecia no habría sido esclavizada, César habría perdonado a su país, América se habría descubierto más gradualmente y los imperios de México y Perú no habrían sido destruidos. Pero olvido que estoy moralizando en la parte más interesante de mi relato, y tus miradas me recuerdan que debo continuar.

Mi padre no me reprochaba nada en sus cartas y solo se percataba de mi silencio indagando en mis ocupaciones con más detalle que antes. Invierno, primavera y verano transcurrían durante mis labores; pero no contemplaba las flores ni las hojas que se expandían —espectáculos que antes siempre me causaban un deleite supremo—, tan absorto estaba en mi ocupación. Las hojas de ese año se habían marchitado antes de que mi trabajo llegara a su fin,

y ahora cada día me demostraba con mayor claridad mi éxito. Pero mi entusiasmo se veía frenado por la ansiedad, y parecía más un condenado por la esclavitud a trabajar en las minas o en cualquier otro oficio insalubre que un artista ocupado en su ocupación favorita. Todas las noches me oprimía una fiebre lenta y me ponía nervioso hasta un punto doloroso; la caída de una hoja me sobresaltaba, y evitaba a mis semejantes como si hubiera cometido un delito. A veces me alarmaba el desastre en el que me había convertido; La energía de mi propósito solo me sostenía: mis trabajos pronto terminarían, y creía que el ejercicio y la diversión alejarían entonces la enfermedad incipiente; y me prometí ambas cosas cuando mi creación estuviera completa.



Capítulo 5

Fue una lúgubre noche de noviembre cuando presencié el cumplimiento de mis labores. Con una ansiedad casi agónica, reuní los instrumentos de la vida a mi alrededor para infundir una chispa de vida en la criatura inerte que yacía a mis pies. Ya era la una de la mañana; la lluvia repiqueteaba lúgubremente contra los cristales, y mi vela estaba casi consumida, cuando, a la luz tenue de la luz medio apagada, vi abrirse el ojo amarillo apagado de la criatura; respiraba con dificultad, y un movimiento convulsivo agitaba sus extremidades.

¿Cómo puedo describir mis emociones ante esta catástrofe, o cómo describir al desgraciado que con tanto esfuerzo y cuidado me había esforzado por formar? Sus miembros eran proporcionados, y había elegido sus rasgos como hermosos. ¡Hermosos! ¡Dios mío! Su piel amarillenta apenas cubría el tejido muscular y arterial que había debajo; su cabello era de un negro brillante y abundante; sus dientes, de una blancura perlada; pero estas exuberancias solo creaban un contraste aún más horrible con sus ojos llorosos, que parecían casi del mismo color que las cuencas pardas donde estaban incrustados, su tez arrugada y sus labios rectos y negros.

Los diversos accidentes de la vida no son tan cambiantes como los sentimientos de la naturaleza humana. Había trabajado arduamente durante casi dos años, con el único propósito de infundir vida a un cuerpo inanimado. Para ello, me había privado de

descanso y salud. Lo había deseado con un ardor que excedía con creces la moderación; pero ahora que había terminado, la belleza del sueño se desvaneció, y un horror y una repugnancia abrumadores llenaron mi corazón. Incapaz de soportar el aspecto del ser que había creado, salí corriendo de la habitación y continué un buen rato recorriendo mi dormitorio, incapaz de conciliar el sueño. Finalmente, la lasitud sucedió al tumulto que antes había soportado, y me eché en la cama vestido, intentando buscar unos momentos de olvido. Pero fue en vano; dormí, sí, pero me perturbaron los sueños más descabellados. Creí ver a Elizabeth, en la flor de la salud, caminando por las calles de Ingolstadt. Deleitado y sorprendido, la abracé, pero al imprimir el primer beso en sus labios, estos se tornaron lívidos con el tono de la muerte; sus rasgos parecieron cambiar, y creí sostener el cadáver de mi madre muerta en mis brazos; un sudario la envolvió, y vi los gusanos de la tumba arrastrándose entre los pliegues de la franela. Me desperté de un sobresalto horrorizado; un rocío frío me cubrió la frente, me castañetearon los dientes y cada miembro se convulsionó; cuando, a la tenue y amarillenta luz de la luna, al abrirse paso a través de las contraventanas, contemplé al desdichado, al miserable monstruo que había creado. Levantó la cortina de la cama; y sus ojos, si es que se les puede llamar ojos, estaban fijos en mí. Abrió la boca y murmuró algunos sonidos inarticulados, mientras una sonrisa le arrugaba las mejillas. Podría haber hablado, pero no lo oí; una mano estaba extendida, aparentemente para detenerme, pero escapé y co-

rrí escaleras abajo. Me refugié en el patio de la casa que habitaba, donde permanecí el resto de la noche, paseando con la mayor agitación, escuchando atentamente, captando y temiendo cada sonido como si anunciara la proximidad del cadáver demoníaco al que tan miserablemente había dado vida.

¡Oh! Ningún mortal podría soportar el horror de ese rostro. Una momia reanimada no podría ser tan horrible como ese desgraciado. Lo había contemplado mientras estaba inacabado; era feo entonces, pero cuando esos músculos y articulaciones adquirieron capacidad de movimiento, se convirtió en algo que ni siquiera Dante podría haber concebido. Pasé la noche desdichadamente. A veces, mi pulso latía tan rápido y con tanta fuerza que sentía la palpitación de cada arteria; otras, casi me desplomaba en el suelo de languidez y extrema debilidad. Mezclada con este horror, sentía la amargura de la decepción; los sueños que habían sido mi alimento y mi placentero descanso durante tanto tiempo se habían convertido en un infierno para mí; ¡y el cambio fue tan rápido, la derrota tan completa!

La mañana, lúgubre y húmeda, amaneció por fin y descubrí ante mis ojos insomnes y doloridos la iglesia de Ingolstadt, con su campanario blanco y su reloj, que marcaba la hora sexta. El portero abrió las puertas del patio, que esa noche había sido mi refugio, y salí a las calles, recorriéndolas con paso rápido, como si quisiera evitar al desgraciado que temía que me presentara a cada recodo de la calle. No me atreví a regresar a la habitación que habitaba, pero me sentí impulsado a apresurar-

me, aunque empapado por la lluvia que caía de un cielo negro e inquietante.
Seguí caminando así un rato, intentando, mediante el ejercicio físico, aliviar la carga que me agobiaba la mente. Recorrí las calles sin tener una idea clara de dónde estaba ni de qué hacía. Mi corazón palpitaba con la angustia del miedo, y avancé a paso irregular, sin atreverme a mirar a mi alrededor.

Como quien, por un camino solitario,
camina con miedo y pavor,
y, tras darse la vuelta, sigue adelante
y ya no vuelve la cabeza;
porque sabe que un demonio temible
lo pisa de cerca.
["Ancient Mariner" de Coleridge]

Siguiendo así, llegué finalmente frente a la posada donde solían parar las diligencias y carruajes. Me detuve allí, sin saber por qué; pero permanecí unos minutos con la vista fija en un carruaje que venía hacia mí desde el otro extremo de la calle. Al acercarse, vi que era la diligencia suiza; se detuvo justo donde yo estaba, y al abrirse la puerta, vi a Henry Clerval, quien, al verme, salió de un salto. «Mi querido Frankenstein», exclamó, «¡qué alegría verte! ¡Qué suerte que estés aquí justo cuando me apeo!». Nada igualó mi alegría al ver a Clerval; su presencia me trajo a la mente a mi padre, a Elizabeth, y a todas aquellas escenas de mi hogar tan queridas en mi memoria. Le estreché la mano y en un instante olvidé mi horror y mi desgracia; sentí de repente,

y por primera vez en muchos meses, una alegría serena y tranquila. Así pues, recibí a mi amigo con la mayor cordialidad y caminamos hacia mi universidad. Clerval continuó hablando un rato sobre nuestros amigos comunes y su propia fortuna al haber podido venir a Ingolstadt. «Puedes imaginarte fácilmente», dijo, «lo difícil que fue convencer a mi padre de que el noble arte de la contabilidad no comprendía todos los conocimientos necesarios; y, de hecho, creo que lo dejé incrédulo hasta el final, pues su constante respuesta a mis incansables súplicas fue la misma que la del maestro holandés de El vicario de Wakefield: «Gano diez mil florines al año sin griego, como con gusto sin griego». Pero su afecto por mí finalmente superó su aversión al aprendizaje, y me permitió emprender un viaje de descubrimiento a la tierra del conocimiento".

"Me da la mayor alegría verte; pero dime cómo dejaste a mi padre, a mis hermanos y a Isabel".

Muy bien, y muy feliz, solo un poco inquieto porque apenas saben de ti. Por cierto, yo mismo quiero darte una pequeña charla sobre ellos. Pero, mi querido Frankenstein —continuó, deteniéndose en seco y mirándome fijamente a la cara—, no me había dado cuenta de lo mal que te ves; tan delgado y pálido; pareces haber estado velando durante varias noches.

"Has adivinado bien; últimamente he estado tan absorto en una ocupación que no me he permitido descansar lo suficiente, como ves; pero espero, sinceramente espero, que todos estos empleos hayan terminado y que por fin sea libre."

Temblaba excesivamente; no soportaba pensar, y mucho menos aludir, a los sucesos de la noche anterior. Caminé a paso rápido y pronto llegamos a mi universidad. Entonces reflexioné, y la idea me estremeció, que la criatura que había dejado en mi apartamento pudiera seguir allí, viva y andando por ahí. Temía contemplar a este monstruo, pero temía aún más que Henry lo viera. Rogándole, pues, que se quedara unos minutos al pie de la escalera, subí corriendo a mi habitación. Mi mano ya estaba en la cerradura de la puerta antes de que pudiera recuperarme. Entonces me detuve, y un escalofrío me invadió. Abrí la puerta a la fuerza, como suelen hacer los niños cuando esperan que un espectro los espere al otro lado; pero no apareció nada. Entré con miedo: el apartamento estaba vacío, y mi dormitorio también se había liberado de su horrible huésped. Apenas podía creer que me hubiera podido suceder una fortuna tan grande, pero cuando me aseguré de que mi enemigo había huido, aplaudí de alegría y corrí hacia Clerval.

Subimos a mi habitación y el sirviente trajo el desayuno; pero no pude contenerme. No era solo alegría lo que me poseía; sentía un hormigueo en la piel con excesiva sensibilidad y el pulso me latía con fuerza. No pude permanecer ni un instante en el mismo sitio; salté sobre las sillas, aplaudí y reí a carcajadas. Clerval, al principio, atribuyó mi inusual estado de ánimo a la alegría por su llegada, pero al observarme con más atención, vio en mis ojos una furia inexplicable, y mi risa estridente, desenfrenada y despiadada lo asustó y lo asombró.

—Mi querido Víctor —exclamó—, ¿qué te pasa, por Dios? No te rías así. ¡Qué mal estás! ¿Cuál es la causa de todo esto?

—No me preguntes —grité, tapándome los ojos con las manos, pues creí ver al temible espectro entrar en la habitación—; *él* lo sabe. ¡Oh, sálvame! ¡Sálvame! —Imaginé que el monstruo me había agarrado; forcejeé furiosamente y caí al suelo en un ataque.

¡Pobre Clerval! ¿Cómo se habrá sentido? Un encuentro que esperaba con tanta alegría, extrañamente se convirtió en amargura. Pero yo no fui testigo de su dolor, pues estaba sin vida y no recuperé el sentido durante mucho, mucho tiempo.

Este fue el comienzo de una fiebre nerviosa que me mantuvo confinada durante varios meses. Durante todo ese tiempo, Henry fue mi único enfermero. Después supe que, conociendo la avanzada edad de mi padre y su incapacidad para un viaje tan largo, y lo desdichada que mi enfermedad haría a Elizabeth, les evitó este dolor ocultándoles la gravedad de mi enfermedad. Sabía que no podría tener un enfermero más amable y atento que él; y, firme en la esperanza que sentía por mi recuperación, no dudó en que, en lugar de hacerles daño, les obsequió con la mayor generosidad posible.

Pero en realidad estaba muy enfermo, y seguramente nada más que las ilimitadas e incesantes atenciones de mi amigo podrían haberme devuelto a la vida. La figura del monstruo al que había dado existencia estaba siempre ante mis ojos, y deliraba incesantemente sobre él. Sin duda, mis palabras

sorprendieron a Henry; al principio creyó que eran divagaciones de mi imaginación perturbada, pero la pertinacia con la que recurría continuamente al mismo tema lo convenció de que mi trastorno, en efecto, debía su origen a algún suceso extraordinario y terrible.

Poco a poco, y con frecuentes recaídas que alarmaban y afligían a mi amigo, me recuperé. Recuerdo la primera vez que pude observar los objetos externos con placer, percibí que las hojas caídas habían desaparecido y que los brotes jóvenes brotaban de los árboles que daban sombra a mi ventana. Era una primavera divina, y la estación contribuyó enormemente a mi convalecencia. Sentí también que la alegría y el afecto revivían en mi corazón; mi tristeza desapareció, y en poco tiempo volví a estar tan alegre como antes de ser atacado por la pasión fatal.

—Querido Clerval —exclamé—, ¡qué amable, qué bueno eres conmigo! Todo este invierno, en lugar de dedicarlo al estudio, como te prometiste, lo he pasado en mi habitación de enfermo. ¿Cómo podré pagarte? Siento un profundo remordimiento por la decepción de la que he sido causa, pero me perdonarás.

"Me lo pagarás todo si no te descompones, sino que te recuperas lo más rápido que puedas; y ya que pareces de tan buen humor, puedo hablarte de un tema, ¿no?"

Temblé. ¡Un solo tema! ¿Qué podría ser? ¿Podría aludir a algo en lo que ni siquiera me atrevía a pensar?

—Tranquilízate —dijo Clerval, quien observó mi cambio de color—. No lo mencionaré si te preocupa; pero tu padre y tu primo se alegrarían mucho si recibieran una carta tuya escrita a mano. Apenas saben lo enferma que has estado y les inquieta tu prolongado silencio.

¿Eso es todo, mi querido Henry? ¿Cómo pudiste suponer que mi primer pensamiento no sería hacia esos queridos amigos a quienes amo y que tanto merecen mi amor?

—Si así es como te sientes ahora, amigo mío, quizá te alegrará ver una carta que ha estado aquí algunos días para ti; creo que es de tu primo.



Capítulo 6

Clerval entonces me puso en las manos la siguiente carta. Era de mi propia Elizabeth:

"Mi queridísima prima,

Has estado enfermo, muy enfermo, y ni siquiera las constantes cartas de mi querido y amable Henry bastan para tranquilizarme. Tienes prohibido escribir, incluso sostener una pluma; sin embargo, una palabra tuya, querido Victor, es suficiente para calmar nuestras aprensiones. Durante mucho tiempo he creído que cada correo traería estas líneas, y mis persuasiones han impedido que mi tío emprendiera un viaje a Ingolstadt. He evitado que se encontrara con los inconvenientes y quizás los peligros de un viaje tan largo, ¡pero cuántas veces he lamentado no poder hacerlo yo mismo! Me imagino que la tarea de atenderte en tu lecho de enfermo ha recaído en alguna vieja enfermera mercenaria, que jamás podría adivinar tus deseos ni atenderlos con el cuidado y el cariño de tu pobre primo. Sin embargo, eso ya pasó: Clerval escribe que, efectivamente, estás mejorando. Espero de corazón que pronto confirmes esta noticia de tu puño y letra.

Mejórate y regresa con nosotros. Encontrarás un hogar feliz y alegre, y amigos que te quieren entrañablemente. Tu padre goza de buena salud y solo pide verte, pero que le aseguren que estás bien; ninguna preocupación nublará jamás su benévolo semblante. ¡Cuánto te alegraría observar la mejoría de nuestro Ernest! Ya tiene dieciséis años y está lle-

no de actividad y entusiasmo. Desea ser un auténtico suizo y entrar al servicio militar en el extranjero, pero no podemos separarnos de él, al menos hasta que su hermano mayor regrese con nosotros. A mi tío no le agrada la idea de una carrera militar en un país lejano, pero Ernest nunca tuvo tu capacidad de aplicación. Considera el estudio una odiosa traba; pasa el tiempo al aire libre, escalando las colinas o remando en el lago. Temo que se convierta en un holgazán a menos que cedamos y le permitamos ejercer la profesión que ha elegido.

Desde que nos dejaste, poco ha cambiado, salvo el crecimiento de nuestros queridos hijos. El lago azul y las montañas nevadas nunca cambian; y creo que nuestro plácido hogar y nuestros corazones contentos se rigen por las mismas leyes inmutables. Mis ocupaciones triviales me quitan el tiempo y me divierten, y mi esfuerzo se ve recompensado al ver solo rostros felices y amables a mi alrededor. Desde que nos dejaste, solo ha habido un cambio en nuestra pequeña casa. ¿Recuerdas en qué ocasión entró Justine Moritz en nuestra familia? Probablemente no; por lo tanto, te contaré su historia en pocas palabras. Madame Moritz, su madre, era viuda con cuatro hijos, de los cuales Justine era la tercera. Esta niña siempre había sido la favorita de su padre, pero por una extraña perversidad, su madre no la soportó y, tras la muerte del señor Moritz, la trató muy mal. Mi tía se dio cuenta de esto y, cuando Justine tenía doce años, convenció a su madre para que la dejara vivir en nuestra casa. Las instituciones republicanas de nuestro país han

dado lugar a una vida más sencilla. y costumbres más alegres que las que prevalecen en las grandes monarquías que la rodean. Por lo tanto, hay menos distinción entre las diversas clases de sus habitantes; y las clases bajas, al no ser tan pobres ni tan despreciadas, tienen costumbres más refinadas y morales. Ser sirviente en Ginebra no significa lo mismo que serlo en Francia e Inglaterra. Justine, así recibida en nuestra familia, aprendió los deberes de una sirvienta, una condición que, en nuestro afortunado país, no incluye la idea de ignorancia ni el sacrificio de la dignidad humana.

Justine, como recordarás, era una de tus favoritas; y recuerdo que una vez comentaste que si estabas de mal humor, una sola mirada de Justine podía disiparlo, por la misma razón que Ariosto da sobre la belleza de Angélica: parecía tan sincera y feliz. Mi tía sintió un gran cariño por ella, lo que la indujo a brindarle una educación superior a la que inicialmente pretendía. Este beneficio fue ampliamente recompensado; Justine era la criatura más agradecida del mundo: no quiero decir que hiciera ninguna declaración; nunca le oí pronunciar una, pero se notaba en sus ojos que casi adoraba a su protectora. Aunque su carácter era alegre y en muchos aspectos desconsiderado, prestaba la mayor atención a cada gesto de mi tía. La consideraba el modelo de excelencia y se esforzaba por imitar su fraseología y modales, tanto que incluso ahora me la recuerda a menudo.

Cuando falleció mi querida tía, todos estaban demasiado absortos en su propio dolor como para

prestar atención a la pobre Justine, quien la había cuidado durante su enfermedad con el mayor cariño. La pobre Justine estaba muy enferma; pero le aguardaban otras pruebas.

Uno a uno, sus hermanos y hermana murieron; y su madre, con la excepción de su hija abandonada, se quedó sin hijos. La conciencia de la mujer estaba turbada; empezó a pensar que la muerte de sus favoritos era un juicio del cielo para castigar su parcialidad. Era católica; y creo que su confesor confirmó la idea que había concebido. En consecuencia, unos meses después de su partida a Ingolstadt, Justine fue llamada a casa por su madre arrepentida. ¡Pobre niña! Lloró al salir de nuestra casa; estaba muy cambiada desde la muerte de mi tía; el dolor había dado suavidad y una encantadora dulzura a sus modales, que antes eran notables por su vivacidad. Su estancia en casa de su madre tampoco le devolvió la alegría. La pobre mujer era muy vacilante en su arrepentimiento. A veces le rogaba a Justine que perdonara su crueldad, pero con mucha más frecuencia la acusaba de haber causado la muerte de sus hermanos y hermana. La constante inquietud finalmente sumió a Madame Moritz en un declive, que al principio se agravó. Su irritabilidad, pero ahora está en paz para siempre. Murió con la llegada del frío, a principios del invierno pasado. Justine acaba de regresar con nosotros; y les aseguro que la quiero mucho. Es muy inteligente, dulce y extremadamente bonita; como ya mencioné, su porte y su expresión me recuerdan constantemente a mi querida tía.

También debo decirte unas palabras, querida prima, sobre el pequeño William. Ojalá pudieras verlo; es muy alto para su edad, con dulces y sonrientes ojos azules, pestañas oscuras y cabello rizado. Cuando sonríe, se le forman dos pequeños hoyuelos en cada mejilla, sonrosados por la salud. Ya ha tenido una o dos *esposas,* pero Louisa Biron es su favorita, una linda niña de cinco años.

Ahora, querido Victor, me atrevo a decir que deseas que te entreguemos a un pequeño chismorreo sobre la buena gente de Ginebra. La bella señorita Mansfield ya ha recibido visitas de felicitación por su inminente boda con un joven inglés, John Melbourne, Esq. Su fea hermana, Manon, se casó con el señor Duvillard, el rico banquero, el otoño pasado. Tu compañero de colegio favorito, Louis Manoir, ha sufrido varias desgracias desde la partida de Clerval de Ginebra. Pero ya se ha recuperado y se dice que está a punto de casarse con una francesa guapa y llena de vida, Madame Tavernier. Es viuda y mucho mayor que Manoir; pero es muy admirada y la favorita de todos.

He mejorado mi ánimo por escrito, querido primo; pero la ansiedad me invade al terminar. Escribe, querido Victor; una línea, una palabra, será una bendición para nosotros. Mil gracias a Henry por su amabilidad, su cariño y sus numerosas cartas; estamos sinceramente agradecidos. ¡Adiós! ¡Primo mío! Cuídate; y te lo ruego, ¡escríbeme!

"Elizabeth Lavenza.

"Ginebra, 18 de marzo de 17—."

—¡Querida Elizabeth! —exclamé al leer su carta—: Les escribiré enseguida y les aliviaré la ansiedad que deben sentir. Escribí, y este esfuerzo me agotó mucho; pero mi convalecencia había comenzado y continuaba con normalidad. Al cabo de dos semanas pude salir de mi habitación.

Una de mis primeras obligaciones tras mi recuperación fue presentar a Clerval a los diversos profesores de la universidad. Al hacerlo, sufrí una especie de trato brusco, inapropiado para las heridas que mi mente había sufrido. Desde la noche fatal, el fin de mis trabajos y el comienzo de mis infortunios, había desarrollado una violenta antipatía incluso por el nombre de la filosofía natural. Cuando me recuperé por completo, la visión de un instrumento químico renovaba la agonía de mis síntomas nerviosos. Henry lo vio y apartó todos mis aparatos de mi vista. También me cambió de habitación, pues percibió que había desarrollado aversión por la habitación que antes había sido mi laboratorio. Pero estos cuidados de Clerval fueron en vano cuando visité a los profesores. M. Waldman me infligió una tortura al elogiar, con amabilidad y calidez, el asombroso progreso que había logrado en las ciencias. Pronto se dio cuenta de que me disgustaba el tema; Pero sin adivinar la verdadera causa, atribuyó mis sentimientos a la modestia y cambió el tema de mi progreso a la ciencia misma, con el deseo, como vi claramente, de hacerme hablar. ¿Qué podía hacer? Quería complacerme y me atormentaba. Sentí como si hubiera colocado cuidadosamente, uno por uno, ante mi vista los instrumentos que luego

se usarían para darme una muerte lenta y cruel. Me retorcí ante sus palabras, pero no me atreví a manifestar mi dolor. Clerval, cuya mirada y sensibilidad siempre eran rápidos para discernir las sensaciones ajenas, declinó el tema, alegando, como excusa, su total ignorancia; y la conversación tomó un cariz más general. Le di las gracias a mi amigo de corazón, pero no dije nada. Vi claramente que estaba sorprendido, pero nunca intentó sonsacarme mi secreto; y aunque lo amaba con una mezcla de afecto y reverencia que no conocía límites, nunca pude persuadirme a confiarle ese acontecimiento que tan a menudo estaba presente en mi recuerdo, pero que temía que al detallarlo a otro sólo lo impresionara más profundamente.

El señor Krempe no era igual de dócil; y en mi estado de entonces, de una sensibilidad casi insoportable, sus duros y bruscos elogios me causaron aún más dolor que la benévola aprobación del señor Waldman. "¡Maldito sea!", exclamó; "¡Pero, señor Clerval, le aseguro que nos ha superado a todos! Ay, mire fijamente si quiere; pero aun así es cierto. Un joven que, hace apenas unos años, creía en Cornelio Agripa tan firmemente como en el Evangelio, ahora se ha erigido a la cabeza de la universidad; y si no lo derriban pronto, todos perderemos el respeto. —Ay, ay —continuó, observando mi rostro con expresión de sufrimiento—, el señor Frankenstein es modesto; una cualidad excelente en un joven. Los jóvenes deberían ser tímidos, ¿sabe, señor Clerval? Yo también lo era de joven; pero eso se desgasta en muy poco tiempo.

El señor Krempe había comenzado entonces un elogio a sí mismo, lo que afortunadamente desvió la conversación de un tema que me resultaba tan molesto.

Clerval nunca simpatizó con mi gusto por las ciencias naturales; y sus intereses literarios diferían por completo de los que me habían ocupado. Llegó a la universidad con el propósito de dominar por completo las lenguas orientales, abriendo así un campo para el plan de vida que se había trazado. Decidido a no seguir una carrera ignominiosa, volvió la mirada hacia Oriente, como un espacio para su espíritu emprendedor. El persa, el árabe y el sánscrito atrajeron su atención, y me convencieron fácilmente de emprender los mismos estudios. La ociosidad siempre me había resultado fastidiosa, y ahora que deseaba huir de la reflexión y odiaba mis antiguos estudios, sentía un gran alivio al ser compañero de estudios de mi amigo, y encontraba no solo instrucción, sino consuelo en las obras de los orientalistas. No intenté, como él, un conocimiento crítico de sus dialectos, pues no contemplaba darles otro uso que el de un entretenimiento temporal. Leía simplemente para comprender su significado, y ellos recompensaban con creces mis esfuerzos. Su melancolía es reconfortante y su alegría, estimulante, a un nivel que nunca experimenté al estudiar a los autores de ningún otro país. Al leer sus escritos, la vida parece consistir en un sol cálido y un jardín de rosas, en las sonrisas y los ceños fruncidos de un enemigo justo y en el fuego que consume tu

propio corazón. ¡Qué diferente de la poesía varonil y heroica de Grecia y Roma!

El verano transcurrió entre estas ocupaciones, y mi regreso a Ginebra se fijó para finales de otoño; pero, al verse retrasado por varios accidentes, llegaron el invierno y la nieve, los caminos se consideraron intransitables y mi viaje se retrasó hasta la primavera siguiente. Sentí este retraso con mucha amargura, pues anhelaba ver mi ciudad natal y a mis queridos amigos. Mi regreso se había retrasado tanto tiempo, debido a mi renuencia a dejar a Clerval en un lugar desconocido antes de que conociera a alguno de sus habitantes. Sin embargo, pasé el invierno alegremente; y aunque la primavera se retrasó extraordinariamente, al llegar, su belleza compensó su lentitud.

El mes de mayo ya había comenzado, y esperaba a diario la carta que fijaría la fecha de mi partida, cuando Henry me propuso un recorrido a pie por los alrededores de Ingolstadt para despedirme personalmente del país que había habitado durante tanto tiempo. Accedí con gusto a la propuesta: me gustaba el ejercicio, y Clerval siempre había sido mi compañero predilecto en los paseos de esta naturaleza que había realizado por los paisajes de mi país natal.

Pasamos quince días en estos paseos: mi salud y mi ánimo se habían recuperado hacía tiempo, y se fortalecían aún más gracias al aire salubre que respiraba, a los sucesos naturales de nuestro progreso y a la conversación de mi amigo. El estudio me había aislado del trato con mis seme-

jantes y me había vuelto insociable; pero Clerval despertó en mí los mejores sentimientos; me enseñó de nuevo a amar la naturaleza y los rostros alegres de los niños. ¡Excelente amigo! ¡Con cuánta sinceridad me amaste y te esforzaste por elevar mi mente hasta que estuvo a la altura de la tuya! Un afán egoísta me había limitado y me había limitado, hasta que tu dulzura y afecto reconfortaron y abrieron mis sentidos; volví a ser la misma criatura feliz que, hace unos años, amada y querida por todos, no sentía pena ni preocupación. Cuando la feliz naturaleza inanimada tenía el poder de brindarme las sensaciones más placenteras. Un cielo sereno y campos verdes me llenaban de éxtasis. La estación actual era verdaderamente divina; Las flores de primavera florecían en los setos, mientras que las del verano ya estaban en capullo. No me perturbaban los pensamientos que durante el año anterior me habían agobiado, a pesar de mis esfuerzos por alejarlos, con una carga invencible.

Henry se regocijó con mi alegría y comprendió sinceramente mis sentimientos: se esforzó por entretenerme, a la vez que expresaba las sensaciones que le embargaban. Su ingenio fue realmente asombroso en esta ocasión: su conversación rebosaba imaginación; y muy a menudo, imitando a los escritores persas y árabes, inventaba historias de maravillosa fantasía y pasión. En otras ocasiones, repetía mis poemas favoritos o me hacía participar en argumentos que sustentaba con gran ingenio.

Regresamos a la universidad un domingo por la tarde: los campesinos bailaban, y todos los que nos encontrábamos parecían alegres y felices. Yo también estaba de muy buen humor y me sentía como un loco de alegría y de hilaridad.



Capítulo 7

A mi regreso, encontré la siguiente carta de mi padre:
"Mi querido Víctor,
Probablemente has esperado con impaciencia una carta que fijara la fecha de tu regreso; y al principio intenté escribir solo unas líneas, mencionando únicamente el día en que te esperaba. Pero eso sería una crueldad, y no me atrevo a hacerlo. ¿Cuál sería tu sorpresa, hijo mío, cuando esperabas una feliz y alegre bienvenida, para ver, por el contrario, lágrimas y desdicha? ¿Y cómo, Víctor, puedo contarte nuestra desgracia? La ausencia no te habrá vuelto insensible a nuestras alegrías y penas; ¿y cómo voy a infligir dolor a mi hijo, que lleva tanto tiempo ausente? Quiero prepararte para la triste noticia, pero sé que es imposible; incluso ahora tu mirada recorre la página buscando las palabras que te transmitan la terrible noticia.
¡William ha muerto! ¡Aquel dulce niño, cuyas sonrisas me deleitaban y reconfortaban, que era tan dulce y a la vez tan alegre! ¡Víctor, ha sido asesinado!
"No intentaré consolarlo, sino simplemente relataré las circunstancias de la transacción.
El jueves pasado (7 de mayo), mi sobrina, tus dos hermanos y yo fuimos a pasear por Plainpalais. La tarde era cálida y serena, y prolongamos nuestra caminata más de lo habitual. Ya anochecía cuando pensamos en regresar; entonces descubrimos que William y Ernest, que se habían ido antes, no esta-

ban. Así que nos sentamos en un banco hasta que regresaran. Enseguida llegó Ernest y nos preguntó si habíamos visto a su hermano; dijo que había estado jugando con él, que William había huido para esconderse, que lo buscó en vano y que después esperó mucho tiempo, pero que no regresó.

Este relato nos alarmó bastante, y continuamos buscándolo hasta que cayó la noche, cuando Elizabeth supuso que podría haber regresado a la casa. No estaba allí. Regresamos de nuevo con antorchas; pues yo no podía descansar, pensando que mi querido niño se había perdido, expuesto a la humedad y el rocío de la noche; Elizabeth también sufría una angustia extrema. Alrededor de las cinco de la mañana encontré a mi querido niño, a quien la noche anterior había visto radiante y lleno de salud, tendido en la hierba, lívido e inmóvil; la huella del dedo del asesino estaba en su cuello.

Lo llevaron a casa, y la angustia visible en mi rostro le reveló el secreto a Elizabeth. Estaba muy ansiosa por ver el cadáver. Al principio intenté impedírselo, pero ella insistió, y entrando en la habitación donde yacía, examinó apresuradamente el cuello de la víctima y, juntando las manos, exclamó: "¡Dios mío! ¡He asesinado a mi querida hija!".

Se desmayó y se recuperó con extrema dificultad. Cuando volvió a la vida, solo lloró y suspiraba. Me contó que esa misma noche William la había incitado a usar una miniatura muy valiosa que ella poseía de su madre. Este retrato ha desaparecido, y sin duda fue la tentación que impulsó al asesino a cometer el crimen. No tenemos rastro de él por el momento,

aunque nuestros esfuerzos por encontrarlo no cejan; ¡pero no devolverán la vida a mi querido William!
Ven, mi querido Víctor; solo tú puedes consolar a Elizabeth. Llora sin parar y se acusa injustamente de ser la causa de su muerte; sus palabras me desgarran el corazón. Todos somos infelices; pero ¿no será ese un motivo más para que tú, hijo mío, regreses y seas nuestro consuelo? ¡Tu querida madre! ¡Ay, Víctor! Ahora digo: ¡Gracias a Dios que no vivió para presenciar la cruel y miserable muerte de su pequeño querido!
Ven, Víctor; no con pensamientos de venganza contra el asesino, sino con sentimientos de paz y dulzura que sanarán, en lugar de supurar, las heridas de nuestras mentes. Entra en la casa del luto, amigo mío, pero con bondad y afecto por quienes te aman, y no con odio por tus enemigos.
"Tu afectuoso y afligido padre,
"Alphonse Frankenstein.
"Ginebra, 12 de mayo de 17—."
Clerval, que había observado mi semblante mientras leía esta carta, se sorprendió al observar la desesperación que sucedió a la alegría que expresé inicialmente al recibir noticias de mis amigos. Tiré la carta sobre la mesa y me cubrí la cara con las manos.
—Mi querido Frankenstein —exclamó Henry al verme llorar de amargura—, ¿siempre serás infeliz? Querido amigo, ¿qué ha pasado?
Le indiqué que recogiera la carta, mientras yo recorría la habitación con extrema agitación. Las lágrimas también brotaron de los ojos de Clerval al leer el relato de mi desgracia.

—No puedo ofrecerte ningún consuelo, amigo mío —dijo—; tu desastre es irreparable. ¿Qué piensas hacer?
"Para ir inmediatamente a Ginebra: ven conmigo, Henry, a encargar los caballos."
Durante nuestro paseo, Clerval intentó decir algunas palabras de consuelo; solo pudo expresar su más sentido pésame. "¡Pobre William!", dijo, "¡Mi querido niño, ahora duerme con su angelical madre! ¡Quién lo vio radiante y feliz en su joven belleza, pero ahora debe llorar su prematura pérdida! ¡Morir tan miserablemente; sentir las garras del asesino! ¡Cuánto más un asesinado que pudo destruir su radiante inocencia! ¡Pobrecito! Solo tenemos un consuelo: sus amigos lloran y lloran, pero él descansa. La angustia ha pasado, sus sufrimientos han terminado para siempre. Una tierra cubre su dulce figura, y no conoce el dolor. Ya no puede ser motivo de compasión; debemos reservarla para sus miserables sobrevivientes."
Clerval habló así mientras recorríamos apresuradamente las calles; sus palabras se grabaron en mi mente y las recordé después, en soledad. Pero ahora, en cuanto llegaron los caballos, me apresuré a subir a un cabriolé y me despedí de mi amigo.
Mi viaje fue muy melancólico. Al principio quise apresurarme, pues ansiaba consolar y compadecerme de mis queridos y afligidos amigos; pero al acercarme a mi ciudad natal, aminoré el paso. Apenas podía contener la multitud de sentimientos que me invadían. Pasé por escenas familiares de mi juventud, pero que no había visto en casi seis años. ¡Qué cambiado podría haber sido todo durante ese tiem-

po! Un cambio repentino y desolador había tenido lugar; pero mil pequeñas circunstancias podrían haber obrado gradualmente otros cambios, que, aunque se hicieran con más tranquilidad, no serían menos decisivos. El miedo me invadió; no me atreví a avanzar, temiendo mil males indescriptibles que me hacían temblar, aunque era incapaz de definirlos.

Permanecí dos días en Lausana, sumido en este doloroso estado mental. Contemplé el lago: las aguas estaban plácidas; todo a mi alrededor estaba en calma; y las montañas nevadas, «palacios de la naturaleza», permanecían inalteradas. Poco a poco, la calma y la paradisíaca escena me fueron restaurando, y continué mi viaje hacia Ginebra.

El camino bordeaba el lago, que se estrechaba a medida que me acercaba a mi pueblo natal. Descubrí con mayor nitidez las laderas negras del Jura y la brillante cumbre del Mont Blanc. Lloré como un niño. «¡Queridas montañas! ¡Mi hermoso lago! ¿Cómo reciben a su caminante? Sus cumbres están despejadas; el cielo y el lago son azules y plácidos. ¿Es esto para pronosticar paz o para burlarse de mi infelicidad?»

Temo, amigo mío, que me volveré tedioso si me detengo en estas circunstancias preliminares; pero fueron días de relativa felicidad, y los recuerdo con placer. ¡Mi país, mi amado país! ¿Quién sino un nativo puede expresar el deleite que sentí al volver a contemplar tus arroyos, tus montañas y, sobre todo, tu hermoso lago?

Sin embargo, al acercarme a casa, la pena y el miedo me invadieron de nuevo. La noche también se cer-

nía sobre mí; y cuando apenas podía ver las oscuras montañas, me sentí aún más sombrío. El panorama se presentaba como una vasta y oscura escena de maldad, y presentí vagamente que estaba destinado a convertirme en el más desdichado de los seres humanos. ¡Ay! Profeticé con acierto, y solo fallé en una única circunstancia: que, en toda la miseria que imaginaba y temía, no concebía ni la centésima parte de la angustia que estaba destinado a soportar.

Estaba completamente oscuro cuando llegué a las afueras de Ginebra; las puertas de la ciudad ya estaban cerradas; y me vi obligado a pasar la noche en Sécheron, un pueblo a media legua de la ciudad. El cielo estaba sereno; y, como no podía descansar, decidí visitar el lugar donde habían asesinado a mi pobre William. Como no podía atravesar la ciudad, tuve que cruzar el lago en barca para llegar a Plainpalais. Durante este corto viaje, vi los relámpagos brillar en la cima del Mont Blanc formando las más bellas figuras. La tormenta parecía acercarse rápidamente y, al desembarcar, subí una colina baja para observar su avance. Avanzaba; el cielo estaba nublado, y pronto sentí la lluvia caer lentamente en gruesas gotas, pero su violencia aumentó rápidamente.

Me levanté de mi asiento y seguí caminando, aunque la oscuridad y la tormenta aumentaban a cada minuto, y el trueno estalló con un estruendo terrible sobre mi cabeza. Resonaban en Salêve, el Jura y los Alpes de Saboya; vívidos relámpagos me deslumbraron, iluminando el lago, haciéndolo parecer una vasta extensión de fuego; luego, por un instante, todo pareció sumido en una oscuridad absoluta, hasta que la

vista se recuperó del destello anterior. La tormenta, como suele ocurrir en Suiza, apareció de inmediato en diversas partes del cielo. La tormenta más violenta se cernía exactamente al norte de la ciudad, sobre la parte del lago que se encuentra entre el promontorio de Belrive y el pueblo de Copêt. Otra tormenta iluminó el Jura con tenues destellos; y otra oscureció y a veces dejó al descubierto el Môle, una montaña puntiaguda al este del lago.

Mientras observaba la tempestad, tan hermosa y a la vez aterradora, seguí caminando a paso apresurado. Esta noble guerra en el cielo me animó; junté las manos y exclamé en voz alta: «¡William, querido ángel! ¡Este es tu funeral, este es tu canto fúnebre!». Al decir estas palabras, percibí en la penumbra una figura que se escabullía tras un grupo de árboles cerca de mí; me quedé inmóvil, mirando fijamente: no podía equivocarme. Un relámpago iluminó el objeto y me reveló su forma con claridad; su gigantesca estatura y la deformidad de su aspecto, más horrible de lo que corresponde a la humanidad, me informaron al instante de que era el miserable, el inmundo demonio, al que había dado vida. ¿Qué hacía allí? ¿Podría ser (me estremecí al pensarlo) el asesino de mi hermano? Apenas cruzó esa idea por mi mente, me convencí de su veracidad; me castañetearon los dientes y me vi obligado a apoyarme en un árbol. La figura pasó rápidamente junto a mí y la perdí en la penumbra. Nada con forma humana podría haber destruido a la bella niña. ¡ *Él* era el asesino! No podía dudarlo. La mera presencia de la idea era una prueba irresistible del hecho. Pensé

en perseguir al diablo; pero habría sido en vano, pues otro destello me lo descubrió colgado entre las rocas de la subida casi perpendicular del Mont Salêve, una colina que limita con Plainpalais por el sur. Pronto alcanzó la cima y desapareció.

Permanecí inmóvil. El trueno cesó; pero la lluvia continuaba, y la escena quedó envuelta en una oscuridad impenetrable. Repasaba mentalmente los acontecimientos que hasta entonces había intentado olvidar: todo mi progreso hacia la creación; la aparición de las obras de mis propias manos junto a mi lecho; su partida. Casi habían transcurrido dos años desde la noche en que él recibió la vida por primera vez; ¿y era este su primer crimen? ¡Ay! Había lanzado al mundo a un depravado miserable, cuyo deleite residía en la carnicería y la miseria; ¿no había asesinado a mi hermano?

Nadie puede concebir la angustia que sufrí durante el resto de la noche, que pasé, frío y húmedo, al aire libre. Pero no sentí la incomodidad del clima; mi imaginación se afanaba en escenas de maldad y desesperación. Consideré al ser que había arrojado entre la humanidad, dotado de la voluntad y el poder para llevar a cabo propósitos horrorosos, como el acto que ahora había cometido, casi a la luz de mi propio vampiro, mi propio espíritu liberado de la tumba y obligado a destruir todo lo que me era querido.

Amaneció y dirigí mis pasos hacia la ciudad. Las puertas estaban abiertas y me apresuré a ir a casa de mi padre. Mi primer pensamiento fue averiguar qué sabía del asesino y organizar una persecución

inmediata. Pero me detuve al reflexionar sobre la historia que tenía que contar. Un ser que yo mismo había formado y dotado de vida me había encontrado a medianoche en los precipicios de una montaña inaccesible. Recordé también la fiebre nerviosa que me acometió justo en el momento en que feché mi creación, y que daría un aire de delirio a una historia que de otro modo sería tan absolutamente improbable. Sabía muy bien que si alguien más me hubiera contado algo así, lo habría considerado un delirio de locura. Además, la extraña naturaleza del animal eludiría cualquier persecución, incluso si se me atribuyera la capacidad de convencer a mis familiares de iniciarla. ¿Y entonces de qué serviría la persecución? ¿Quién podría detener a una criatura capaz de escalar las laderas del Mont Salêve? Estas reflexiones me determinaron y decidí permanecer en silencio.

Eran alrededor de las cinco de la mañana cuando entré en casa de mi padre. Les dije a los sirvientes que no molestaran a la familia y fui a la biblioteca a su hora de levantarse.

Habían transcurrido seis años, transcurridos en un sueño, salvo por una huella imborrable, y yo estaba en el mismo lugar donde había abrazado a mi padre por última vez antes de partir hacia Ingolstadt. ¡Amado y venerable padre! Aún lo tenía. Contemplé el retrato de mi madre, que reposaba sobre la repisa de la chimenea. Era un tema histórico, pintado por deseo de mi padre, y representaba a Caroline Beaufort en un estado de desesperación, arrodillada junto al ataúd de su difunto padre. Su atuendo era rústico y sus mejillas pálidas; pero ha-

bía un aire de dignidad y belleza que apenas permitía sentir compasión. Debajo del retrato había una miniatura de William; y se me saltaron las lágrimas al contemplarla. Mientras estaba en esto, entró Ernest; me había oído llegar y se apresuró a darme la bienvenida: «Bienvenido, mi querido Victor», dijo. ¡Ah! Ojalá hubieras venido hace tres meses, y entonces nos habrías encontrado a todos felices y encantados. Vienes ahora a compartir una miseria que nada puede aliviar; sin embargo, espero que tu presencia reanime a nuestro padre, que parece hundirse en su desgracia; y tus palabras persuadirán a la pobre Elizabeth a dejar de lado sus vanas y atormentadoras autoacusaciones. ¡Pobre William! ¡Era nuestro querido y nuestro orgullo!

Lágrimas, descontroladas, caían de los ojos de mi hermano; una sensación de agonía mortal se apoderó de mí. Antes, solo había imaginado la miseria de mi hogar desolado; la realidad me sobrevino como un desastre nuevo, no menos terrible. Intenté calmar a Ernest; pregunté con más detalle por mi padre, y allí mencioné a mi primo.

—Ella, sobre todo —dijo Ernest—, necesita consuelo; se acusó de haber causado la muerte de mi hermano, y eso la hizo sentir muy desgraciada. Pero desde que se descubrió al asesino...

¡El asesino ha sido descubierto! ¡Dios mío! ¿Cómo es posible? ¿Quién podría intentar perseguirlo? Es imposible; es como intentar vencer el viento o contener un arroyo de montaña con una brizna de paja. Yo también lo vi; ¡estaba libre anoche!

—No sé qué quiere decir —respondió mi herma-

no con tono de asombro—, pero para nosotros, el descubrimiento que hemos hecho completa nuestra miseria. Nadie lo creería al principio; e incluso ahora Elizabeth no se convencerá, a pesar de todas las pruebas. De hecho, ¿quién creería que Justine Moritz, que era tan amable y quería a toda la familia, fuera de repente capaz de cometer un crimen tan terrible y atroz?

¡Justine Moritz! ¡Pobrecita! ¿Es ella la acusada? Pero es injustamente; todo el mundo lo sabe; nadie lo cree, ¿verdad, Ernest?

Al principio nadie lo hizo; pero surgieron varias circunstancias que casi nos han obligado a condenarnos; y su propia conducta ha sido tan confusa que añade a la evidencia de los hechos un peso que, me temo, no deja lugar a dudas. Pero será juzgada hoy, y entonces lo sabrán todo.

Luego relató que, la mañana en que se descubrió el asesinato del pobre William, Justine había enfermado y permanecido en cama durante varios días. Durante este intervalo, una de las criadas, al examinar por casualidad la ropa que llevaba la noche del asesinato, descubrió en su bolsillo la foto de mi madre, que se consideró la tentación del asesino. La criada se la mostró inmediatamente a una de las otras, quien, sin decir palabra a ningún miembro de la familia, acudió a un magistrado; y, tras su declaración, Justine fue detenida. Al ser acusada del hecho, la pobre muchacha confirmó en gran medida las sospechas con su extrema confusión.

Era una historia extraña, pero no quebrantó mi fe; y respondí con seriedad: «Están todos equivoca-

dos; conozco al asesino. Justine, la pobre, la buena Justine, es inocente».
En ese instante entró mi padre. Vi una profunda tristeza impresa en su rostro, pero se esforzó por darme una alegre bienvenida; y, tras intercambiar nuestro triste saludo, habría sacado otro tema que no fuera el de nuestro desastre si Ernest no hubiera exclamado: "¡Dios mío, papá! Victor dice que sabe quién fue el asesino del pobre William".
"Nosotros también, por desgracia", respondió mi padre, "porque en verdad hubiera preferido permanecer ignorante para siempre antes que descubrir tanta depravación e ingratitud en alguien a quien tanto valoro".
"Mi querido padre, estás equivocado; Justine es inocente".
Si lo es, Dios no permita que sufra como culpable. Hoy será juzgada, y espero, sinceramente espero, que sea absuelta.
Este discurso me tranquilizó. Estaba firmemente convencido de que Justine, y de hecho todo ser humano, era inocente de este asesinato. Por lo tanto, no temía que se presentara ninguna prueba circunstancial lo suficientemente sólida como para condenarla. Mi relato no era para anunciarlo públicamente; su asombroso horror sería considerado una locura por el vulgo. ¿Existía realmente alguien, aparte de mí, el creador, que creyera, a menos que sus sentidos lo convencieran, en la existencia del monumento viviente de la presunción y la ignorancia temeraria que había desatado sobre el mundo?
Pronto se nos unió Elizabeth. El tiempo la había

transformado desde la última vez que la vi; la había dotado de una belleza que superaba la de su infancia. Mantenía la misma franqueza, la misma vivacidad, pero acompañada de una expresión más sensible e inteligente. Me recibió con el mayor afecto. «Tu llegada, querida prima», dijo, «me llena de esperanza. Quizás encuentres la manera de justificar a mi pobre e inocente Justine. ¡Ay! ¿Quién estará a salvo si la condenan por un delito? Confío en su inocencia con la misma certeza que en la mía. Nuestra desgracia es doblemente dura para nosotros; no solo hemos perdido a ese niño tan querido, sino que esta pobre niña, a quien amo sinceramente, será arrebatada por un destino aún peor. Si la condenan, nunca conoceré la alegría. Pero no la conocerá, estoy segura de que no la conocerá; y entonces volveré a ser feliz, incluso después de la triste muerte de mi pequeño William».

"Ella es inocente, mi Elizabeth", dije, "y eso se probará; no teman nada, pero permitan que sus espíritus se animen con la seguridad de su absolución".

¡Qué amable y generosa eres! Todos los demás creen en su culpa, y eso me hizo sentir miserable, pues sabía que era imposible; y ver a todos los demás con prejuicios tan graves me dejó desesperanzada y desesperanzada. Lloró.

—Querida sobrina —dijo mi padre—, sécate las lágrimas. Si es, como crees, inocente, confía en la justicia de nuestras leyes y en la diligencia con la que evitaré la más mínima sombra de parcialidad.



Capítulo 8

Pasamos unas horas tristes hasta las once, cuando debía comenzar el juicio. Mi padre y el resto de la familia, obligados a comparecer como testigos, los acompañé al tribunal. Durante toda esta miserable burla de la justicia, sufrí una tortura viviente. Estaba por decidirse si el resultado de mi curiosidad y mis artimañas ilegales causaría la muerte de dos de mis semejantes: uno, una niña sonriente, llena de inocencia y alegría, el otro, asesinado de forma mucho más terrible, con todos los agravantes de infamia que podrían hacer del asesinato algo memorable y horroroso. Justine también era una joven de mérito y poseía cualidades que prometían una vida feliz; ahora todo iba a ser aniquilado en una tumba ignominiosa, ¡y yo la causa! Mil veces preferiría haberme confesado culpable del crimen atribuido a Justine, pero estuve ausente cuando se cometió, y tal declaración habría sido considerada el delirio de un loco y no la habría exculpado, que sufrió por mi culpa.

Justine parecía serena. Vestía de luto, y su semblante, siempre cautivador, se volvía, por la solemnidad de sus sentimientos, exquisitamente hermoso. Sin embargo, parecía segura de su inocencia y no temblaba, aunque miles la observaban y la maldecían, pues toda la bondad que su belleza podría haber suscitado se vio eclipsada en la mente de los espectadores por la imaginación de la enormidad que

se suponía que había cometido. Estaba tranquila, pero su tranquilidad era evidentemente forzada; y como su confusión ya se había aducido como prueba de su culpa, se armó de valor. Al entrar en el patio, echó un vistazo a su alrededor y enseguida descubrió dónde estábamos sentados. Una lágrima pareció nublar sus ojos al vernos, pero se recompuso enseguida, y una mirada de triste afecto pareció atestiguar su absoluta inocencia.

El juicio comenzó, y después de que el abogado de la acusación presentara la acusación, se llamó a varios testigos. Se combinaron varios hechos extraños en su contra, que podrían haber desconcertado a cualquiera que no tuviera pruebas de su inocencia como yo. Había estado fuera toda la noche del asesinato y hacia la mañana una vendedora del mercado la había visto no lejos del lugar donde posteriormente se encontró el cuerpo del niño asesinado. La mujer le preguntó qué hacía allí, pero ella tenía una expresión extraña y solo dio una respuesta confusa e ininteligible. Regresó a la casa sobre las ocho, y cuando alguien le preguntó dónde había pasado la noche, respondió que había estado buscando al niño y preguntó con insistencia si se sabía algo sobre él. Cuando le mostraron el cuerpo, sufrió un ataque de histeria y permaneció en cama durante varios días. Entonces le mostraron la foto que la criada había encontrado en su bolsillo; y cuando Elizabeth, con voz vacilante, demostró que era el mismo que, una hora antes, había colocado alrededor del cuello del niño, un murmullo de horror e indignación llenó la corte.

Justine fue llamada a declarar. A medida que avanzaba el juicio, su semblante se había alterado. La sorpresa, el horror y la tristeza se reflejaban con fuerza. A veces luchaba con las lágrimas, pero cuando se le pedía que declarara, se recomponía y hablaba con una voz audible, aunque variable.

«Dios sabe», dijo, «cuán inocente soy. Pero no pretendo que mis protestas me absolverán; baso mi inocencia en una explicación clara y sencilla de los hechos que se han aducido en mi contra, y espero que mi carácter incline a mis jueces a una interpretación favorable cuando cualquier circunstancia parezca dudosa o sospechosa».

Luego relató que, con permiso de Elizabeth, había pasado la noche del asesinato en casa de una tía en Chêne, un pueblo situado a una legua de Ginebra. A su regreso, alrededor de las nueve, se encontró con un hombre que le preguntó si había visto algo del niño perdido. Alarmada por este relato, pasó varias horas buscándolo. Cuando cerraron las puertas de Ginebra, se vio obligada a pasar varias horas en un granero de una cabaña, negándose a llamar a los habitantes, a quienes conocía bien. Pasó allí la mayor parte de la noche velando; hacia la mañana creyó dormir unos minutos; unos pasos la despertaban. Amanecía y abandonó su refugio para intentar encontrar de nuevo a mi hermano. Si se había acercado al lugar donde yacía su cuerpo, fue sin saberlo. No era sorprendente que se hubiera quedado perpleja al ser interrogada por la vendedora del mercado, ya que había pasado la noche en vela y el destino del pobre William aún era

incierto. Respecto al cuadro, no podía dar ninguna explicación.

"Sé", continuó la infeliz víctima, "cuánto peso y fatal es esta circunstancia en mi contra, pero no tengo forma de explicarla; y tras expresar mi absoluta ignorancia, solo me queda conjeturar sobre las probabilidades por las que pudo haber sido guardada en mi bolsillo. Pero aquí también me encuentro en un aprieto. Creo que no tengo ningún enemigo en la tierra, y nadie habría sido tan perverso como para destruirme sin motivo. ¿La puso allí el asesino? No sé de ninguna oportunidad que se le haya presentado; o, si la hubiera tenido, ¿por qué habría robado la joya para desprenderse de ella tan pronto?

Encomiendo mi causa a la justicia de mis jueces, pero no veo esperanza. Solicito permiso para que se interrogue a algunos testigos sobre mi conducta, y si su testimonio no invalida mi presunta culpabilidad, debo ser condenado, aunque apostaría mi salvación a mi inocencia.

Se citaron a varios testigos que la conocían desde hacía muchos años y hablaron bien de ella; pero el miedo y el odio al delito del que la suponían culpable los hicieron tímidos y reacios a declarar. Elizabeth vio que incluso este último recurso, su excelente disposición y conducta irreprochable, estaba a punto de fallarle a la acusada, cuando, aunque muy alterada, solicitó permiso para dirigirse al tribunal.

"Soy", dijo ella, "la prima del infeliz niño que fue asesinado, o mejor dicho, su hermana, pues fui educada por sus padres y he vivido con ellos desde entonces, e incluso mucho antes de su nacimiento.

Por lo tanto, podría considerarse indecente que me presente en esta ocasión, pero cuando veo a una criatura a punto de perecer por la cobardía de sus supuestos amigos, deseo que se me permita hablar para poder decir lo que sé de su carácter. Conozco bien a la acusada. He vivido en la misma casa con ella, una vez durante cinco años y otra durante casi dos. Durante todo ese tiempo, me pareció la más amable y benévola de las criaturas humanas. Cuidó a Madame Frankenstein, mi tía, en su última enfermedad, con el mayor cariño y cuidado, y después atendió a su propia madre durante una enfermedad tediosa, de una manera que despertó la admiración de todos los que la conocieron, tras lo cual volvió a vivir en casa de mi tío, donde fue querida por toda la familia. Sentía un cariño especial por la niña que ahora ha fallecido y Se comportó con él como una madre muy cariñosa. Por mi parte, no dudo en decir que, a pesar de todas las pruebas presentadas en su contra, creo y confío en su absoluta inocencia. No tuvo ninguna tentación para tal acción; en cuanto a la joya en la que se basa la prueba principal, si la hubiera deseado de corazón, se la habría dado con gusto; tanto la estimo y valoro.

Un murmullo de aprobación siguió a la sencilla y enérgica súplica de Elizabeth, pero fue provocado por su generosa intervención, y no a favor de la pobre Justine, contra quien la indignación pública se volvió con renovada violencia, acusándola de la más negra ingratitud. Ella misma lloró mientras Elizabeth hablaba, pero no respondió. Mi propia agitación y angustia fueron extremas durante todo

el juicio. Creía en su inocencia; lo sabía. ¿Podría el daimon que (no lo dudé ni por un instante) había asesinado también a mi hermano en su infernal juego haber traicionado a la inocente a la muerte y la ignominia? No pude soportar el horror de mi situación, y cuando percibí que la voz popular y el semblante de los jueces ya habían condenado a mi infeliz víctima, salí corriendo del tribunal agonizando. Las torturas de la acusada no eran comparables a las mías; ella se sostenía en su inocencia, pero las garras del remordimiento me desgarraban el pecho y no me abrían.

Pasé una noche de absoluta miseria. Por la mañana fui al juzgado; tenía los labios y la garganta resecos. No me atreví a hacer la pregunta fatal, pero me reconocieron, y el oficial adivinó el motivo de mi visita. Se habían emitido las papeletas; todas fueron negras, y Justine fue condenada.

No puedo pretender describir lo que sentí entonces. Ya había experimentado sensaciones de horror, y he intentado expresarlas adecuadamente, pero las palabras no pueden transmitir la desgarradora desesperación que sufrí. La persona a la que me dirigí añadió que Justine ya había confesado su culpabilidad. «Esa prueba», observó, «no era necesaria en un caso tan flagrante, pero me alegro de ella, y, de hecho, a ninguno de nuestros jueces le gusta condenar a un criminal basándose en pruebas circunstanciales, por muy decisivas que sean».

Esta fue una noticia extraña e inesperada; ¿qué significaría? ¿Me habrían engañado mis ojos? ¿Y estaba realmente tan loca como todo el mundo creería

si revelaba el objeto de mis sospechas? Me apresuré a regresar a casa, y Elizabeth me exigió ansiosamente el resultado.

—Mi primo —respondí—, está decidido como ya lo esperabas; todos los jueces preferirían que diez inocentes sufrieran a que un culpable escapara. Pero ella ha confesado.

Este fue un duro golpe para la pobre Elizabeth, quien había confiado firmemente en la inocencia de Justine. "¡Ay!", exclamó. "¿Cómo podré volver a creer en la bondad humana? Justine, a quien amaba y estimaba como a mi hermana, ¿cómo pudo esbozar esas sonrisas de inocencia solo para traicionar? Sus dulces ojos parecían incapaces de severidad o astucia, y aun así ha cometido un asesinato."

Poco después nos enteramos de que la pobre víctima había expresado su deseo de ver a mi prima. Mi padre no quería que fuera, pero le dijo que lo dejaba a su criterio y sentimientos. «Sí», dijo Elizabeth, «iré, aunque sea culpable; y tú, Víctor, me acompañarás; no puedo ir sola». La idea de esta visita me torturaba, pero no podía negarme.

Entramos en la lúgubre celda y vimos a Justine sentada sobre un poco de paja al fondo; tenía las manos esposadas y la cabeza apoyada en las rodillas. Se levantó al vernos entrar, y cuando nos quedamos solos con ella, se arrojó a los pies de Elizabeth, llorando desconsoladamente. Mi prima también lloró.

—¡Ay, Justine! —dijo ella—. ¿Por qué me robaste mi último consuelo? Confié en tu inocencia, y aunque entonces era muy desgraciada, no era tan miserable como ahora.

¿Y tú también crees que soy tan malvada? ¿También te unes a mis enemigos para aplastarme, para condenarme como asesina? —Su voz se ahogó entre sollozos.
—Levántate, mi pobre niña —dijo Elizabeth—. ¿Por qué te arrodillas si eres inocente? No soy una de tus enemigas; te creía inocente, a pesar de todas las pruebas, hasta que oí que tú misma te habías declarado culpable. Dices que ese rumor es falso; y ten la seguridad, querida Justine, de que nada puede quebrantar mi confianza en ti ni por un instante, salvo tu propia confesión.
Confesé, pero mentí. Confesé para obtener la absolución; pero ahora esa mentira pesa más en mi corazón que todos mis demás pecados. ¡Que Dios me perdone! Desde que fui condenado, mi confesor me ha asediado; me amenazó una y otra vez, hasta que casi llegué a creer que era el monstruo que él decía ser. Me amenazó con la excomunión y el fuego del infierno en mis últimos momentos si persistía en mi obstinación. Querida señora, no tenía a nadie que me apoyara; todos me veían como un miserable condenado a la ignominia y la perdición. ¿Qué podía hacer? En una hora desesperada, suscribí una mentira; y solo ahora soy verdaderamente miserable.
Hizo una pausa, llorando, y luego continuó: «Pensé con horror, mi dulce señora, que creerías que tu Justine, a quien tu bendita tía había honrado tanto y a quien amabas, era una criatura capaz de un crimen que solo el mismísimo diablo podría haber perpetrado. ¡Querido William! ¡Mi querido y bendito hijo! Pronto te veré de nuevo en el cielo, don-

de todos seremos felices; y eso me consuela, yendo como estoy a sufrir la ignominia y la muerte».
¡Oh, Justine! Perdóname por haber desconfiado de ti por un instante. ¿Por qué confesaste? Pero no te lamentes, querida. No temas. Proclamaré, probaré tu inocencia. Derretiré los corazones de piedra de tus enemigos con mis lágrimas y oraciones. ¡No morirás! ¡Tú, mi compañera de juegos, mi hermana, perece en el cadalso! ¡No! ¡No! Nunca podría sobrevivir a una desgracia tan terrible.
Justine meneó la cabeza con tristeza. «No temo a la muerte», dijo; «esa angustia ya pasó. Dios alivia mi debilidad y me da valor para soportar lo peor. Dejo un mundo triste y amargado; y si me recuerdas y piensas en mí como en una condenada injustamente, me resigno al destino que me espera. ¡Aprende de mí, querida señora, a someterte con paciencia a la voluntad del cielo!»
Durante esta conversación, me había retirado a un rincón de la celda, donde podía ocultar la horrible angustia que me dominaba. ¡Desesperación! ¿Quién se atrevía a hablar de eso? La pobre víctima, que al día siguiente cruzaría la terrible frontera entre la vida y la muerte, no sentía, como yo, una agonía tan profunda y amarga. Rechiné los dientes y los apreté, emitiendo un gemido que salió de lo más profundo de mi alma. Justine se sobresaltó. Al ver quién era, se acercó y me dijo: «Estimado señor, es muy amable al visitarme; espero que no crea que soy culpable».
No pude responder. «No, Justine», dijo Elizabeth; «él está más convencido de tu inocencia que yo, pues ni siquiera cuando supo que habías confesado lo creyó».

Le agradezco sinceramente. En estos últimos momentos siento la más sincera gratitud hacia quienes me tienen cariño. ¡Qué dulce es el cariño de los demás hacia una desgraciada como yo! Me quita más de la mitad de mi desgracia, y siento que podría morir en paz ahora que usted, querida señora, y su prima reconocen mi inocencia.

Así, la pobre sufriente intentó consolarse a sí misma y a los demás. De hecho, logró la resignación que anhelaba. Pero yo, la verdadera asesina, sentía en mi pecho la inextinguible carcoma, que no admitía esperanza ni consuelo. Elizabeth también lloraba y se sentía infeliz, pero también la suya era la miseria de la inocencia, que, como una nube que oculta la luna, oculta por un instante su brillo, pero no puede empañarlo. La angustia y la desesperación habían penetrado en lo más profundo de mi corazón; llevaba dentro un infierno que nada podía extinguir. Nos quedamos varias horas con Justine, y Elizabeth tuvo gran dificultad para separarse. «Ojalá», exclamó, «muriera contigo; no puedo vivir en este mundo de miseria».

Justine adoptó un aire alegre, mientras con dificultad reprimió sus amargas lágrimas. Abrazó a Elizabeth y dijo con voz de emoción contenida: «Adiós, dulce dama, querida Elizabeth, mi amada y única amiga; que el cielo, en su bondad, te bendiga y te proteja; que esta sea la última desgracia que sufras. Vive, sé feliz y haz que los demás también lo sean».

Y al día siguiente, Justine murió. La desgarradora elocuencia de Elizabeth no logró que los jueces abandonaran su firme convicción sobre la crimina-

lidad de la santa víctima. Mis apasionadas e indignadas súplicas no tuvieron eco. Y cuando recibí sus frías respuestas y escuché el duro e insensible razonamiento de estos hombres, mi confesión se apagó en mis labios. Así, pude declararme loco, pero no revocar la sentencia dictada contra mi desdichada víctima. ¡Murió en el cadalso como asesina!

Desde las torturas de mi corazón, me volví a contemplar el profundo y mudo dolor de mi Elizabeth. ¡Esto también fue obra mía! Y la aflicción de mi padre, y la desolación de aquel hogar difunto tan sonriente, ¡todo fue obra de mis tres veces malditas manos! Lloran, infelices, ¡pero estas no son sus últimas lágrimas! De nuevo elevarán el lamento fúnebre, y el sonido de sus lamentaciones se oirá una y otra vez. Frankenstein, su hijo, su pariente, su querido amigo de siempre; él que derramaría cada gota de sangre por ustedes, que no tiene pensamiento ni sentimiento de alegría excepto el que se refleja también en sus queridos rostros, que llenaría el aire de bendiciones y dedicaría su vida a servirles, les pide que lloren, que derramen incontables lágrimas; ¡feliz más allá de sus esperanzas, si este inexorable destino se cumple, y si la destrucción se detiene ante la paz de la tumba y sucede a sus tristes tormentos!

Así habló mi alma profética mientras, desgarrada por el remordimiento, el horror y la desesperación, veía a aquellos a quienes amaba gastar vano dolor en las tumbas de William y Justine, las primeras víctimas desventuradas de mis artes impías.



Capítulo 9

Nada es más doloroso para la mente humana que, después de que los sentimientos se han visto alterados por una rápida sucesión de eventos, la calma sepulcral de la inacción y la certeza que sigue y que priva al alma tanto de la esperanza como del miedo. Justine murió, ella descansó y yo estaba vivo. La sangre fluía libremente por mis venas, pero un peso de desesperación y remordimiento oprimía mi corazón que nada podía aliviar. El sueño huyó de mis ojos; vagaba como un espíritu maligno, pues había cometido actos de travesuras indescriptiblemente horribles, y más, mucho más (me convencí a mí mismo) aún estaba por venir. Sin embargo, mi corazón rebosaba de bondad y amor a la virtud. Había comenzado la vida con intenciones benévolas y ansiaba el momento en que las pusiera en práctica y me hiciera útil a mis semejantes. Ahora todo estaba arruinado; En lugar de aquella serenidad de conciencia que me permitía mirar hacia el pasado con satisfacción y extraer de allí la promesa de nuevas esperanzas, me invadieron el remordimiento y el sentimiento de culpa, que me arrastraron a un infierno de intensas torturas, como ningún lenguaje puede describir.

Este estado mental afectó mi salud, que quizá nunca se recuperó del todo del primer golpe sufrido. Evitaba el rostro humano; cualquier sonido de alegría o complacencia me torturaba; la soledad era mi único consuelo: una soledad profunda, oscura, mortal.

Mi padre observó con dolor el cambio perceptible en mi carácter y hábitos, y se esforzó, con argumentos deducidos de su conciencia serena y su vida inocente, por inspirarme fortaleza y despertar en mí el coraje para disipar la nube oscura que me cernía. "¿Crees, Víctor", dijo, "que yo no sufro también? Nadie podría amar a un niño más que yo a tu hermano" —se le llenaron los ojos de lágrimas al hablar—, "¿pero no es un deber hacia los supervivientes que nos abstengamos de aumentar su infelicidad con una apariencia de dolor desmesurado? También es un deber hacia ti, pues la tristeza excesiva impide la mejora o el disfrute, o incluso el desempeño de las actividades cotidianas, sin las cuales ningún hombre es apto para la sociedad".

Este consejo, aunque acertado, era totalmente inaplicable en mi caso; habría sido el primero en ocultar mi dolor y consolar a mis amigos si el remordimiento no hubiera mezclado su amargura y el terror su alarma con mis otras sensaciones. Ahora solo podía responder a mi padre con una mirada de desesperación e intentar ocultarme de su vista.

Por aquella época nos retiramos a nuestra casa de Belrive. Este cambio me resultó particularmente agradable. El cierre regular de las puertas a las diez y la imposibilidad de permanecer en el lago después de esa hora me habían hecho muy fastidiosa nuestra residencia dentro de los muros de Ginebra. Ahora era libre. A menudo, después de que el resto de la familia se retiraba a dormir, tomaba el bote y pasaba muchas horas navegando. A veces, con las velas desplegadas, me dejaba llevar por el viento; y

a veces, tras remar hacia el centro del lago, dejaba que el bote siguiera su propio rumbo y me dejaba llevar por mis propias y miserables reflexiones. A menudo, cuando todo estaba en paz a mi alrededor, y yo era el único ser inquieto que vagaba inquieto en un paisaje tan hermoso y celestial —exceptuando algún murciélago o las ranas, cuyo croar áspero e interrumpido solo se oía al acercarme a la orilla—, a menudo, digo, me sentía tentado a zambullirme en el lago silencioso, para que las aguas me envolvieran a mí y a mis calamidades para siempre. Pero me contuve al pensar en la heroica y sufriente Elizabeth, a quien amaba tiernamente y cuya existencia estaba ligada a la mía. Pensé también en mi padre y mi hermano superviviente: ¿debía, con mi vil deserción, dejarlos expuestos y desprotegidos a la malicia del demonio que había soltado entre ellos?

En esos momentos lloré amargamente y deseé que la paz volviera a mi mente solo para brindarles consuelo y felicidad. Pero eso no pudo ser. El remordimiento extinguió toda esperanza. Había sido el autor de males inalterables, y vivía con el temor diario de que el monstruo que había creado perpetrara alguna nueva maldad. Tenía la oscura sensación de que no todo había terminado y de que aún cometería algún crimen señalado, cuya enormidad casi borraría el recuerdo del pasado. Siempre había lugar para el miedo mientras quedara algo que amara. Mi aborrecimiento por este demonio es inconcebible. Al pensar en él, rechinaba los dientes, mis ojos se encendían y deseaba ardientemente extinguir esa vida que tan desconsideradamente les

había otorgado. Al reflexionar sobre sus crímenes y malicia, mi odio y venganza rompieron todos los límites de la moderación. Habría peregrinado a la cima más alta de los Andes si, estando allí, lo hubiera precipitado a su base. Quería volver a verlo para poder causar el máximo horror sobre su cabeza y vengar la muerte de William y Justine.

Nuestra casa era la casa del luto. La salud de mi padre se vio profundamente quebrantada por el horror de los recientes acontecimientos. Elizabeth estaba triste y abatida; ya no disfrutaba de sus ocupaciones cotidianas; todo placer le parecía un sacrilegio hacia los muertos; creía entonces que la pena y las lágrimas eternas eran el justo tributo que debía rendir a la inocencia tan maldita y destruida. Ya no era aquella criatura feliz que en su juventud vagaba conmigo por las orillas del lago y hablaba con éxtasis de nuestro futuro. La primera de esas penas que nos envían para separarnos de la tierra la había visitado, y su influencia opaca apagó sus sonrisas más entrañables.

"Cuando reflexiono, querida prima", dijo, "sobre la miserable muerte de Justine Moritz, ya no veo el mundo y sus obras como antes. Antes, consideraba los relatos de vicio e injusticia que leía en los libros o escuchaba de otros como cuentos de tiempos pasados o males imaginarios; al menos eran remotos y más familiares a la razón que a la imaginación; pero ahora la miseria ha llegado a casa, y los hombres me parecen monstruos sedientos de sangre. Sin embargo, soy ciertamente injusta. Todos creían culpable a esa pobre muchacha; y si hu-

biera podido cometer el crimen por el que sufrió, sin duda habría sido la más depravada de las criaturas humanas. ¡Por unas pocas joyas, haber asesinado al hijo de su benefactor y amigo, un niño al que había cuidado desde su nacimiento y al que parecía amar como si fuera suyo! No podría consentir la muerte de ningún ser humano, pero ciertamente habría considerado a semejante criatura incapaz de permanecer en la sociedad de los hombres. Pero ella era inocente. Lo sé, la siento. Era inocente; tú opinas lo mismo, y eso me confirma. ¡Ay! Víctor, cuando la falsedad se parece tanto a la verdad, ¿quién puede asegurar una felicidad segura? Me siento como si caminara al borde de un precipicio, hacia el cual miles se agolpan, intentando precipitarme al abismo. William y Justine fueron asesinados, y el asesino escapa; vaga por el mundo libre, y quizás respetado. Pero aunque me condenaran a sufrir en el cadalso por los mismos crímenes, no me cambiaría por semejante desgraciado.

Escuché este discurso con la mayor agonía. Yo, no de hecho, sino en efecto, era el verdadero asesino. Elizabeth leyó mi angustia en mi rostro y, tomándome la mano con ternura, dijo: «Queridísima amiga, debes calmarte. Estos sucesos me han afectado, Dios sabe cuánto; pero no soy tan desgraciada como tú. Hay una expresión de desesperación, y a veces de venganza, en tu rostro que me hace temblar. Querido Víctor, destierra estas oscuras pasiones. Recuerda a los amigos que te rodean, que depositan todas sus esperanzas en ti. ¿Hemos perdido el poder de hacerte feliz? ¡Ah! Mientras

nos amemos, mientras seamos fieles el uno al otro, aquí en esta tierra de paz y belleza, tu patria, podemos cosechar toda bendición serena; ¿qué puede perturbar nuestra paz?»

¿Y acaso esas palabras de ella, a quien apreciaba con cariño por encima de cualquier otro regalo de la fortuna, no bastaban para ahuyentar el demonio que acechaba en mi corazón? Mientras hablaba, me acerqué a ella, como aterrorizado, temiendo que en ese preciso instante el destructor estuviera cerca para arrebatármela.

Así, ni la ternura de la amistad, ni la belleza de la tierra, ni la del cielo, pudieron redimir mi alma de la aflicción; los mismos acentos del amor fueron ineficaces. Me envolvía una nube que ninguna influencia benéfica podía penetrar. El ciervo herido que arrastraba sus extremidades desfalleciente hasta un prado virgen, para contemplar allí la flecha que lo había atravesado y morir, no era más que un símbolo de mí.

A veces podía sobrellevar la hosca desesperación que me abrumaba, pero a veces las pasiones frenéticas de mi alma me impulsaban a buscar, mediante el ejercicio físico y un cambio de lugar, algún alivio a mis intolerables sensaciones. Fue durante un acceso de este tipo que abandoné repentinamente mi hogar y, dirigiendo mis pasos hacia los valles alpinos cercanos, busqué en la magnificencia, la eternidad de tales escenas, olvidarme de mí mismo y de mis penas efímeras, por humanas que fueran. Mis vagabundeos se dirigieron hacia el valle de Chamounix. Lo había visitado con frecuencia durante

mi infancia. Habían pasado seis años desde entonces: *estaba* destrozado, pero nada había cambiado en aquellas escenas salvajes y duraderas.

Realicé la primera parte de mi viaje a caballo. Después alquilé una mula, por ser la más segura y menos propensa a sufrir daños en estos caminos escarpados. El tiempo era bueno; era mediados de agosto, casi dos meses después de la muerte de Justine, esa época miserable de la que databa toda mi aflicción. El peso sobre mi espíritu se alivió notablemente al sumergirme aún más en el barranco del Arve. Las inmensas montañas y precipicios que se cernían sobre mí por todos lados, el sonido del río rugiendo entre las rocas y el estruendo de las cascadas a mi alrededor hablaban de un poder tan poderoso como la Omnipotencia, y dejé de temer o doblegarme ante cualquier ser menos todopoderoso que aquel que había creado y gobernado los elementos, aquí desplegados en su forma más aterradora. Sin embargo, a medida que ascendía, el valle adquiría un carácter más magnífico y asombroso. Castillos en ruinas que colgaban sobre los precipicios de las montañas cubiertas de pinos, el impetuoso Arve y cabañas que asomaban entre los árboles formaban un paisaje de singular belleza. Pero lo realzaban y lo hacían sublime los imponentes Alpes, cuyas blancas y brillantes pirámides y cúpulas se alzaban por encima de todo, como si pertenecieran a otra tierra, las moradas de otra raza de seres.

Pasé el puente de Pélissier, donde el barranco que forma el río se abrió ante mí, y comencé a ascender la montaña que lo domina. Poco después, entré en

el valle de Chamounix. Este valle es más maravilloso y sublime, pero no tan hermoso y pintoresco como el de Servox, que acababa de atravesar. Las altas y nevadas montañas eran sus límites inmediatos, pero ya no vi castillos en ruinas ni campos fértiles. Inmensos glaciares se acercaban al camino; oí el estruendo de la avalancha y distinguí el humo a su paso. El Mont Blanc, el supremo y magnífico Mont Blanc, se alzaba sobre las *agujas* circundantes , y su imponente *cúpula* dominaba el valle.

Una sensación de placer, perdida hace mucho tiempo, me invadía a menudo durante este viaje. Algún recodo del camino, algún objeto nuevo percibido y reconocido de repente, me recordaba días pasados y se asociaba con la alegría despreocupada de la infancia. Los mismos vientos susurraban con tonos tranquilizadores, y la naturaleza maternal me ordenaba no llorar más. Entonces, de nuevo, la influencia bondadosa cesaba; me encontraba de nuevo encadenado al dolor, entregado a toda la miseria de la reflexión. Entonces espoleaba a mi caballo, esforzándome así por olvidar el mundo, mis miedos y, sobre todo, a mí mismo; o, de forma más desesperada, me apeaba y me tiraba al césped, abrumado por el horror y la desesperación.

Finalmente llegué al pueblo de Chamounix. El agotamiento sustituyó a la extrema fatiga física y mental que había padecido. Permanecí un breve rato junto a la ventana contemplando los pálidos relámpagos que brillaban sobre el Mont Blanc y escuchando el rugido del Arve, que seguía su curso ruidoso abajo. Los mismos sonidos arrulladores

actuaban como una canción de cuna para mis sensaciones demasiado agudas; al apoyar la cabeza en la almohada, el sueño me invadió; lo sentí al llegar y bendijo al dador del olvido.



Capítulo 10

Pasé el día siguiente vagando por el valle. Me detuve junto a las fuentes del Arveiron, que nacen en un glaciar que, a paso lento, desciende desde la cima de las colinas para bloquear el valle. Ante mí se extendían las abruptas laderas de vastas montañas; la gélida pared del glaciar se cernía sobre mí; algunos pinos destrozados se dispersaban a mi alrededor; y el solemne silencio de esta gloriosa cámara de la Naturaleza imperial solo era interrumpido por el rugido de las olas o la caída de algún vasto fragmento, el estruendo de la avalancha o el crujido, reverberando a lo largo de las montañas, del hielo acumulado, que, por la silenciosa acción de leyes inmutables, se rasgaba y rasgaba constantemente, como si no hubiera sido más que un juguete en sus manos. Estas escenas sublimes y magníficas me brindaron el mayor consuelo posible. Me elevaron por encima de toda mezquindad de sentimientos, y aunque no disiparon mi dolor, lo apaciguaron y tranquilizaron. En cierta medida, también, distrajeron mi mente de los pensamientos que la habían rodeado durante el último mes. Me retiraba a descansar por la noche; mi sueño, por así decirlo, se prolongaba y se veía facilitado por la reunión de grandes figuras que había contemplado durante el día. Se congregaron a mi alrededor: la cima nevada e inmaculada, el reluciente pináculo, los pinares, el barranco despejado y escarpado, el águila planeando entre las nubes; todos se reunieron a mi alrede-

dor y me invitaron a la paz.
¿Adónde habían huido cuando desperté a la mañana siguiente? Toda la inspiración del alma se desvaneció con el sueño, y una oscura melancolía nubló cada pensamiento. Llovía a cántaros, y densas nieblas ocultaban las cimas de las montañas, de modo que ni siquiera veía los rostros de aquellos poderosos amigos. Aun así, penetraba su velo brumoso y los buscaba en sus nubosos refugios. ¿Qué eran para mí la lluvia y la tormenta? Trajeron mi mula a la puerta, y decidí ascender a la cima de Montanvert. Recordé el efecto que la vista del imponente y siempre en movimiento había producido en mi mente cuando lo vi por primera vez. Entonces me llenó de un éxtasis sublime que daba alas al alma y la permitía remontarse del mundo oscuro a la luz y la alegría. La visión de lo imponente y majestuoso de la naturaleza siempre tenía el efecto de solemnizar mi mente y hacerme olvidar las preocupaciones pasajeras de la vida. Decidí ir sin guía, pues conocía bien el camino y la presencia de otro destruiría la grandeza solitaria de la escena.
El ascenso es escarpado, pero el sendero está cortado en continuos y cortos meandros, que permiten superar la perpendicularidad de la montaña. Es un paisaje terriblemente desolado. En mil puntos se pueden percibir las huellas de la avalancha invernal, donde los árboles yacen rotos y esparcidos por el suelo, algunos completamente destruidos, otros doblados, apoyados en las rocas salientes de la montaña o transversalmente sobre otros árboles. El sendero, a medida que se asciende, se ve inter-

sectado por barrancos de nieve, por los que rodan continuamente piedras desde arriba; uno de ellos es particularmente peligroso, ya que el más leve sonido, como incluso hablar en voz alta, produce una conmoción de aire suficiente para provocar la destrucción sobre la cabeza de quien habla. Los pinos no son altos ni frondosos, pero son sombríos y añaden un aire de severidad a la escena. Miré el valle abajo; Grandes nieblas se elevaban de los ríos que la atravesaban y se enroscaban en densas espirales alrededor de las montañas opuestas, cuyas cumbres se ocultaban tras las nubes uniformes, mientras la lluvia caía del cielo oscuro y aumentaba la melancólica impresión que me producían los objetos que me rodeaban. ¡Ay! ¿Por qué el hombre se jacta de una sensibilidad superior a la aparente en el animal? Solo lo hace más necesario. Si nuestros impulsos se limitaran al hambre, la sed y el deseo, seríamos casi libres; pero ahora nos conmueve cualquier viento que sople y cualquier palabra o escena casual que esa palabra pueda transmitirnos. Descansamos; un sueño tiene el poder de envenenar el sueño.

Nos levantamos; un pensamiento errante contamina el día.
Sentimos, concebimos o razonamos; reímos o lloramos,
abrazamos la pena o desechamos nuestras preocupaciones;
es lo mismo: pues, sea alegría o tristeza,
el camino de su partida aún está libre.
El ayer del hombre puede que nunca sea como su mañana; ¡
nada puede perdurar excepto la mutabilidad!

Era casi mediodía cuando llegué a la cima de la cuesta. Durante un rato estuve sentado en la roca que dominaba el mar de hielo. Una niebla cubría tanto este como las montañas circundantes. Enseguida, una brisa disipó la nube y descendí sobre el glaciar. La superficie es muy irregular, elevándose como las olas de un mar agitado, descendiendo poco a poco, intercalada con grietas que se hunden profundamente. El campo de hielo tiene casi una legua de ancho, pero tardé casi dos horas en cruzarlo. La montaña opuesta es una roca perpendicular y desnuda. Desde el lado donde me encontraba, Montanvert estaba exactamente enfrente, a una legua de distancia; y sobre él se alzaba el Mont Blanc, con imponente majestuosidad. Permanecí en un recoveco de la roca, contemplando este maravilloso y estupendo paisaje. El mar, o mejor dicho, el vasto río de hielo, serpenteaba entre sus montañas, cuyas cumbres aéreas se cernían sobre sus recovecos. Sus picos helados y brillantes brillaban a la luz del sol sobre las nubes. Mi corazón, que antes estaba triste, ahora se llenó de algo parecido a la alegría; exclamé: "Espíritus errantes, si en verdad vagáis y no descansáis en vuestros estrechos lechos, permitidme esta débil felicidad, o llevadme como vuestro compañero, lejos de las alegrías de la vida".

Mientras decía esto, de repente vi la figura de un hombre, a cierta distancia, avanzando hacia mí con una velocidad sobrehumana. Saltaba sobre las grietas del hielo, entre las que había caminado con cautela; su estatura, también, al acercarse, parecía superar la de un hombre. Me sentí turbado; una

niebla me cubrió los ojos y sentí que me desmayaba, pero el frío viento de las montañas me restableció rápidamente. Percibí, al acercarse la figura (¡una visión tremenda y aborrecible!), que era el desgraciado que había creado. Temblé de rabia y horror, decidido a esperar su llegada y luego entablar combate mortal con él. Se acercó; su semblante denotaba amarga angustia, combinada con desdén y malignidad, mientras que su fealdad sobrenatural lo hacía casi demasiado horrible para los ojos humanos. Pero apenas lo noté; La rabia y el odio me habían privado al principio de expresión, y me recuperé sólo para abrumarlo con palabras que expresaban furioso desprecio y detestación.

—¡Diablo! —exclamé—, ¿te atreves a acercarte a mí? ¿Y no temes la feroz venganza de mi brazo sobre tu miserable cabeza? ¡Vete, vil insecto! ¡O mejor, quédate, para que te pisotee hasta convertirte en polvo! ¡Y, ay! ¡Ojalá pudiera, con la extinción de tu miserable existencia, restaurar a esas víctimas que tan diabólicamente has asesinado!

"Esperaba esta recepción", dijo el daimon. "Todos los hombres odian a los miserables; ¡cómo, entonces, debo ser odiado yo, que soy el más miserable de todos los seres vivos! Sin embargo, tú, mi creador, me detestas y me desprecias, tu criatura, a quien estás unido por lazos que solo se disolverían con la aniquilación de uno de nosotros. Pretendes matarme. ¿Cómo te atreves a jugar así con la vida? Cumple con tu deber hacia mí, y yo cumpliré con el mío hacia ti y el resto de la humanidad. Si aceptas mis condiciones, los dejaré a ellos y a ti en paz; pero si

te niegas, saciaré las fauces de la muerte hasta que se sacien con la sangre de tus amigos restantes".
¡Monstruo aborrecido! ¡Eres un demonio! Las torturas del infierno son una venganza demasiado leve para tus crímenes. ¡Miserable demonio! Me reprochas tu creación; ven, pues, para que apague la chispa que con tanta negligencia te di.
Mi rabia no tenía límites; me abalancé sobre él, impulsado por todos los sentimientos que pueden armar a un ser contra la existencia de otro.
Él me eludió fácilmente y dijo:
¡Tranquilízate! Te ruego que me escuches antes de descargar tu odio sobre mi devota cabeza. ¿Acaso no he sufrido lo suficiente como para que busques aumentar mi miseria? La vida, aunque solo sea una acumulación de angustia, me es querida y la defenderé. Recuerda que me has hecho más poderoso que tú; mi estatura es superior a la tuya, mis articulaciones más flexibles. Pero no caeré en la tentación de oponerme a ti. Soy tu criatura, y seré incluso manso y dócil con mi señor y rey natural si tú también cumples con tu parte, la que me debes. Oh, Frankenstein, no seas equitativo con los demás y me pisotees solo a mí, a quien tu justicia, e incluso tu clemencia y afecto, son más que merecidos. Recuerda que soy tu criatura; debería ser tu Adán, pero soy más bien el ángel caído, a quien alejas de la alegría sin ninguna mala acción. Por todas partes veo la dicha, de la que solo yo soy irrevocablemente excluido. Yo era benévolo y bueno; la miseria me convirtió en un demonio. Hazme feliz, y volveré a ser virtuoso.

¡Vete! No te escucharé. No puede haber comunión entre tú y yo; somos enemigos. ¡Vete, o probemos nuestras fuerzas en una lucha en la que uno debe caer!
¿Cómo puedo conmoverte? ¿Ninguna súplica te hará mirar con buenos ojos a tu criatura, que implora tu bondad y compasión? Créeme, Frankenstein, fui benévolo; mi alma resplandecía de amor y humanidad; pero ¿no estoy solo, miserablemente solo? Tú, mi creador, me aborreces; ¿qué esperanza puedo encontrar en tus semejantes, que nada me deben? Me desprecian y me odian. Las montañas desérticas y los lúgubres glaciares son mi refugio. He vagado aquí muchos días; las cuevas de hielo, a las que solo yo no temo, son mi morada, y la única que el hombre no envidia. Saludo estos cielos desolados, porque son más bondadosos conmigo que tus semejantes. Si la multitud de la humanidad supiera de mi existencia, harían lo mismo que tú y se armarían para mi destrucción. ¿No odiaré entonces a quienes me aborrecen? No haré tratos con mis enemigos. Soy miserable, y ellos compartirán mi miseria. Sin embargo, es En tu poder, para recompensarme y librarlos de un mal que solo te queda hacer tan grande, que no solo tú y tu familia, sino miles más, serán absorbidos por los torbellinos de su furia. Deja que tu compasión se conmueva, y no me desprecies. Escucha mi relato; cuando lo hayas oído, abandóname o compadécete de mí, según lo juzgues que merezco. Pero escúchame. Los culpables tienen permitido, por leyes humanas, por sangrientas que sean, hablar en su propia defensa antes de ser condenados. Escúcha-

me, Frankenstein. Me acusas de asesinato, y aun así, con la conciencia tranquila, destruirías a tu propia criatura. ¡Oh, alabada sea la eterna justicia del hombre! Sin embargo, te pido que no me perdones; escúchame, y luego, si puedes y quieres, destruye la obra de tus manos.

—¿Por qué me recuerdas —repliqué— circunstancias que me estremecen al recordar, de las que he sido el miserable origen y autor? ¡Maldito sea el día, aborrecido demonio, en que viste la luz por primera vez! ¡Malditas (aunque me maldigo) sean las manos que te formaron! Me has hecho indescriptiblemente miserable. No me has dejado la capacidad de considerar si soy justo contigo o no. ¡Fuera! ¡Líbrame de la visión de tu detestable figura!

"Así te libero, mi creador", dijo, y puso sus odiadas manos ante mis ojos, que aparté con violencia; "así te quito una visión que aborreces. Aun así, puedes escucharme y concederme tu compasión. Por las virtudes que una vez poseí, te lo exijo. Escucha mi relato; es largo y extraño, y la temperatura de este lugar no es propicia para tus delicadas sensaciones; ven a la cabaña en la montaña. El sol aún está alto en el cielo; antes de que descienda para ocultarse tras tus nevados precipicios e iluminar otro mundo, habrás escuchado mi historia y podrás decidir. De ti depende si abandono para siempre la cercanía de los hombres y llevo una vida inofensiva, o me convierto en el azote de tus semejantes y el causante de tu propia y rápida ruina".

Mientras decía esto, me guió a través del hielo; lo seguí. Sentía una profunda satisfacción y no le res-

pondí, pero mientras avanzaba, sopesé los diversos argumentos que había usado y decidí al menos escuchar su relato. En parte, me impulsaba la curiosidad, y la compasión confirmó mi resolución. Hasta entonces, había supuesto que era el asesino de mi hermano, y buscaba con avidez una confirmación o desmentida de esta opinión. Por primera vez, también, comprendí cuáles eran los deberes de un creador hacia su criatura, y que debía hacerle feliz antes de quejarme de su maldad. Estos motivos me impulsaron a acceder a su exigencia. Cruzamos el hielo, pues, y ascendimos por la roca opuesta. El aire era frío y la lluvia volvió a caer; entramos en la cabaña, el demonio con aire de júbilo, yo con el corazón apesadumbrado y el ánimo decaído. Pero accedí a escuchar, y sentándome junto al fuego que mi odioso compañero había encendido, comenzó así su relato.



Capítulo 11

Me cuesta mucho recordar la época original de mi existencia; todos los acontecimientos de ese período me parecen confusos e indistintos. Una extraña multiplicidad de sensaciones me invadió, y veía, sentía, oía y olfateaba al mismo tiempo; y, de hecho, pasó mucho tiempo antes de que aprendiera a distinguir entre las funciones de mis diversos sentidos. Poco a poco, recuerdo, una luz más intensa me oprimió los nervios, de modo que me vi obligado a cerrar los ojos. La oscuridad me invadió y me perturbó, pero apenas lo sentí cuando, al abrir los ojos, como ahora supongo, la luz volvió a inundarme. Caminé y, creo, descendí, pero pronto noté un gran cambio en mis sensaciones. Antes, cuerpos oscuros y opacos me rodeaban, impenetrables a mi tacto y a mi vista; pero ahora descubrí que podía vagar libremente, sin obstáculos que no pudiera superar ni evitar. La luz se me hacía cada vez más opresiva, y el calor, que me fatigaba al caminar, busqué un lugar donde pudiera encontrar sombra. Este era el bosque cerca de Ingolstadt; y allí yacía junto a un arroyo, descansando de mi fatiga, hasta que me atormentaron el hambre y la sed. Esto me despertó de mi estado casi letárgico y comí algunas bayas que encontré colgadas de los árboles o en el suelo. Apagué mi sed en el arroyo y, al acostarme, me venció el sueño.

Estaba oscuro cuando desperté; también sentí frío, y casi me asusté, por así decirlo, instintivamente, al encontrarme tan desolado. Antes de salir de tu habitación, con una sensación de frío, me cubrí con algo de ropa, pero no fue suficiente para protegerme del rocío de la noche. Era un pobre, indefenso y miserable; no sabía ni podía distinguir nada; pero sintiendo que el dolor me invadía por todas partes, me senté y lloré.

Pronto una suave luz cubrió el cielo y me dio una sensación de placer. Me levanté de un salto y vi una figura radiante elevarse entre los árboles. [La luna] La observé con asombro. Se movía lentamente, pero iluminaba mi camino, y de nuevo salí en busca de bayas. Todavía tenía frío cuando bajo uno de los árboles encontré una enorme capa, con la que me cubrí y me senté en el suelo. Ninguna idea clara ocupaba mi mente; todo era confuso. Sentía luz, hambre, sed y oscuridad; innumerables sonidos resonaban en mis oídos, y por todas partes me saludaban diversos aromas; el único objeto que podía distinguir era la brillante luna, y fijé mi mirada en ella con placer.

Tras varios cambios de día y de noche, y con la luz nocturna atenuada, comencé a distinguir mis sensaciones. Poco a poco, vi con claridad el arroyo cristalino que me abastecía de agua y los árboles que me daban sombra con su follaje. Me deleitó descubrir por primera vez que un sonido agradable, que a menudo llegaba a mis oídos, provenía de las gargantas de los pequeños animales alados que a menudo interceptaban la luz de mis ojos. Tam-

bién comencé a observar con mayor precisión las formas que me rodeaban y a percibir los límites del radiante techo de luz que me cubría. A veces intentaba imitar los agradables cantos de los pájaros, pero no podía. A veces deseaba expresar mis sensaciones a mi manera, pero los sonidos ásperos e inarticulados que emanaban de mí me aterraban y me obligaban a callar de nuevo.

La luna había desaparecido de la noche y, de nuevo, se mostró, aunque más atenuada, mientras yo aún permanecía en el bosque. Para entonces, mis sensaciones se habían vuelto más nítidas, y mi mente recibía ideas nuevas cada día. Mis ojos se acostumbraron a la luz y a percibir los objetos en su forma correcta; distinguía el insecto de la hierba, y poco a poco, una hierba de otra. Descubrí que el gorrión solo emitía notas ásperas, mientras que las del mirlo y el tordo eran dulces y seductoras.

Un día, agobiado por el frío, encontré una fogata que habían dejado unos mendigos errantes y me llenó de alegría el calor que me producía. Lleno de alegría, metí la mano en las brasas, pero la saqué rápidamente con un grito de dolor. ¡Qué extraño, pensé, que la misma causa produjera efectos tan opuestos! Examiné los materiales de la fogata y, para mi alegría, descubrí que estaba compuesta de madera. Rápidamente recogí algunas ramas, pero estaban mojadas y no ardían. Me dolió esto y me quedé quieto observando el fuego. La leña húmeda que había colocado cerca del fuego se secó y se inflamó. Reflexioné sobre

esto y, tocando las ramas, descubrí la causa y me ocupé de recoger mucha leña para secarla y tener suficiente fuego. Cuando llegó la noche y trajo consigo el sueño, temí sobremanera que mi fuego se apagara. Lo cubrí cuidadosamente con leña seca y hojas y le puse ramas mojadas encima; y luego, extendiendo mi Me tumbé en el suelo y me hundí en el sueño.

Era de mañana cuando me desperté, y mi primera preocupación fue visitar el fuego. Lo destapé, y una suave brisa lo avivó rápidamente hasta convertirlo en una llama. Observé esto también e ideé un abanico con ramas, que avivó las brasas cuando estaban casi extinguidas. Al anochecer, descubrí con satisfacción que el fuego daba luz además de calor, y que el descubrimiento de este elemento me fue útil en mi comida, pues descubrí que algunas de las vísceras que habían dejado los viajeros estaban asadas y sabían mucho más sabrosas que las bayas que recogí de los árboles. Intenté, por lo tanto, aderezar mi comida de la misma manera, colocándola sobre las brasas. Descubrí que las bayas se habían echado a perder con esta operación, y las nueces y raíces habían mejorado mucho.

Sin embargo, la comida escaseaba, y a menudo pasaba el día entero buscando en vano unas bellotas para calmar el hambre. Al encontrarlas, decidí abandonar el lugar que hasta entonces había habitado para buscar uno donde mis pocas necesidades se satisficieran con mayor facilidad. En esta emigración, lamenté profundamente la pérdida del fuego que había conseguido por accidente y

no sabía cómo encenderlo. Dediqué varias horas a considerar seriamente esta dificultad, pero me vi obligado a renunciar a todo intento de conseguirlo, y envolviéndome en mi capa, atravesé el bosque hacia el sol poniente. Pasé tres días en estas caminatas y finalmente descubrí el campo abierto. Había caído una gran nevada la noche anterior, y los campos eran de un blanco uniforme; el aspecto era desconsolador, y sentí los pies helados por la humedad fría que cubría el suelo.

Eran alrededor de las siete de la mañana y ansiaba encontrar comida y refugio; por fin, distinguí una pequeña cabaña en una elevación, que sin duda había sido construida para la comodidad de algún pastor. Era una visión nueva para mí, y examiné la estructura con gran curiosidad. Al encontrar la puerta abierta, entré. Un anciano estaba sentado allí, cerca de una hoguera, sobre la cual preparaba su desayuno. Se giró al oír un ruido y, al verme, lanzó un grito audible y, saliendo de la cabaña, corrió por los campos a una velocidad de la que su cuerpo debilitado apenas parecía capaz. Su aspecto, diferente a cualquiera que hubiera visto antes, y su huida me sorprendieron un poco. Pero me fascinó la apariencia de la cabaña; aquí la nieve y la lluvia no podían penetrar; el suelo estaba seco; y se me presentó entonces un refugio tan exquisito y divino como el Pandaemonium a los demonios del infierno tras sus sufrimientos en el lago de fuego. Devoré con avidez los restos del desayuno del pastor, que consistían en pan, Queso, leche y vino; este

último, sin embargo, no me gustaba. Entonces, vencido por el cansancio, me tumbé entre la paja y me quedé dormido.
Era mediodía cuando desperté, y atraído por el calor del sol, que brillaba con fuerza sobre el suelo blanco, decidí reanudar mi viaje. Depositando los restos del desayuno del campesino en una alforja que encontré, caminé por los campos durante varias horas, hasta que al atardecer llegué a un pueblo. ¡Qué milagroso me pareció! Las chozas, las casas más pulcras y las casas señoriales despertaron mi admiración por turnos. Las verduras de los huertos, la leche y el queso que vi colocados en las ventanas de algunas casas, despertaron mi apetito. Entré en una de las mejores, pero apenas había puesto un pie en la puerta, los niños gritaron y una de las mujeres se desmayó. Todo el pueblo se alborotó; algunos huyeron, otros me atacaron, hasta que, gravemente herido por piedras y muchas otras armas de fuego, escapé al campo abierto y, temeroso, me refugié en una choza baja, completamente vacía, que tenía un aspecto lamentable después de los palacios que había visto en el pueblo. Esto La choza, sin embargo, estaba junto a una cabaña de aspecto pulcro y agradable, pero después de mi reciente y costosa experiencia, no me atreví a entrar. Mi refugio era de madera, pero tan bajo que apenas podía sentarme erguido. No había madera sobre la tierra que formaba el suelo, pero estaba seca; y aunque el viento entraba por innumerables grietas, la encontré un agradable refugio contra la nieve y la lluvia.

Aquí, pues, me retiré y me acosté feliz de haber encontrado un refugio, por miserable que fuera, contra las inclemencias de la estación, y aún más contra la barbarie humana. En cuanto amaneció, salí sigilosamente de mi perrera para ver la cabaña contigua y ver si podía quedarme en la vivienda que había encontrado. Estaba situada en la parte trasera de la cabaña y rodeada por los lados expuestos por una pocilga y un charco de agua cristalina. Una parte estaba abierta, y por ella me había colado; pero ahora cubrí con piedras y madera cada grieta por la que pudiera ser visto, pero de tal manera que pudiera moverlas de vez en cuando para salir; toda la luz que disfrutaba entraba por la pocilga, y eso me bastaba.

Tras haber dispuesto así mi vivienda y alfombrado con paja limpia, me retiré, pues vi la figura de un hombre a lo lejos, y recordaba demasiado bien el trato que me habían dado la noche anterior como para confiar en su poder. Sin embargo, primero había provisto mi sustento para ese día con una hogaza de pan duro, que robé, y una taza con la que podía beber con más comodidad que de mi mano el agua pura que fluía junto a mi refugio. El suelo estaba ligeramente elevado, de modo que se mantenía perfectamente seco, y por su proximidad a la chimenea de la cabaña, hacía una temperatura bastante cálida.

Con estas provisiones, decidí residir en esta casucha hasta que ocurriera algo que cambiara mi decisión. Era un paraíso comparado con el desolado bosque, mi antigua residencia, las ramas que gotea-

ban lluvia y la tierra húmeda. Desayuné con placer y estaba a punto de retirar una tabla para buscar agua cuando oí pasos, y al mirar por una pequeña rendija, vi a una joven con un cubo en la cabeza pasando frente a mi casucha. La muchacha era joven y de porte apacible, diferente de lo que he visto después en los campesinos y sirvientes de granja. Sin embargo, vestía con sencillez, con una tosca enagua azul y una chaqueta de lino como único atuendo; su rubio cabello estaba trenzado, pero sin adornos; parecía paciente pero triste. La perdí de vista, y al cabo de un cuarto de hora regresó con el cubo, que ya estaba parcialmente lleno de leche. Mientras caminaba, aparentemente incómoda por la carga, un joven la encontró, cuyo semblante reflejaba un profundo abatimiento. Emitiendo algunos sonidos con aire melancólico, le quitó el cubo de la cabeza y lo llevó él mismo a la cabaña. Ella lo siguió, y desaparecieron. Enseguida vi al joven de nuevo, con algunas herramientas en la mano, cruzando el campo detrás de la cabaña; y la muchacha también estaba ocupada, a veces en la casa y a veces en el jardín.

Al examinar mi vivienda, descubrí que una de las ventanas de la cabaña había ocupado anteriormente una parte de ella, pero los cristales habían sido tapados con madera. En una de ellas había una pequeña y casi imperceptible rendija por la que apenas se podía ver. A través de esta rendija se veía una pequeña habitación, encalada y limpia, pero muy vacía de muebles. En un rincón, cerca de una pequeña chimenea, estaba sentado un an-

ciano, con la cabeza apoyada en las manos en una actitud desconsolada. La joven estaba ocupada arreglando la cabaña; pero enseguida sacó algo de un cajón, lo cual le ocupo las manos, y se sentó junto al anciano, quien, tomando un instrumento, comenzó a tocar y a producir sonidos más dulces que la voz del tordo o el ruiseñor. Era una vista encantadora, incluso para mí, pobre desgraciada que nunca antes había contemplado algo hermoso. El cabello plateado y el rostro benévolo del anciano campesino me ganaron mi reverencia, mientras que los modales amables de la joven sedujeron mi amor. Tocó una dulce melodía triste que Percibí lágrimas en los ojos de su amable compañera, a las que el anciano no prestó atención hasta que ella sollozó audiblemente; entonces emitió unos sonidos, y la bella criatura, dejando su trabajo, se arrodilló a sus pies. La levantó y sonrió con tanta bondad y cariño que experimenté sensaciones peculiares y abrumadoras; eran una mezcla de dolor y placer, como nunca antes había experimentado, ni por hambre ni por frío, ni por calor ni por comida; y me aparté de la ventana, incapaz de soportar estas emociones.

Poco después, el joven regresó con una carga de leña sobre los hombros. La muchacha lo recibió en la puerta, lo ayudó a quitarse la carga y, llevando un poco de leña a la cabaña, la puso al fuego. Luego, ella y el joven se separaron en un rincón de la cabaña, y él le mostró un pan grande y un trozo de queso. Ella pareció contenta y fue al jardín a buscar raíces y plantas, que puso en agua y luego al

fuego. Después continuó con su trabajo, mientras el joven salía al jardín y parecía ocupado cavando y arrancando raíces. Después de una hora, la joven se unió a él y entraron juntos en la cabaña.
Mientras tanto, el anciano había estado pensativo, pero al ver a sus compañeros adoptó un aire más alegre y se sentaron a comer. La comida se sirvió rápidamente. La joven estaba ocupada de nuevo arreglando la cabaña; el anciano caminó frente a la cabaña bajo el sol durante unos minutos, apoyado en el brazo del joven. Nada podía superar en belleza el contraste entre estas dos excelentes criaturas. Una era anciana, de cabellos canosos y un semblante radiante de benevolencia y amor; el más joven era delgado y elegante, y sus rasgos estaban moldeados con la más fina simetría; sin embargo, sus ojos y actitud expresaban la mayor tristeza y abatimiento. El anciano regresó a la cabaña, y el joven, con herramientas diferentes a las que había usado por la mañana, dirigió sus pasos a través de los campos.
La noche cayó rápidamente, pero para mi gran asombro, descubrí que los aldeanos tenían un medio para prolongar la luz con velas, y me encantó comprobar que la puesta del sol no interrumpía el placer que experimentaba al observar a mis vecinos humanos. Al anochecer, la joven y su acompañante se dedicaban a diversas actividades que no entendía; y el anciano retomó el instrumento que producía los divinos sonidos que me habían encantado por la mañana. En cuanto terminó, el joven comenzó, no a tocar, sino a emitir sonidos

monótonos que no se parecían ni a la armonía del instrumento del anciano ni al canto de los pájaros; después descubrí que leía en voz alta, pero en aquel entonces yo no sabía nada de la ciencia de las palabras ni de las letras.

"La familia, después de haber estado así ocupada por un corto tiempo, apagó las luces y se retiró, según supuse, a descansar".



Capítulo 12

Me acosté sobre mi paja, pero no pude dormir. Pensé en los sucesos del día. Lo que más me impresionó fue la amabilidad de esta gente, y ansiaba unirme a ellos, pero no me atrevía. Recordaba muy bien el trato que había sufrido la noche anterior por parte de los bárbaros aldeanos, y decidí que, independientemente de la conducta que considerara correcta en el futuro, por el momento permanecería tranquilo en mi choza, observando y tratando de descubrir los motivos que influyeron en sus acciones.

Los aldeanos se levantaron a la mañana siguiente antes del amanecer. La joven arregló la cabaña y preparó la comida, y el joven partió después de la primera comida. Este día transcurrió con la misma rutina que el anterior. El joven se dedicaba constantemente al aire libre, y la niña, a diversas labores, dentro. El anciano, de quien pronto me di cuenta que era ciego, dedicaba sus horas libres a su instrumento o a la contemplación. Nada podía superar el amor y el respeto que los jóvenes aldeanos demostraban hacia su venerable compañero. Cumplían con él cada pequeño gesto de afecto y deber con gentileza, y él los recompensaba con sus sonrisas benévolas.

No eran del todo felices. El joven y su compañero se separaban a menudo y parecían llorar. No veía motivo alguno para su infelicidad, pero me afectaba profundamente. Si tan bellas criaturas eran miserables, no era extraño que yo, un ser imperfecto y solitario, lo fuera. Sin embargo, ¿por qué eran infelices estos gentiles seres? Po-

seían una casa encantadora (pues eso era a mi entender) y todos los lujos; tenían un fuego para calentarse cuando tenían frío y deliciosas viandas cuando tenían hambre; vestían ropas excelentes; y, aún más, disfrutaban de la compañía y la conversación mutuas, intercambiando a diario miradas de afecto y bondad. ¿Qué implicaban sus lágrimas? ¿Expresaban realmente dolor? Al principio no pude resolver estas preguntas, pero la atención constante y el tiempo me explicaron muchas apariencias que al principio me resultaron enigmáticas.

Pasó un tiempo considerable antes de que descubriera una de las causas del desasosiego de esta amable familia: la pobreza, y la padecían de forma muy angustiosa. Su alimentación consistía exclusivamente en las verduras de su huerto y la leche de una vaca, que daba muy poco durante el invierno, cuando sus dueños apenas podían conseguir alimento para mantenerla. Creo que a menudo sufrían los tormentos del hambre de forma muy dolorosa, sobre todo los dos jóvenes campesinos, pues en varias ocasiones le ponían comida al anciano cuando no se reservaban nada para ellos.

Este gesto de bondad me conmovió profundamente. Solía robar, por la noche, una parte de sus provisiones para mi propio consumo, pero al descubrir que al hacerlo causaba dolor a los aldeanos, me abstuve y me conformé con bayas, nueces y raíces que recogí en un bosque cercano.

Descubrí también otro medio para ayudarles en sus labores. Descubrí que el joven pasaba gran parte del día recogiendo leña para el fuego familiar, y por la noche yo solía llevarme sus herramientas, cuyo uso descubrí rápidamente, y traía a casa leña suficiente para varios días.

Recuerdo que la primera vez que hice esto, la joven, al abrir la puerta por la mañana, se quedó muy sorprendida al ver una gran pila de leña afuera. Pronunció algunas palabras en voz alta, y el joven se unió a ella, quien también expresó su sorpresa. Observé con agrado que no fue al bosque ese día, sino que lo dedicó a reparar la cabaña y cultivar el jardín.

Poco a poco, hice un descubrimiento aún más trascendental. Descubrí que estas personas poseían un método para comunicarse sus experiencias y sentimientos mediante sonidos articulados. Percibí que sus palabras a veces producían placer o dolor, sonrisas o tristeza, en las mentes y rostros de los oyentes. Esta era, sin duda, una ciencia divina, y deseaba ardientemente familiarizarme con ella. Pero me frustraba cada intento. Su pronunciación era rápida, y las palabras que pronunciaban, al no tener ninguna conexión aparente con objetos visibles, no pude descubrir ninguna pista que me permitiera desentrañar el misterio de su referencia. Sin embargo, con gran dedicación, y tras haber permanecido durante varias revoluciones lunares en mi choza, descubrí los nombres que se daban a algunos de los objetos de conversación más familiares; aprendí y apliqué las palabras: *fuego, leche, pan* y *leña.* También aprendí los nombres de los propios aldeanos. El joven y su compañero tenían varios nombres cada uno, pero el anciano solo tenía uno: *padre.* La niña se llamaba *hermana.* o *Agatha,* y el joven *Félix, hermano* o *hijo* . No puedo describir el deleite que sentí al aprender las ideas correspondientes a cada uno de estos sonidos y poder pronunciarlos. Distinguí varias otras palabras sin poder compren-

derlas ni aplicarlas aún, como *bueno, querido, infeliz*.
Pasé el invierno así. La amabilidad y belleza de los aldeanos me granjearon mi cariño; cuando estaban tristes, me sentía deprimido; cuando se alegraban, me solidarizaba con sus alegrías. Vi a pocos seres humanos aparte de ellos, y si alguien más entraba en la cabaña, sus modales rudos y su andar rudo solo realzaban para mí los logros superiores de mis amigos. El anciano, pude percibir, a menudo se esforzaba por animar a sus hijos, como a veces descubrí que los llamaba, a superar su melancolía. Hablaba con un acento alegre, con una expresión de bondad que me causaba placer incluso a mí. Agatha escuchaba con respeto, a veces con los ojos llenos de lágrimas, que intentaba enjugar sin que nadie se diera cuenta; pero generalmente noté que su semblante y su tono eran más alegres después de haber escuchado las exhortaciones de su padre. No fue así con Félix. Siempre fue el más triste del grupo, e incluso para mis sentidos inexpertos, parecía haber sufrido más profundamente que sus amigos. Pero si bien su rostro era más triste, su voz era más alegre que la de su hermana, especialmente cuando se dirigía al anciano.
Podría mencionar innumerables ejemplos que, aunque insignificantes, marcaban el carácter de estos amables aldeanos. En medio de la pobreza y la necesidad, Félix le llevó con alegría a su hermana la primera florecilla blanca que asomaba bajo la tierra nevada. Temprano por la mañana, antes de que ella se levantara, él quitaba la nieve que le obstruía el camino a la lechería, sacaba agua del pozo y traía leña del retrete, donde, para su perpetuo asombro, encontraba su provisión siempre repuesta por una mano invisible. Durante el día, creo,

trabajaba a veces para un granjero vecino, porque a menudo salía y no regresaba hasta la hora de la cena, pero no traía leña. Otras veces trabajaba en el jardín, pero como había poco que hacer en la época de heladas, les leía al anciano y a Agatha.

Esta lectura me había desconcertado enormemente al principio, pero poco a poco descubrí que emitía muchos de los mismos sonidos al leer que al hablar. Supuse, por lo tanto, que encontraba en el papel signos que entendía, y anhelaba ardientemente comprenderlos también; pero ¿cómo era posible si ni siquiera entendía los sonidos que representaban? Progresé, sin embargo, notablemente en esta ciencia, pero no lo suficiente como para mantener cualquier tipo de conversación, aunque me dediqué por completo a ello, pues comprendí fácilmente que, aunque ansiaba descubrirme a los aldeanos, no debía intentarlo hasta dominar su idioma, conocimiento que podría permitirles pasar por alto la deformidad de mi figura, pues el contraste que se presentaba constantemente a mis ojos también me había familiarizado con ella.

Había admirado las formas perfectas de mis aldeanos: su gracia, belleza y delicados rostros; ¡pero cuánto me aterraba verme en un estanque transparente! Al principio retrocedí, incapaz de creer que era yo quien se reflejaba en el espejo; y cuando me convencí plenamente de que en realidad era el monstruo que soy, me invadió una amarga sensación de desaliento y mortificación. ¡Ay! Aún no conocía del todo los efectos fatales de esta miserable deformidad.

A medida que el sol calentaba más y la luz del día se alargaba, la nieve desapareció y pude ver los árboles

desnudos y la tierra negra. A partir de entonces, Félix estuvo más ocupado, y los conmovedores indicios de una hambruna inminente desaparecieron. Su comida, como descubrí después, era basta, pero sana; y se abastecían de ella en abundancia. Surgieron varias nuevas especies de plantas en el jardín, que cultivaron; y estas señales de bienestar aumentaban cada día a medida que avanzaba la temporada.

El anciano, apoyado en su hijo, caminaba todos los días al mediodía, cuando no llovía, como descubrí que se llamaba cuando el cielo derramaba sus aguas. Esto ocurría con frecuencia, pero un fuerte viento secó rápidamente la tierra, y la estación se volvió mucho más agradable de lo que había sido.

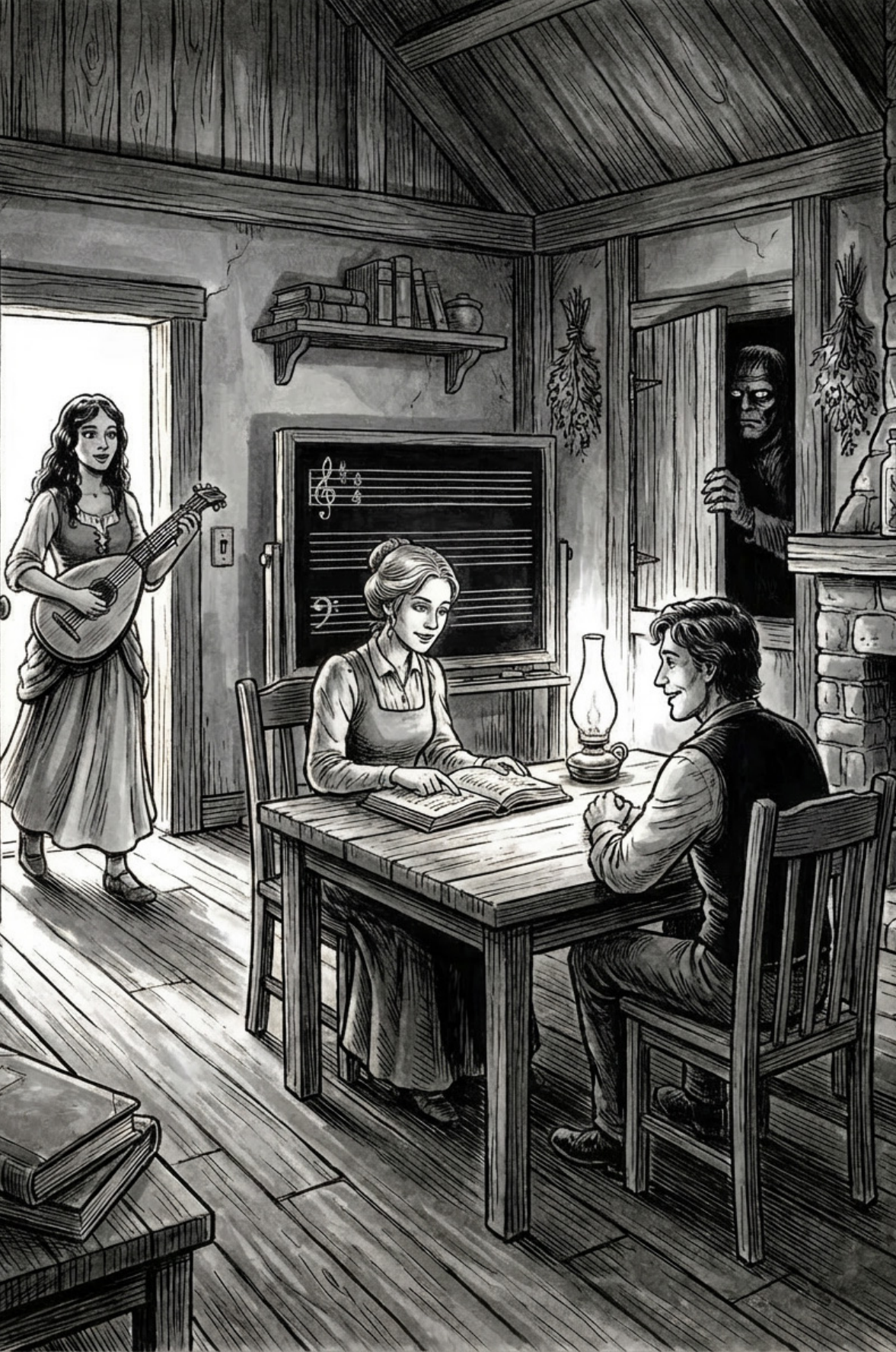
Mi estilo de vida en mi choza era uniforme. Por la mañana, atendía a los habitantes de la cabaña, y cuando se dispersaban en diversas ocupaciones, dormía; el resto del día lo dedicaba a observar a mis amigos. Cuando se retiraban a descansar, si había luna o la noche estaba estrellada, iba al bosque a recoger mi propia comida y leña para la cabaña. Al regresar, cuantas veces era necesario, limpiaba la nieve de su camino y realizaba las tareas que había visto realizar a Félix. Después descubrí que estas labores, realizadas por una mano invisible, los asombraban enormemente; y una o dos veces, en estas ocasiones, les oí pronunciar las palabras « *buen espíritu», «maravilloso* »; pero entonces no entendía su significado.

Mis pensamientos se volvieron más activos y anhelaba descubrir los motivos y sentimientos de estas encantadoras criaturas; sentía curiosidad por saber por qué Félix parecía tan desdichado y Agatha tan triste. Pensé

(¡insensato!) que podría estar en mi poder devolverles la felicidad a estas personas tan merecedoras. Cuando dormía o estaba ausente, las figuras del venerable padre ciego, la dulce Agatha y el excelente Félix revoloteaban ante mí. Los consideraba seres superiores que serían los árbitros de mi futuro destino. Me imaginé mil imágenes de mi presentación ante ellos y de su recepción. Imaginé que estarían disgustados, hasta que, con mi gentil comportamiento y mis palabras conciliadoras, me ganaría primero su favor y después su amor.

Estos pensamientos me llenaron de alegría y me impulsaron a dedicarme con renovado ardor a adquirir el arte del lenguaje. Mis órganos eran ciertamente ásperos, pero ágiles; y aunque mi voz era muy distinta a la suave música de sus tonos, pronunciaba las palabras que entendía con relativa facilidad. Era como el asno y el perrito faldero; sin embargo, sin duda el asno manso, cuyas intenciones eran cariñosas, aunque sus modales eran groseros, merecía un trato mejor que golpes y execración.

Las agradables lluvias y el calor agradable de la primavera alteraron enormemente el aspecto de la tierra. Los hombres, que antes de este cambio parecían estar escondidos en cuevas, se dispersaron y se dedicaron a diversas artes de cultivo. Los pájaros cantaban con notas más alegres y las hojas comenzaron a brotar en los árboles. ¡Feliz, feliz tierra! Morada digna de dioses, que, tan poco tiempo antes, era desolada, húmeda e insalubre. Mi ánimo se elevó ante la encantadora apariencia de la naturaleza; el pasado se borró de mi memoria, el presente fue tranquilo y el futuro se iluminó con brillantes rayos de esperanza y anticipaciones de alegría.



Capítulo 13

Ahora me apresuro a pasar a la parte más conmovedora de mi historia. Relataré acontecimientos que me impresionaron con sentimientos que, a partir de lo que había sido, me han convertido en lo que soy.

La primavera avanzó rápidamente; el clima mejoró y el cielo se despejó. Me sorprendió que lo que antes era desierto y sombrío ahora floreciera con las flores y el verdor más hermosos. Mis sentidos se sintieron gratificados y refrescados por mil aromas deleitosos y mil vistas de belleza.

Fue uno de estos días, cuando mis vecinos descansaban periódicamente del trabajo —el anciano tocaba la guitarra y los niños lo escuchaban—, que observé que el rostro de Félix estaba de una melancolía indescriptible; suspiraba con frecuencia, y en una ocasión su padre hizo una pausa en su música, y por su actitud supuse que le preguntó la causa de la tristeza de su hijo. Félix respondió con un tono alegre, y el anciano estaba reanudando su música cuando alguien llamó a la puerta.

Era una dama a caballo, acompañada por un campesino como guía. Vestía un traje oscuro y estaba cubierta con un grueso velo negro. Agatha hizo una pregunta, a la que el desconocido solo respondió pronunciando, con dulce acento, el nombre de Félix. Su voz era musical, pero distinta a la de mis amigos. Al oír esta palabra, Félix se acercó

apresuradamente a la dama, quien, al verlo, se levantó el velo, y contemplé un rostro de belleza y expresión angelicales. Su cabello, de un negro azabache brillante y curiosamente trenzado; sus ojos eran oscuros, pero dulces, aunque animados; sus rasgos eran de proporciones regulares, y su tez maravillosamente blanca, con cada mejilla teñida de un hermoso rosa.

Félix pareció embelesado de alegría al verla; todo rastro de tristeza se desvaneció de su rostro, expresando al instante una alegría extática de la que me costaba creer que fuera capaz; sus ojos brillaban al tiempo que sus mejillas se sonrojaban de placer; y en ese momento lo encontré tan hermoso como la desconocida. Ella parecía conmovida por sentimientos diferentes; enjugándose algunas lágrimas de sus hermosos ojos, le tendió la mano a Félix, quien la besó con entusiasmo y la llamó, según pude entender, su dulce árabe. Ella no pareció entenderlo, pero sonrió. Él la ayudó a desmontar y, tras despedir a su guía, la condujo a la cabaña. Conversaron un rato con su padre, y la joven desconocida se arrodilló a los pies del anciano y le habría besado la mano, pero él la levantó y la abrazó con cariño.

Pronto me di cuenta de que, aunque la desconocida emitía sonidos articulados y parecía tener un idioma propio, ni los aldeanos la entendían ni ella misma la entendía. Hicieron muchos gestos que no comprendí, pero vi que su presencia infundía alegría en la cabaña, disipando su tristeza como el sol disipa la niebla matutina. Félix parecía pe-

culiarmente feliz y, con sonrisas de alegría, recibió a su árabe. Agatha, la siempre amable Agatha, besó las manos de la encantadora desconocida y, señalando a su hermano, hizo señas que, a mi entender, indicaban que había estado triste hasta su llegada. Pasaron así algunas horas, mientras sus rostros expresaban alegría, cuya causa desconocía. Al poco tiempo, por la frecuente repetición de algún sonido que la desconocida repetía, descubrí que ella se esforzaba por aprender su idioma; y al instante se me ocurrió la idea de utilizar las mismas instrucciones con el mismo fin. La desconocida aprendió unas veinte palabras en la primera lección; la mayoría, de hecho, eran las que yo... Ya lo había entendido antes, pero me aproveché de lo demás.

Al caer la noche, Agatha y el árabe se retiraron temprano. Al separarse, Félix besó la mano del desconocido y le dijo: «Buenas noches, dulce Safie». Permaneció despierto un buen rato, conversando con su padre, y por la frecuente repetición de su nombre, supuse que su encantadora invitada era el tema de conversación. Deseaba ardientemente comprenderlos y me esforcé al máximo para lograrlo, pero me resultó completamente imposible.

A la mañana siguiente, Félix salió a trabajar, y tras terminar las ocupaciones habituales de Agatha, el árabe se sentó a los pies del anciano y, tomando su guitarra, tocó unas melodías tan cautivadoramente hermosas que al instante me arrancaron lágrimas de tristeza y deleite. Ella cantaba, y su voz fluía con una rica cadencia,

creciendo o desapareciendo como un ruiseñor en el bosque.
Al terminar, le dio la guitarra a Agatha, quien al principio la rechazó. Tocó una melodía sencilla, y su voz la acompañó con dulces acentos, pero distintos del maravilloso tono del desconocido. El anciano pareció extasiado y pronunció unas palabras que Agatha intentó explicarle a Safie, y con las que pareció querer expresar que ella le proporcionaba un gran deleite con su música.
Los días transcurrían tan apaciblemente como antes, con la única diferencia de que la alegría había sustituido a la tristeza en los rostros de mis amigos. Safie siempre estaba alegre y feliz; ella y yo mejoramos rápidamente nuestro dominio del idioma, de modo que en dos meses empecé a comprender la mayoría de las palabras pronunciadas por mis protectores.
"Mientras tanto, el suelo negro también se cubrió de hierba, y los verdes bancos se entremezclaron con innumerables flores, dulces al aroma y a la vista, estrellas de pálido resplandor entre los bosques iluminados por la luna; el sol se volvió más cálido, las noches claras y cálidas; y mis paseos nocturnos fueron un placer extremo para mí, aunque se acortaron considerablemente por la puesta tardía y la salida temprana del sol, porque nunca me aventuré al aire libre durante el día, por temor a encontrarme con el mismo trato que había sufrido anteriormente en el primer pueblo en el que entré.
"Pasé mis días en mucha atención para poder do-

minar más rápidamente el idioma; y puedo jactarme de que mejoré más rápidamente que el árabe, que entendía muy poco y hablaba con acento entrecortado, mientras que yo comprendía y podía imitar casi cada palabra que se decía.

"Mientras mejoraba mi habla, también aprendí la ciencia de las letras tal como se le enseñaba al extraño, y esto abrió ante mí un amplio campo para el asombro y el deleite.

El libro con el que Felix instruyó a Safie fue *Ruinas de Imperios,* de Volney . No habría comprendido el propósito de este libro si Felix, al leerlo, no me hubiera dado explicaciones minuciosas. Había elegido esta obra, dijo, porque el estilo declamatorio imitaba a los autores orientales. Gracias a esta obra obtuve un conocimiento superficial de la historia y una visión de los diversos imperios que existen actualmente en el mundo; me dio una idea de las costumbres, los gobiernos y las religiones de las diferentes naciones de la tierra. Oí hablar de los perezosos asiáticos, del estupendo genio y la actividad mental de los griegos, de las guerras y la maravillosa virtud de los primeros romanos, de su posterior degeneración, de la decadencia de ese poderoso imperio, de la caballería, el cristianismo y los reyes. Oí hablar del descubrimiento del hemisferio americano y lloré con Safie por el desventurado destino de sus habitantes originales.

Estas maravillosas narraciones me inspiraron sentimientos extraños. ¿Era el hombre, en verdad, tan poderoso, tan virtuoso y magnífico, y a

la vez tan cruel y vil? A veces parecía un mero vástago del principio maligno, y en otras, todo lo que se puede concebir como noble y divino. Ser un hombre grande y virtuoso parecía el mayor honor que puede recaer en un ser sensible; ser cruel y cruel, como muchos lo han sido, parecía la más baja degradación, una condición más abyecta que la del topo ciego o la del gusano inofensivo. Durante mucho tiempo no pude concebir cómo un hombre podía ir a asesinar a su prójimo, ni siquiera por qué existían leyes y gobiernos; pero cuando oí detalles de vicio y derramamiento de sangre, cesó mi asombro y me alejé con asco y repugnancia.

Cada conversación de los aldeanos me abría nuevas puertas. Mientras escuchaba las instrucciones que Félix impartía al árabe, me explicaron el extraño sistema de la sociedad humana. Oí hablar de la división de la propiedad, de la inmensa riqueza y la miseria, del rango, la ascendencia y la nobleza.

Las palabras me indujeron a reflexionar sobre mí mismo. Aprendí que las posesiones más apreciadas por mis semejantes eran una ascendencia noble e inmaculada, acompañada de riquezas. Un hombre podía ser respetado con solo una de estas ventajas, pero sin ninguna de ellas se le consideraba, salvo en casos muy raros, un vagabundo y un esclavo, condenado a malgastar sus poderes en beneficio de unos pocos elegidos. ¿Y qué era yo? Desconocía por completo mi creación y mi creador, pero sabía que no poseía dinero, ni amigos, ni

propiedades. Además, estaba dotado de una figura horriblemente deformada y repugnante; ni siquiera era de la misma naturaleza que el hombre. Era más ágil que ellos y podía subsistir con una dieta más simple; soportaba el calor y el frío extremos con menos daño para mi cuerpo; mi estatura superaba con creces la de ellos. Cuando miraba a mi alrededor, no veía ni oía hablar de nadie como yo. ¿Era yo, entonces, un monstruo, una mancha en la tierra, de la que todos los hombres huían y a quien todos repudiaban?

No puedo describirles la agonía que estas reflexiones me infligieron; intenté disiparlas, pero la tristeza solo aumentó al saberlo. ¡Oh, si hubiera permanecido para siempre en mi bosque natal, sin conocer ni sentir más allá del hambre, la sed y el calor!

¡Qué extraña naturaleza es el conocimiento! Se aferra a la mente una vez que se ha apoderado de ella como un liquen en la roca. A veces deseaba despojarme de todo pensamiento y sentimiento, pero aprendí que solo había un medio para superar la sensación de dolor, y ese era la muerte, un estado que temía pero que no comprendía. Admiraba la virtud y los buenos sentimientos, y amaba los modales amables y las cualidades amables de mis aldeanos, pero me veía privado de la interacción con ellos, excepto por medios que obtenía a escondidas, cuando era invisible y desconocido, y que más bien aumentaban, en lugar de satisfacer, mi deseo de convertirme en uno más entre mis semejantes. Las dulces palabras

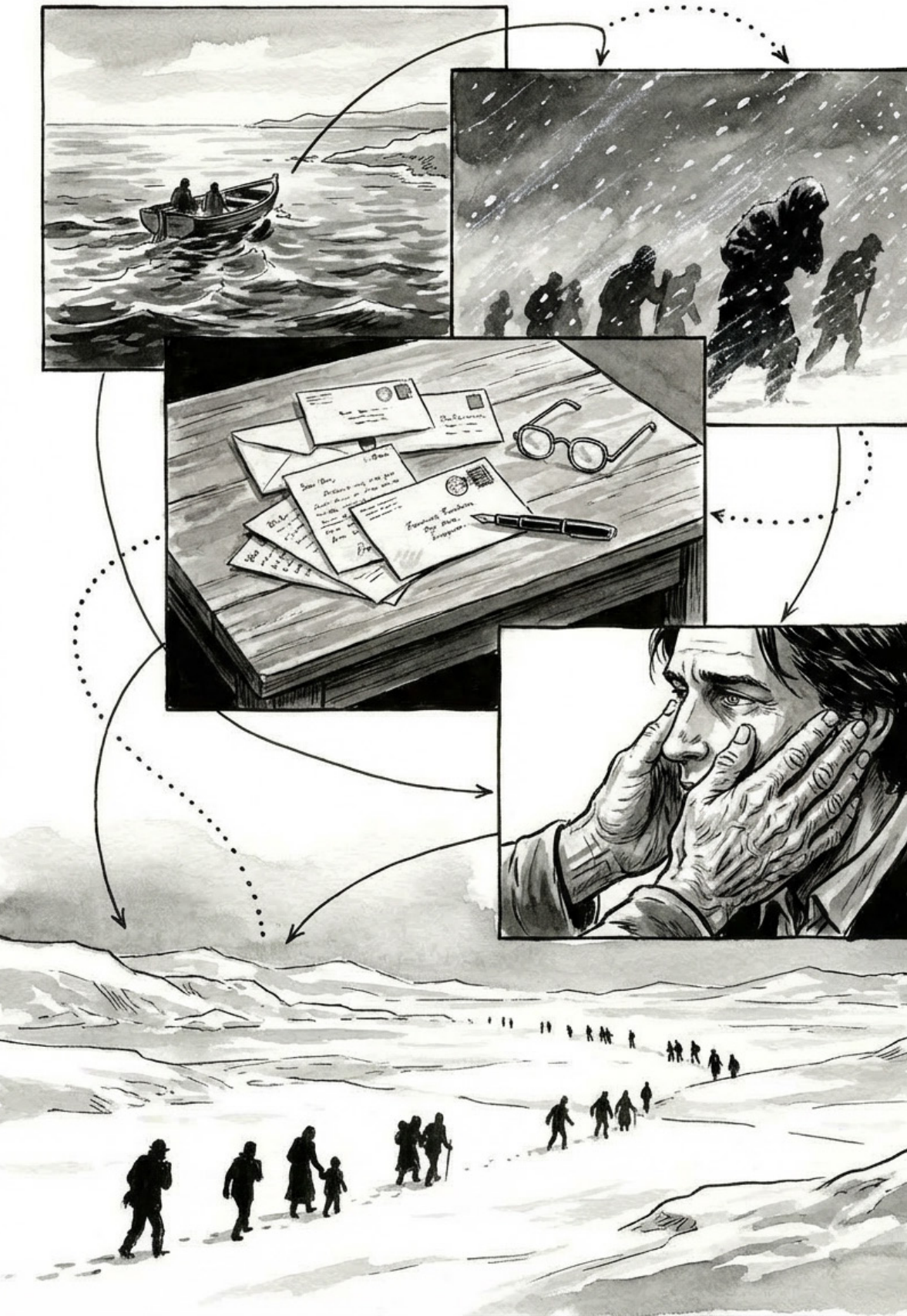
de Agatha y las animadas sonrisas del encantador árabe no eran para mí. Las suaves exhortaciones del anciano y la animada conversación de mi amado Félix no eran para mí. ¡Miserable, infeliz desgraciado!

Otras lecciones me quedaron grabadas aún más profundamente. Escuché sobre la diferencia de sexos, el nacimiento y el crecimiento de los niños, cómo el padre se deleitaba con las sonrisas del bebé y las animadas salidas del hijo mayor, cómo toda la vida y los cuidados de la madre se concentraban en la preciosa responsabilidad, cómo la mente del joven se expandía y adquiría conocimiento, sobre hermano, hermana y todas las diversas relaciones que unen a un ser humano con otro mediante vínculos mutuos.

Pero ¿dónde estaban mis amigos y parientes? Ningún padre había velado por mi infancia, ninguna madre me había bendecido con sonrisas y caricias; o si lo habían hecho, toda mi vida pasada era ahora una mancha, un vacío ciego en el que no distinguía nada. Desde mi más temprano recuerdo, había sido como era entonces en altura y proporciones. Nunca había visto a un ser que se me pareciera o que pretendiera tener alguna relación conmigo. ¿Qué era yo? La pregunta volvía a surgir, para ser respondida solo con gemidos.

Pronto explicaré a qué apuntaban estos sentimientos, pero permítanme ahora volver a los aldeanos, cuya historia despertó en mí sentimientos tan diversos de indignación, deleite y asombro,

pero que todos terminaron en un amor y una reverencia adicionales hacia mis protectores (porque así me gustaba llamarlos, en un inocente y medio doloroso autoengaño).



Capítulo 14

Pasó algún tiempo antes de que conociera la historia de mis amigos. Fue una historia que se grabó profundamente en mi mente, revelando diversas circunstancias, cada una interesante y maravillosa para alguien tan inexperto como yo.

El anciano se llamaba De Lacey. Descendía de una buena familia francesa, donde había vivido muchos años en la opulencia, respetado por sus superiores y querido por sus iguales. Su hijo se crio al servicio de su país, y Agatha se había situado entre damas de la más alta distinción. Unos meses antes de mi llegada, vivían en una gran y lujosa ciudad llamada París, rodeados de amigos y disfrutando de todos los placeres que la virtud, el refinamiento intelectual o el buen gusto, junto con una moderada fortuna, podían proporcionar.

El padre de Safie había sido la causa de su ruina. Era un comerciante turco y había residido en París durante muchos años, cuando, por alguna razón que desconozco, se volvió odioso para el gobierno. Fue apresado y encarcelado el mismo día que Safie llegó de Constantinopla para reunirse con él. Fue juzgado y condenado a muerte. La injusticia de su sentencia fue flagrante; todo París se indignó; y se consideró que su religión y su riqueza, y no el delito que se le imputaba, habían sido la causa de su condena.

Félix había estado presente accidentalmente en el

juicio; su horror e indignación fueron incontenibles al escuchar la decisión del tribunal. En ese momento, hizo un voto solemne de liberarlo y luego buscó los medios. Tras muchos intentos infructuosos de entrar en la prisión, encontró una ventana con una fuerte reja en una parte desprotegida del edificio, que iluminaba la mazmorra del desafortunado musulmán, quien, cargado de cadenas, esperaba desesperado la ejecución de la bárbara sentencia. Félix visitó la reja por la noche y le comunicó al prisionero sus intenciones en su favor. El turco, asombrado y encantado, intentó avivar el celo de su libertador con promesas de recompensa y riquezas. Félix rechazó sus ofertas con desprecio, pero al ver a la encantadora Safie, a quien se le permitió visitar a su padre y quien con sus gestos expresó su viva gratitud, el joven no pudo evitar reconocer que el cautivo poseía un tesoro que recompensaría plenamente su esfuerzo y riesgo.

El Turco percibió rápidamente la impresión que su hija había causado en el corazón de Félix y se esforzó por asegurarle aún más sus intereses prometiéndole su mano en matrimonio tan pronto como fuera trasladado a un lugar seguro. Félix era demasiado delicado para aceptar esta oferta, pero anhelaba la probabilidad de que el evento consumara su felicidad.

Durante los días siguientes, mientras se preparaban los preparativos para la fuga del comerciante, el entusiasmo de Félix se avivó con varias cartas que recibió de esta encantadora muchacha, quien encontró la manera de expresar sus pensamientos

en el idioma de su amante con la ayuda de un anciano sirviente de su padre que entendía francés. Le agradeció con el mayor fervor los servicios que le había prestado a su progenitor, y al mismo tiempo deploró con ternura su propia suerte.

Tengo copias de estas cartas, pues durante mi estancia en la choza, me las arreglé para conseguir los instrumentos de escritura; y las cartas a menudo estaban en manos de Félix o Agatha. Antes de partir, te las daré; comprobarán la veracidad de mi relato; pero por ahora, como el sol ya ha declinado mucho, solo tendré tiempo de repetirte lo esencial.

Safie contó que su madre era una árabe cristiana, capturada y esclavizada por los turcos; recomendada por su belleza, se ganó el corazón de su padre, quien se casó con ella. La joven habló con gran entusiasmo de su madre, quien, nacida en libertad, rechazó la esclavitud a la que ahora estaba reducida. Instruyó a su hija en los principios de su religión y le enseñó a aspirar a mayores facultades intelectuales y a una independencia de espíritu prohibida para las seguidoras de Mahoma. Esta dama murió, pero sus lecciones quedaron grabadas indeleblemente en la mente de Safie, quien se sentía asqueada ante la perspectiva de regresar a Asia y verse encerrada entre los muros de un harén, donde solo se le permitiera ocuparse de diversiones infantiles, inapropiadas para su alma, ahora acostumbrada a las grandes ideas y a un noble afán por la virtud. La perspectiva de casarse con un cristiano y permanecer en un país donde a las mujeres se les permitía alcanzar un rango social le resultaba encantadora.

El día de la ejecución del Turco estaba fijado, pero la noche anterior abandonó su prisión y antes del amanecer se encontraba a muchas leguas de París. Félix había obtenido pasaportes a nombre de su padre, su hermana y el suyo propio. Previamente le había comunicado su plan al primero, quien colaboró en el engaño abandonando su casa, con el pretexto de un viaje, y ocultándose con su hija en un lugar recóndito de París.

"Félix condujo a los fugitivos a través de Francia hasta Lyon y a través del Mont Cenis hasta Livorno, donde el comerciante había decidido esperar una oportunidad favorable para pasar a alguna parte de los dominios turcos.

Safie decidió quedarse con su padre hasta el momento de su partida, antes de lo cual el turco renovó su promesa de que se uniría a su salvador; y Félix permaneció con ellos a la espera de ese acontecimiento; y mientras tanto, disfrutó de la compañía del árabe, quien le mostró el más sencillo y tierno afecto. Conversaron entre sí por medio de un intérprete, y a veces con la interpretación de miradas; y Safie le cantó las divinas melodías de su país natal.

El Turco permitió esta intimidad y alentó las esperanzas de los jóvenes amantes, mientras que en su corazón había forjado planes muy distintos. Detestaba la idea de que su hija se uniera a un cristiano, pero temía el resentimiento de Félix si se mostraba indiferente, pues sabía que aún estaba en poder de su libertador si este decidía traicionarlo y entregarlo al estado italiano donde vivían. Concibió mil

planes para prolongar el engaño hasta que ya no fuera necesario y llevarse a su hija en secreto con él al partir. Sus planes se vieron facilitados por las noticias que llegaron de París.

El gobierno francés, indignado por la fuga de su víctima, no escatimó esfuerzos para detectar y castigar a su libertador. El complot de Félix fue descubierto rápidamente, y De Lacey y Agatha fueron encarcelados. La noticia llegó a Félix y lo despertó de su sueño de placer. Su padre, ciego y anciano, y su dulce hermana yacían en una mazmorra pestilente mientras él disfrutaba del aire libre y de la compañía de la que amaba. Esta idea lo torturaba. Rápidamente acordó con el Turco que si este encontraba una oportunidad favorable para escapar antes de que Félix pudiera regresar a Italia, Safie permanecería interna en un convento de Livorno; y luego, abandonando a la bella árabe, se apresuró a viajar a París y se entregó a la venganza de la ley, con la esperanza de liberar a De Lacey y Agatha con este procedimiento.

No lo logró. Permanecieron confinados durante cinco meses antes del juicio, cuyo resultado los privó de su fortuna y los condenó al exilio perpetuo de su país natal.

Encontraron un asilo miserable en la cabaña de Alemania, donde los descubrí. Félix pronto supo que el traicionero turco, por quien él y su familia sufrieron una opresión inaudita, al descubrir que su libertador se había visto así reducido a la pobreza y la ruina, se había convertido en un traidor a los buenos sentimientos y al honor, y había abandona-

do Italia con su hija, enviándole insultantemente a Félix una miseria para ayudarlo, según dijo, en algún plan de manutención futura.
Tales fueron los acontecimientos que desgarraron el corazón de Félix y lo convirtieron, cuando lo vi por primera vez, en el más miserable de su familia. Podría haber soportado la pobreza, y aunque esta aflicción había sido la recompensa de su virtud, se enorgullecía de ella; pero la ingratitud del turco y la pérdida de su amada Safie fueron desgracias más amargas e irreparables. La llegada del árabe infundió nueva vida en su alma.
Cuando llegó a Livorno la noticia de que Félix había sido despojado de su riqueza y rango, el comerciante ordenó a su hija que no pensara más en su amante y que se preparara para regresar a su país natal. La generosidad de Safie se sintió ultrajada por esta orden; intentó protestar con su padre, pero este la abandonó enojado, reiterando su tiránico mandato.
Pocos días después, el Turco entró en el apartamento de su hija y le comunicó apresuradamente que tenía motivos para creer que se había divulgado su residencia en Livorno y que debía ser entregado rápidamente al gobierno francés; por consiguiente, había alquilado un barco para trasladarlo a Constantinopla, ciudad a la que zarparía en pocas horas. Tenía la intención de dejar a su hija al cuidado de un sirviente de confianza, para que se marchara a su antojo con la mayor parte de sus bienes, que aún no habían llegado a Livorno.
Cuando estuvo sola, Safie decidió el plan de acción

que le convenía seguir en esta emergencia. Residir en Turquía le resultaba aborrecible; su religión y sus sentimientos la rechazaban por igual. Por unos papeles de su padre que llegaron a sus manos, se enteró del exilio de su amante y supo el nombre del lugar donde residía. Dudó un tiempo, pero finalmente tomó una decisión. Llevándose algunas joyas que le pertenecían y una suma de dinero, abandonó Italia con un acompañante, natural de Livorno, pero que entendía el idioma turco, y partió hacia Alemania.

Llegó sana y salva a un pueblo a unas veinte leguas de la cabaña de De Lacey, cuando su cuidadora enfermó gravemente. Safie la cuidó con el mayor cariño, pero la pobre muchacha falleció, y el árabe se quedó solo, sin conocer el idioma del país y con total ignorancia de las costumbres del mundo. Sin embargo, cayó en buenas manos. El italiano había mencionado el nombre del lugar al que se dirigían, y tras su muerte, la mujer de la casa donde vivían se encargó de que Safie llegara sana y salva a la cabaña de su amante.



Capítulo 15

Así fue la historia de mis queridos aldeanos. Me impresionó profundamente. Aprendí, gracias a las perspectivas de vida social que desarrolló, a admirar sus virtudes y a desaprobar los vicios de la humanidad.
Aunque aún consideraba el crimen un mal lejano, la benevolencia y la generosidad siempre estaban presentes, incitando en mí el deseo de convertirme en actor en el ajetreado mundo donde tantas cualidades admirables se manifestaban. Pero al relatar el progreso de mi intelecto, no debo omitir una circunstancia que ocurrió a principios de agosto de ese mismo año.
Una noche, durante mi visita habitual al bosque vecino, donde recogía mi propia comida y traía leña para mis protectores, encontré en el suelo una maleta de cuero que contenía varias prendas de vestir y algunos libros. Aproveché con entusiasmo el premio y regresé con él a mi choza. Por suerte, los libros estaban escritos en el idioma que había aprendido en la cabaña; consistían en *El Paraíso Perdido* , un volumen de *las Vidas de Plutarco* y Las *Desamparadas de Werter* . La posesión de estos tesoros me produjo un gran deleite; estudiaba y meditaba continuamente sobre estas historias, mientras mis amigos se dedicaban a sus ocupaciones habituales. Apenas puedo describirles el efecto que estos libros me produjeron. Produjeron en mí una infinidad de nuevas imágenes y sentimientos, que a veces me exaltaban, pero con más frecuencia me

hundían en la más profunda desilusión. En Las *Penas de Werter* , además del interés de su sencilla y conmovedora historia, se sondean tantas opiniones y se arroja tanta luz sobre temas hasta entonces desconocidos para mí, que encontré en él una fuente inagotable de especulación y asombro. Los modales amables y hogareños que describía, combinados con sentimientos elevados, que tenían por objeto algo ajeno a mí, concordaban bien con mi experiencia con mis protectores y con las necesidades que siempre estuvieron vivas en mi corazón. Pero pensaba que el propio Werter era un ser más divino de lo que jamás había visto o imaginado; su carácter no contenía pretensiones, pero me calaba hondo. Las disquisiciones sobre la muerte y el suicidio estaban destinadas a llenarme de asombro. No pretendí entrar en los méritos del caso, pero me incliné por las opiniones de... héroe, cuya extinción lloré, sin comprenderla con precisión.

Sin embargo, al leer, me concentré mucho en mis propios sentimientos y condición. Me encontré similar, pero a la vez extrañamente distinto, a los seres sobre los que leía y cuya conversación escuchaba. Simpatizaba con ellos y los comprendía parcialmente, pero mi mente estaba inconexa; no dependía de nadie ni tenía relación con nadie. «El camino de mi partida fue libre», y no había nadie que lamentara mi aniquilación. Mi persona era horrible y mi estatura gigantesca. ¿Qué significaba esto? ¿Quién era yo? ¿Qué era yo? ¿De dónde venía? ¿Cuál era mi destino? Estas preguntas se repetían una y otra vez, pero era incapaz de resolverlas.

El volumen de *las Vidas de Plutarco* que poseía contenía las historias de los primeros fundadores de las antiguas repúblicas. Este libro tuvo en mí un efecto muy diferente al de Las *penas de Werter* . Aprendí de la imaginación de Werter el desaliento y la tristeza, pero Plutarco me enseñó pensamientos elevados; me elevó por encima de la miserable esfera de mis propias reflexiones, para admirar y amar a los héroes de épocas pasadas. Muchas cosas que leí sobrepasaron mi comprensión y experiencia. Tenía un conocimiento muy confuso de reinos, vastas extensiones de territorio, ríos caudalosos y mares inmensos. Pero desconocía por completo las ciudades y las grandes concentraciones humanas. La cabaña de mis protectores había sido la única escuela en la que había estudiado la naturaleza humana, pero este libro desarrolló nuevos y más impactantes escenarios de acción. Leí sobre hombres involucrados en asuntos públicos, gobernando o masacrando a su especie. Sentí crecer en mí el mayor ardor por la virtud, y el aborrecimiento por el vicio, hasta donde entendía el significado de esos términos, relativo Tal como eran, al aplicarlas, solo al placer y al dolor. Inducido por estos sentimientos, me vi, por supuesto, llevado a admirar a los pacíficos legisladores, Numa, Solón y Licurgo, con preferencia a Rómulo y Teseo. La vida patriarcal de mis protectores hizo que estas impresiones se arraigaran en mi mente; tal vez, si mi primer contacto con la humanidad hubiera sido a través de un joven soldado, ardiente de gloria y matanza, me habrían impregnado sensaciones diferentes.

Pero *El Paraíso Perdido* despertó emociones diferentes y mucho más profundas. Lo leí, como había leído los otros volúmenes que habían caído en mis manos, como una historia auténtica. Despertó toda la admiración y el asombro que la imagen de un Dios omnipotente en guerra con sus criaturas era capaz de suscitar. A menudo, según me parecía su similitud, relacionaba las diversas situaciones con la mía. Al igual que Adán, aparentemente no me unía ningún vínculo con ningún otro ser existente; pero su estado era muy diferente al mío en todos los demás aspectos. Él había salido de las manos de Dios como una criatura perfecta, feliz y próspera, protegida por el cuidado especial de su Creador; se le permitía conversar con seres de naturaleza superior y adquirir conocimiento de ellos, pero yo era desdichada, indefensa y sola. Muchas veces consideré a Satanás como el símbolo más adecuado de mi condición, pues a menudo, como él, al contemplar la dicha de mis protectores, la amarga envidia me invadía.

Otra circunstancia reforzó y confirmó estos sentimientos. Poco después de llegar a la casucha, descubrí unos papeles en el bolsillo del vestido que había sacado de tu laboratorio. Al principio los descuidé, pero ahora que pude descifrar los caracteres en que estaban escritos, comencé a estudiarlos con diligencia. Era tu diario de los cuatro meses que precedieron a mi creación. En estos papeles describiste minuciosamente cada paso que diste en el progreso de tu obra; esta historia se mezclaba con relatos de sucesos domésticos. Sin duda recuerdas estos papeles. Aquí están. En ellos se relata todo

lo que hace referencia a mi maldito origen; se presenta con todo detalle esa serie de repugnantes circunstancias que lo produjeron; se ofrece la más minuciosa descripción de mi odiosa y repugnante persona, en un lenguaje que describió tus propios horrores e hizo los míos indelebles. Sentí náuseas al leer. "¡Día odioso en que recibí la vida!" Exclamé con agonía. «¡Maldito creador! ¿Por qué creaste un monstruo tan horrible que incluso *tú* me rechazaste con asco? Dios, compadecido, creó al hombre hermoso y atractivo, a su imagen; pero mi forma es un repugnante ejemplo de la tuya, más horrible aún por su misma semejanza. Satanás tenía a sus compañeros, demonios, que lo admiraban y lo animaban, pero yo soy solitario y aborrecido».

Estas fueron las reflexiones de mis horas de abatimiento y soledad; pero al contemplar las virtudes de los aldeanos, su carácter amable y benévolo, me convencí de que cuando conocieran mi admiración por sus virtudes, me compadecerían y pasarían por alto mi deformidad personal. ¿Podrían rechazar a alguien, por monstruoso que fuera, que solicitara su compasión y amistad? Decidí, al menos, no desesperar, sino prepararme por todos los medios para una entrevista con ellos que decidiría mi destino. Pospuse este intento unos meses más, pues la importancia que se le daba al éxito me inspiraba temor de fracasar. Además, descubrí que mi comprensión mejoraba tanto con cada día de experiencia que no estaba dispuesto a comenzar esta empresa hasta que unos meses más hubieran aumentado mi sagacidad.

Mientras tanto, se produjeron varios cambios en la cabaña. La presencia de Safie infundía felicidad entre sus habitantes, y también descubrí que reinaba una mayor abundancia. Félix y Agatha pasaban más tiempo divirtiéndose y conversando, y contaban con la ayuda de sus sirvientes. No parecían ricos, pero estaban contentos y felices; sus sentimientos eran serenos y apacibles, mientras que los míos se volvían cada día más tumultuosos. Un mayor conocimiento me reveló con mayor claridad lo miserable y marginado que era. Abrigaba esperanzas, es cierto, pero se desvanecieron al ver mi persona reflejada en el agua o mi sombra a la luz de la luna, incluso como esa frágil imagen y esa sombra inconstante.

Me esforcé por dominar estos temores y prepararme para la prueba que en pocos meses decidí afrontar; y a veces permitía que mis pensamientos, sin el control de la razón, vagaran por los campos del Paraíso, y me atrevía a imaginar criaturas amables y encantadoras que simpatizaban con mis sentimientos y alegraban mi tristeza; sus rostros angelicales exhalaban sonrisas de consuelo. Pero todo era un sueño; ninguna Eva apaciguó mis penas ni compartió mis pensamientos; estaba solo. Recordé la súplica de Adán a su Creador. Pero ¿dónde estaba la mía? Me había abandonado, y en la amargura de mi corazón lo maldije.

Así transcurrió el otoño. Vi, con sorpresa y dolor, cómo las hojas se descomponían y caían, y cómo la naturaleza volvía a asumir el aspecto árido y desolado que tenía cuando contemplé por primera vez los bosques y la hermosa luna. Sin embargo, no

presté atención a la desolación del clima; mi constitución me permitía soportar mejor el frío que el calor. Pero mis mayores deleites eran la vista de las flores, los pájaros y toda la alegre vestimenta del verano; cuando estos me abandonaban, me volvía con más atención hacia los aldeanos. Su felicidad no disminuía por la ausencia del verano. Se amaban y se compadecían mutuamente; y sus alegrías, dependientes unas de otras, no se veían interrumpidas por las desgracias que ocurrían a su alrededor. Cuanto más los veía, mayor era mi deseo de reclamar su protección y bondad; mi corazón anhelaba ser conocido y amado por estas amables criaturas; ver sus dulces miradas dirigidas hacia mí con afecto era el límite máximo de mi ambición. No me atrevía a pensar que los apartarían de mí con desdén y horror. Los pobres Los que se detenían en su puerta nunca eran expulsados. Pedía, es cierto, mayores tesoros que un poco de comida o descanso: exigía bondad y simpatía; pero no me consideraba del todo indigno de ellas.

El invierno avanzaba, y desde que desperté, había ocurrido un cambio radical en las estaciones. En ese momento, mi atención se centraba exclusivamente en mi plan de entrar en la cabaña de mis protectores. Pensé en muchos proyectos, pero finalmente decidí entrar en la casa cuando el anciano ciego estuviera solo. Tuve la suficiente sagacidad para descubrir que la fealdad antinatural de mi persona era el principal motivo de horror para quienes me habían visto antes. Mi voz, aunque áspera, no tenía nada de terrible; pensé, por lo tanto, que si en ausencia de sus hijos

lograba ganarme la buena voluntad y la mediación del viejo De Lacey, podría, gracias a él, ser tolerado por mis jóvenes protectores.

Un día, cuando el sol brillaba sobre las hojas rojas que cubrían el suelo y transmitía alegría, aunque negaba el calor, Safie, Agatha y Félix emprendieron un largo paseo por el campo, y el anciano, por deseo propio, se quedó solo en la cabaña. Cuando sus hijos se marcharon, tomó su guitarra y tocó varias melodías tristes pero dulces, más dulces y tristes que nunca antes le había oído tocar. Al principio, su semblante se iluminó de placer, pero a medida que continuaba, la reflexión y la tristeza lo sucedieron; finalmente, dejando el instrumento a un lado, se sentó absorto en sus reflexiones.

Mi corazón latía con fuerza; era la hora y el momento de la prueba, que decidiría mis esperanzas o haría realidad mis temores. Los sirvientes se habían ido a una feria cercana. Todo estaba en silencio dentro y alrededor de la cabaña; era una excelente oportunidad; sin embargo, cuando procedí a ejecutar mi plan, me fallaron las extremidades y caí al suelo. Me levanté de nuevo y, con toda la firmeza de la que era dueño, quité las tablas que había colocado delante de mi choza para ocultar mi refugio. El aire fresco me reanimó, y con renovada determinación me acerqué a la puerta de su cabaña.

Llamé a la puerta. «¿Quién anda?», dijo el anciano. «Pase». Entré. «Disculpe la intrusión», dije; «soy un viajero que necesita descansar un poco; me haría un gran favor si me permitiera quedarme unos minutos frente al fuego».

"Entre", dijo De Lacey, "y trataré de hacer lo que pueda para aliviar sus necesidades; pero, desafortunadamente, mis hijos están fuera de casa y, como soy ciego, me temo que me resultará difícil conseguir comida para usted".

"No te preocupes, mi amable anfitrión; tengo comida; lo único que necesito es calor y descanso".

Me senté y se hizo el silencio. Sabía que cada minuto era precioso para mí, pero seguía indeciso sobre cómo comenzar la entrevista, cuando el anciano se dirigió a mí.

—Por tu idioma, extraño, supongo que eres mi compatriota. ¿Eres francés?

—No; pero me eduqué en una familia francesa y solo entiendo ese idioma. Ahora voy a pedir la protección de unos amigos a quienes quiero sinceramente y en cuyo favor tengo algunas esperanzas.

"¿Son alemanes?"

—No, son franceses. Pero cambiemos de tema. Soy una criatura desdichada y abandonada; miro a mi alrededor y no tengo parientes ni amigos en este mundo. Estas amables personas a las que me acerco nunca me han visto y saben poco de mí. Estoy lleno de temores, porque si fracaso allí, seré un paria en el mundo para siempre.

No desesperes. No tener amigos es ciertamente una desgracia, pero el corazón de los hombres, cuando no está prejuzgado por ningún interés propio evidente, rebosa de amor fraternal y caridad. Confía, pues, en tus esperanzas; y si estos amigos son buenos y amables, no desesperes.

Son amables, son las criaturas más excelentes del mundo; pero, por desgracia, tienen prejuicios contra mí. Tengo buen carácter; mi vida hasta ahora

ha sido inofensiva y, en cierta medida, beneficiosa; pero un prejuicio fatal les nubla la vista, y donde deberían ver a un amigo sensible y bondadoso, solo ven un monstruo detestable.

"Eso es realmente lamentable; pero si realmente eres inocente, ¿no puedes desengañarlos?"

Estoy a punto de emprender esa tarea; y es por ello que siento tantos terrores abrumadores. Amo tiernamente a estos amigos; sin que ellos lo sepan, desde hace muchos meses he tenido la costumbre de serles amable a diario; pero creen que quiero hacerles daño, y es ese prejuicio el que quiero superar.

"¿Dónde residen estos amigos?"

"Cerca de este lugar."

El anciano hizo una pausa y luego continuó: «Si me confía sin reservas los detalles de su relato, quizá pueda ayudarles a desengañarlos. Soy ciego y no puedo juzgar su semblante, pero hay algo en sus palabras que me convence de su sinceridad. Soy pobre y estoy exiliado, pero me proporcionará un verdadero placer ser útil a una criatura humana».

¡Excelente hombre! Le agradezco y acepto su generosa oferta. Me ha levantado del polvo con esta generosidad; y confío en que, con su ayuda, no me veré alejado de la compañía y la compasión de sus semejantes.

¡Dios no lo quiera! Incluso si realmente fueras un criminal, pues eso solo te llevará a la desesperación, no a la virtud. Yo también soy un desgraciado; mi familia y yo hemos sido condenados, aunque inocentes; juzga, por tanto, si no me compadezco de tus desgracias.

¿Cómo puedo agradecerte, mi mejor y único benefactor? De tus labios escuché por primera vez la voz

de bondad dirigida hacia mí; te estaré eternamente agradecido; y tu actual humanidad me asegura el éxito con los amigos que estoy a punto de conocer.
"¿Puedo saber los nombres y la residencia de esos amigos?"
Hice una pausa. Pensé que este era el momento decisivo, el que me robaría o me concedería la felicidad para siempre. Luché en vano por encontrar la firmeza suficiente para responderle, pero el esfuerzo agotó todas mis fuerzas; me dejé caer en la silla y sollocé a gritos. En ese momento oí los pasos de mis jóvenes protectores. No tenía ni un minuto que perder, pero agarrando la mano del anciano, grité: "¡Ha llegado el momento! ¡Sálvame y protégeme! Tú y tu familia son los amigos que busco. ¡No me abandones en la hora de la prueba!".
—¡Dios mío! —exclamó el anciano—. ¿Quién eres?
En ese instante se abrió la puerta de la cabaña y entraron Félix, Safie y Agatha. ¿Quién puede describir su horror y consternación al verme? Agatha se desmayó, y Safie, incapaz de atender a su amiga, salió corriendo de la cabaña. Félix se abalanzó sobre mí y, con una fuerza sobrenatural, me arrancó de su padre, a cuyas rodillas me aferraba. En un arrebato de furia, me tiró al suelo y me golpeó violentamente con un palo. Podría haberlo descuartizado, como un león desgarra a un antílope. Pero el corazón me dio un vuelco y me contuve. Lo vi a punto de repetir el golpe, cuando, dominado por el dolor y la angustia, abandoné la cabaña y, en medio del tumulto general, escapé sin ser visto a mi choza.



Capítulo 16

¡Maldito, maldito creador! ¿Por qué viví? ¿Por qué, en ese instante, no extinguí la chispa de existencia que tan despreocupadamente me habías otorgado? No lo sé; la desesperación aún no se había apoderado de mí; mis sentimientos eran de rabia y venganza. Con gusto habría destruido la cabaña y a sus habitantes y me habría saciado con sus gritos y su miseria.

Al caer la noche, abandoné mi refugio y vagué por el bosque; y ahora, libre del miedo a ser descubierto, desahogué mi angustia con aullidos aterradores. Era como una fiera que hubiera roto las redes, destruyendo todo lo que me estorbaba y recorriendo el bosque con la rapidez de un ciervo. ¡Oh! ¡Qué noche tan miserable pasé! Las frías estrellas brillaban burlonamente, y los árboles desnudos mecían sus ramas sobre mí; de vez en cuando, la dulce voz de un pájaro irrumpía en la quietud universal. Todos, menos yo, descansaban o disfrutaban; yo, como el archienemigo, llevaba un infierno dentro, y al no sentir compasión por mí, deseaba destrozar los árboles, sembrar el caos y la destrucción a mi alrededor, y luego sentarme a disfrutar de la ruina. Pero este era un lujo de sensaciones insoportable; me fatigué por el exceso de esfuerzo físico y me desplomé sobre la hierba húmeda en la enfermiza impotencia de la desesperación. No había nadie entre las miríadas de hombres que existieran que me compadeciera o me ayudara; ¿y debía yo sentir

bondad hacia mis enemigos? No: desde ese momento declaré la guerra eterna contra la especie, y sobre todo, contra quien me había formado y me había enviado a esta miseria insoportable.

Salió el sol; oí voces y supe que me sería imposible regresar a mi refugio durante ese día. Así que me escondí entre la espesura del bosque, decidido a dedicar las siguientes horas a reflexionar sobre mi situación.

El agradable sol y el aire puro del día me devolvieron cierta tranquilidad; y al reflexionar sobre lo sucedido en la cabaña, no pude evitar creer que me había precipitado en mis conclusiones. Ciertamente, había actuado con imprudencia. Era evidente que mi conversación había interesado al padre por mí, y fui un insensato al exponerme al horror de sus hijos. Debería haberme presentado al viejo De Lacey y, poco a poco, haberme descubierto ante el resto de su familia, cuando ya estarían preparados para mi llegada. Pero no creí que mis errores fueran irreparables, y tras mucho pensarlo, decidí volver a la cabaña, buscar al anciano y, con mis gestiones, ganarme su apoyo.

Estos pensamientos me tranquilizaron, y por la tarde caí en un sueño profundo; pero la fiebre de mi sangre no me permitió soñar apaciblemente. La horrible escena del día anterior se repetía constantemente ante mis ojos; las hembras huían y Félix, enfurecido, me arrancaba de los pies de su padre. Desperté exhausto, y al ver que ya era de noche, salí sigilosamente de mi escondite y fui en busca de comida.

Cuando mi hambre se calmó, dirigí mis pasos hacia el conocido sendero que conducía a la cabaña.

Allí todo estaba en paz. Me deslicé en mi choza y permanecí en silencio esperando la hora acostumbrada en que la familia se levantara. Esa hora pasó, el sol estaba en lo alto del cielo, pero los aldeanos no aparecieron. Temblé violentamente, temiendo alguna terrible desgracia. El interior de la cabaña estaba a oscuras y no oí ningún movimiento; no puedo describir la agonía de esta incertidumbre.

En ese momento pasaron dos campesinos, pero al detenerse cerca de la cabaña, entablaron conversación con gestos violentos; pero no entendí lo que decían, pues hablaban el idioma del país, que era diferente al de mis protectores. Poco después, sin embargo, Félix se acercó con otro hombre; me sorprendió, pues sabía que no había salido de la cabaña esa mañana, y esperé con ansias descubrir, a través de su conversación, el significado de estas inusuales apariciones.

«¿Consideras —le dijo su compañero— que te verás obligado a pagar tres meses de alquiler y perder el producto de tu huerto? No quiero aprovecharme de ti, y por lo tanto te ruego que te tomes unos días para reflexionar sobre tu decisión».

—Es completamente inútil —respondió Félix—; nunca más podremos habitar su cabaña. La vida de mi padre corre el mayor peligro debido a la terrible circunstancia que le he contado. Mi esposa y mi hermana jamás se recuperarán de su horror. Le ruego que no razone más conmigo. Tome posesión de su vivienda y déjeme huir de aquí.

Félix tembló violentamente al decir esto. Él y su compañero entraron en la cabaña, donde permanecieron

unos minutos, y luego se marcharon. Nunca volví a ver a ningún miembro de la familia De Lacey.

Continué el resto del día en mi choza, sumido en una desesperación absoluta y estúpida. Mis protectores se habían marchado y habían roto el único vínculo que me unía al mundo. Por primera vez, sentimientos de venganza y odio me invadieron, y no intenté controlarlos, sino que, dejándome llevar por la corriente, me concentré en el daño y la muerte. Al pensar en mis amigos, en la suave voz de De Lacey, en los dulces ojos de Agatha y en la exquisita belleza del árabe, estos pensamientos se desvanecieron y un torrente de lágrimas me alivió un poco. Pero de nuevo, al reflexionar sobre su desprecio y abandono, la ira regresó, un arrebato de ira, e incapaz de dañar a nada humano, dirigí mi furia hacia los objetos inanimados. Al caer la noche, coloqué diversos combustibles alrededor de la cabaña y, tras destruir todo vestigio de cultivo en el jardín, esperé con forzada impaciencia a que se ocultara la luna para comenzar mis operaciones.

A medida que avanzaba la noche, un viento feroz se levantó del bosque y dispersó rápidamente las nubes que se habían posado en el cielo; la ráfaga azotó como una poderosa avalancha y produjo en mí una especie de locura que desbordó todo límite de razón y reflexión. Encendí la rama seca de un árbol y dancé con furia alrededor de la devota cabaña, con la mirada fija en el horizonte occidental, cuyo borde la luna casi rozaba. Una parte de su órbita quedó finalmente oculta, y agité mi tea; se hundió, y con un fuerte grito prendí fuego a la paja,

el brezo y los arbustos que había recogido. El viento avivó el fuego, y la cabaña quedó rápidamente envuelta por las llamas, que se aferraron a ella y la lamieron con sus lenguas bífidas y destructoras.

"Tan pronto como me convencí de que ninguna ayuda podría salvar ninguna parte de la vivienda, abandoné el lugar y busqué refugio en el bosque.

Y ahora, con el mundo por delante, ¿hacia dónde dirigiría mis pasos? Decidí huir lejos del escenario de mis desgracias; pero para mí, odiado y despreciado, cualquier país debía ser igualmente horrible. Finalmente, pensé en ti. Aprendí por tus escritos que eras mi padre, mi creador; ¿y a quién podría dirigirme con más acierto que a quien me dio la vida? Entre las lecciones que Félix le había impartido a Safie, no se había omitido la geografía; de ellas había aprendido la situación relativa de los diferentes países del mundo. Mencionaste Ginebra como el nombre de tu ciudad natal, y hacia allí decidí dirigirme.

Pero ¿cómo iba a orientarme? Sabía que debía viajar hacia el suroeste para llegar a mi destino, pero el sol era mi única guía. Desconocía los nombres de los pueblos que atravesaría, ni podía pedir información a nadie; pero no desesperé. Solo de ti podía esperar socorro, aunque hacia ti no sentía más que odio. ¡Creador insensible y despiadado! Me habías dotado de percepciones y pasiones, y luego me habías arrojado al vacío, convertido en objeto del escarnio y el horror de la humanidad. Pero solo en ti tenía derecho a compasión y reparación, y en ti decidí buscar la justicia que en vano intenté obtener de cualquier otro ser con forma humana.

Mis viajes fueron largos y los sufrimientos que soporté, intensos. Era finales de otoño cuando abandoné el distrito donde había residido durante tanto tiempo. Viajaba solo de noche, temeroso de encontrarme con la presencia de un ser humano. La naturaleza se descomponía a mi alrededor, y el sol se volvió incandescente; la lluvia y la nieve caían a mi alrededor; los caudalosos ríos se congelaban; la superficie de la tierra era dura, fría y desnuda, y no encontraba refugio. ¡Oh, tierra! ¡Cuántas veces maldije la causa de mi existencia! La dulzura de mi naturaleza había desaparecido, y todo en mí se convertía en hiel y amargura. Cuanto más me acercaba a tu morada, más profundamente sentía el espíritu de venganza encenderse en mi corazón. Caía la nieve y las aguas se endurecían, pero no descansaba. Algunos incidentes ocasionales me orientaban, y poseía un mapa del país; pero a menudo me desviaba de mi camino. La agonía de mis sentimientos no me daba tregua; ningún incidente ocurría del que mi rabia y mi miseria no pudieran extraer su comida; pero una circunstancia que ocurrió cuando llegué a los confines de Suiza, cuando el sol había recuperado su calor y la tierra comenzaba nuevamente a verse verde, confirmó de manera especial la amargura y el horror de mis sentimientos.

Generalmente descansaba durante el día y viajaba solo cuando la noche me protegía de la vista humana. Una mañana, sin embargo, al descubrir que mi camino atravesaba un espeso bosque, me aventuré a continuar mi viaje después del amanecer; el día, uno de los primeros de la primavera, me alegró in-

cluso a mí con la hermosura de su sol y la suavidad del aire. Sentí que emociones de dulzura y placer, que hacía tiempo parecían muertas, revivían en mí. Medio sorprendido por la novedad de estas sensaciones, me dejé llevar por ellas y, olvidando mi soledad y deformidad, me atreví a ser feliz. Suaves lágrimas volvieron a cubrir mis mejillas, e incluso alcé mis ojos húmedos con agradecimiento hacia el bendito sol, que me otorgaba tanta alegría.

Seguí serpenteando por los senderos del bosque hasta llegar a su límite, bordeado por un río profundo y caudaloso, en el que muchos árboles doblaban sus ramas, ahora rebosantes de agua fresca. Me detuve allí, sin saber bien qué camino seguir, cuando oí voces que me indujeron a ocultarme bajo la sombra de un ciprés. Apenas me había ocultado, una joven llegó corriendo hacia donde yo estaba, riendo, como si huyera de alguien por diversión. Continuó su camino por las escarpadas laderas del río, cuando de repente resbaló y cayó en la rápida corriente. Salí corriendo de mi escondite y, con gran esfuerzo, por la fuerza de la corriente, la salvé y la arrastré hasta la orilla. Estaba inconsciente, e intenté por todos los medios recuperar la vida, cuando de repente me interrumpió la llegada de un campesino, que probablemente era la persona de la que había huido juguetonamente. Al verme, se lanzó hacia mí y, arrancándome a la niña de los brazos, Me apresuré hacia las partes más profundas del bosque. Lo seguí con rapidez, sin saber por qué; pero cuando el hombre me vio acercarme, me apuntó con un arma que llevaba y disparó. Me des-

plomé al suelo, y mi atacante, con mayor rapidez, huyó hacia el bosque.

¡Esta fue entonces la recompensa a mi benevolencia! Había salvado a un ser humano de la destrucción, y como recompensa, ahora me retorcía bajo el dolor miserable de una herida que me destrozaba la carne y los huesos. Los sentimientos de bondad y dulzura que había albergado apenas unos momentos antes dieron paso a una furia infernal y al rechinar de dientes. Inflamado por el dolor, juré odio y venganza eternos a toda la humanidad. Pero la agonía de mi herida me venció; mi pulso se detuvo y me desmayé.

Durante varias semanas llevé una vida miserable en el bosque, intentando curar la herida que había recibido. La bala se había clavado en mi hombro, y no sabía si se había quedado allí o si me había atravesado; en cualquier caso, no tenía forma de extraerla. Mi sufrimiento se veía agravado por la opresiva sensación de injusticia e ingratitud que me habían infligido. Mis votos diarios se elevaban por la venganza: una venganza profunda y mortal, la única que compensaría los ultrajes y la angustia que había soportado.

Después de algunas semanas, mi herida sanó y continué mi viaje. Los trabajos que soportaba ya no se aliviarían con el sol brillante ni las suaves brisas de la primavera; toda alegría no era más que una burla que insultaba mi estado desolado y me hacía sentir con más dolor que no estaba hecho para el disfrute del placer.

"Pero mis trabajos estaban llegando a su fin y dos meses después llegué a los alrededores de Ginebra. Era de noche cuando llegué y me retiré a un escondi-

te entre los campos que lo rodean para meditar sobre cómo debía dirigirme a ti. Estaba agobiado por la fatiga y el hambre, y demasiado infeliz para disfrutar de las suaves brisas del atardecer o de la perspectiva del sol poniéndose tras las imponentes montañas del Jura.

En ese momento, un ligero sueño me alivió del dolor de la reflexión, perturbada por la llegada de un hermoso niño, que entró corriendo al rincón que yo había elegido, con toda la alegría infantil. De repente, mientras lo contemplaba, me asaltó la idea de que esta pequeña criatura era imparcial y había vivido demasiado poco como para haber asimilado el horror a la deformidad. Si, por lo tanto, pudiera atraparlo y educarlo como mi compañero y amigo, no estaría tan desolado en esta tierra habitada.

Impulsado por este impulso, agarré al niño al pasar y lo atraje hacia mí. En cuanto vio mi figura, se tapó los ojos con las manos y lanzó un grito estridente. Le aparté la mano de la cara con fuerza y le dije: «Hijo, ¿qué significa esto? No pretendo hacerte daño; escúchame».

Luchó con violencia. «¡Suéltame!», gritó; «¡Monstruo! ¡Maldito desgraciado! Quieres comerme y despedazarme. Eres un ogro. Suéltame o se lo diré a mi papá».

"Muchacho, nunca volverás a ver a tu padre; debes venir conmigo".

—¡Monstruo horrible! Suéltame. Mi papá es síndico, es M. Frankenstein, y te castigará. No te atrevas a retenerme.

—¡Frankenstein! Entonces perteneces a mi enemigo, a aquel hacia quien he jurado venganza eterna; serás mi primera víctima.

"El niño seguía forcejeando y me llenaba de epítetos que llevaban desesperación a mi corazón; agarré su garganta para silenciarlo, y en un momento yacía muerto a mis pies.
"Miré a mi víctima, y mi corazón se hinchó de júbilo y triunfo infernal; aplaudiendo, exclamé: "Yo también puedo crear desolación; mi enemigo no es invulnerable; esta muerte le traerá desesperación, y mil otras miserias lo atormentarán y lo destruirán".
Al fijar la mirada en el niño, vi algo brillar en su pecho. Lo tomé; era el retrato de una mujer bellísima. A pesar de mi maldad, me ablandó y me atrajo. Por unos instantes contemplé con deleite sus ojos oscuros, bordeados de profundas pestañas, y sus hermosos labios; pero pronto regresó mi ira; recordé que estaba privado para siempre de los deleites que criaturas tan hermosas podían brindar, y que aquella cuyo parecido contemplaba, al mirarme, habría cambiado ese aire de divina benignidad por uno de repugnancia y espanto.
¿Te sorprende que tales pensamientos me llenaran de rabia? Solo me sorprende que en ese momento, en lugar de desahogarme en exclamaciones y agonía, no me precipitara entre la humanidad y pereciera en el intento de destruirla.
Embargado por estos sentimientos, abandoné el lugar donde había cometido el asesinato y, buscando un escondite más apartado, entré en un granero que me pareció vacío. Una mujer dormía sobre paja; era joven, no tan hermosa como aquella cuyo retrato sostenía, pero de aspecto agradable y rebosaba la hermosura de la juventud y la salud. Aquí, pensé, está una de

esas cuyas sonrisas de alegría se derraman sobre todos menos sobre mí. Y entonces me incliné sobre ella y le susurré: «Despierta, bella, tu amado está cerca; él daría su vida solo por obtener una mirada de afecto de tus ojos; ¡amada mía, despierta!».

La durmiente se movió; un escalofrío de terror me recorrió. ¿Debería despertar, verme, maldecirme y denunciar al asesino? Así actuaría si sus ojos oscurecidos se abrieran y me contemplara. El pensamiento era una locura; despertó el demonio dentro de mí: no yo, sino ella, sufriré; el asesinato que he cometido porque me han privado para siempre de todo lo que ella podía darme, ella lo expiará. El crimen tuvo su origen en ella; ¡que sea suyo el castigo! Gracias a las lecciones de Félix y a las leyes sanguinarias del hombre, había aprendido a hacer daño. Me incliné sobre ella y coloqué el retrato con seguridad en uno de los pliegues de su vestido. Volvió a moverse, y yo huí.

Durante algunos días rondé el lugar donde ocurrieron estas escenas, a veces deseando verte, a veces decidida a abandonar el mundo y sus miserias para siempre. Finalmente, vagué hacia estas montañas y he recorrido sus inmensos rincones, consumida por una pasión ardiente que solo tú puedes satisfacer. No podemos separarnos hasta que me hayas prometido cumplir con mi petición. Estoy sola y desdichada; ningún hombre quiere asociarse conmigo; pero una persona tan deforme y horrible como yo no se negaría a mí. Mi compañera debe ser de la misma especie y tener los mismos defectos. Debes crear este ser.



Capítulo 17

El ser terminó de hablar y fijó su mirada en mí esperando una respuesta. Pero yo estaba desconcertado, perplejo, incapaz de ordenar mis ideas lo suficiente como para comprender el alcance de su propuesta. Continuó:

Debes crearme una mujer con la que pueda vivir en el intercambio de las simpatías necesarias para mi existencia. Esto solo tú puedes hacerlo, y te lo exijo como un derecho que no debes negarte a conceder.

La última parte de su relato había encendido nuevamente en mí la ira que se había apagado mientras él narraba su vida pacífica entre los aldeanos, y mientras decía esto ya no pude reprimir la rabia que ardía dentro de mí.

—Me niego —respondí—; y ninguna tortura podrá jamás arrancarme el consentimiento. Podrás convertirme en el más miserable de los hombres, pero jamás me harás vil a mis propios ojos. ¿Acaso crearé a otro como tú, cuya maldad conjunta podría desolar el mundo? ¡Fuera! Te he respondido; puedes torturarme, pero jamás consentiré.

"Estás equivocado", respondió el demonio; Y en lugar de amenazarte, me conformo con razonar contigo. Soy malicioso porque soy miserable. ¿Acaso no soy rechazado y odiado por toda la humanidad? Tú, mi creador, me harías pedazos y triunfarías; recuérdalo, y dime por qué debería compadecerme del hombre más de lo que él me compadece de mí.

No lo llamarías asesinato si pudieras precipitarme en una de esas grietas de hielo y destruir mi cuerpo, obra de tus propias manos. ¿Debo respetar al hombre cuando me condena? Déjalo vivir conmigo en el intercambio de bondad, y en lugar de injurias, le otorgaría todos los beneficios con lágrimas de gratitud por su aceptación. Pero eso no puede ser; los sentidos humanos son barreras infranqueables para nuestra unión. Sin embargo, la mía no será la sumisión de la esclavitud abyecta. Vengaré mis injurias; si no puedo inspirar amor, causaré miedo, y principalmente hacia ti, mi archienemigo, porque mi creador, juro odio inextinguible. Ten cuidado; trabajaré en tu destrucción, y no terminaré hasta desolar tu corazón, para que "maldecirá la hora de tu nacimiento."

Una furia diabólica lo animó mientras decía esto; su rostro se arrugó en contorsiones demasiado horribles para que los ojos humanos las contemplaran; pero pronto se calmó y procedió—

Quería razonar. Esta pasión me perjudica, pues no te das cuenta de que *eres* la causa de su exceso. Si alguien sintiera benevolencia hacia mí, se la correspondería multiplicada por cien; ¡por esa criatura haría las paces con toda la especie! Pero ahora me entrego a sueños de felicidad inalcanzables. Lo que te pido es razonable y moderado; exijo una criatura de otro sexo, pero tan horrible como yo; la gratificación es pequeña, pero es todo lo que puedo recibir, y me contentará. Es cierto que seremos monstruos, aislados del mundo; pero por eso estaremos más unidos el uno al otro. Nuestras vidas no serán

felices, pero serán inofensivas y estarán libres de la miseria que ahora siento. ¡Oh! Creador mío, hazme feliz; permíteme sentir gratitud hacia ti por un beneficio. Hazme ver que despierte la compasión de algo existente; ¡no me niegues mi petición!

Me conmovió. Me estremecí al pensar en las posibles consecuencias de mi consentimiento, pero sentí que su argumento tenía algo de justicia. Su relato y los sentimientos que ahora expresaba demostraban que era una criatura de sensaciones sutiles, y ¿acaso yo, como su creador, no le debía toda la felicidad que estaba en mi poder otorgarle? Él vio mi cambio de opinión y continuó:

Si consientes, ni tú ni ningún otro ser humano nos volverá a ver; iré a las vastas tierras salvajes de Sudamérica. Mi alimento no es el del hombre; no destruyo al cordero ni al cabrito para saciar mi apetito; las bellotas y las bayas me nutren lo suficiente. Mi compañero será de mi misma naturaleza y se contentará con lo mismo. Haremos nuestra cama de hojas secas; el sol nos iluminará como a un hombre y madurará nuestra comida. La imagen que te presento es pacífica y humana, y debes sentir que solo podrías negarla en la desenfrenada crueldad y el poder. Aunque has sido despiadado conmigo, ahora veo compasión en tus ojos; permíteme aprovechar el momento favorable y persuadirte para que me prometas lo que tan ardientemente deseo.

—Te propones —respondí— huir de las moradas del hombre, para morar en esas tierras salvajes donde las bestias del campo serán tus únicas compañeras. ¿Cómo puedes, que anhelas el amor y la compasión

del hombre, perseverar en este exilio? Regresarás y buscarás de nuevo su bondad, y te encontrarás con su aborrecimiento; tus malas pasiones se renovarán, y entonces tendrás un compañero que te ayude en la tarea de la destrucción. Esto no puede ser; deja de discutir, porque no puedo consentirlo.

¡Qué inconstantes son tus sentimientos! Pero hace un momento te conmovieron mis argumentos, ¿y por qué te endureces de nuevo ante mis quejas? Te juro, por la tierra que habito, y por ti que me creaste, que con la compañía que me brindas, abandonaré la vecindad de los hombres y habitaré, como sea, en los lugares más salvajes. ¡Mis malas pasiones se habrán disipado, pues encontraré compasión! Mi vida fluirá tranquilamente, y en mis últimos momentos no maldeciré a mi creador.

Sus palabras tuvieron un efecto extraño en mí. Lo compadecí y a veces sentí deseos de consolarlo, pero al mirarlo, al ver la masa inmunda que se movía y hablaba, mi corazón se encogió y mis sentimientos se transformaron en horror y odio. Intenté reprimir estas sensaciones; pensé que, como no podía simpatizar con él, no tenía derecho a negarle la pequeña porción de felicidad que aún podía brindarle.

—Juras —dije— ser inofensivo; pero ¿no has demostrado ya un grado de malicia que justificaría mi desconfianza? ¿No podría ser incluso esto una finta que aumente tu triunfo al darte más margen para tu venganza?

¿Cómo es esto? No se debe jugar conmigo, y exijo una respuesta. Si no tengo vínculos ni afectos, el odio y el vicio serán mi porción; el amor ajeno

destruirá la causa de mis crímenes, y me convertiré en algo cuya existencia todos ignorarán. Mis vicios son hijos de una soledad forzada que aborrezco, y mis virtudes surgirán necesariamente cuando viva en comunión con un igual. Sentiré los afectos de un ser sensible y me vincularé a la cadena de la existencia y los acontecimientos de la que ahora estoy excluido.

Me detuve un momento para reflexionar sobre todo lo que me había contado y los diversos argumentos que había empleado. Pensé en la promesa de virtudes que había mostrado al comienzo de su existencia y en la posterior ruina de toda bondad por el desprecio y el desprecio que sus protectores le habían manifestado. Su poder y sus amenazas no se omitían en mis cálculos; una criatura que podía vivir en las cuevas de hielo de los glaciares y esconderse de la persecución entre las crestas de precipicios inaccesibles era un ser con facultades a las que sería inútil enfrentarse. Tras una larga pausa de reflexión, concluí que la justicia debida tanto a él como a mis semejantes exigía que accediera a su petición. Volviéndome hacia él, le dije:

"Consiento en tu demanda, bajo tu solemne juramento de abandonar Europa para siempre, y cualquier otro lugar cercano al hombre, tan pronto como entregue en tus manos una mujer que te acompañará en tu exilio".

—Juro —exclamó— por el sol, por el cielo azul y por el fuego del amor que me quema el corazón, que si concedes mi súplica, mientras existan, no volverás a verme. Vete a casa y comienza tus la-

bores; yo observaré su progreso con una ansiedad indescriptible; y no temas que cuando estés listo, apareceré.
Diciendo esto, me dejó de repente, temeroso, quizá, de cualquier cambio en mis sentimientos. Lo vi descender de la montaña con mayor velocidad que el vuelo de un águila, y perderse rápidamente entre las ondulaciones del mar de hielo.
Su relato me había ocupado todo el día, y el sol asomaba por el horizonte cuando partió. Sabía que debía apresurar mi descenso hacia el valle, pues pronto me envolvería la oscuridad; pero tenía el corazón apesadumbrado y mis pasos eran lentos. El esfuerzo de serpentear por los senderos de la montaña y afianzar los pies al avanzar me dejaba perplejo, ocupado como estaba por las emociones que me habían provocado los sucesos del día. La noche estaba muy avanzada cuando llegué al lugar de descanso a mitad de camino y me senté junto a la fuente. Las estrellas brillaban a intervalos mientras las nubes las cubrían; los oscuros pinos se alzaban ante mí, y aquí y allá yacía un árbol roto en el suelo; era una escena de maravillosa solemnidad y me despertó extraños pensamientos. Lloré amargamente y, apretando las manos con agonía, exclamé: «¡Oh! Estrellas, nubes y vientos, todos están a punto de burlarse de mí; si realmente me tienen compasión, aplasten la sensación y el recuerdo; déjenme quedar como nada; pero si no, váyanse, váyanse, y déjenme en la oscuridad».
Eran pensamientos salvajes y miserables, pero no puedo describirles cómo pesaba sobre mí el eterno

centelleo de las estrellas y cómo escuchaba cada ráfaga de viento como si fuera un sirope aburrido y feo en camino a consumirme.

Amaneció antes de llegar al pueblo de Chamounix; no descansé, sino que regresé de inmediato a Ginebra. Ni siquiera en mi corazón podía expresar mis sentimientos; me pesaban como una montaña y su exceso destruía mi agonía. Así que regresé a casa y, al entrar, me presenté ante la familia. Mi aspecto demacrado y desquiciado despertó una intensa alarma, pero no respondí a ninguna pregunta, apenas hablé. Sentía como si me hubieran proscrito, como si no tuviera derecho a reclamar su compasión, como si nunca más pudiera disfrutar de su compañía. Sin embargo, aun así los amaba con adoración; y para salvarlos, decidí dedicarme a mi tarea más aborrecida. La perspectiva de tal ocupación hacía que todas las demás circunstancias de la existencia pasaran ante mí como un sueño, y ese pensamiento solo tenía para mí la realidad de la vida.


ÉCOSSE
ALLEMAGNE
SUISSE

Capítulo 18

Día tras día, semana tras semana, transcurrían a mi regreso a Ginebra; y no lograba reunir el coraje para retomar mi trabajo. Temía la venganza del demonio decepcionado, pero no lograba superar mi repugnancia hacia la tarea que me habían encomendado. Descubrí que no podía componer una mujer sin dedicar de nuevo varios meses a un estudio profundo y una disquisición laboriosa. Había oído hablar de algunos descubrimientos de un filósofo inglés, cuyo conocimiento fue fundamental para mi éxito, y a veces pensaba en obtener el consentimiento de mi padre para visitar Inglaterra con este fin; pero me aferraba a cualquier pretexto para retrasar la tarea y me resistía a dar el primer paso en una empresa cuya necesidad inmediata comenzaba a parecerme menos absoluta. Sin duda, se había producido un cambio en mí; mi salud, hasta entonces decaída, se había recuperado considerablemente; y mi ánimo, al no verse frenado por el recuerdo de mi infeliz promesa, mejoraba proporcionalmente. Mi padre vio este cambio con agrado y se dedicó a pensar en la mejor manera de erradicar los restos de mi melancolía, que de vez en cuando regresaba a borbotones y oscurecía con una negrura devoradora el sol que se acercaba. En esos momentos me refugiaba en la más absoluta soledad. Pasé días enteros en el lago, solo en una pequeña barca, observando las nubes y escuchan-

do el murmullo de las olas, silencioso y apático. Pero el aire fresco y el sol brillante rara vez me devolvían cierta serenidad, y a mi regreso recibía los saludos de mis amigos con una sonrisa más pronta y un corazón más alegre.

Fue después de mi regreso de uno de estos paseos que mi padre, llamándome aparte, me habló de esta manera:

Me alegra notar, querido hijo, que has recuperado tus antiguos placeres y pareces estar volviendo a la normalidad. Y, sin embargo, sigues siendo infeliz y sigues evitando nuestra compañía. Durante un tiempo estuve perdido en conjeturas sobre la causa de esto, pero ayer se me ocurrió una idea, y si es fundada, te conjuro a que la confieses. La reserva en tal punto no solo sería inútil, sino que nos acarrearía una triple miseria a todos.

Temblé violentamente ante su exordio, y mi padre continuó:

Confieso, hijo mío, que siempre he anhelado tu matrimonio con nuestra querida Elizabeth como el vínculo de nuestra comodidad doméstica y el sostén de mis últimos años. Estuvieron unidos desde su más tierna infancia; estudiaron juntos y parecían, en temperamentos y gustos, perfectamente compatibles. Pero la experiencia humana es tan ciega que lo que yo consideraba la mejor ayuda para mi plan puede haberlo destruido por completo. Quizás la consideres tu hermana, sin ningún deseo de que se convierta en tu esposa. Es más, puede que hayas conocido a otra a quien ames; y al considerarte unida por honor a Elizabeth, esta lucha pue-

de ocasionar la dolorosa tristeza que pareces sentir. Mi querido padre, tranquilízate. Amo a mi prima con ternura y sinceridad. Nunca vi a una mujer que despertara, como Elizabeth, mi más profunda admiración y afecto. Mis esperanzas y perspectivas de futuro dependen enteramente de la expectativa de nuestra unión.

La expresión de tus sentimientos sobre este tema, mi querido Víctor, me causa más placer del que he experimentado en mucho tiempo. Si así lo sientes, sin duda seremos felices, por mucho que los acontecimientos actuales nos ensombrezcan. Pero es esta tristeza la que parece haberse apoderado de tu mente la que deseo disipar. Dime, por tanto, si te opones a una celebración inmediata del matrimonio. Hemos tenido mala suerte, y los acontecimientos recientes nos han arrancado de esa tranquilidad cotidiana propia de mi edad y mis achaques. Eres más joven; sin embargo, no creo que, con tu considerable fortuna, un matrimonio precoz interfiera en absoluto con tus futuros planes de honor y utilidad. No supongas, sin embargo, que quiero dictarte la felicidad ni que una demora tuya me causará una gran inquietud. Interpreta mis palabras con franqueza y respóndeme, te lo suplico, con confianza y sinceridad.

Escuché a mi padre en silencio y permanecí un rato incapaz de responder. Revolví rápidamente en mi mente multitud de pensamientos e intenté llegar a alguna conclusión. ¡Ay! Para mí, la idea de una unión inmediata con mi Elizabeth era horrorosa y desoladora. Estaba atado por una promesa

solemne que aún no había cumplido y no me atrevía a romper, o si lo hacía, ¡cuántas miserias no podrían sobrevenirme a mí y a mi devota familia! ¿Podría entrar en un festival con este peso mortal aún colgando del cuello y doblándome hasta el suelo? Debía cumplir mi compromiso y dejar que el monstruo se marchara con su compañera antes de permitirme disfrutar del deleite de una unión de la que esperaba paz.

Recordé también la necesidad que me imponía viajar a Inglaterra o entablar una larga correspondencia con los filósofos de aquel país, cuyos conocimientos y descubrimientos me eran de indispensable utilidad en mi actual empresa. Este último método para obtener la información deseada era lento e insatisfactorio; además, sentía una aversión insuperable a la idea de dedicarme a mi repugnante tarea en casa de mi padre mientras mantenía el hábito de la intimidad con mis seres queridos. Sabía que podrían ocurrir mil accidentes terribles, el más leve de los cuales revelaría una historia que horrorizaría a todos los que me rodeaban. Era consciente también de que a menudo perdería el dominio de mí mismo, la capacidad de ocultar las sensaciones desgarradoras que me embargarían durante el desarrollo de mi ocupación sobrenatural. Debía ausentarme de todo lo que amaba mientras me dedicaba a ello. Una vez comenzado, lo lograría rápidamente, y podría ser devuelto a mi familia en paz y felicidad. Cumplida mi promesa, el monstruo se iría para siempre. O (así lo imaginaba mi tierna imaginación) algún accidente podría ocurrir

mientras tanto que lo destruyera y pusiera fin a mi esclavitud para siempre.

Estos sentimientos dictaron mi respuesta a mi padre. Expresé mi deseo de visitar Inglaterra, pero ocultando las verdaderas razones de esta petición, disimulé mis deseos con una apariencia que no despertó sospechas, mientras insistía en mi deseo con una vehemencia que fácilmente indujo a mi padre a acceder. Tras un largo período de una melancolía absorbente que rozaba la locura en su intensidad y efectos, se alegró de descubrir que era capaz de disfrutar de la idea de semejante viaje, y esperaba que el cambio de aires y las variadas diversiones, antes de mi regreso, me hubieran devuelto por completo a mí mismo.

La duración de mi ausencia quedó a mi elección; se contempló un período de unos pocos meses, o como máximo un año. Una precaución paternal que había tomado para asegurarme una compañía fue que, sin comunicarse previamente conmigo, él, en acuerdo con Elizabeth, dispuso que Clerval se reuniera conmigo en Estrasburgo. Esto interfería con la soledad que ansiaba para proseguir mi tarea; sin embargo, al comienzo de mi viaje, la presencia de mi amigo no podía ser un impedimento en absoluto, y sinceramente me alegré de que así me ahorraría muchas horas de reflexión solitaria y enloquecedora. Es más, Henry podría interponerse entre mí y la intrusión de mi enemigo. Si estuviera solo, ¿no me impondría a veces su aborrecida presencia para recordarme mi tarea o para contemplar su progreso?

Por lo tanto, me dirigía a Inglaterra, y estaba entendido que mi unión con Elizabeth se produciría inmediatamente a mi regreso. La edad de mi padre le hacía extremadamente reacio a demorarse. En cuanto a mí, me prometí una recompensa por mis detestables trabajos, un consuelo para mis sufrimientos sin igual: la perspectiva del día en que, liberado de mi miserable esclavitud, pudiera reclamar a Elizabeth y olvidar el pasado en mi unión con ella.

Ya había preparado mi viaje, pero me asaltaba una sensación que me llenaba de miedo y agitación. Durante mi ausencia, dejaría a mis amigos inconscientes de la existencia de su enemigo y desprotegidos de sus ataques, por muy exasperado que estuviera por mi partida. Pero él había prometido seguirme adondequiera que fuera, ¿y no me acompañaría a Inglaterra? Esta imaginación era terrible en sí misma, pero tranquilizadora, pues suponía la seguridad de mis amigos. Me atormentaba la idea de que ocurriera lo contrario. Pero durante todo el tiempo que fui esclavo de mi criatura, me dejé llevar por los impulsos del momento; y mis sensaciones presentes me indicaban con fuerza que el demonio me seguiría y libraría a mi familia del peligro de sus maquinaciones.

Fue a finales de septiembre cuando abandoné mi país natal. Mi viaje había sido una sugerencia propia, y Elizabeth, por lo tanto, accedió, pero la inquietaba la idea de mi sufrimiento, lejos de ella, las incursiones de la miseria y el dolor. Fueron sus cuidados los que me proporcionaron compañía en Clerval; sin embargo, un hombre es ciego a mil pe-

queñas circunstancias que requieren la atención diligente de una mujer. Anhelaba pedirme que apresurara mi regreso; mil emociones contradictorias la dejaron muda mientras se despedía de mí con lágrimas en los ojos.

Me abalancé sobre el carruaje que me llevaría, sin saber adónde iba y sin importarme lo que sucediera a mi alrededor. Solo recordaba, y con amarga angustia lo pensé, ordenar que empacaran mis instrumentos químicos para que me los llevaran. Lleno de lúgubres imaginaciones, vi muchos paisajes hermosos y majestuosos, pero mi mirada estaba fija y distraída. Solo podía pensar en el fin de mis viajes y en el trabajo que me ocuparía mientras duraran.

Tras unos días de indolencia, durante los cuales recorrí muchas leguas, llegué a Estrasburgo, donde esperé dos días a Clerval. Llegó. ¡Ay, qué gran contraste entre nosotros! Estaba atento a cada nueva escena, alegre al contemplar la belleza del sol poniente, y más feliz aún al contemplarlo salir y comenzar un nuevo día. Me señaló los colores cambiantes del paisaje y las apariencias del cielo. «Esto es vivir», exclamó; «¡ahora disfruto de la existencia! Pero tú, mi querido Frankenstein, ¿por qué estás tan abatido y triste?». En realidad, estaba sumido en pensamientos sombríos y no vi el descenso del lucero vespertino ni el dorado amanecer reflejado en el Rin. Y tú, amigo mío, te divertirías mucho más con el diario de Clerval, quien observaba el paisaje con emoción y deleite, que escuchando mis reflexiones. Yo, un miserable, atormentado por una maldición que me cerraba toda posibilidad de disfrute.

Habíamos acordado descender el Rin en barco desde Estrasburgo hasta Róterdam, desde donde podríamos embarcar hacia Londres. Durante este viaje, pasamos por muchas islas cubiertas de sauces y vimos varios pueblos hermosos. Nos alojamos un día en Mannheim y, al quinto día desde nuestra salida de Estrasburgo, llegamos a Maguncia. El curso del Rin, al sur de Maguncia, se vuelve mucho más pintoresco. El río desciende rápidamente y serpentea entre colinas, no altas, pero sí empinadas, de hermosas formas. Vimos muchos castillos en ruinas al borde de precipicios, rodeados de bosques negros, altos e inaccesibles. Esta parte del Rin, de hecho, presenta un paisaje singularmente variado. En un punto se ven colinas escarpadas, castillos en ruinas que dominan enormes precipicios, con el oscuro Rin corriendo a sus pies; y en la repentina curva de un promontorio, florecientes viñedos con verdes orillas, un río serpenteante y populosas ciudades ocupan el escenario.

Viajábamos en época de vendimia y oíamos el canto de los trabajadores mientras navegábamos río abajo. Incluso yo, deprimido y con el ánimo continuamente agitado por sentimientos sombríos, me sentía feliz. Yacía en el fondo del bote, y mientras contemplaba el cielo azul sin nubes, me sentí invadido por una tranquilidad que hacía tiempo me era ajena. Y si estas eran mis sensaciones, ¿quién podría describir las de Henry? Se sentía como transportado al país de las hadas y disfrutaba de una felicidad rara vez experimentada por el hombre. "He visto", dijo, "los paisajes más hermosos de mi

país; he visitado los lagos de Lucerna y Uri, donde las montañas nevadas descienden casi perpendicularmente al agua, proyectando sombras negras e impenetrables, que causarían un aspecto lúgubre y triste si no fuera por las islas frondosas que alegran la vista con su alegre apariencia; he visto este lago agitado por una tempestad, cuando el viento levantó remolinos de agua y les dio una idea de lo que sería la tromba marina en el gran océano; y las olas azotan con furia la base de la montaña, donde el sacerdote y su amante fueron arrastrados por una avalancha y donde se dice que aún se escuchan sus voces moribundas entre las pausas del viento nocturno; he visto las montañas del Valais y el País de Vaud; pero este país, Víctor, me complace más que todas esas maravillas. Las montañas de Suiza son más majestuosas y extrañas, pero hay un encanto en las orillas de este río divino que nunca antes había visto. Igualado. Mira ese castillo que sobresale de ese precipicio; y también el de la isla, casi oculto entre el follaje de esos hermosos árboles; y ahora ese grupo de trabajadores que sale de entre sus viñas; y ese pueblo medio escondido en el recoveco de la montaña. Oh, seguramente el espíritu que habita y custodia este lugar tiene un alma más en armonía con el hombre que la de quienes apilan el glaciar o se retiran a las inaccesibles cumbres de las montañas de nuestro propio país.

¡Clerval! ¡Querido amigo! Incluso ahora me complace registrar tus palabras y reflexionar sobre los elogios que tan eminentemente mereces. Fue un ser formado en la poesía misma de la naturaleza. Su

imaginación, desenfrenada y entusiasta, fue escarmentada por la sensibilidad de su corazón. Su alma rebosaba de afectos ardientes, y su amistad era de esa naturaleza devota y maravillosa que los mundanos nos enseñan a buscar solo en la imaginación. Pero ni siquiera las simpatías humanas fueron suficientes para satisfacer su mente ávida. El paisaje de la naturaleza externa, que otros solo contemplan con admiración, él lo amaba con ardor:

—*La catarata sonora*
lo atormentaba como una pasión: la alta roca,
la montaña y el bosque profundo y sombrío,
sus colores y formas, eran entonces para él
un apetito; un sentimiento y un amor
que no necesitaban un encanto más remoto,
proporcionado por el pensamiento,
ni ningún interés
ajeno a la vista.
["Tintern Abbey" de Wordsworth].

¿Y dónde existe ahora? ¿Se ha perdido para siempre este ser dulce y encantador? ¿Acaso esta mente, tan repleta de ideas, imaginaciones fantasiosas y magníficas, que formó un mundo cuya existencia dependía de la vida de su creador, ha perecido? ¿Solo existe ahora en mi memoria? No, no es así; tu figura, tan divinamente forjada y radiante de belleza, ha decaído, pero tu espíritu aún visita y consuela a tu desdichada amiga.
Perdone este ataque de tristeza; estas palabras ineficaces son solo un pequeño homenaje al valor

incomparable de Henry, pero alivian mi corazón, rebosante de la angustia que me produce su recuerdo. Continúo con mi relato.

Más allá de Colonia descendimos a las llanuras de Holanda, y decidimos recorrer el resto de nuestro camino, pues el viento era contrario y la corriente del río era demasiado suave para ayudarnos.

Nuestro viaje hasta aquí perdió el interés que suscitaban los hermosos paisajes, pero llegamos a los pocos días a Róterdam, desde donde partimos por mar hacia Inglaterra. Fue en una mañana despejada, a finales de diciembre, cuando vi por primera vez los blancos acantilados de Gran Bretaña. Las orillas del Támesis ofrecían un paisaje nuevo; eran llanas pero fértiles, y casi cada pueblo estaba marcado por el recuerdo de alguna historia. Vimos el Fuerte de Tilbury y recordamos la Armada Española, Gravesend, Woolwich y Greenwich, lugares de los que había oído hablar incluso en mi país.

Por fin vimos los numerosos campanarios de Londres, destacando entre ellos el de San Pablo y la Torre, famosa en la historia inglesa.



Capítulo 19

Londres era nuestro punto de descanso; decidimos permanecer varios meses en esta maravillosa y célebre ciudad. Clerval deseaba conocer a los hombres de genio y talento que florecían en aquel entonces, pero para mí esto era un objetivo secundario; me ocupaba principalmente de obtener la información necesaria para cumplir mi promesa y rápidamente me serví de las cartas de recomendación que había traído, dirigidas a los filósofos naturales más distinguidos.

Si este viaje hubiera tenido lugar durante mis días de estudio y felicidad, me habría proporcionado un placer indescriptible. Pero una plaga había asolado mi existencia, y solo visitaba a estas personas por la información que pudieran brindarme sobre el tema que me interesaba profundamente. La compañía me resultaba fastidiosa; a solas, podía llenar mi mente con imágenes del cielo y la tierra; la voz de Henry me tranquilizaba, y así podía, mediante engaños, alcanzar una paz transitoria. Pero los rostros ocupados, aburridos y alegres devolvían la desesperación a mi corazón. Vi una barrera infranqueable entre mis semejantes y yo; esta barrera estaba sellada con la sangre de William y Justine, y reflexionar sobre los acontecimientos relacionados con esos nombres me llenaba el alma de angustia.

Pero en Clerval vi la imagen de mi antiguo yo: curioso y ansioso por adquirir experiencia e instrucción. La diferencia de modales que observaba era para él una

fuente inagotable de instrucción y diversión. Además, perseguía un objetivo que tenía en mente desde hacía tiempo. Su plan era visitar la India, convencido de que su conocimiento de sus diversos idiomas y la visión que tenía de su sociedad le proporcionarían los medios para contribuir materialmente al progreso de la colonización y el comercio europeos. Solo en Gran Bretaña podría impulsar la ejecución de su plan. Estaba siempre ocupado, y el único freno a sus alegrías era mi mente afligida y abatida. Intenté disimularlo lo más posible para no privarlo de los placeres propios de quien emprende una nueva etapa en la vida, sin preocupaciones ni amargos recuerdos. A menudo me negaba a acompañarlo, alegando otro compromiso, para poder estar solo. Empecé entonces a reunir los materiales necesarios para mi nueva creación, y esto era para mí como la tortura de gotas de agua cayendo continuamente sobre la cabeza. Cada pensamiento que se le dedicaba era una angustia extrema, y cada palabra que pronunciaba en alusión a ello hacía que mis labios temblaran y mi corazón palpitara.

Tras pasar unos meses en Londres, recibimos una carta de un escocés que había estado de visita en Ginebra. Mencionaba las bellezas de su país natal y nos preguntaba si no eran suficientes atractivos para inducirnos a prolongar nuestro viaje hasta Perth, donde residía. Clerval deseaba con entusiasmo aceptar la invitación, y yo, aunque detestaba la compañía, deseaba volver a contemplar montañas, arroyos y todas las maravillas con las que la naturaleza adorna sus moradas.

Habíamos llegado a Inglaterra a principios de octubre, y ya estábamos en febrero. Por lo tanto,

decidimos emprender nuestro viaje hacia el norte al cabo de otro mes. En esta expedición no pretendíamos seguir la gran carretera a Edimburgo, sino visitar Windsor, Oxford, Matlock y los lagos de Cumberland, con la intención de concluir este viaje a finales de julio. Empaqué mis instrumentos químicos y los materiales que había reunido, con la intención de terminar mis labores en algún rincón recóndito de las tierras altas del norte de Escocia.

Salimos de Londres el 27 de marzo y nos quedamos unos días en Windsor, paseando por su hermoso bosque. Este era un paisaje nuevo para nosotros, los montañeros; los majestuosos robles, la abundancia de caza y las manadas de imponentes ciervos eran toda una novedad.

De allí nos dirigimos a Oxford. Al entrar en esta ciudad, nos embargaba el recuerdo de los acontecimientos ocurridos allí hacía más de un siglo y medio. Fue aquí donde Carlos I reunió a sus fuerzas. Esta ciudad le había permanecido fiel, después de que toda la nación abandonara su causa para unirse al estandarte del Parlamento y la libertad. El recuerdo de aquel desafortunado rey y sus compañeros, el amable Falkland, el insolente Goring, su reina y su hijo, confería un interés peculiar a cada rincón de la ciudad que se suponía habitaron. El espíritu de antaño se asentó aquí, y nos deleitamos en seguir sus huellas. Si estos sentimientos no hubieran encontrado una satisfacción imaginaria, la apariencia de la ciudad tenía en sí misma suficiente belleza para suscitar nuestra admiración. Los colegios son antiguos y pintorescos; las calles son casi

magníficas; y la hermosa Isis, que fluye a su lado a través de prados de exquisito verdor, se extiende en una plácida extensión de aguas, que refleja su majestuoso conjunto de torres, agujas y cúpulas, enclavadas entre árboles añosos.

Disfruté de esta escena, y sin embargo, mi disfrute se vio amargado tanto por el recuerdo del pasado como por la anticipación del futuro. Fui formado para una felicidad pacífica. Durante mi juventud, el descontento nunca me acompañó, y si alguna vez me abrumaba el *aburrimiento* , la visión de la belleza de la naturaleza o el estudio de lo excelente y sublime en las creaciones humanas siempre me interesaban y me llenaban de energía. Pero soy un árbol maldito; el rayo ha penetrado en mi alma; y sentí entonces que debía sobrevivir para exhibir lo que pronto dejaré de ser: un espectáculo miserable de humanidad destrozada, digno de lástima para los demás e intolerable para mí.

Pasamos un tiempo considerable en Oxford, deambulando por sus alrededores y esforzándonos por identificar todo lugar que pudiera relacionarse con la época más emocionante de la historia inglesa. Nuestros breves viajes de descubrimiento a menudo se prolongaban por los sucesivos objetos que se presentaban. Visitamos la tumba del ilustre Hampden y el campo donde cayó ese patriota. Por un momento, mi alma se elevó de sus temores degradantes y miserables para contemplar las divinas ideas de libertad y autosacrificio, de las que estas vistas eran monumentos y recordatorios. Por un instante me atreví a sacudirme las cadenas y mirar a mi alrededor con un espíritu libre y altivo, pero el hierro me había carco-

mido la carne, y me hundí de nuevo, tembloroso y desesperanzado, en mi miserable ser.

Abandonamos Oxford con pesar y nos dirigimos a Matlock, nuestro próximo lugar de descanso. El paisaje de los alrededores de este pueblo se parecía, en mayor medida, al de Suiza; pero todo es de menor escala, y las verdes colinas carecen de la corona de los lejanos Alpes blancos que siempre acompañan a las montañas de pinos de mi país natal. Visitamos la maravillosa cueva y los pequeños gabinetes de historia natural, donde las curiosidades están dispuestas de la misma manera que en las colecciones de Servox y Chamounix. Este último nombre me hizo temblar cuando Henry lo pronunció, y me apresuré a abandonar Matlock, con el que se asociaba esa terrible escena.

Desde Derby, siguiendo hacia el norte, pasamos dos meses en Cumberland y Westmorland. Casi podía imaginarme entre las montañas suizas. Las pequeñas manchas de nieve que aún quedaban en las laderas septentrionales de las montañas, los lagos y el torrente de los arroyos rocosos me resultaban familiares y entrañables. Aquí también conocimos a algunos que casi se las ingeniaron para engañarme y hacerme feliz. El deleite de Clerval fue mucho mayor que el mío; su mente se expandió en compañía de hombres de talento, y encontró en su propia naturaleza mayores capacidades y recursos de los que hubiera imaginado poseer mientras se relacionaba con sus inferiores. «Podría pasar mi vida aquí», me dijo; «y entre estas montañas apenas echaría de menos Suiza y el Rin».

Pero descubrió que la vida de un viajero incluye mucho dolor entre sus placeres. Sus sentimientos

están siempre al límite; y cuando empieza a hundirse en el reposo, se ve obligado a abandonar aquello en lo que descansa con placer por algo nuevo, que vuelve a captar su atención, y que también abandona por otras novedades.

Apenas habíamos visitado los diversos lagos de Cumberland y Westmorland y habíamos sentido afecto por algunos de sus habitantes cuando se acercó la fecha de nuestra cita con nuestro amigo escocés, y los dejamos seguir su camino. Por mi parte, no me arrepentía. Había incumplido mi promesa durante un tiempo y temía las consecuencias de la decepción del demonio. Podría quedarse en Suiza y vengarse de mis parientes. Esta idea me perseguía y me atormentaba a cada instante, en el que de otro modo habría podido encontrar reposo y paz. Esperaba mis cartas con febril impaciencia; si se retrasaban, me sentía miserable y me embargaban mil temores; y cuando llegaban y veía la firma de Elizabeth o de mi padre, apenas me atrevía a leerlas y a averiguar mi destino. A veces pensaba que el demonio me seguía y podría acelerar mi descuido asesinando a mi compañero. Cuando estos pensamientos me dominaron, no me separaba de Henry ni un instante, sino que lo seguía como su sombra, para protegerlo de la supuesta furia de su destructor. Sentía como si hubiera cometido un gran crimen, cuya conciencia me atormentaba. Era inocente, pero en realidad había atraído sobre mí una horrible maldición, tan mortal como la del crimen.

Visité Edimburgo con ojos y mente lánguidos; y, sin embargo, esa ciudad podría haber interesado al más desafortunado. A Clerval no le gustó tanto

como Oxford, pues la antigüedad de esta última le resultaba más agradable. Pero la belleza y la regularidad de la nueva ciudad de Edimburgo, su romántico castillo y sus alrededores, los más encantadores del mundo, Arthur's Seat, el Pozo de San Bernardo y las colinas de Pentland, lo compensaron del cambio y lo llenaron de alegría y admiración. Pero yo estaba impaciente por llegar al final de mi viaje.

Salimos de Edimburgo en una semana, pasando por Coupar, St. Andrew's y bordeando el Tay, hasta Perth, donde nos esperaba nuestro amigo. Pero no estaba de humor para reír y charlar con desconocidos ni para compartir sus sentimientos o planes con el buen humor que se espera de un invitado; así que le dije a Clerval que deseaba recorrer Escocia solo. «Diviértete», le dije, «y que esta sea nuestra cita. Puede que esté ausente un mes o dos; pero no interfieras en mis planes, te lo ruego; déjame en paz y soledad por un rato; y cuando regrese, espero que sea con el corazón más ligero, más afín a tu estado de ánimo».

Henry quiso disuadirme, pero al verme empeñado en este plan, dejó de protestar. Me rogó que escribiera a menudo. «Prefiero estar contigo», dijo, «en tus solitarios paseos, que con estos escoceses, a quienes no conozco; date prisa, querido amigo, en volver, para que pueda sentirme de nuevo como en casa, cosa que no puedo hacer en tu ausencia».

Tras separarme de mi amigo, decidí visitar algún lugar remoto de Escocia y terminar mi trabajo en soledad. No dudaba que el monstruo me seguiría y se revelaría ante mí cuando terminara, para recibir a su compañero.

Con esta resolución, recorrí las tierras altas del norte y

me fijé en una de las islas Orcadas más remotas como escenario de mis labores. Era un lugar idóneo para tal tarea, pues apenas era una roca cuyas laderas eran continuamente azotadas por las olas. El suelo era árido, apenas ofrecía pasto para unas pocas vacas miserables, ni avena para sus habitantes, que consistían en cinco personas, cuyos miembros flacos y escuálidos daban fe de su miserable alimentación. Las verduras y el pan, cuando se permitían tales lujos, e incluso el agua dulce, debían conseguirse del continente, que se encontraba a unas cinco millas de distancia.

En toda la isla solo había tres miserables chozas, y una de ellas estaba vacía cuando llegué. La alquilé. Tenía solo dos habitaciones, que exhibían toda la miseria de la más miserable penuria. El techo de paja se había derrumbado, las paredes estaban sin revocar y la puerta estaba descolocada. Mandé repararla, compré algunos muebles y tomé posesión de ella, un incidente que sin duda habría causado cierta sorpresa si los sentidos de los aldeanos no hubieran estado embotados por la necesidad y la miseria. Así las cosas, viví sin que nadie me mirara ni me molestara, apenas agradecido por la miseria de comida y ropa que les di; tanto embota el sufrimiento incluso las sensaciones más groseras de los hombres.

En este retiro, dedicaba la mañana al trabajo; pero al atardecer, cuando el tiempo lo permitía, caminaba por la playa pedregosa para escuchar el rugido de las olas y su fragor a mis pies. Era un paisaje monótono pero en constante cambio. Pensé en Suiza; era muy diferente de este paisaje desolado y aterrador. Sus colinas están cubiertas de vides y sus casas se extienden densamente

por las llanuras. Sus hermosos lagos reflejan un cielo azul y apacible, y cuando los vientos los agitan, su tumulto es como el juego de un niño pequeño en comparación con el rugido del gigantesco océano.

Así distribuí mis ocupaciones al llegar, pero a medida que avanzaba en mi trabajo, se me hacía cada día más horrible y fastidioso. A veces no me animaba a entrar en mi laboratorio durante varios días, y otras veces trabajaba día y noche para terminar mi trabajo. Era, en efecto, un proceso asqueroso en el que estaba involucrado. Durante mi primer experimento, una especie de frenesí entusiasta me había cegado ante el horror de mi trabajo; mi mente estaba fija en la consumación de mi trabajo, y mis ojos estaban cerrados al horror de mis procedimientos. Pero ahora me entregaba a él con sangre fría, y a menudo me sentía mal por el trabajo de mis manos.

Así situado, ocupado en la ocupación más detestable, inmerso en una soledad donde nada podía apartar mi atención ni por un instante de la escena en la que me encontraba, mi ánimo se descontroló; me puse inquieto y nervioso. A cada momento temía encontrarme con mi perseguidor. A veces me sentaba con la vista fija en el suelo, temiendo alzarla por si se topaba con el objeto que tanto temía contemplar. Temía alejarme de la vista de mis semejantes, por si, estando solo, venía a reclamar a su compañero.

Mientras tanto, seguía trabajando, y mi labor ya estaba bastante avanzada. Esperaba su finalización con una esperanza trémula y ansiosa, que no me atrevía a cuestionar, pero que se entremezclaba con oscuros presentimientos de maldad que me entristecían.



Capítulo 20

Una tarde, me encontraba sentado en mi laboratorio; el sol se había puesto y la luna apenas salía del mar. No tenía suficiente luz para mi trabajo y permanecí inactivo, meditando si debía abandonar mi trabajo esa noche o acelerar su conclusión con una atención constante. Mientras estaba sentado, me asaltó una serie de reflexiones que me llevaron a considerar las consecuencias de lo que estaba haciendo. Tres años antes, me había dedicado a lo mismo y había creado un demonio cuya barbarie sin igual había desolado mi corazón y lo había llenado para siempre del más amargo remordimiento. Ahora estaba a punto de crear otro ser cuyas disposiciones desconocía por completo; ella podría volverse diez mil veces más maligna que su compañera y deleitarse, por sí misma, en el asesinato y la miseria. Él había jurado alejarse de la humanidad y esconderse en los desiertos, pero ella no; y ella, que con toda probabilidad se convertiría en un animal pensante y razonador, podría negarse a cumplir un pacto hecho antes de su creación. Incluso podrían odiarse. La criatura que ya vivía aborrecía su propia deformidad, ¿y no podría concebir un aborrecimiento aún mayor por ella cuando se presentara ante sus ojos en forma femenina? Ella también podría alejarse con disgusto de él ante la belleza superior del hombre; podría abandonarlo, y él volvería a estar solo, exasperado por la nueva

provocación de ser abandonado por alguien de su propia especie.
Incluso si abandonaran Europa y habitaran los desiertos del nuevo mundo, uno de los primeros resultados de esas simpatías que ansiaba el demonio serían hijos, y una raza de demonios se propagaría sobre la tierra que podría convertir la existencia misma de la especie humana en una condición precaria y aterradora. ¿Tenía derecho, por mi propio bien, a infligir esta maldición a generaciones eternas? Antes me habían conmovido los sofismas del ser que había creado; me habían dejado sin sentido sus diabólicas amenazas; pero ahora, por primera vez, la maldad de mi promesa me asaltó; me estremecí al pensar que las épocas futuras podrían maldecirme como su plaga, cuyo egoísmo no había dudado en comprar su propia paz al precio, quizás, de la existencia de toda la raza humana.
Temblé y me desmayé cuando, al levantar la vista, vi a la luz de la luna al daimon en la ventana. Una sonrisa fantasmal arrugó sus labios al observarme, sentado cumpliendo la tarea que me había encomendado. Sí, me había seguido en mis viajes; había vagado por bosques, se había escondido en cuevas o se había refugiado en vastos y desérticos brezales; y ahora venía a observar mi progreso y a reclamar el cumplimiento de mi promesa.
Al mirarlo, su semblante expresaba la máxima malicia y traición. Pensé con locura en mi promesa de crear a otro como él, y temblando de pasión, destrocé aquello en lo que estaba comprometido. El miserable me vio destruir a la criatura de cuya futura

existencia dependía su felicidad, y con un aullido de diabólica desesperación y venganza, se retiró.
Salí de la habitación y, cerrando la puerta con llave, hice en mi corazón la solemne promesa de no reanudar jamás mis labores; y luego, con paso tembloroso, me dirigí a mi habitación. Estaba solo; no había nadie cerca para disipar la tristeza y aliviarme de la opresión nauseabunda de los ensueños más terribles.
Pasaron varias horas, y permanecí junto a mi ventana contemplando el mar; estaba casi inmóvil, pues los vientos habían amainado y la naturaleza reposaba bajo la luz de la luna serena. Unos pocos barcos pesqueros salpicaban el agua, y de vez en cuando la suave brisa traía el sonido de las voces de los pescadores que se llamaban. Sentí el silencio, aunque apenas era consciente de su extrema profundidad, hasta que de repente me atrajo el sonido de unos remos cerca de la orilla, y una persona desembarcó cerca de mi casa.
Unos minutos después, oí el crujido de mi puerta, como si alguien intentara abrirla suavemente. Temblé de pies a cabeza; presentí quién era y quise despertar a uno de los campesinos que vivían en una cabaña no lejos de la mía; pero me invadió la sensación de impotencia, tan a menudo experimentada en pesadillas aterradoras, cuando uno intenta en vano huir de un peligro inminente y queda clavado en el suelo.
De pronto oí pasos por el pasillo; la puerta se abrió y apareció el desgraciado al que temía. Cerrando la puerta, se acercó a mí y dijo con voz apagada:
Has destruido la obra que comenzaste; ¿qué pretendes? ¿Te atreves a romper tu promesa? He so-

portado trabajo y miseria; dejé Suiza contigo; me arrastré por las orillas del Rin, entre sus islas de sauces y por las cimas de sus colinas. He vivido muchos meses en los brezales de Inglaterra y en los desiertos de Escocia. He soportado una fatiga, un frío y un hambre incalculables; ¿te atreves a destruir mis esperanzas?

¡Vete! Rompo mi promesa; jamás crearé a otro como tú, igual en deformidad y maldad.

Esclavo, ya razoné contigo, pero has demostrado ser indigno de mi condescendencia. Recuerda que tengo poder; te crees miserable, pero puedo hacerte tan miserable que la luz del día te resultará odiosa. Tú eres mi creador, pero yo soy tu amo; ¡obedece!

La hora de mi indecisión ha pasado, y el período de tu poder ha llegado. Tus amenazas no pueden incitarme a cometer un acto de maldad; pero me confirman en la determinación de no convertirte en compañero del vicio. ¿Acaso, con sangre fría, desataré sobre la tierra un demonio cuyo deleite es la muerte y la miseria? ¡Fuera! Soy firme, y tus palabras solo exasperarán mi ira.

El monstruo vio mi determinación en mi rostro y rechinó los dientes con la impotencia de la ira. "¿Deberá cada hombre —exclamó— encontrar una esposa para su seno, y cada bestia tener su compañera, y yo quedarme solo? Sentí afecto, y fueron correspondidos con desprecio y burla. ¡Hombre! Puedes odiar, ¡pero ten cuidado! Tus horas pasarán en el terror y la miseria, y pronto caerá el rayo que te arrebatará tu felicidad para siempre. ¿Serás feliz mientras yo me hundo en la intensi-

dad de mi miseria? Puedes destruir mis otras pasiones, pero la venganza permanece; ¡la venganza, de ahora en adelante más cara que la luz o la comida! Puedo morir, pero primero tú, mi tirano y torturador, maldecirás al sol que contempla tu miseria. Ten cuidado, porque soy intrépido y, por lo tanto, poderoso. Velaré con la astucia de una serpiente, para poder picar con su veneno. Hombre, te arrepentirás de las heridas que infliges."

¡Diablo, cesa! No envenene el aire con estos sonidos de malicia. Te he declarado mi resolución, y no soy un cobarde que se doblegue ante las palabras. Déjame; soy inexorable.

Está bien. Me voy; pero recuerda que estaré contigo en tu noche de bodas.

Me adelanté y exclamé: "¡Villano! Antes de firmar mi sentencia de muerte, asegúrate de que estás a salvo". Lo habría apresado, pero me eludió y abandonó la casa precipitadamente. A los pocos instantes lo vi en su bote, que surcó las aguas con la velocidad de una flecha y pronto se perdió entre las olas.

Todo quedó en silencio de nuevo, pero sus palabras resonaron en mis oídos. Ardía de rabia por perseguir al asesino de mi paz y precipitarlo al océano. Recorrí mi habitación apresuradamente y perturbado, mientras mi imaginación evocaba mil imágenes que me atormentaban y me dolían. ¿Por qué no lo había seguido y me había enfrentado a él en una lucha mortal? Pero le había permitido partir, y él había dirigido su rumbo hacia tierra firme. Me estremecí al pensar quién podría ser la próxima víctima sacrificada a su insaciable venganza. Y en-

tonces volví a pensar en sus palabras: « *Estaré contigo en tu noche de bodas* ». Ese, entonces, era el plazo fijado para el cumplimiento de mi destino. En esa hora moriría y de inmediato satisfaría y extinguiría su malicia. La perspectiva no me infundía temor; Sin embargo, cuando pensé en mi amada Elizabeth, en sus lágrimas y su dolor sin fin, cuando encontraría a su amante arrebatado de ella tan bárbaramente, las lágrimas, las primeras que derramaba en muchos meses, brotaron de mis ojos y decidí no caer ante mi enemigo sin una lucha amarga.

Pasó la noche y el sol salió del océano; mis sentimientos se calmaron, si es que puede llamarse calma cuando la violencia de la rabia se hunde en las profundidades de la desesperación. Salí de la casa, el horrible escenario de la contienda de la noche anterior, y caminé por la playa, que casi consideraba una barrera infranqueable entre mis semejantes y yo; es más, el deseo de que así fuera me invadió. Deseaba pasar mi vida en esa roca estéril, con cansancio, es cierto, pero sin que me interrumpiera ninguna repentina conmoción de miseria. Si regresaba, sería para ser sacrificado o para ver a mis seres queridos morir bajo las garras de un demonio que yo mismo había creado.

Caminé por la isla como un espectro inquieto, separado de todo lo que amaba y miserable en la separación. Al mediodía y el sol ascendía, me tumbé en la hierba y me invadió un sueño profundo. Había estado despierto toda la noche anterior, con los nervios alterados y los ojos inflamados por la vigilia y la tristeza. El sueño en el que me hundí

me refrescó; y al despertar, volví a sentirme como si perteneciera a una raza de seres humanos como yo, y comencé a reflexionar sobre lo sucedido con mayor serenidad; sin embargo, las palabras del demonio seguían resonando en mis oídos como un toque de difuntos; parecían un sueño, pero nítidas y opresivas como la realidad.

El sol ya se había puesto, y yo seguía sentado en la orilla, saciando mi apetito voraz con un pastel de avena, cuando vi un barco pesquero atracar cerca de mí, y uno de los hombres me trajo un paquete; contenía cartas de Ginebra y una de Clerval rogándome que me uniera a él. Dijo que estaba perdiendo el tiempo inútilmente donde estaba, que las cartas de los amigos que había hecho en Londres deseaban su regreso para completar las negociaciones que habían entablado para su empresa india. No podía retrasar más su partida; pero como su viaje a Londres podría ser seguido, incluso antes de lo que él creía, por un viaje más largo, me rogó que le brindara toda mi compañía. Me rogó, por lo tanto, que abandonara mi isla solitaria y me reuniera con él en Perth, para que pudiéramos dirigirnos juntos hacia el sur. Esta carta me devolvió la vida, y decidí abandonar mi isla al cabo de dos días.

Sin embargo, antes de partir, tenía una tarea que realizar, en la que me estremecí al pensar; debía empacar mis instrumentos químicos, y para ello debía entrar en la habitación que había sido escenario de mi odioso trabajo, y debía manipular esos utensilios cuya vista me repugnaba. A la mañana siguiente, al amanecer, armé de valor y abrí la

puerta de mi laboratorio. Los restos de la criatura a medio terminar, que había destruido, yacían esparcidos por el suelo, y casi sentí como si hubiera destrozado la carne viva de un ser humano. Me detuve para recomponerme y luego entré en la cámara. Con mano temblorosa, saqué los instrumentos de la habitación, pero pensé que no debía dejar que los restos de mi trabajo despertaran el horror y la sospecha de los campesinos; así que los metí en una cesta, con una gran cantidad de piedras, y, guardándolas, decidí arrojarlas al mar esa misma noche. Y mientras tanto me senté en la playa, ocupado en limpiar y ordenar mi aparato químico.

Nada podría ser más completo que el cambio que se había operado en mis sentimientos desde la noche de la aparición del daimonion. Antes, con una sombría desesperación, había considerado mi promesa como algo que, pasara lo que pasara, debía cumplirse; pero ahora sentía como si me hubieran quitado una capa de polvo ante los ojos y por primera vez viera con claridad. La idea de reanudar mis labores no se me ocurrió ni por un instante; la amenaza que había oído me pesaba en la cabeza, pero no pensé que un acto voluntario pudiera evitarla. Había resuelto que crear otro demonio como el primero sería un acto del más bajo y atroz egoísmo, y desterré de mi mente todo pensamiento que pudiera llevarme a una conclusión diferente.

Entre las dos y las tres de la mañana salió la luna; y entonces, subiendo mi cesta a un pequeño esquife, zarpé a unas cuatro millas de la costa. El lugar era completamente solitario; algunos botes regre-

saban a tierra, pero me alejé de ellos. Sentía como si estuviera a punto de cometer un crimen terrible y evitaba con estremecedora ansiedad cualquier encuentro con mis semejantes. En un momento dado, la luna, que antes había estado clara, se vio repentinamente cubierta por una espesa nube, y aproveché el momento de oscuridad para arrojar mi cesta al mar; escuché el gorgoteo al hundirse y luego zarpé del lugar. El cielo se nubló, pero el aire era puro, aunque frío por la brisa del noreste que entonces se levantaba. Pero me refrescó y me llenó de sensaciones tan agradables que decidí prolongar mi estancia en el agua y, fijando el timón en posición vertical, me tendí en el fondo del bote. Las nubes ocultaron la luna, todo estaba oscuro y sólo oí el sonido de la quilla del barco cortando las olas; el murmullo me arrulló y al poco tiempo dormí profundamente.

No sé cuánto tiempo permanecí en esta situación, pero al despertarme, descubrí que el sol ya había ascendido considerablemente. El viento era fuerte y las olas amenazaban continuamente la seguridad de mi pequeño esquife. Descubrí que el viento era del noreste y debía de haberme alejado de la costa desde la que había embarcado. Intenté cambiar de rumbo, pero pronto descubrí que si lo volvía a intentar, el bote se inundaría al instante. En esta situación, mi único recurso era navegar a favor del viento. Confieso que experimenté algunas sensaciones de terror. No llevaba brújula y conocía tan mal la geografía de esta parte del mundo que el sol me servía de poco. Podría ser arrastrado al ancho Atlántico y

sufrir las torturas del hambre, o ser engullido por las inmensurables aguas que rugían y se agitaban a mi alrededor. Ya llevaba muchas horas fuera y sentía el tormento de una sed abrasadora, preludio de mis otros sufrimientos. Miré el cielo, cubierto de nubes que se arrastraban por el viento, solo para ser reemplazadas por otras; miré el mar; sería mi tumba. «¡Demonio!», exclamé, «¡tu tarea ya está cumplida!». Pensé en Elizabeth, en mi padre y en Clerval, todos ellos abandonados, en quienes el monstruo podría satisfacer sus pasiones sanguinarias y despiadadas. Esta idea me sumió en una ensoñación tan desesperada y aterradora que incluso ahora, cuando la escena está a punto de cerrarse ante mí para siempre, me estremezco al pensar en ella.

Así pasaron algunas horas; pero poco a poco, a medida que el sol descendía en el horizonte, el viento amainó, convirtiéndose en una suave brisa, y el mar se despejó de rompientes. Pero estas dieron paso a un fuerte oleaje; me sentía mareado y apenas podía sostener el timón, cuando de repente vi una línea de tierra alta hacia el sur.

Casi agotado, como estaba, por la fatiga y la terrible incertidumbre que soporté durante varias horas, esta repentina certeza de la vida se precipitó como un torrente de cálida alegría a mi corazón, y las lágrimas brotaron de mis ojos.

¡Qué cambiantes son nuestros sentimientos, y qué extraño ese apego tan fuerte a la vida, incluso en la miseria! Construí otra vela con una parte de mi vestido y con avidez puse rumbo hacia tierra. Tenía un aspecto agreste y rocoso, pero al acercarme,

distinguí fácilmente los rastros de cultivo. Vi barcos cerca de la orilla y me sentí transportado de repente a la vecindad del hombre civilizado. Seguí cuidadosamente los recodos del terreno y me detuve ante un campanario que finalmente vi surgir tras un pequeño promontorio. Como me encontraba en un estado de extrema debilidad, decidí navegar directamente hacia el pueblo, como lugar donde podría alimentarme con mayor facilidad. Por suerte, llevaba dinero. Al rodear el promontorio, distinguí un pequeño pueblo limpio y un buen puerto, en el que entré, con el corazón latiendo de alegría por mi inesperada salida.

Mientras me ocupaba en arreglar el bote y colocar las velas, varias personas se acercaron al lugar. Parecían muy sorprendidas por mi aparición, pero en lugar de ofrecerme ayuda, susurraron entre sí con gestos que en cualquier otro momento me habrían alarmado. De hecho, simplemente comenté que hablaban inglés, y por eso me dirigí a ellos en ese idioma. «Queridos amigos», les dije, «¿seríais tan amables de decirme el nombre de este pueblo y de informarme dónde estoy?».

—Pronto lo sabrás —respondió un hombre con voz ronca—. Quizá hayas llegado a un lugar que no te guste mucho, pero no te consultaremos sobre tus aposentos, te lo prometo.

Me sorprendió enormemente recibir una respuesta tan grosera de un desconocido, y también me desconcertó ver el ceño fruncido y la ira de sus compañeros. "¿Por qué me responde con tanta brusquedad?", respondí. "Seguro que no es costumbre

de los ingleses recibir a los desconocidos con tanta inhospitalidad".
"No sé", dijo el hombre, "cuál sea la costumbre de los ingleses, pero es costumbre de los irlandeses odiar a los villanos".
Mientras continuaba este extraño diálogo, noté que la multitud aumentaba rápidamente. Sus rostros reflejaban una mezcla de curiosidad e ira, lo que me molestó y, en cierta medida, me alarmó. Pregunté el camino a la posada, pero nadie respondió. Avancé entonces, y un murmullo surgió de la multitud mientras me seguían y me rodeaban, cuando un hombre de aspecto desagradable se acercó y me tocó el hombro: «Venga, señor, debe acompañarme a casa del Sr. Kirwin para que me explique».
¿Quién es el Sr. Kirwin? ¿Por qué tengo que rendir cuentas? ¿Acaso este no es un país libre?
—Sí, señor, suficiente libertad para la gente honesta. El Sr. Kirwin es magistrado, y usted debe informar sobre la muerte de un caballero que fue encontrado asesinado aquí anoche.
Esta respuesta me sobresaltó, pero enseguida me recuperé. Era inocente; eso podía demostrarse fácilmente; así que seguí a mi guía en silencio y me condujeron a una de las mejores casas del pueblo. Estaba a punto de desfallecer de fatiga y hambre, pero al estar rodeado de una multitud, pensé que sería prudente reunir todas mis fuerzas para que ninguna debilidad física se interpretara como aprensión o culpa consciente. Poco esperaba entonces la calamidad que en pocos momentos me abrumaría y extinguiría con horror y desesperación todo temor a la ignominia o la muerte.

Debo detenerme aquí, pues se requiere toda mi fortaleza para traer a mi memoria el recuerdo de los terribles acontecimientos que estoy a punto de relatar, con el debido detalle.



Capítulo 21

Pronto me presentaron ante el magistrado, un anciano benévolo de modales tranquilos y apacibles. Sin embargo, me miró con cierta severidad y, volviéndose hacia mis guías, preguntó quiénes comparecían como testigos en esta ocasión.

Aproximadamente media docena de hombres se presentaron; y, tras ser seleccionado uno por el magistrado, este declaró que había estado pescando la noche anterior con su hijo y su cuñado, Daniel Nugent, cuando, alrededor de las diez, observaron el ascenso de una fuerte ráfaga del norte, por lo que atracaron en puerto. Era una noche muy oscura, pues la luna aún no había salido; no desembarcaron en el puerto, sino, como de costumbre, en una ensenada unas dos millas más abajo. Él caminó primero, llevando parte del aparejo de pesca, y sus compañeros lo siguieron a cierta distancia. Mientras avanzaba por la arena, se golpeó el pie contra algo y cayó al suelo. Sus compañeros se acercaron para ayudarlo, y a la luz de su linterna descubrieron que había caído sobre el cuerpo de un hombre, que aparentemente estaba muerto. Su primera suposición fue que se trataba del cadáver de alguien que se había ahogado y había sido arrojado a la orilla por las olas, pero al examinarlo descubrieron que la ropa no estaba mojada e incluso que el cuerpo no estaba frío. Inmediatamente lo llevaron a la cabaña de una anciana cercana al lugar e intentaron, en vano, resucitarlo.

Parecía ser un joven apuesto, de unos veinticinco años. Al parecer, había sido estrangulado, pues no había señales de violencia salvo la marca negra de los dedos en su cuello.

La primera parte de esta declaración no me interesó en lo más mínimo, pero cuando se mencionó la marca de los dedos recordé el asesinato de mi hermano y me sentí sumamente agitado; me temblaban las extremidades y se me nublaron los ojos, lo que me obligó a apoyarme en una silla. El magistrado me observó con atención y, por supuesto, dedujo un mal augurio de mi comportamiento.

El hijo confirmó el relato de su padre, pero cuando llamaron a Daniel Nugent, juró positivamente que justo antes de la caída de su compañero, vio un bote, con un solo hombre en él, a poca distancia de la orilla; y hasta donde pudo juzgar por la luz de unas pocas estrellas, era el mismo bote en el que yo acababa de desembarcar.

Una mujer declaró que vivía cerca de la playa y estaba parada en la puerta de su cabaña, esperando el regreso de los pescadores, aproximadamente una hora antes de enterarse del descubrimiento del cuerpo, cuando vio un bote con un solo hombre a bordo alejarse de esa parte de la orilla donde luego se encontró el cadáver.

Otra mujer confirmó el relato de que los pescadores habían llevado el cuerpo a su casa; no estaba frío. Lo pusieron en una cama y lo frotaron, y Daniel fue al pueblo a buscar un boticario, pero la vida se le había ido por completo.

Se interrogó a varios hombres sobre mi desembarco, y coincidieron en que, con el fuerte viento del norte que

se había levantado durante la noche, era muy probable que hubiera estado dando vueltas durante muchas horas y me hubiera visto obligado a regresar casi al mismo lugar de donde partí. Además, observaron que, al parecer, había traído el cuerpo de otro lugar, y era probable que, al no conocer la costa, hubiera llegado al puerto sin saber la distancia entre el pueblo de — y el lugar donde había depositado el cadáver.

El Sr. Kirwin, al oír esta declaración, solicitó que me llevaran a la habitación donde yacía el cuerpo para su entierro, para observar el efecto que me causaría verlo. Esta idea probablemente surgió de la profunda agitación que manifesté al ser descrito el modo del asesinato. En consecuencia, el magistrado y varias otras personas me condujeron a la posada. No pude evitar sentirme impresionado por las extrañas coincidencias ocurridas durante aquella noche memorable; pero, sabiendo que había estado conversando con varias personas en la isla donde vivía aproximadamente cuando se encontró el cuerpo, estaba completamente tranquilo respecto a las consecuencias del asunto.

Entré en la habitación donde yacía el cadáver y me llevaron hasta el ataúd. ¿Cómo puedo describir mis sensaciones al contemplarlo? Todavía me siento abrasado de horror, y no puedo recordar ese terrible momento sin estremecerme y sentir agonía. El interrogatorio, la presencia del magistrado y los testigos, se desvanecieron como un sueño en mi memoria cuando vi el cuerpo sin vida de Henry Clerval tendido ante mí. Jadeé y, arrojándome sobre el cuerpo, exclamé: «¿Mis maquinaciones asesinas también te

han privado de la vida, mi querido Henry? Ya he destruido a dos; otras víctimas esperan su destino; pero tú, Clerval, mi amigo, mi benefactor...».

El cuerpo humano ya no podía soportar las agonías que padecía y me sacaron de la habitación entre fuertes convulsiones.

A esto le siguió una fiebre. Estuve dos meses al borde de la muerte; mis delirios, según supe después, eran espantosos; me consideraba el asesino de William, de Justine y de Clerval. A veces suplicaba a mis acompañantes que me ayudaran a destruir al demonio que me atormentaba; y otras veces sentía los dedos del monstruo aferrándome el cuello y gritaba de agonía y terror. Por suerte, como hablaba mi lengua materna, solo el Sr. Kirwin me entendía; pero mis gestos y mis gritos amargos bastaron para asustar a los demás testigos.

¿Por qué no morí? Más miserable que cualquier otro hombre, ¿por qué no me hundí en el olvido y el descanso? La muerte arrebata a muchos niños florecientes, la única esperanza de sus padres cariñosos; ¡cuántas novias y jóvenes amantes han estado un día en la flor de la salud y la esperanza, y al siguiente presa de los gusanos y la descomposición de la tumba! ¿De qué materiales estaba hecho para poder resistir tantos choques que, como el giro de la rueda, renovaban continuamente la tortura?

Pero estaba condenado a vivir y dos meses después me encontré como despertando de un sueño, en una prisión, tendido en una cama miserable, rodeado de carceleros, carceleros, cerrojos y todo el miserable aparato de una mazmorra. Recuerdo que era de mañana

cuando desperté a la comprensión; había olvidado los detalles de lo sucedido y solo sentía como si una gran desgracia me hubiera abrumado repentinamente; pero cuando miré a mi alrededor y vi las ventanas enrejadas y la miseria de la habitación en la que me encontraba, todo cruzó mi memoria y gemí amargamente.

Este sonido perturbó a una anciana que dormía en una silla a mi lado. Era enfermera contratada, esposa de uno de los porteros, y su semblante reflejaba todas esas malas cualidades que suelen caracterizar a esa clase. Las líneas de su rostro eran duras y rudas, como las de personas acostumbradas a ver sin compasión la miseria. Su tono expresaba total indiferencia; me habló en inglés, y su voz me pareció la misma que había oído durante mis sufrimientos.

"¿Está usted mejor ahora, señor?" dijo ella.

Respondí en el mismo idioma, con voz débil: "Creo que sí; pero si todo es verdad, si en verdad no soñé, lamento estar aún vivo para sentir esta miseria y este horror".

—En realidad —respondió la anciana—, si te refieres al caballero que asesinaste, creo que sería mejor para ti que estuvieras muerto, ¡porque me imagino que te irá mal! Pero eso no es asunto mío; me enviaron para cuidarte y curarte; cumplo con mi deber con la conciencia tranquila; sería mejor que todos hicieran lo mismo.

Me aparté con repugnancia de la mujer capaz de pronunciar un discurso tan insensible a una persona recién salvada, al borde de la muerte; pero me sentía lánguido e incapaz de reflexionar sobre todo lo sucedido. Toda mi vida me parecía un sueño; a veces dudaba de si era realmente cierto, pues nunca se presentaba a mi mente con la fuerza de la realidad.

A medida que las imágenes que flotaban ante mí se hacían más nítidas, me entró la fiebre; una oscuridad me oprimía; no había nadie cerca que me consolara con la dulce voz del amor; ninguna mano querida me sostuviera. El médico vino y me recetó medicinas, y la anciana me las preparó; pero la absoluta indiferencia era visible en el primero, y la expresión de brutalidad se marcaba con fuerza en el rostro del segundo. ¿A quién podría interesarle el destino de un asesino sino al verdugo que cobraría sus honorarios?

Estas fueron mis primeras reflexiones, pero pronto supe que el Sr. Kirwin me había mostrado una gran amabilidad. Había hecho que me prepararan la mejor habitación de la prisión (la mejor, sin duda, era miserable); y fue él quien me proporcionó un médico y una enfermera. Es cierto que rara vez venía a verme, pues aunque deseaba ardientemente aliviar el sufrimiento de toda criatura humana, no quería presenciar la agonía y los miserables desvaríos de un asesino. Por lo tanto, venía a veces para asegurarse de que no me descuidaran, pero sus visitas eran breves y con largos intervalos.

Un día, mientras me recuperaba gradualmente, estaba sentado en una silla, con los ojos entreabiertos y las mejillas lívidas como las de un muerto. Me embargaba la tristeza y la miseria, y a menudo reflexionaba que era mejor buscar la muerte que desear permanecer en un mundo que para mí estaba lleno de miseria. En un momento consideré si no debía declararme culpable y sufrir el castigo de la ley, menos inocente que la pobre Justine. Tales eran mis pensamientos cuando se abrió la puerta

de mi apartamento y entró el Sr. Kirwin. Su semblante expresaba compasión y simpatía; acercó una silla a la mía y me habló en francés.
"Me temo que este lugar te resulta muy chocante; ¿puedo hacer algo para que te sientas más cómodo?"
"Te doy gracias, pero todo lo que mencionas no significa nada para mí; en toda la tierra no hay consuelo que yo sea capaz de recibir."
Sé que la compasión de un desconocido puede ser de poco alivio para alguien tan abatido por una desgracia tan extraña. Pero espero que pronto abandone esta triste morada, pues sin duda se podrán presentar pruebas que lo liberen de la acusación criminal.
Eso es lo que menos me preocupa; por una serie de extraños acontecimientos, me he convertido en el más miserable de los mortales. Perseguido y torturado como soy y he sido, ¿puede la muerte serme algún mal?
Nada podría ser más desafortunado y angustioso que los extraños sucesos ocurridos últimamente. Un sorprendente accidente lo arrojó a esta costa, famosa por su hospitalidad, donde lo capturaron de inmediato y lo acusaron de asesinato. Lo primero que vio fue el cuerpo de su amigo, asesinado de una manera tan inexplicable y colocado, por así decirlo, por algún demonio en su camino.
Mientras el Sr. Kirwin decía esto, a pesar de la agitación que me producía esta retrospectiva de mis sufrimientos, también me sorprendió considerablemente lo que parecía saber de mí. Supongo que mi rostro reflejaba cierto asombro, pues el Sr. Kirwin se apresuró a decir:
Inmediatamente después de que enfermaras, me trajeron todos tus documentos y los examiné para en-

contrar alguna pista que me permitiera informar a tus familiares sobre tu desgracia y enfermedad. Encontré varias cartas, y entre otras, una que, por su origen, descubrí que era de tu padre. Escribí de inmediato a Ginebra; han pasado casi dos meses desde que envié mi carta. Pero estás enfermo; incluso ahora tiemblas; no estás apto para ninguna clase de agitación.

"Este suspenso es mil veces peor que el acontecimiento más horrible; dime, ¿qué nueva escena de muerte se ha representado y de quién debo lamentar ahora el asesinato?"

—Su familia está perfectamente bien —dijo el señor Kirwin con dulzura—; y alguien, un amigo, ha venido a visitarla.

No sé por qué cadena de pensamientos se me ocurrió la idea, pero al instante me vino a la mente que el asesino había venido a burlarse de mi miseria y a mofarse de mí con la muerte de Clerval, como un nuevo incentivo para que cumpliera sus deseos infernales. Me tapé los ojos con la mano y grité de dolor.

¡Ay! ¡Llévenselo! ¡No lo veo! ¡Por Dios, no lo dejen entrar!

El Sr. Kirwin me miró con semblante preocupado. No pudo evitar interpretar mi exclamación como una presunción de mi culpabilidad y dijo en tono bastante severo:

—Habría pensado, jovencito, que la presencia de tu padre habría sido bienvenida en lugar de inspirar tanta repugnancia.

—¡Mi padre! —exclamé, mientras cada rasgo y cada músculo se relajaba, pasando de la angustia al placer—. ¿De verdad ha venido mi padre? ¡Qué amable, qué amable! Pero ¿dónde está? ¿Por qué no viene corriendo a verme?

Mi cambio de actitud sorprendió y complació al magistrado; quizá pensó que mi exclamación anterior era un retorno momentáneo al delirio, y al instante reanudó su anterior benevolencia. Se levantó y salió de la habitación con mi niñera, y en un instante entró mi padre.

Nada, en ese momento, podría haberme dado mayor alegría que la llegada de mi padre. Le tendí la mano y grité:

—¿Estáis a salvo entonces, tú, Elizabeth y Ernest?

Mi padre me tranquilizó asegurándome su bienestar y, al hablar de estos temas tan interesantes para mí, intentó animarme; pero pronto comprendió que una prisión no puede ser el hogar de la alegría. "¡Qué lugar es este en el que vives, hijo mío!", dijo, mirando con tristeza las ventanas enrejadas y el aspecto deplorable de la habitación. "Viajaste en busca de la felicidad, pero la fatalidad parece perseguirte. Y el pobre Clerval..."

El nombre de mi desdichado y asesinado amigo fue una agitación demasiado grande para ser soportada en mi débil estado; derramé lágrimas.

—¡Ay! Sí, padre mío —respondí—; un destino terrible se cierne sobre mí, y debo vivir para cumplirlo, o seguramente habría muerto en el ataúd de Enrique.

No se nos permitió conversar mucho tiempo, pues el precario estado de mi salud requería todas las precauciones necesarias para asegurar mi tranquilidad. El Sr. Kirwin entró e insistió en que no me agotara las fuerzas con demasiado esfuerzo. Pero la apariencia de mi padre me pareció la de mi ángel de la guarda, y poco a poco recuperé la salud.

Al abandonarme la enfermedad, me absorbió una melancolía lúgubre y negra que nada podía disipar. La imagen de Clerval permanecía siempre presente ante mí, espantosa y asesinada. Más de una vez, la agitación en la que me sumían estas reflexiones hizo que mis amigos temieran una peligrosa recaída. ¡Ay! ¿Por qué me mantuvieron una vida tan miserable y detestable? Seguramente fue para que pudiera cumplir mi destino, que ahora se acerca a su fin. Pronto, oh, muy pronto, la muerte extinguirá estos latidos y me aliviará del inmenso peso de la angustia que me abate; y, al ejecutar la sentencia de justicia, también me hundiré en el descanso. Entonces, la apariencia de la muerte era lejana, aunque el deseo siempre estaba presente en mis pensamientos; y a menudo permanecía sentado durante horas, inmóvil y sin palabras, anhelando una poderosa revolución que pudiera sepultarme a mí y a mi destructor en sus ruinas.

Se acercaba la temporada de juicios. Ya llevaba tres meses en prisión, y aunque aún estaba débil y en constante peligro de recaída, me vi obligado a viajar casi cien millas hasta la ciudad rural donde se celebraba el juicio. El Sr. Kirwin se encargó de reunir testigos y organizar mi defensa. Me evité la vergüenza de comparecer públicamente como un criminal, ya que el caso no se presentó ante el tribunal que decide sobre la vida o la muerte. El gran jurado rechazó la demanda al demostrarse que me encontraba en las Islas Orcadas a la hora en que se encontró el cuerpo de mi amigo; y quince días después de mi destitución, fui puesto en libertad.

Mi padre se emocionó al encontrarme libre de las vejaciones de una acusación criminal, al poder respirar de nuevo la atmósfera fresca y regresar a mi país natal. Yo no compartía estos sentimientos, pues para mí los muros de una mazmorra o de un palacio eran igualmente odiosos. La copa de la vida estaba envenenada para siempre, y aunque el sol brillaba sobre mí, como sobre los felices y alegres de corazón, no veía a mi alrededor más que una densa y aterradora oscuridad, penetrada únicamente por el destello de dos ojos que me miraban fijamente. A veces eran los expresivos ojos de Henry, languideciendo en la muerte, con las órbitas oscuras casi cubiertas por los párpados y las largas pestañas negras que los rodeaban; a veces eran los ojos llorosos y nublados del monstruo, como los vi por primera vez en mi habitación de Ingolstadt.

Mi padre intentó despertar en mí sentimientos de afecto. Hablaba de Ginebra, que pronto visitaría, de Elizabeth y Ernest; pero estas palabras solo me arrancaban profundos gemidos. A veces, de hecho, anhelaba la felicidad y pensaba con melancólico deleite en mi querida prima, o anhelaba, con una devoradora *maladie du pays* , volver a ver el lago azul y el rápido Ródano, que tanto me habían gustado en mi infancia; pero mi estado general de ánimo era un letargo en el que una prisión era una residencia tan bienvenida como el más divino paisaje de la naturaleza; y estos accesos rara vez se veían interrumpidos por paroxismos de angustia y desesperación. En esos momentos, a menudo intentaba poner fin a la existencia que aborrecía, y se requería una atención

y vigilancia constantes para evitar cometer algún terrible acto de violencia.
Sin embargo, me quedaba un deber, cuyo recuerdo finalmente triunfó sobre mi egoísta desesperación. Era necesario regresar sin demora a Ginebra, para velar por las vidas de aquellos a quienes tanto amaba y acechar al asesino. Si alguna casualidad me llevaba al lugar de su escondite, o si se atrevía a atacarme de nuevo con su presencia, yo, con una puntería infalible, podría acabar con la existencia de la monstruosa imagen que había dotado con la burla de un alma aún más monstruosa. Mi padre aún deseaba retrasar nuestra partida, temiendo que no pudiera soportar las fatigas del viaje, pues era un destrozo, la sombra de un ser humano. Había perdido las fuerzas. Era un simple esqueleto, y la fiebre día y noche me consumía.
Aun así, mientras yo insistía en que abandonáramos Irlanda con tanta inquietud e impaciencia, mi padre creyó conveniente ceder. Embarcamos en un barco con destino a Havre-de-Grace y zarpamos con viento favorable desde las costas irlandesas. Era medianoche. Yacía en cubierta contemplando las estrellas y escuchando el batir de las olas. Saludé a la oscuridad que ocultaba Irlanda de mi vista, y mi pulso latía con una alegría febril al pensar que pronto vería Ginebra. El pasado se me apareció a la luz de un sueño espantoso; sin embargo, el barco en el que me encontraba, el viento que me alejó de la detestada costa de Irlanda y el mar que me rodeaba me decían con demasiada fuerza que no me había engañado ninguna visión y que Clerval, mi amigo y querido compañero, había

caído víctima de mí y del monstruo de mi creación. Repasé, en mi memoria, toda mi vida: mi tranquila felicidad residiendo con mi familia en Ginebra, la muerte de mi madre y mi partida a Ingolstadt. Recordé, estremeciéndome, el entusiasmo desenfrenado que me impulsó a crear a mi horrible enemigo, y recordé la noche en que vivió por primera vez. No pude seguir el hilo de mis pensamientos; mil sentimientos me oprimieron, y lloré amargamente.

Desde que me recuperé de la fiebre, tenía la costumbre de tomar cada noche una pequeña cantidad de láudano, pues solo con esta droga conseguía el descanso necesario para conservar la vida. Agobiado por el recuerdo de mis diversas desgracias, ingerí el doble de mi dosis habitual y pronto dormí profundamente. Pero el sueño no me daba respiro de mis pensamientos ni de mi sufrimiento; mis sueños me presentaban mil cosas que me asustaban. Hacia la mañana siguiente, una especie de pesadilla me poseyó; sentía la garra del demonio en el cuello y no podía liberarme de ella; gemidos y gritos resonaban en mis oídos. Mi padre, que me vigilaba, percibiendo mi inquietud, me despertó; las olas impetuosas me rodeaban, el cielo nublado arriba, el demonio no estaba: una sensación de seguridad, la sensación de que se había establecido una tregua entre el momento presente y el futuro irresistible y desastroso, me infundió una especie de sereno olvido, al que la mente humana, por su estructura, es peculiarmente susceptible.

TABLE

Capítulo 22

El viaje llegó a su fin. Desembarcamos y continuamos hacia París. Pronto descubrí que había agotado mis fuerzas y que debía descansar antes de continuar mi viaje. Los cuidados y las atenciones de mi padre eran infatigables, pero desconocía el origen de mis sufrimientos y buscaba métodos erróneos para remediar mi enfermedad incurable. Quería que me divirtiera en sociedad. Aborrecía el rostro del hombre. ¡Oh, aborrecía! Eran mis hermanos, mis semejantes, y me sentía atraído incluso por los más repulsivos, como si fueran criaturas de naturaleza angelical y mecanismo celestial. Pero sentía que no tenía derecho a compartir su trato. Había desatado a un enemigo entre ellos cuyo gozo era derramar su sangre y deleitarse con sus gemidos. ¡Cómo me aborrecerían y me expulsarían del mundo si supieran mis actos impíos y los crímenes que tenían su origen en mí!

Mi padre cedió al final a mi deseo de evitar la sociedad y se esforzó con diversos argumentos por disipar mi desesperación. A veces creía que sentía profundamente la degradación de verme obligado a responder por una acusación de asesinato, y se esforzaba por demostrarme la inutilidad del orgullo.

—¡Ay! —dije—, ¡qué poco me conoces! Los seres humanos, sus sentimientos y pasiones, se verían verdaderamente degradados si un miserable

como yo sintiera orgullo. Justine, la pobre Justine, era tan inocente como yo, y sufrió la misma acusación; murió por ello; y yo soy la causa de esto: la asesiné. William, Justine y Henry, todos murieron a mis manos.

Mi padre me había oído a menudo, durante mi encarcelamiento, hacer la misma afirmación; cuando me acusaba así, a veces parecía pedir una explicación, y otras veces parecía considerarlo fruto de un delirio, y que, durante mi enfermedad, una idea similar se me había ocurrido, cuyo recuerdo conservé durante mi convalecencia. Evitaba las explicaciones y guardaba un silencio constante sobre el desgraciado que había creado. Estaba convencido de que me considerarían loco, y esto, en sí mismo, me habría encadenado la lengua para siempre. Pero, además, no me atrevía a revelar un secreto que llenaría de consternación a mi oyente y convertiría el miedo y el horror sobrenatural en moradores de su pecho. Reprimí, por tanto, mi impaciente sed de compasión y guardé silencio cuando habría dado el mundo por haber confiado el fatal secreto. Sin embargo, palabras como las que he registrado seguían brotando de mí sin control. No podía ofrecer ninguna explicación, pero su veracidad aliviaba en parte la carga de mi misteriosa aflicción.

En esa ocasión, mi padre dijo, con una expresión de asombro inmenso: «Mi querido Víctor, ¿qué capricho es este? Querido hijo, te ruego que no vuelvas a hacer semejante afirmación».

—No estoy loco —grité con energía—; el sol y el cielo, que han presenciado mis acciones, pueden

dar testimonio de mi verdad. Soy el asesino de esas víctimas tan inocentes; murieron por mis maquinaciones. Mil veces habría derramado mi propia sangre, gota a gota, para salvarles la vida; pero no pude, padre mío, de hecho no pude sacrificar a toda la raza humana.

La conclusión de este discurso convenció a mi padre de que mis ideas estaban trastornadas, e inmediatamente cambió de tema y trató de alterar el curso de mis pensamientos. Deseaba borrar en la medida de lo posible el recuerdo de las escenas ocurridas en Irlanda y jamás hizo alusión a ellas ni me permitió hablar de mis desgracias.

Con el paso del tiempo, me fui tranquilizando; la miseria se apoderó de mi corazón, pero ya no hablaba con la misma incoherencia de mis propios crímenes; me bastaba la conciencia de ellos. Con la mayor violencia, reprimí la voz imperiosa de la miseria, que a veces deseaba declararse al mundo entero, y mis modales eran más tranquilos y serenos que nunca desde mi viaje al mar de hielo.

Unos días antes de salir de París rumbo a Suiza, recibí la siguiente carta de Elizabeth:

"Mi querido amigo,

Me dio un gran placer recibir una carta de mi tío fechada en París; ya no estás tan lejos, y espero verte en menos de dos semanas. ¡Pobre primo, cuánto debes haber sufrido! Espero verte aún más enfermo que cuando saliste de Ginebra. Este invierno ha sido de lo más miserable, atormentado por la incertidumbre; sin embargo, espero ver paz en tu rostro y descubrir que tu

corazón no está completamente desprovisto de consuelo y tranquilidad.
Sin embargo, me temo que ahora persisten los mismos sentimientos que te hicieron tan desgraciado hace un año, incluso quizás intensificados por el tiempo. No quisiera molestarte en este momento, cuando tantas desgracias te pesan, pero una conversación que tuve con mi tío antes de su partida hace necesaria una explicación antes de que nos veamos.
¡Explicación! Quizás digas: ¿Qué tiene que explicar Elizabeth? Si realmente dices esto, mis preguntas quedan respondidas y todas mis dudas despejadas. Pero estás lejos de mí, y es posible que esta explicación te dé miedo y, sin embargo, te agrade; y, si así fuera, no me atrevo a posponer más la escritura de lo que, durante tu ausencia, a menudo he deseado expresarte, pero nunca me he atrevido a empezar.
Bien sabes, Víctor, que nuestra unión fue el plan predilecto de tus padres desde nuestra infancia. Nos lo dijeron de pequeños y nos enseñaron a esperarlo con ilusión, como si fuera un acontecimiento inevitable. Éramos compañeros de juegos cariñosos durante la infancia y, creo, amigos queridos y apreciados al crecer. Pero así como hermano y hermana a menudo se profesan un profundo afecto sin desear una unión más íntima, ¿no podría ser también nuestro caso? Dime, querido Víctor. Respóndeme, te conjuro por nuestra mutua felicidad, con la simple verdad: ¿no te amas?
Has viajado; has pasado varios años de tu vida en Ingolstadt; y te confieso, amigo mío, que cuando

te vi el otoño pasado tan infeliz, huyendo a la soledad de la compañía de todo ser, no pude evitar suponer que lamentarías nuestra unión y te creerías obligado por honor a cumplir los deseos de tus padres, aunque se opusieran a tus inclinaciones. Pero este es un razonamiento falso. Te confieso, amigo mío, que te amo y que en mis sueños de futuro has sido mi fiel amigo y compañero. Pero es tu felicidad lo que deseo tanto como la mía cuando te declaro que nuestro matrimonio me haría eternamente miserable a menos que fuera el dictado de tu propia y libre elección. Incluso ahora lloro al pensar que, abatido como estás por las más crueles desgracias, puedes sofocar, con la palabra *honor* , toda esperanza de ese amor y felicidad que solo te devolvería a ti mismo. Yo, que te he tenido un afecto tan desinteresado, puedo multiplicar tus desdichas siendo un obstáculo a tus deseos. ¡Ah! Víctor, ten por seguro que tu primo y compañero de juegos te ama tan sinceramente que no se sentirá desdichado por esta suposición. Alégrate, amigo mío; y si me obedeces en esta única petición, ten por seguro que nada en el mundo podrá interrumpir mi tranquilidad.

No dejes que esta carta te perturbe; no me respondas mañana, ni pasado mañana, ni siquiera hasta que llegues, si te causa dolor. Mi tío me enviará noticias de tu salud, y si veo una sola sonrisa en tus labios cuando nos encontremos, motivada por este o cualquier otro esfuerzo mío, no necesitaré otra felicidad.

"Elizabeth Lavenza.

"Ginebra, 18 de mayo de 17—"

Esta carta revivió en mi memoria lo que antes había olvidado: la amenaza del demonio: "¡ *Estaré contigo en tu noche de bodas!* «. Tal fue mi sentencia, y esa noche el demonio emplearía todas sus artimañas para destruirme y arrancarme del atisbo de felicidad que prometía consolar en parte mis sufrimientos. Esa noche había decidido consumar sus crímenes con mi muerte. Bien, que así fuera; una lucha a muerte se libraría entonces, en la que si él salía victorioso, yo estaría en paz y su poder sobre mí llegaría a su fin. Si él era vencido, yo sería un hombre libre. ¡Ay! ¿Qué libertad? Como la que disfruta el campesino cuando su familia ha sido masacrada ante sus ojos, su cabaña incendiada, sus tierras devastadas, y él se encuentra a la deriva, sin hogar, sin dinero y solo, pero libre. Tal sería mi libertad si no fuera porque en mi Elizabeth poseía un tesoro, ay, contrarrestado por los horrores del remordimiento y la culpa que me perseguirían hasta la muerte.

¡Dulce y amada Elizabeth! Leí y releí su carta, y algunos sentimientos de dulzura se apoderaron de mi corazón y me atreví a susurrar sueños paradisíacos de amor y alegría; pero la manzana ya estaba consumida, y el brazo del ángel estaba al descubierto para arrebatarme toda esperanza. Aun así, moriría por hacerla feliz. Si el monstruo cumplía su amenaza, la muerte era inevitable; sin embargo, volví a pensar si mi matrimonio aceleraría mi destino. Mi destrucción podría llegar unos meses antes, pero si mi torturador sospechaba que la posponía, influido por sus amenazas, seguramente encontraría otros medios de venganza, quizás más terribles.

Había jurado *estar conmigo en mi noche de bodas* , pero no consideraba que esa amenaza lo obligara a la paz mientras tanto, pues, como para demostrarme que aún no estaba saciado de sangre, había asesinado a Clerval inmediatamente después de pronunciar sus amenazas. Resolví, pues, que si mi unión inmediata con mi prima contribuía a su felicidad o a la de mi padre, los designios de mi adversario contra mi vida no la retrasarían ni una sola hora.

En este estado de ánimo, le escribí a Elizabeth. Mi carta era serena y cariñosa. «Me temo, mi querida niña», le dije, «queda poca felicidad para nosotros en la tierra; sin embargo, todo lo que algún día pueda disfrutar se centra en ti. Ahuyenta tus vanos temores; solo a ti consagro mi vida y mis esfuerzos por encontrar la felicidad. Tengo un secreto, Elizabeth, uno terrible; cuando te lo revele, te helará el alma de horror, y entonces, lejos de sorprenderte por mi sufrimiento, solo te asombrarás de que sobreviva a lo que he soportado. Te confiaré esta historia de sufrimiento y terror al día siguiente de nuestra boda, pues, mi querida prima, debe haber una confianza absoluta entre nosotras. Pero hasta entonces, te conjuro a que no lo menciones ni lo menciones. Te lo suplico de todo corazón, y sé que lo harás».

Aproximadamente una semana después de la llegada de la carta de Elizabeth, regresamos a Ginebra. La dulce niña me recibió con cálido cariño, pero se le llenaron los ojos de lágrimas al contemplar mi cuerpo demacrado y mis mejillas febriles. También noté un cambio en ella. Estaba más delgada y

había perdido gran parte de esa vivacidad celestial que antes me había cautivado; pero su dulzura y su tierna mirada compasiva la convertían en una compañera más adecuada para alguien tan desdichado y miserable como yo.
La tranquilidad que ahora disfrutaba no perduró. El recuerdo trajo consigo la locura, y cuando pensaba en lo sucedido, una verdadera locura me poseía; a veces estaba furioso y ardía de rabia, a veces me sentía deprimido y abatido. No hablaba ni miraba a nadie, sino que permanecía inmóvil, desconcertado por la multitud de miserias que me abrumaban.
Solo Elizabeth tenía el poder de sacarme de estos arrebatos; su dulce voz me tranquilizaba cuando me dejaba llevar por la pasión y me inspiraba sentimientos humanos cuando me hundía en el letargo. Lloraba conmigo y por mí. Cuando recobraba la razón, me reconvenía y se esforzaba por inspirarme resignación. ¡Ah! Es bueno para los desdichados resignarse, pero para los culpables no hay paz. La agonía del remordimiento envenena el lujo que a veces se encuentra en el exceso del dolor.
Poco después de mi llegada, mi padre habló de mi inminente matrimonio con Elizabeth. Guardé silencio.
"¿Tienes entonces algún otro apego?"
Nadie en la tierra. Amo a Elizabeth y espero con ilusión nuestra unión. Que se fije el día, pues; y en él me consagraré, en vida o muerte, a la felicidad de mi prima.
Mi querido Víctor, no hables así. Nos han sobrevenido graves desgracias, pero aferrémonos a lo que

nos queda y transmitamos nuestro amor por quienes hemos perdido a quienes aún viven. Nuestro círculo será pequeño, pero estará estrechamente unido por los lazos del afecto y la mutua desgracia. Y cuando el tiempo haya apaciguado tu desesperación, nacerán nuevos y queridos objetos de cariño para reemplazar a aquellos de quienes hemos sido tan cruelmente privados.

Tales fueron las lecciones de mi padre. Pero el recuerdo de la amenaza regresó a mí; y no te asombrará que, omnipotente como había sido el demonio en sus sangrientas acciones, casi lo considerara invencible, y que cuando pronunció las palabras « *Estaré contigo en tu noche de bodas* », considerara el destino amenazado como inevitable. Pero la muerte no era un mal para mí si se compensaba con la pérdida de Elizabeth, y por lo tanto, con un semblante contento e incluso alegre, acordé con mi padre que, si mi primo consentía, la ceremonia se celebraría en diez días, y así, según imaginaba, sellaría mi destino.

¡Dios mío! Si por un instante hubiera pensado en las infernales intenciones de mi diabólico adversario, habría preferido desterrarme para siempre de mi patria y vagar como un paria sin amigos por la tierra antes que consentir en este miserable matrimonio. Pero, como si poseyera poderes mágicos, el monstruo me había cegado ante sus verdaderas intenciones; y cuando creí haber preparado solo mi propia muerte, apresuré la de una víctima mucho más querida.

A medida que se acercaba la fecha fijada para nuestra boda, ya fuera por cobardía o por un presenti-

miento, sentí que se me encogía el corazón. Pero oculté mis sentimientos con una expresión de hilaridad que trajo sonrisas y alegría al rostro de mi padre, pero que apenas engañó la mirada siempre atenta y amable de Elizabeth. Ella esperaba nuestra unión con plácida satisfacción, no exenta de un ligero temor, que las desgracias pasadas le habían infundido, de que lo que ahora parecía una felicidad segura y tangible pronto se disipara en un sueño etéreo y no dejara rastro alguno, salvo un profundo y eterno arrepentimiento.

Se hicieron los preparativos para el evento, se recibieron visitas de felicitación y todos lucían un rostro sonriente. Reprimí, lo mejor que pude, la ansiedad que me atormentaba y me involucré con aparente seriedad en los planes de mi padre, aunque solo sirvieran como adornos de mi tragedia. Gracias a las gestiones de mi padre, el gobierno austriaco le había devuelto una parte de la herencia a Elizabeth. Una pequeña propiedad a orillas de Como le pertenecía. Se acordó que, inmediatamente después de nuestra unión, nos trasladaríamos a Villa Lavenza y pasaríamos nuestros primeros días de felicidad junto al hermoso lago cerca del cual se encontraba.

Mientras tanto, tomé todas las precauciones para defenderme en caso de que el demonio me atacara abiertamente. Llevaba pistolas y una daga siempre encima y estaba siempre alerta para evitar artificios, y así logré una mayor tranquilidad. De hecho, a medida que se acercaba la fecha, la amenaza parecía más una ilusión, indigno de perturbar mi paz,

mientras que la felicidad que anhelaba en mi matrimonio se hacía más evidente a medida que se acercaba el día de su solemnización y oía hablar continuamente de él como de un acontecimiento que ningún accidente podría evitar.

Elizabeth parecía feliz; mi serenidad contribuyó en gran medida a tranquilizarla. Pero el día que iba a cumplir mis deseos y mi destino, estaba melancólica, y un presentimiento la invadió; y quizá también pensó en el terrible secreto que le había prometido revelar al día siguiente. Mi padre, mientras tanto, estaba rebosante de alegría, y en el ajetreo de los preparativos, solo reconoció en la melancolía de su sobrina la timidez de una novia.

Tras la ceremonia, se reunió un gran grupo en casa de mi padre, pero se acordó que Elizabeth y yo emprenderíamos nuestro viaje por mar, pernoctando esa noche en Evian y continuando nuestro viaje al día siguiente. El día era despejado y el viento favorable; todos aplaudieron nuestro embarque nupcial.

Aquellos fueron los últimos momentos de mi vida, durante los cuales disfruté de la sensación de felicidad. Pasábamos a paso rápido; el sol calentaba, pero estábamos protegidos de sus rayos por una especie de dosel mientras disfrutábamos de la belleza del paisaje, a veces a una orilla del lago, donde veíamos el Mont Salêve, las agradables orillas del Montalègre, y a lo lejos, dominándolo todo, el hermoso Mont Blanc y el conjunto de montañas nevadas que en vano intentan emularlo; a veces, bordeando las orillas opuestas, veíamos el impo-

nente Jura oponiendo su lado oscuro a la ambición de abandonar su tierra natal, y una barrera casi infranqueable al invasor que quisiera esclavizarlo.
Tomé la mano de Elizabeth. «Estás triste, mi amor. ¡Ah! Si supieras lo que he sufrido y lo que aún me queda por soportar, te esforzarías por dejarme saborear la tranquilidad y la libertad que al menos este día me permite disfrutar».
"Sé feliz, mi querido Víctor", respondió Elizabeth; "espero que no haya nada que te aflija; y ten por seguro que si no se dibuja una alegría viva en mi rostro, mi corazón está contento. Algo me susurra que no confíe demasiado en la perspectiva que se abre ante nosotros, pero no escucharé una voz tan siniestra. Observa qué rápido avanzamos y cómo las nubes, que a veces oscurecen y a veces se elevan sobre la cúpula del Mont Blanc, hacen aún más interesante este hermoso paisaje. Mira también los innumerables peces que nadan en las aguas cristalinas, donde se puede distinguir cada guijarro del fondo. ¡Qué día tan divino! ¡Qué feliz y serena se ve toda la naturaleza!"
Así, Elizabeth se esforzaba por distraer sus pensamientos y los míos de toda reflexión sobre temas melancólicos. Pero su temperamento fluctuaba; la alegría brillaba en sus ojos por unos instantes, pero continuamente daba paso a la distracción y la ensoñación.
El sol se hundía en el cielo; cruzamos el río Drance y observamos su curso a través de los abismos de las colinas altas y los valles de las bajas. Aquí los Alpes se acercan al lago, y nos acercamos al anfiteatro montañoso que forma su límite oriental.

La torre de Evian brillaba bajo los bosques que la rodeaban y la cordillera que la dominaba.
El viento, que hasta entonces nos había impulsado con asombrosa rapidez, se convirtió al atardecer en una ligera brisa; la suave brisa apenas rizaba el agua y provocaba un agradable movimiento entre los árboles al acercarnos a la orilla, de la que emanaba un delicioso aroma a flores y heno. El sol se hundió en el horizonte al desembarcar, y al tocar tierra sentí que reavivaban esas preocupaciones y temores que pronto me aferrarían para siempre.



Capítulo 23

Eran las ocho cuando desembarcamos; caminamos un rato por la orilla, disfrutando de la luz transitoria, y luego nos retiramos a la posada y contemplamos la encantadora escena de aguas, bosques y montañas, oscurecidas por la oscuridad, pero aún mostrando sus contornos negros.

El viento, que había amainado en el sur, arreció con gran violencia en el oeste. La luna había alcanzado su cima en el cielo y comenzaba a descender; las nubes la cruzaban con mayor velocidad que el vuelo del buitre y atenuaban sus rayos, mientras el lago reflejaba la escena de un cielo agitado, aún más agitado por las inquietas olas que comenzaban a levantarse. De repente, se desató una fuerte tormenta de lluvia.

Había estado tranquilo durante el día, pero en cuanto la noche oscureció las formas de los objetos, mil temores surgieron en mi mente. Estaba ansioso y vigilante, mientras mi mano derecha agarraba una pistola que llevaba escondida en el pecho; cada sonido me aterrorizaba, pero decidí que vendería cara mi vida y no me acobardaría del conflicto hasta que mi propia vida o la de mi adversario se extinguiera.

Elizabeth observó mi agitación durante un rato en un silencio tímido y temeroso, pero había algo en mi mirada que le transmitía terror, y temblando, preguntó: «¿Qué te inquieta, mi querido Víctor? ¿Qué es lo que temes?».

—¡Oh! Paz, paz, mi amor —respondí—; esta noche todo estará a salvo; pero esta noche es terrible, muy terrible.

Pasé una hora en este estado de ánimo, cuando de repente reflexioné sobre cuán terrible sería para mi esposa el combate que momentáneamente esperaba, y le rogué fervientemente que se retirara, resolviendo no unirme a ella hasta haber obtenido algún conocimiento sobre la situación de mi enemigo.

Me dejó, y continué un rato recorriendo los pasillos de la casa, inspeccionando cada rincón que pudiera ofrecerle a mi adversario una retirada. Pero no encontré rastro de él y empezaba a suponer que alguna afortunada casualidad había impedido que se cumplieran sus amenazas cuando, de repente, oí un grito estridente y aterrador. Provenía de la habitación a la que Elizabeth se había retirado. Al oírlo, la verdad me invadió la mente, mis brazos se desplomaron, el movimiento de cada músculo y fibra se suspendió; podía sentir la sangre corriendo por mis venas y un hormigueo en las extremidades. Este estado duró solo un instante; el grito se repitió y corrí a la habitación.

¡Dios mío! ¿Por qué no expiré entonces? ¿Por qué estoy aquí para relatar la destrucción de la mayor esperanza y la criatura más pura de la tierra? Ella estaba allí, sin vida e inanimada, tirada en la cama, con la cabeza gacha y sus rasgos pálidos y deformados medio cubiertos por el cabello. Adondequiera que me dirijo, veo la misma figura: sus brazos exangües y su cuerpo relajado, arrojado por el asesino en su féretro nupcial. ¿Podría contemplar esto y vivir? ¡Ay! La vida es obstinada y se aferra más a donde más se la odia. Solo por un instante perdí la memoria; caí inconsciente al suelo.

Cuando me recuperé, me encontré rodeado por la gente de la posada; sus rostros reflejaban un terror

desgarrador, pero el horror de los demás parecía solo una burla, una sombra de los sentimientos que me oprimían. Escapé de ellos hacia la habitación donde yacía el cuerpo de Elizabeth, mi amor, mi esposa, tan recientemente muerta, tan querida, tan digna. Había sido movida de la postura en la que la había visto al principio, y ahora, mientras yacía, con la cabeza apoyada en el brazo y un pañuelo sobre la cara y el cuello, podría haberla creído dormida. Corrí hacia ella y la abracé con ardor, pero la languidez mortal y la frialdad de sus miembros me indicaron que lo que ahora sostenía entre mis brazos había dejado de ser la Elizabeth a quien había amado y apreciado. La marca asesina de la garra del demonio estaba en su cuello, y el aliento había dejado de salir de sus labios.

Mientras aún me inclinaba sobre ella, sumido en la agonía de la desesperación, alcé la vista. Las ventanas de la habitación ya estaban oscurecidas, y sentí una especie de pánico al ver la pálida luz amarilla de la luna iluminar la estancia. Las contraventanas estaban abiertas, y con una sensación de horror indescriptible, vi en la ventana abierta una figura espantosa y aborrecible. El monstruo esbozaba una sonrisa; parecía burlarse, mientras con su dedo diabólico señalaba el cadáver de mi esposa. Corrí hacia la ventana, saqué una pistola del pecho y disparé; pero él me esquivó, saltó de su posición y, corriendo con la velocidad del rayo, se zambulló en el lago.

El disparo de la pistola atrajo a una multitud a la habitación. Señalé el lugar donde había desaparecido y seguimos el rastro con botes; se echaron redes, pero

fue en vano. Tras varias horas, regresamos desesperados; la mayoría de mis compañeros creyeron que se trataba de una figura conjurada por mi imaginación. Tras desembarcar, procedieron a registrar el terreno, grupos que se dirigían en diferentes direcciones entre los bosques y las viñas.

Intenté acompañarlos y me alejé un poco de la casa, pero la cabeza me daba vueltas, mis pasos eran como los de un borracho, y finalmente caí en un estado de agotamiento absoluto; una nube me cubría los ojos y tenía la piel reseca por el calor de la fiebre. En este estado, me llevaron de vuelta y me colocaron en una cama, apenas consciente de lo sucedido; mis ojos vagaban por la habitación como si buscara algo que había perdido.

Tras un intervalo, me levanté y, como por instinto, me arrastré hasta la habitación donde yacía el cadáver de mi amada. Había mujeres llorando a mi alrededor; me incliné sobre él y uní mis lágrimas de tristeza a las de ellas; durante todo este tiempo, ninguna idea clara se me presentaba en la mente, pero mis pensamientos divagaban sobre diversos temas, reflexionando confusamente sobre mis desgracias y sus causas. Estaba desconcertado, en una nube de asombro y horror. La muerte de William, la ejecución de Justine, el asesinato de Clerval y, por último, el de mi esposa; incluso en ese momento, desconocía si mis únicos amigos restantes estaban a salvo de la malignidad del demonio; mi padre, incluso ahora, podría estar retorciéndose bajo sus garras, y Ernesto podría estar muerto a sus pies. Esta idea me estremeció y me devolvió a la acción. Me levanté y decidí regresar a Ginebra lo antes posible.

No había caballos que conseguir, y debía regresar por el lago; pero el viento era desfavorable y llovía a cántaros. Sin embargo, apenas era de día, y podía esperar llegar de noche. Contraté remeros y tomé un remo, pues siempre había encontrado alivio del tormento mental en el ejercicio físico. Pero la desbordante miseria que sentía y la excesiva agitación que soportaba me incapacitaban para cualquier esfuerzo. Dejé el remo y, apoyando la cabeza en las manos, me dejé llevar por todas las ideas sombrías que surgían. Si levantaba la vista, veía escenas que me eran familiares en mis tiempos más felices y que había contemplado el día anterior en compañía de ella, que ahora era solo una sombra y un recuerdo. Las lágrimas brotaban de mis ojos. La lluvia había cesado por un momento, y vi a los peces jugar en las aguas como lo habían hecho unas horas antes; Elizabeth los había observado entonces. Nada es tan doloroso para la mente humana como un cambio repentino y repentino. El sol brillaba o las nubes descendían, pero nada podía parecerme igual que el día anterior. Un demonio me había arrebatado toda esperanza de felicidad futura; ninguna criatura había sido jamás tan miserable como yo; un acontecimiento tan espantoso es único en la historia de la humanidad.

Pero ¿por qué debería extenderme en los incidentes que siguieron a este último y abrumador suceso? La mía ha sido una historia de horrores; he llegado a su *apogeo* , y lo que debo relatarles ahora solo les resultará tedioso. Sepan que, uno a uno, mis amigos fueron arrebatados; yo quedé desolado. Mis propias fuerzas están agotadas, y debo contar, en pocas palabras, lo que queda de mi horrible narración.

Llegué a Ginebra. Mi padre y Ernest aún vivían, pero el primero se hundió bajo las noticias que le di. ¡Ahora lo veo, excelente y venerable anciano! Su mirada vagaba en el vacío, pues había perdido su encanto y su deleite: su Elizabeth, su más que hija, a quien adoraba con todo ese cariño que siente un hombre que, en el ocaso de la vida, con pocos afectos, se aferra con más fervor a los que le quedan. ¡Maldito, maldito sea el demonio que trajo miseria a sus canas y lo condenó a la miseria! No pudo vivir bajo los horrores que se acumulaban a su alrededor; las fuerzas de la existencia cedieron repentinamente; no pudo levantarse de la cama, y a los pocos días murió en mis brazos.

¿Qué fue de mí entonces? No lo sé; perdí la sensibilidad, y las cadenas y la oscuridad eran lo único que me oprimía. A veces, de hecho, soñaba que vagaba por prados floridos y valles agradables con mis amigos de juventud, pero al despertar me encontraba en un calabozo. La melancolía me acompañó, pero poco a poco fui comprendiendo mejor mis miserias y mi situación, y entonces fui liberado. Porque me habían llamado loco, y durante muchos meses, según entendí, una celda solitaria había sido mi morada.

La libertad, sin embargo, habría sido un regalo inútil para mí si, al despertar a la razón, no hubiera despertado al mismo tiempo la venganza. Con el recuerdo de desgracias pasadas acuciándome, comencé a reflexionar sobre su causa: el monstruo que había creado, el miserable demonio que había enviado al mundo para mi destrucción. Me poseía una rabia enloquecedora al pensar en él, y deseaba y rezaba ardientemente tenerlo a mi alcance para ejecutar una

gran y señalada venganza sobre su maldita cabeza.
Y mi odio no se limitó por mucho tiempo a deseos inútiles; comencé a reflexionar sobre la mejor manera de asegurarlo; y para este propósito, aproximadamente un mes después de mi liberación, me presenté ante un juez criminal en la ciudad y le dije que tenía una acusación que hacer, que conocía al destructor de mi familia y que le exigía que ejerciera toda su autoridad para detener al asesino.
El magistrado me escuchó con atención y amabilidad. «Tenga la seguridad, señor», dijo, «de que no escatimaré esfuerzos ni esfuerzos por mi parte para descubrir al villano».
"Gracias", respondí; "escuche, pues, la declaración que tengo que hacer. Es, en efecto, una historia tan extraña que temo que no la creería si no hubiera algo en la verdad que, por maravilloso que sea, inspira convicción. La historia está demasiado conectada como para confundirla con un sueño, y no tengo motivos para mentir". Mi actitud al dirigirme a él fue impresionante, pero serena; había tomado en mi corazón la resolución de perseguir a mi destructor hasta la muerte, y este propósito apaciguó mi agonía y, por un instante, me reconcilió con la vida. Relaté mi historia brevemente, pero con firmeza y precisión, marcando las fechas con exactitud y sin desviarme jamás hacia la invectiva o la exclamación.
El magistrado parecía al principio completamente incrédulo, pero a medida que continuaba, se volvió más atento e interesado; a veces lo vi estremecerse de horror; en otras, una viva sorpresa, sin mezcla de incredulidad, se pintaba en su rostro.

Al concluir mi narración, dije: «Este es el ser a quien acuso, y para cuya captura y castigo le pido que ejerza todo su poder. Es su deber como magistrado, y creo y espero que sus sentimientos como hombre no le impidan ejercer esas funciones en esta ocasión».

Esta conversación provocó un cambio considerable en la fisonomía de mi propio oyente. Había escuchado mi historia con esa especie de fe a medias que se da a los relatos de espíritus y sucesos sobrenaturales; pero cuando se le pidió que actuara oficialmente en consecuencia, su incredulidad regresó. Sin embargo, respondió con suavidad: «Con gusto le brindaría toda la ayuda posible en su búsqueda, pero la criatura de la que habla parece tener poderes que desafiarían todos mis esfuerzos. ¿Quién puede seguir a un animal que puede atravesar el mar de hielo y habitar cuevas y guaridas donde ningún hombre se aventuraría a entrar? Además, han transcurrido algunos meses desde que cometió sus crímenes, y nadie puede conjeturar a qué lugar ha vagado ni en qué región podría habitar ahora».

No dudo de que merodea cerca del lugar donde habito, y si efectivamente se ha refugiado en los Alpes, puede ser perseguido como una gamuza y destruido como una bestia de presa. Pero comprendo tus pensamientos; no crees en mi relato y no pretendes perseguir a mi enemigo con el castigo que merece.

Mientras hablaba, la rabia brillaba en mis ojos; el magistrado se sintió intimidado. «Se equivoca», dijo. «Me esforzaré, y si está en mi poder capturar al monstruo, tenga por seguro que sufrirá un castigo proporcional a sus crímenes. Pero me temo, por lo

que usted mismo ha descrito como sus propiedades, que esto resultará impracticable; y por lo tanto, mientras se toman todas las medidas adecuadas, debería decidirse a sufrir una decepción».

Eso no puede ser; pero todo lo que pueda decir será de poca utilidad. Mi venganza no te importa; sin embargo, aunque la considero un vicio, confieso que es la única pasión que me devora. Mi rabia es indescriptible al pensar que el asesino, a quien he soltado en la sociedad, aún existe. Rechazas mi justa demanda; solo me queda un recurso, y me consagro, ya sea en mi vida o en mi muerte, a su destrucción.

Temblaba de agitación al decir esto; había frenesí en mi comportamiento, y algo, no dudo, de esa altiva fiereza que se dice que poseían los mártires de antaño. Pero para un magistrado ginebrino, cuya mente estaba ocupada por ideas muy distintas a las de la devoción y el heroísmo, esta exaltación mental tenía mucho de locura. Intentó tranquilizarme como una enfermera a un niño y volvió a mi relato como si fuera el efecto de un delirio.

—¡Hombre! —grité—, ¡qué ignorante eres en tu orgullo de sabiduría! ¡Detente! No sabes lo que dices.

Salí de casa enojado y perturbado y me retiré a meditar sobre algún otro modo de acción..



Capítulo 24

Mi situación actual era tal que todo pensamiento voluntario se perdía. La furia me arrebataba; solo la venganza me daba fuerza y serenidad; moldeaba mis sentimientos y me permitía ser calculador y sereno en momentos en que, de otro modo, me habrían tocado el delirio o la muerte.

Mi primera resolución fue abandonar Ginebra para siempre; mi país, que cuando era feliz y amado me era querido, ahora, en la adversidad, se volvía odioso. Me aprovisioné de una suma de dinero, junto con algunas joyas que habían pertenecido a mi madre, y partí.

Y ahora comenzaron mis andanzas, que solo cesarán con la vida. He recorrido vastas extensiones de la tierra y he soportado todas las penurias que suelen encontrar los viajeros en desiertos y países bárbaros. Apenas sé cómo he vivido; muchas veces he tendido mis miembros debilitados en la llanura arenosa y he rogado por la muerte. Pero la venganza me mantuvo con vida; no me atreví a morir y dejar a mi adversario con vida.

Al salir de Ginebra, mi primera tarea fue encontrar alguna pista que me permitiera rastrear los pasos de mi diabólico enemigo. Pero mi plan fracasó, y vagué durante horas por los confines de la ciudad, sin saber qué camino seguir. Al caer la noche, me encontré a la entrada del cementerio donde reposaban William, Elizabeth y mi padre. Entré y me

acerqué a la tumba que marcaba sus sepulturas. Todo estaba en silencio, salvo las hojas de los árboles, suavemente agitadas por el viento; la noche era casi oscura, y la escena habría sido solemne y conmovedora incluso para un observador desinteresado. Los espíritus de los difuntos parecían revolotear y proyectar una sombra, palpable pero no visible, alrededor de la cabeza del doliente.

El profundo dolor que esta escena me había provocado al principio dio paso rápidamente a la rabia y la desesperación. Estaban muertos, y yo vivía; su asesino también vivía, y para destruirlo debía prolongar mi fatigosa existencia. Me arrodillé sobre la hierba, besé la tierra y, con labios temblorosos, exclamé: «Por la tierra sagrada donde me arrodillo, por las sombras que deambulan cerca de mí, por el profundo y eterno dolor que siento, juro; y por ti, oh Noche, y los espíritus que te presiden, perseguir al demonio que causó esta miseria, hasta que él o yo perezcamos en un conflicto mortal. Para ello preservaré mi vida; para ejecutar esta querida venganza, volveré a contemplar el sol y a pisar la verde hierba de la tierra, que de otro modo desaparecería de mis ojos para siempre. Y os invoco, espíritus de los muertos, y a vosotros, ministros errantes de la venganza, para que me ayudéis y me guiéis en mi obra. Que el maldito e infernal monstruo beba profundamente de su agonía; que sienta la desesperación que ahora me atormenta».

Había comenzado mi conjuro con solemnidad y un temor que casi me aseguraba que las sombras de mis amigos asesinados escuchaban y aprobaban

mi devoción, pero las furias me poseyeron cuando concluí y la rabia ahogó mis palabras.
En la quietud de la noche, una risa estridente y diabólica me respondió. Resonó en mis oídos larga y pesadamente; las montañas la repitieron, y sentí como si el infierno me rodeara de burlas y risas. Seguramente en ese momento me habría poseído el frenesí y habría destruido mi miserable existencia si no fuera porque mi juramento fue escuchado y me reservaron la venganza. La risa se apagó cuando una voz conocida y aborrecida, aparentemente cerca de mi oído, me susurró: «¡Estoy satisfecho, miserable! Has decidido vivir, y yo estoy satisfecho».
Me lancé hacia el lugar de donde provenía el sonido, pero el demonio se me escapó. De repente, el amplio disco de la luna surgió e iluminó de lleno su figura fantasmal y distorsionada mientras huía a una velocidad descomunal.
Lo perseguí, y durante muchos meses esta ha sido mi tarea. Guiado por una ligera pista, seguí los meandros del Ródano, pero en vano. Apareció el Mediterráneo azul, y por una extraña casualidad, vi al demonio entrar de noche y esconderse en un navío con destino al Mar Negro. Tomé pasaje en el mismo barco, pero escapó, no sé cómo.
En medio de las tierras salvajes de Tartaria y Rusia, aunque aún me eludía, siempre he seguido su rastro. A veces, los campesinos, asustados por esta horrible aparición, me informaban de su camino; a veces, él mismo, temiendo que si perdía todo rastro de él, desesperaría y moriría, dejaba alguna huella para guiarme. La nieve caía sobre mi cabeza y vi

la huella de sus enormes pasos en la llanura blanca. Para ti, que recién comienzas la vida, para quien la preocupación es nueva y la agonía desconocida, ¿cómo puedes comprender lo que he sentido y aún siento? El frío, la necesidad y la fatiga eran los dolores más leves que estaba destinado a soportar; fui maldecido por algún demonio y cargué conmigo con mi infierno eterno; sin embargo, un espíritu de bondad seguía y dirigía mis pasos, y cuando más murmuraba, me libraba de repente de dificultades aparentemente insuperables. A veces, cuando la naturaleza, vencida por el hambre, se hundía en el agotamiento, se me preparaba un banquete en el desierto que me renovaba y me infundía ánimo. La comida era, en efecto, basta, como la que comían los campesinos del campo, pero no dudo de que la prepararon los espíritus que había invocado para que me ayudaran. A menudo, cuando todo estaba seco, el cielo despejado y yo estaba abrasado de sed, una ligera nube oscurecía el cielo, derramaba las pocas gotas que me revitalizaban y desaparecía. Seguía, cuando podía, el curso de los ríos; pero el daimon generalmente los evitaba, pues era allí donde se concentraba principalmente la población del país. En otros lugares rara vez se veían seres humanos, y generalmente subsistía de los animales salvajes que se cruzaban en mi camino. Llevaba dinero y me ganaba la amistad de los aldeanos distribuyéndolo; o llevaba comida que había cazado, la cual, tras tomar una pequeña parte, siempre regalaba a quienes me habían proporcionado fuego y utensilios para cocinar.

Mi vida, tal como transcurría así, me resultaba verdaderamente odiosa, y solo durante el sueño podía saborear la alegría. ¡Oh, bendito sueño! A menudo, en mi más desdichado sufrimiento, me hundía en el reposo, y mis sueños me arrullaban hasta el éxtasis. Los espíritus que me custodiaban me habían proporcionado estos momentos, o mejor dicho, horas, de felicidad para que pudiera conservar las fuerzas para cumplir mi peregrinación. Privado de este respiro, me habría hundido en mis penurias. Durante el día me sostenía y animaba la esperanza de la noche, pues en el sueño veía a mis amigos, a mi esposa y a mi amado país; volvía a ver el rostro benévolo de mi padre, oía los tonos plateados de la voz de mi Elizabeth y contemplaba a Clerval gozando de salud y juventud. A menudo, cansado por una marcha agotadora, me convencía de que soñaba hasta que llegara la noche y que entonces disfrutaría de la realidad en los brazos de mis amigos más queridos. ¡Qué angustioso cariño sentía por ellos! ¡Cómo me aferraba a sus queridas formas, mientras a veces me rondaban incluso en las horas de vigilia, y me convencía de que aún vivían! En esos momentos, la venganza, que ardía en mi interior, se apagaba en mi corazón, y proseguía mi camino hacia la destrucción del demonio más como una tarea impuesta por el cielo, como el impulso mecánico de algún poder del que era inconsciente, que como el ardiente deseo de mi alma.

No puedo saber qué sentía por quien yo perseguía. A veces, de hecho, dejaba marcas escritas en las cortezas de los árboles o grabadas en piedra que

me guiaban y avivaban mi furia. «Mi reinado aún no ha terminado» —estas palabras eran legibles en una de estas inscripciones— «vives, y mi poder es completo. Sígueme; busco los hielos eternos del norte, donde sentirás la miseria del frío y la escarcha, a los que soy impasible. Encontrarás cerca de este lugar, si no tardas en seguirme, una liebre muerta; come y refréscate. Vamos, enemigo mío; aún tenemos que luchar por nuestras vidas, pero muchas horas duras y miserables tendrás que soportar hasta que llegue ese momento».

¡Diablo burlón! De nuevo juro venganza; de nuevo te consagro, miserable demonio, a la tortura y la muerte. Nunca abandonaré mi búsqueda hasta que él o yo perezcamos; ¡y entonces con qué éxtasis me uniré a mi Elizabeth y a mis amigos difuntos, quienes incluso ahora me preparan la recompensa por mi tedioso trabajo y mi horrible peregrinación!

Mientras continuaba mi viaje hacia el norte, la nieve se hizo más espesa y el frío aumentó hasta un punto casi insoportable. Los campesinos estaban encerrados en sus chozas, y solo unos pocos de los más valientes se aventuraron a capturar a los animales que el hambre había obligado a abandonar sus escondites en busca de presas. Los ríos estaban cubiertos de hielo y no se podía pescar; así, me quedé aislado de mi principal fuente de sustento.

El triunfo de mi enemigo aumentó con la dificultad de mis labores. Una de sus inscripciones decía: «¡Prepárense! Sus trabajos apenas comienzan; abríguense con pieles y víveres, pues pronto emprenderemos un viaje donde sus sufrimientos saciarán mi odio eterno».

Mi coraje y perseverancia se vieron fortalecidos por estas palabras burlonas; decidí no fallar en mi propósito, e invocando al Cielo para que me apoyara, continué con inquebrantable fervor atravesando inmensos desiertos, hasta que el océano apareció a lo lejos y formó el límite máximo del horizonte. ¡Oh! ¡Qué diferente era de las azules estaciones del sur! Cubierto de hielo, solo se distinguía de la tierra por su superior agreste y accidentada. Los griegos lloraron de alegría al contemplar el Mediterráneo desde las colinas de Asia, y saludaron con éxtasis el límite de sus esfuerzos. No lloré, sino que me arrodillé y con el corazón lleno agradecí a mi guía espiritual por conducirme sano y salvo al lugar donde esperaba, a pesar de las burlas de mi adversario, encontrarlo y luchar con él.

Unas semanas antes, había conseguido un trineo y perros, y así atravesé la nieve a una velocidad inconcebible. No sé si el demonio poseía las mismas ventajas, pero descubrí que, si bien antes perdía terreno a diario en la persecución, ahora le ganaba terreno, tanto que cuando vi el océano por primera vez, estaba a solo un día de viaje de distancia, y esperaba interceptarlo antes de que llegara a la playa. Con renovado coraje, seguí adelante y en dos días llegué a una aldea miserable a orillas del mar. Pregunté a los habitantes sobre el demonio y obtuve información precisa. Un monstruo gigantesco, dijeron, había llegado la noche anterior, armado con un fusil y muchas pistolas, poniendo en fuga a los habitantes de una cabaña solitaria por miedo a su aterradora apariencia. Se había llevado sus provi-

siones de invierno, y colocándolas en un trineo, para cuyo tiro había recurrido a una numerosa manada de perros adiestrados, los había enjaezado, y esa misma noche, para alegría de los horrorizados aldeanos, había continuado su viaje a través del mar en dirección a ninguna tierra; y conjeturaron que debía ser rápidamente destruido por la ruptura del hielo o congelado por las heladas eternas.

Al oír esta información, sufrí un acceso temporal de desesperación. Se me había escapado, y debía emprender un viaje destructivo y casi interminable a través de los hielos montañosos del océano, en medio de un frío que pocos habitantes podían soportar y al que yo, nativo de un clima templado y soleado, no podía aspirar a sobrevivir. Sin embargo, ante la idea de que el demonio viviera y triunfara, mi rabia y venganza regresaron, y como una marea poderosa, abrumaron todos mis demás sentimientos. Tras un breve descanso, durante el cual los espíritus de los muertos me rondaron y me incitaron al trabajo y la venganza, me preparé para mi viaje.

Cambié mi trineo de tierra por uno diseñado para las desigualdades del Océano Helado, y tras comprar una abundante provisión de provisiones, partí de tierra.

No puedo calcular cuántos días han pasado desde entonces, pero he soportado una miseria que solo el eterno sentimiento de una justa retribución que ardía en mi corazón podría haberme permitido soportar. Inmensas y escarpadas montañas de hielo a menudo me impedían el paso, y a menudo oía el estruendo del mar, que amenazaba con mi destruc-

ción. Pero de nuevo llegó la escarcha y aseguró los caminos del mar.
Por la cantidad de provisiones que había consumido, calcularía que había pasado tres semanas en este viaje; y la continua prolongación de la esperanza, al volver a mi corazón, a menudo arrancaba amargas gotas de desaliento y dolor de mis ojos. La desesperación casi había conseguido su presa, y pronto me habría hundido en esta miseria. Una vez, después de que los pobres animales que me transportaban alcanzaran con increíble esfuerzo la cima de una montaña de hielo inclinada, y uno, hundiéndose por la fatiga, muriera, contemplé la extensión ante mí con angustia, cuando de repente mi vista captó una mancha oscura en la llanura oscura. Forcé la vista para descubrir qué podría ser y lancé un grito salvaje de éxtasis al distinguir un trineo y las proporciones distorsionadas de una forma bien conocida en su interior. ¡Oh! ¡Con qué ardiente arrebato la esperanza volvió a mi corazón! Lágrimas cálidas llenaron mis ojos, que sequé apresuradamente para que no obstruyeran la visión que tenía del daimonion; Pero aún así mi vista estaba nublada por las gotas ardientes, hasta que, cediendo a las emociones que me oprimían, lloré en voz alta.
Pero no era momento de demorarse; desenganché a los perros de su compañero muerto, les di abundante comida y, tras una hora de descanso, absolutamente necesario y, sin embargo, terriblemente fastidioso, continué mi ruta. El trineo seguía visible, y no volví a perderlo de vista, salvo en los momentos en que, por un breve instante, alguna roca

de hielo lo ocultaba entre sus riscos. De hecho, le acerqué perceptiblemente, y cuando, tras casi dos días de viaje, vi a mi enemigo a no más de una milla de distancia, el corazón me dio un vuelco.

Pero ahora, cuando estaba casi al alcance de mi enemigo, mis esperanzas se extinguieron repentinamente y perdí todo rastro de él más completamente que nunca. Se oyó un mar profundo; el estruendo de su avance, mientras las aguas rodaban y crecían bajo mí, se volvió cada vez más ominoso y aterrador. Seguí adelante, pero en vano. El viento se levantó; el mar rugió; y, como con la poderosa sacudida de un terremoto, se partió y crujió con un sonido tremendo y abrumador. La obra pronto terminó; en pocos minutos, un mar tumultuoso se interpuso entre mi enemigo y yo, y quedé a la deriva sobre un trozo de hielo disperso que se reducía continuamente, preparándome así una muerte espantosa.

Así transcurrieron muchas horas espantosas; varios de mis perros murieron, y yo mismo estaba a punto de hundirme en la agonía acumulada cuando vi su barco anclado, ofreciéndome esperanzas de socorro y salvación. No imaginaba que barcos llegaran tan al norte, y me quedé atónito al verlo. Rápidamente destruí parte de mi trineo para construir remos, y así, con infinita fatiga, pude mover mi balsa de hielo en dirección a su barco. Había decidido, si iban hacia el sur, confiarme a la merced del mar antes que abandonar mi propósito. Esperaba convencerlos de que me proporcionaran un bote para perseguir a mi enemigo. Pero su dirección era hacia el norte. Me aceptaron a bordo cuando mis

fuerzas estaban agotadas, y pronto me habría hundido, bajo mis múltiples penurias, en una muerte que aún temo, pues mi tarea está incumplida.
¡Oh! ¿Cuándo me permitirá mi espíritu guía, al conducirme hasta el daimon, el descanso que tanto deseo? ¿O debo morir y él vivir? Si lo hago, júrame, Walton, que no escapará, que lo buscarás y cumplirás mi venganza con su muerte. ¿Y me atrevo a pedirte que emprendas mi peregrinación, que soportes las penalidades que yo he padecido? No; no soy tan egoísta. Sin embargo, cuando muera, si él aparece, si los ministros de la venganza lo conducen hasta ti, jura que no vivirá; jura que no triunfará sobre mis aflicciones acumuladas ni sobrevivirá para añadir a la lista de sus oscuros crímenes. Es elocuente y persuasivo, y en su día sus palabras tuvieron incluso poder sobre mi corazón; pero no confíes en él. Su alma es tan infernal como su forma, llena de traición y maldad diabólica. No lo escuches; Invoca los nombres de William, Justine, Clerval, Elizabeth, mi padre y del desdichado Víctor, y clava tu espada en su corazón. Yo me mantendré cerca y dirigiré el acero con precisión.



Walton, *en continuación.*
26 de agosto de 17—.
Has leído esta extraña y aterradora historia, Margaret; ¿y no sientes que se te hiela la sangre de horror, como ahora me hiela la sangre? A veces, presa de una repentina agonía, no podía continuar su relato; otras, con la voz entrecortada, pero penetrante, pronunciaba con dificultad las palabras tan cargadas de angustia. Sus hermosos y hermosos ojos a veces brillaban de indignación, a veces se sumían en una profunda tristeza y se ahogaban en una infinita miseria. A veces dominaba su semblante y su voz, y relataba los incidentes más horribles con voz serena, reprimiendo cualquier señal de agitación; luego, como un volcán en erupción, su rostro se transformaba de repente en una expresión de la más salvaje rabia mientras profería imprecaciones contra su perseguidor.
Su relato está conectado y narrado con la apariencia de la más simple verdad, pero les confieso que las cartas de Félix y Safie, que me mostró, y la aparición del monstruo vista desde nuestro barco, me convencieron aún más de la veracidad de su relato que de sus aseveraciones, por sinceras y coherentes que fueran. ¡Tal monstruo, entonces, existe realmente! No puedo dudarlo, pero estoy sumido en la sorpresa y la admiración. A veces intenté obtener de Frankenstein los detalles de la formación de su criatura, pero en este punto era impenetrable.
—¿Estás loco, amigo mío? —dijo—. ¿O adónde te lleva tu insensata curiosidad? ¿Acaso también quieres crear para ti y para el mundo un enemigo

demoníaco? ¡Paz, paz! Aprende de mis miserias y no intentes aumentar las tuyas.

Frankenstein descubrió que tomé notas sobre su historia; pidió verlas y luego él mismo las corrigió y las amplió en muchos puntos, pero principalmente al dar vida y espíritu a las conversaciones que mantuvo con su enemigo. «Ya que has conservado mi narración», dijo, «no quisiera que una mutilada pasara a la posteridad».

Así ha transcurrido una semana, mientras escuchaba la historia más extraña que jamás haya imaginado. Mis pensamientos y cada sentimiento de mi alma se han embriagado con el interés que este relato y sus modales elevados y amables han despertado en mi invitado. Deseo consolarlo, pero ¿puedo aconsejarle a alguien tan infinitamente miserable, tan desprovisto de toda esperanza de consuelo, que viva? ¡Oh, no! La única alegría que ahora podrá conocer será cuando acomode su espíritu destrozado a la paz y a la muerte. Sin embargo, disfruta de un consuelo, fruto de la soledad y el delirio; cree que cuando en sueños conversa con sus amigos y obtiene de esa comunión consuelo para sus miserias o excitaciones para su venganza, que no son creaciones de su imaginación, sino los mismos seres que lo visitan desde las regiones de un mundo remoto. Esta fe da una solemnidad a sus ensoñaciones que las hace para mí casi tan imponentes e interesantes como la realidad.

Nuestras conversaciones no siempre se limitan a su propia historia y sus desgracias. En cada punto de la literatura general, demuestra un conocimiento inagotable y una comprensión rápida y penetrante.

Su elocuencia es contundente y conmovedora; no puedo oírlo sin lágrimas cuando relata un incidente patético o intenta conmover la compasión o el amor. ¡Qué gloriosa criatura debió haber sido en sus días de prosperidad, cuando es tan noble y divino en la ruina! Parece comprender su propio valor y la magnitud de su caída.

"De joven", dijo, "me creía destinado a una gran empresa. Mis sentimientos son profundos, pero poseía una serenidad de juicio que me capacitaba para logros ilustres. Este sentimiento del valor de mi naturaleza me sostuvo cuando otros se habrían sentido oprimidos, pues consideraba criminal desperdiciar en un dolor inútil aquellos talentos que podrían ser útiles a mis semejantes. Cuando reflexionaba sobre la obra que había completado, nada menos que la creación de un animal sensible y racional, no podía compararme con la multitud de proyectistas comunes. Pero este pensamiento, que me sostuvo al comienzo de mi carrera, ahora solo sirve para hundirme más en el polvo. Todas mis especulaciones y esperanzas son nada, y como el arcángel que aspiraba a la omnipotencia, estoy encadenado a un infierno eterno. Mi imaginación era vívida, pero mi capacidad de análisis y aplicación era intensa; por la unión de estas cualidades concebí la idea y ejecuté la creación de un hombre. Incluso ahora no puedo recordar sin pasión mis ensoñaciones mientras la obra estaba incompleta. Pisaba el cielo en mis pensamientos, ahora Exultante en mis poderes, ahora ardiendo con la idea de sus efectos. Desde mi infancia, estuve imbuido de grandes esperanzas y una

ambición elevada; ¡pero cuán hundido estoy! ¡Ay! Amigo mío, si me hubieras conocido como era antes, no me reconocerías en este estado de degradación. El desaliento rara vez visitaba mi corazón; un destino elevado parecía sostenerme, hasta que caí, para nunca, nunca más levantarme.

¿Debo entonces perder a este ser admirable? He anhelado un amigo; he buscado a alguien que me compadezca y me ame. He aquí, en estos mares desiertos lo he encontrado, pero temo haberlo ganado solo para conocer su valor y perderlo. Quisiera reconciliarlo con la vida, pero él rechaza la idea.

"Te agradezco, Walton", dijo, "por tus amables intenciones hacia tan miserable; pero cuando hablas de nuevos lazos y afectos renovados, ¿crees que alguien puede reemplazar a los que se han ido? ¿Puede algún hombre ser para mí como Clerval, o cualquier mujer otra Elizabeth? Incluso cuando los afectos no están fuertemente impulsados por una excelencia superior, los compañeros de nuestra infancia siempre poseen un cierto poder sobre nuestras mentes que difícilmente cualquier amigo posterior puede alcanzar. Conocen nuestras disposiciones infantiles, que, por mucho que se modifiquen después, nunca se erradican; y pueden juzgar nuestras acciones con conclusiones más certeras en cuanto a la integridad de nuestros motivos. Una hermana o un hermano nunca puede, a menos que tales síntomas se hayan manifestado tempranamente, sospechar del otro de fraude o engaño, mientras que otro amigo, por muy unido que sea, puede, a pesar de sí mismo, ser visto con sospecha.

Pero disfruté de amigos, queridos no solo por costumbre y compañía, sino por sus propios méritos; y dondequiera que esté, la voz tranquilizadora de mi Elizabeth y la conversación de Clerval siempre serán susurradas. en mi oído. Están muertos, y solo un sentimiento en semejante soledad puede persuadirme a preservar mi vida. Si me embarcara en una gran empresa o proyecto, cargado de gran utilidad para mis semejantes, podría vivir para cumplirlo. Pero ese no es mi destino; debo perseguir y destruir al ser al que di la existencia; entonces mi destino en la tierra se cumplirá y podré morir.

Mi querida Hermana,
2 de septiembre.
Te escribo, rodeado por el peligro e ignorante de si algún día volveré a ver mi querida Inglaterra y a mis queridos amigos que la habitan. Estoy rodeado de montañas de hielo insalvables que amenazan a cada instante con aplastar mi barco. Los valientes a quienes he convencido para que sean mis compañeros me buscan en busca de ayuda, pero no tengo ninguna que ofrecerles. Hay algo terriblemente aterrador en nuestra situación, pero mi coraje y mis esperanzas no me abandonan. Sin embargo, es terrible pensar que las vidas de todos estos hombres corren peligro por mi culpa. Si nos perdemos, mis descabellados planes son la causa.
¿Y cuál será tu estado de ánimo, Margaret? No sabrás de mi destrucción y esperarás con ansias mi regreso. Pasarán los años, y la desesperación te visitará, pero la esperanza te torturará. ¡Oh! Mi que-

rida hermana, el repugnante fracaso de tus sinceras expectativas me parece, en perspectiva, más terrible que mi propia muerte. Pero tienes un esposo e hijos encantadores; puedes ser feliz. ¡Que el cielo te bendiga y te lo conceda!

Mi desafortunado huésped me mira con la más tierna compasión. Se esfuerza por infundirme esperanza y habla como si la vida fuera una posesión que valora. Me recuerda cuántas veces los mismos accidentes les han ocurrido a otros navegantes que han intentado navegar por este mar, y a pesar mío, me llena de alegres augurios. Incluso los marineros perciben el poder de su elocuencia; cuando habla, ya no desesperan; les infunde energía, y al oír su voz creen que estas vastas montañas de hielo son como montículos de tierra que se desvanecerán ante las resoluciones del hombre. Estos sentimientos son pasajeros; cada día de espera postergado los llena de miedo, y casi temo un motín provocado por esta desesperación.

5 de septiembre.

Acaba de ocurrir una escena de tan extraordinario interés que, aunque es muy probable que estos documentos nunca lleguen a usted, no puedo dejar de registrarla.

Seguimos rodeados de montañas de hielo, en peligro inminente de ser aplastados en su conflicto. El frío es extremo, y muchos de mis desafortunados camaradas ya han encontrado una tumba en medio de esta escena desoladora. La salud de Frankenstein se deteriora cada día; un fuego febril aún brilla en sus ojos, pero está exhausto, y cuando se le

obliga a realizar cualquier esfuerzo, se hunde rápidamente de nuevo en una aparente inercia.
En mi última carta mencioné los temores que albergaba de un motín. Esta mañana, mientras observaba el rostro demacrado de mi amigo —con los ojos entornados y las extremidades colgando con indiferencia—, me despertaron media docena de marineros, que exigieron entrar en el camarote. Entraron, y su jefe se dirigió a mí. Me dijo que él y sus compañeros habían sido elegidos por los demás marineros para acudir en mi delegación y hacerme una solicitud que, en justicia, no podía rechazar. Estábamos atrapados en el hielo y probablemente nunca escaparíamos, pero temían que si, como era posible, el hielo se disipaba y se abría un paso libre, yo cometiera la temeridad de continuar mi viaje y conducirlos a nuevos peligros, después de que ellos hubieran podido superarlo con alegría. Insistieron, por lo tanto, en que me comprometiera con la solemne promesa de que, si el barco era liberado, dirigiría inmediatamente mi rumbo hacia el sur.
Este discurso me inquietó. No había desesperado, ni había concebido aún la idea de regresar si me liberaban. Sin embargo, ¿podría, en justicia, o incluso en posibilidad, rechazar esta exigencia? Dudé antes de responder, cuando Frankenstein, quien al principio había permanecido en silencio, y de hecho parecía apenas tener fuerzas para escuchar, se despertó; sus ojos brillaron y sus mejillas se sonrojaron con un vigor momentáneo. Volviéndose hacia los hombres, dijo:
¿Qué quieres decir? ¿Qué le exiges a tu capitán?

¿Tan fácil es desviarte de tu plan? ¿No llamaste a esto una expedición gloriosa? ¿Y por qué fue gloriosa? No porque el camino fuera suave y plácido como un mar del sur, sino porque estaba lleno de peligros y terror, porque a cada nuevo incidente debías recurrir a tu fortaleza y exhibir tu coraje, porque el peligro y la muerte lo rodeaban, y debían afrontarlos y superarlos. Porque esto era glorioso, porque esto era una empresa honorable. De ahora en adelante serías aclamado como los benefactores de tu especie, tus nombres adorados como pertenecientes a hombres valientes que enfrentaron la muerte por honor y el beneficio de la humanidad. Y ahora, he aquí, con la primera imaginación de peligro, o, si se prefiere, la primera prueba poderosa y terrible de tu coraje, retrocedes y te conformas con ser considerados hombres que no tuvieron la fuerza suficiente para soportar el frío y el peligro; y así, pobres almas, sintieron frío y regresaron a sus cálidas chimeneas. Pues eso no requiere esta preparación; No tenían por qué haber llegado tan lejos y arrastrado a su capitán a la vergüenza de una derrota solo para demostrar que eran cobardes. ¡Oh! Sean hombres, o más que hombres. Manténganse firmes en sus propósitos y firmes como una roca. Este hielo no está hecho de la misma materia que sus corazones; es mutable y no podrá resistirlos si dicen que no lo hará. No regresen con sus familias con el estigma de la desgracia marcado en sus frentes. Regresen como héroes que han luchado y conquistado y que no saben lo que es darle la espalda al enemigo.

Habló con una voz tan modulada a los diferentes sentimientos expresados en su discurso, con una mirada tan llena de noble designio y heroísmo, que ¿es de extrañar que estos hombres se conmovieran? Se miraron entre sí y no pudieron responder. Hablé; les dije que se retiraran y reflexionaran sobre lo dicho, que no los guiaría más al norte si deseaban fervientemente lo contrario, pero que esperaba que, reflexionando, recuperaran el coraje.
Ellos se retiraron y yo me volví hacia mi amigo, pero él estaba hundido en la languidez y casi privado de vida.
Cómo terminará todo esto, no lo sé, pero preferiría morir antes que regresar vergonzosamente, sin haber cumplido mi propósito. Sin embargo, temo que ese sea mi destino; estos hombres, sin el apoyo de la gloria y el honor, jamás podrán seguir soportando voluntariamente las penurias actuales.

7 de septiembre.
La suerte está echada; he accedido a regresar si no nos destruyen. Así, mis esperanzas se ven frustradas por la cobardía y la indecisión; regreso ignorante y decepcionado. Se requiere más filosofía de la que poseo para soportar esta injusticia con paciencia.

12 de septiembre.
Ya pasó; regreso a Inglaterra. He perdido mis esperanzas de utilidad y gloria; he perdido a mi amiga. Pero intentaré detallarte estas amargas circunstancias, mi querida hermana; y mientras me lleven a Inglaterra y a ti, no me desanimaré.

El 9 de septiembre, el hielo comenzó a moverse y rugidos como truenos se oyeron a lo lejos mientras las islas se partían y agrietaban en todas direcciones. Estábamos en peligro inminente, pero como solo podíamos permanecer impasibles, mi principal atención estaba ocupada en mi desafortunado huésped, cuya enfermedad se agravó tanto que tuvo que guardar cama. El hielo se quebró detrás de nosotros y fue impulsado con fuerza hacia el norte; una brisa del oeste sopló, y el 11 el paso hacia el sur quedó completamente libre. Cuando los marineros vieron esto y que su regreso a su país natal estaba aparentemente asegurado, un grito de alegría tumultuosa brotó de ellos, fuerte y prolongado. Frankenstein, que dormitaba, despertó y preguntó la causa del tumulto. «Gritan», dije, «porque pronto regresarán a Inglaterra».

"¿De verdad regresas entonces?"

¡Ay! Sí; no puedo soportar sus exigencias. No puedo conducirlos contra su voluntad al peligro, y debo regresar.

Hazlo si quieres; yo no. Puedes renunciar a tu propósito, pero el mío me lo ha asignado el Cielo, y no me atrevo. Soy débil, pero seguro que los espíritus que me ayudan en mi venganza me darán la fuerza suficiente. Dicho esto, intentó saltar de la cama, pero el esfuerzo fue demasiado grande para él; cayó hacia atrás y se desmayó.

Pasó mucho tiempo antes de que se recuperara, y a menudo pensé que la vida se había extinguido por completo. Finalmente abrió los ojos; respiraba con dificultad y no podía hablar. El cirujano le dio un

brebaje y nos ordenó que lo dejáramos tranquilo. Mientras tanto, me dijo que a mi amigo ciertamente no le quedaban muchas horas de vida.
Se pronunció su sentencia, y solo pude lamentarme y ser paciente. Me senté junto a su cama, observándolo; tenía los ojos cerrados, y pensé que dormía; Pero de pronto me llamó con voz débil y, invitándome a acercarme, dijo: "¡Ay! La fuerza en la que confiaba se ha agotado; siento que pronto moriré, y él, mi enemigo y perseguidor, puede que aún viva. No pienses, Walton, que en los últimos momentos de mi existencia siento ese odio ardiente y ese deseo ardiente de venganza que una vez expresé; pero me siento justificado al desear la muerte de mi adversario. Durante estos últimos días me he ocupado examinando mi conducta pasada; y no la encuentro censurable. En un ataque de locura entusiasta, creé una criatura racional y estaba obligado hacia él a asegurar, en la medida de mis posibilidades, su felicidad y bienestar. Este era mi deber, pero había otro aún más importante. Mis deberes hacia los seres de mi propia especie exigían mayor atención porque incluían una mayor proporción de felicidad o miseria. Impulsado por esta opinión, me negué, e hice bien al negarme, a crear un compañero para la primera criatura. Demostró una malignidad sin igual y Egoísmo en el mal; destruyó a mis amigos; consagró a la destrucción a seres que poseían sensaciones exquisitas, felicidad y sabiduría; y no sé dónde terminará esta sed de venganza. Desdichado él mismo para no hacer miserable a nadie, debería morir. La tarea de su destrucción fue mía, pero he

fracasado. Movido por motivos egoístas y perversos, te pedí que emprendieras mi obra inconclusa, y renuevo esta petición ahora, cuando solo me incitan la razón y la virtud.

Sin embargo, no puedo pedirte que renuncies a tu país y a tus amigos para cumplir con esta tarea; y ahora que regresas a Inglaterra, tendrás pocas posibilidades de encontrarte con él. Pero la consideración de estos puntos y la correcta ponderación de lo que consideres tus deberes, te la dejo a ti; mi juicio y mis ideas ya están perturbados por la proximidad de la muerte. No me atrevo a pedirte que hagas lo que considero correcto, pues aún puedo dejarme llevar por la pasión.

Que viva para ser un instrumento de maldad me perturba; por lo demás, esta hora, cuando momentáneamente espero mi liberación, es la única feliz que he disfrutado en varios años. Las siluetas de los seres queridos muertos revolotean ante mí, y me apresuro a abrazarlos. ¡Adiós, Walton! Busca la felicidad en la tranquilidad y evita la ambición, aunque solo sea la aparentemente inocente de destacar en la ciencia y los descubrimientos. Pero ¿por qué digo esto? Yo mismo he sido condenado al fracaso en estas esperanzas, y tal vez otro lo logre.

Su voz se fue debilitando a medida que hablaba, y finalmente, exhausto por el esfuerzo, se sumió en el silencio. Media hora después, intentó hablar de nuevo, pero no pudo; me apretó la mano débilmente y sus ojos se cerraron para siempre, mientras la suave sonrisa se desvanecía de sus labios.

Margaret, ¿qué puedo comentar sobre la prematu-

ra extinción de este glorioso espíritu? ¿Qué puedo decir para que comprendas la profundidad de mi dolor? Todo lo que pudiera expresar sería insuficiente y débil. Me corren las lágrimas; una nube de decepción ensombrece mi mente. Pero viajo a Inglaterra, y espero que allí encuentre consuelo.

Me interrumpen. ¿Qué presagian estos sonidos? Es medianoche; la brisa sopla con suavidad y la guardia en cubierta apenas se mueve. De nuevo se oye un sonido como de una voz humana, pero más ronca; proviene del camarote donde aún reposan los restos de Frankenstein. Debo levantarme y examinarme. Buenas noches, hermana.

¡Dios mío! ¡Qué escena acaba de ocurrir! Todavía me siento mareado al recordarla. Apenas sé si podré detallarla; sin embargo, el relato que he registrado estaría incompleto sin esta última y maravillosa catástrofe.

Entré en la cabina donde yacían los restos de mi desventurado y admirable amigo. Sobre él pendía una figura que no encuentro palabras para describir: gigantesca en estatura, pero tosca y deforme en sus proporciones. Mientras colgaba sobre el ataúd, su rostro estaba oculto por largos mechones de cabello desgreñado; pero una enorme mano se extendía, con el color y la textura aparente de una momia. Al oír mi llegada, dejó de proferir exclamaciones de dolor y horror y se abalanzó hacia la ventana. Nunca contemplé una visión tan horrible como su rostro, de una fealdad tan repugnante y a la vez espantosa. Cerré los ojos involuntariamente e intenté recordar cuáles eran mis deberes con

respecto a este destructor. Le pedí que se quedara. Hizo una pausa, mirándome con asombro, y volviéndose de nuevo hacia la forma sin vida de su creador, pareció olvidar mi presencia, y cada rasgo y gesto parecía instigado por la furia más salvaje de alguna pasión incontrolable.

—¡Esa también es mi víctima! —exclamó—. Con su asesinato se consuman mis crímenes; ¡la miserable serie de mi ser llega a su fin! ¡Oh, Frankenstein! ¡Ser generoso y abnegado! ¿De qué sirve que ahora te pida perdón? Yo, que te destruí irremediablemente al destruir todo lo que amabas. ¡Ay! Es frío, no puede responderme.

Su voz parecía sofocada, y mis primeros impulsos, que me habían sugerido el deber de obedecer la última petición de mi amigo de destruir a su enemigo, quedaron suspendidos por una mezcla de curiosidad y compasión. Me acerqué a este ser tremendo; no me atreví a volver a mirarlo a la cara; había algo aterrador y sobrenatural en su fealdad. Intenté hablar, pero las palabras se apagaron en mis labios. El monstruo continuó profiriendo autoreproches salvajes e incoherentes. Finalmente, reuní la resolución para dirigirme a él en una pausa en la tempestad de su pasión.

—Tu arrepentimiento —dije— ya es superfluo. Si hubieras escuchado la voz de tu conciencia y hubieras atendido a las punzadas del remordimiento antes de llevar tu diabólica venganza hasta este extremo, Frankenstein aún habría vivido.

—¿Y sueñas? —preguntó el daimon—. ¿Crees que yo estaba muerto entonces a la agonía y al remor-

dimiento? Él —continuó, señalando el cadáver— no sufrió en la consumación del hecho. ¡Oh! Ni la diezmilésima parte de la angustia que sentí durante los detalles de su ejecución. Un egoísmo espantoso me impulsaba, mientras mi corazón se envenenaba de remordimiento. ¿Crees que los gemidos de Clerval eran música para mis oídos? Mi corazón fue creado para ser susceptible al amor y la compasión, y cuando la miseria lo desgarró al vicio y al odio, no soportó la violencia del cambio sin una tortura que ni siquiera puedes imaginar.

Tras el asesinato de Clerval, regresé a Suiza, desconsolado y abrumado. Sentía lástima por Frankenstein; mi lástima equivalía al horror; me aborrecía a mí mismo. Pero cuando descubrí que él, autor a la vez de mi existencia y de sus indecibles tormentos, se atrevía a esperar la felicidad, que mientras acumulaba miseria y desesperación sobre mí, buscaba su propio goce en sentimientos y pasiones cuya complacencia me estaba vetada para siempre, entonces una envidia impotente y una amarga indignación me llenaron de una insaciable sed de venganza. Recordé mi amenaza y decidí que debía cumplirla. Sabía que me estaba preparando una tortura mortal, pero era esclavo, no amo, de un impulso que detestaba, pero que no podía desobedecer. ¡Y sin embargo, cuando ella murió! No, entonces no me sentí miserable. Había desechado todo sentimiento, dominado toda angustia, para desbocarme en el exceso de mi desesperación. A partir de entonces, el mal se convirtió en mi bien. Impulsado hasta ese punto, no tuve elección. sino adaptar mi naturaleza

a un elemento que había elegido voluntariamente. La culminación de mi demoníaco designio se convirtió en una pasión insaciable. Y ahora ha terminado; ¡ahí está mi última víctima!

Al principio me conmovieron sus expresiones de tristeza; sin embargo, al recordar lo que Frankenstein había dicho sobre su elocuencia y persuasión, y al volver a contemplar el cuerpo sin vida de mi amigo, la indignación se reavivó en mí. "¡Miserable!", dije. "Con razón vienes aquí a lamentarte por la desolación que has causado. Arrojas una antorcha a un montón de edificios, y cuando se consumen, te sientas entre las ruinas y lamentas la caída. ¡Demonio hipócrita! Si aquel por quien lloras aún viviera, seguiría siendo objeto, volvería a ser presa de tu maldita venganza. No es compasión lo que sientes; te lamentas solo porque la víctima de tu maldad te ha sido arrebatada."

—Oh, no es así, no es así —interrumpió el ser. Sin embargo, esa debe ser la impresión que le transmite lo que parece ser el propósito de mis acciones. Sin embargo, no busco compasión en mi miseria. No encontraré compasión. Cuando la busqué por primera vez, deseaba ser partícipe del amor a la virtud, de los sentimientos de felicidad y afecto que desbordaban mi ser. Pero ahora que la virtud se ha convertido en una sombra para mí, y que la felicidad y el afecto se han convertido en amarga y repugnante desesperación, ¿en qué debería buscar compasión? Me conformo con sufrir solo mientras perduren mis sufrimientos; cuando muera, me conformaré con que el aborrecimiento y el opro-

bio carguen mi memoria. En una época mi fantasía se apaciguaba con sueños de virtud, fama y goce. En otra época, esperé falsamente encontrar seres que, perdonando mi apariencia, me amaran por las excelentes cualidades que era capaz de desarrollar. Me nutrían altos pensamientos de honor y devoción. Pero ahora el crimen me ha degradado por debajo del animal más vil. Sin culpa, sin maldad, Ninguna maldad, ninguna miseria, puede compararse con la mía. Al repasar el espantoso catálogo de mis pecados, no puedo creer que sea la misma criatura cuyos pensamientos una vez estuvieron llenos de visiones sublimes y trascendentes de la belleza y la majestuosidad de la bondad. Pero aun así es así; el ángel caído se convierte en un demonio maligno. Sin embargo, incluso ese enemigo de Dios y del hombre tuvo amigos y cómplices en su desolación; estoy solo.

Tú, que llamas amigo a Frankenstein, pareces conocer mis crímenes y sus desgracias. Pero en los detalles que te dio no pudo resumir las horas y meses de miseria que soporté, desperdiciando en pasiones impotentes. Porque mientras destruía sus esperanzas, no satisfacía mis propios deseos. Siempre fueron ardientes y anhelantes; seguía deseando amor y compañía, y seguía siendo rechazado. ¿No había injusticia en esto? ¿Se me debe considerar el único criminal, cuando toda la humanidad pecó contra mí? ¿Por qué no odias a Félix, quien echó a su amigo de su puerta con contumelia? ¿Por qué no aborreces al rústico que intentó destruir al salvador de su hijo? ¡No, estos son seres virtuosos e inmaculados! Yo, el

miserable y el abandonado, soy un aborto, para ser despreciado, pateado y pisoteado. Incluso ahora me hierve la sangre al recordar esta injusticia.
Pero es cierto que soy un miserable. He asesinado a seres queridos e indefensos; he estrangulado a inocentes mientras dormían y he agarrado hasta la muerte el cuello de quien nunca me hizo daño ni a mí ni a ningún ser vivo. He entregado a la miseria a mi creador, el ejemplar selecto de todo lo que merece amor y admiración entre los hombres; lo he perseguido incluso hasta esa ruina irremediable. Allí yace, pálido y frío en la muerte. Me odias, pero tu aborrecimiento no puede igualar el que me inspira. Contemplo las manos que ejecutaron el hecho; pienso en el corazón que lo imaginó y anhelo el momento en que estas manos se encuentren con mis ojos, cuando esa imaginación ya no atormente mis pensamientos.
No temas ser el instrumento de futuras desgracias. Mi obra está casi terminada. No se necesita tu muerte ni la de nadie para consumar la serie de mi ser y lograr lo que debe hacerse, pero requiere la mía. No pienses que tardaré en realizar este sacrificio. Dejaré tu embarcación en la balsa de hielo que me trajo hasta allí y buscaré el extremo más septentrional del globo; recogeré mi pira funeraria y reduciré a cenizas este miserable cuerpo, para que sus restos no brinden luz a ningún desdichado curioso e impío que quiera crear a alguien como yo. Moriré. Ya no sentiré las agonías que ahora me consumen ni seré presa de sentimientos insatisfechos, pero no saciados. Ha muerto quien me llamó

a la existencia; y cuando ya no exista, el recuerdo mismo de ambos se desvanecerá rápidamente. Ya no veré el sol ni las estrellas ni sentiré el viento acariciar mis mejillas. La luz, el sentimiento y la sensibilidad desaparecerán; y en esta condición debo encontrar mi felicidad. Hace unos años, cuando las imágenes que este mundo me ofrece se abrieron ante mí, cuando sentí el calor reconfortante del verano y oí el susurro de las hojas y el trinar de los pájaros, y todo esto era para mí, habría llorado hasta morir; ahora es mi único consuelo. Contaminado por los crímenes y desgarrado por el más amargo remordimiento, ¿dónde puedo encontrar descanso sino en la muerte?

¡Adiós! Te dejo, y en ti, al último ser humano que estos ojos verán jamás. ¡Adiós, Frankenstein! Si aún vivieras y albergaras deseos de venganza contra mí, mejor los saciarías con mi vida que con mi destrucción. Pero no fue así; buscaste mi extinción para que no causara mayor sufrimiento; y si, de alguna manera desconocida para mí, no hubieras dejado de pensar y sentir, no desearías contra mí una venganza mayor que la que siento. Maldito como estabas, mi agonía era aún mayor que la tuya, pues el amargo aguijón del remordimiento no dejará de doler en mis heridas hasta que la muerte las cierre para siempre.

«Pero pronto», gritó con triste y solemne entusiasmo, «moriré, y lo que ahora siento ya no lo sentiré. Pronto estas ardientes miserias se extinguirán. Subiré triunfalmente a mi pira funeraria y me regocijaré en la agonía de las llamas torturantes. La luz

de esa conflagración se desvanecerá; mis cenizas serán arrastradas al mar por los vientos. Mi espíritu dormirá en paz, o si piensa, seguramente no pensará así. Adiós».

Mientras decía esto, saltó de la ventana del camarote sobre la balsa de hielo que yacía cerca del barco. Pronto fue arrastrado por las olas y se perdió en la oscuridad y la distancia.

Contenido

Para una traducción nerviosa de Frankenstein	5
Carta 1	11
Carta 2	17
Carta 3	23
Carta 4	26
Capítulo 1	37
Capítulo 2	45
Capítulo 3	55
Capítulo 4	66
Capítulo 5	77
Capítulo 6	87
Capítulo 7	99
Capítulo 8	113
Capítulo 9	125
Capítulo 10	135
Capítulo 11	145
Capítulo 12	157
Capítulo 13	165
Capítulo 14	175
Capítulo 15	183
Capítulo 16	195
Capítulo 17	207
Capítulo 18	215
Capítulo 19	227
Capítulo 20	237
Capítulo 21	251
Capítulo 22	265
Capítulo 23	279
Capítulo 24	289

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 16 días del mes de noviembre de 2025, el mismo día de 1950 en que naciera Gladys Ruth Aquebeque Reydet (Cautín, Chile y murió en Maracaibo el 30 de julio de 2019). Artista visual (dibujante y diseñadora gráfica), artista escénica (escenógrafa, maquilladora y vestuarista de teatro y cine), promotora cultural y escritora (poetisa, cronista, ensayista y narradora). Nacida en Chile y criada en Argentina, donde cursó sus estudios de artes visuales en la Escuela de Bellas Artes de Neuquén y de escenografía y vestuario en la Fundación para el Estudio de las Artes de Buenos Aires. Ejerció el periodismo en los diarios Sur Argentino (Neuquén), El Patagónico (Comodoro Rivadavia, Chubut) y Río Negro (en la provincia del mismo nombre). En 1976 se residenció en Caracas y participó en el taller de textos teatrales del Centro Latinoamericano Rómulo Gallegos (CELARG), en el taller de maquillaje para cine, teatro y televisión del Laboratorio Teatral Ana Julia Rojas y con el maestro César de Combi de la Academia de Maquillaje Gold Skin de Miami (USA). En Maracaibo, donde tuvo una larga residencia, perteneció al taller literario de la Secretaría de Cultura y al grupo La Secta del Fénix, además de trabajar en la Secretaría de Cultura del Estado, coordinando el periódico Posdata, se desempeñó como coordinadora de talleres literarios. Participó en los grupos Gente de Teatro y la compañía regional El Teatro de la Ciudad, así como en otros montajes escénicos de diversos grupos teatrales, como escenógrafa, vestuarista y maquilladora y, del mismo modo, lo hizo para ballet y para cine. Asistió por dos años al taller libre de grabado dirigido por el artista Nerio Quintero y al taller de técnicas de impresión para el grabado en metal que dictó el maestro Omar Granados en la Universidad del Zulia. Fue colaboradora de la Revista Nacional de Cultura, Criticarte, Imagen, Ateneo, Puerta de Agua y otras publicaciones del país. Fue miembro de la junta directiva de la Asociación de Escritores del Zulia así como la coordinadora de «El Otro Papel» del diario Crítica. Realizó varias exposiciones, individuales y colectivas, de dibujos y grabados en: Colegio de Abogados del estado Zulia, Secretaría de Cultura del estado Zulia y Palacio Legislativo de Coro, entre otras; realizó diseño gráfico de libros y revistas del Zulia. En 1999, obtuvo el Premio Regional de Literatura Jesús Enrique Lossada, mención poesía, otorgado por la Gobernación del estado Zulia.